



**UN EVENTO DEVASTADOR.
UNA ANTIGUA PROFECÍA.
UNA CARRERA CONTRA LA OSCURIDAD.**

LA ESFERA DE ARAK

GREIG BECK

de

Lectulandia

Cuando se detecta una gigantesca cantidad de radiación gamma en algún lugar bajo la superficie del desierto de Irán, el mundo se descabala. ¿Se trata de un arma nuclear... o de algo peor? Alex Hunter y su equipo de infiltración de élite se embarcan en una misión para descubrirlo. Cuando llegan a las ruinas de Persépolis, encuentran unas instalaciones subterráneas pero ningún laboratorio, ni armas, ni científicos... ni siquiera radiación. Un agujero negro se lo ha llevado todo...

Mientras tanto, Irán se está preparando para el regreso del profeta; Israel amenaza con una guerra nuclear; los informes sobre la operación militar especial de Alex nombre en clave: Arcadia han sido robados. Y alguien, o algo, está absorbiendo los fluidos de unos cuerpos en el desierto.

Lectulandia

Greig Beck

La esfera de Arak

Alex Hunter - 2

ePub r1.0

Titivillus 12.12.16

Título original: *Dark rising*
Greig Beck, 2010
Traducción: Jaime Valero Martínez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Alexander, mi proveedor de grandes ideas.
Y para Barbara... ¿qué hiciste mal para que ya no puedas librarte de mí?

Quiero dar las gracias a Cate Peterson por su apoyo tanto a nivel local como internacional; a Joel Naoum por su profesionalidad, paciencia y determinación a la hora de sacar lo mejor de mi trabajo; y a Nicola O'Shea por el arcano arte de la corrección de estilo. Y por último, a los científicos, cuyos descubrimientos son el combustible para escritores de ficción de todo el mundo.

Vientos rojos, rostros desfigurados y personas engullidas bajo tierra. La luna está sepultada bajo la oscuridad y el mundo ha llegado a su fin.

—Mohammed Ibn al-Bujari (810-870),
La señales de Yawm al-Qiyamah,
El Día del Juicio

Bajo las ruinas de Persépolis, en el actual Irán

—¿Estás preparado para ser testigo de cómo se escribe la historia, amigo mío?

Mahmud Shihab salió del fondo de la tienda de campaña como si fuera un fantasma.

—*Salem Agha-ye*, Hakim —dijo en voz baja y besó al soldado en cada mejilla antes de agarrarlo por los brazos y de mirarlo a la cara con gesto serio—. Que la historia se esté escribiendo aquí, en la mismísima cuna de la civilización persa, resulta muy apropiado, ¿no te parece?

—*Salem mamnoon*, Shihab. Sí, *insha'Allah*, si Dios quiere.

El soldado asintió y separó sus labios resecos para formar una sonrisa amarillenta, al dejar al descubierto dos filas de dientes manchados por décadas de fumar los acres cigarrillos Marlleak del lugar.

Mahmud Shihab condujo a Hakim hacia el fondo de la tienda, donde una moderna puerta metálica contrastaba con el antiquísimo muro de piedra en el que estaba incrustada. Introdujo un código en el teclado que estaba insertado en un recoveco y la puerta se abrió hacia dentro sin producir ningún ruido. Mientras Shihab acompañaba al soldado a través de un pasillo en penumbra que estaba tallado en el interior de las ancestrales ruinas de Persépolis, una sonrisa de orgullo curvó sus labios al pensar en la proeza del diseño y la ingeniería que había realizado bajo la que antaño fuera una magna ciudad de reyes. Por encima de ellos, su impresionante esqueleto de piedra seguía dominando el paisaje y había sobrevivido a veinticinco siglos de lluvia y de un calor capaz de agrietar las rocas; un poderoso símbolo de los tiempos en que Persia había dominado el mundo.

Y ahora Shihab había sido elegido para supervisar un proyecto tan importante que su éxito determinaría el lugar de Irán en el globo durante el siguiente siglo, o puede que incluso para siempre. El nombre en código de la operación era Zirzamin Jamshid, «El sótano de los reyes». A Shihab le gustaba ese nombre. Jamshid era un rey mítico que, según contaba la leyenda, había enterrado a lo largo de su fabuloso imperio los tesoros que había amasado. El mismísimo presidente había escogido el nombre, y le había dicho a Shihab que no existía tesoro más valioso que la capacidad de producir armamento nuclear bajo la tierra ardiente del desierto iraní. Shihab recordó el primer encuentro con aquel hombre tan importante, la intensidad de su semblante y la suavidad con la que expresaba sus órdenes.

—Si tienes éxito, nadarás entre riquezas en esta vida y en la siguiente.

Shihab se había puesto tan nervioso que fue incapaz de responder, así que se limitó a asentir con la cabeza y a hacer una reverencia.

Hakim estornudó, interrumpiendo los pensamientos de Shihab. Por debajo de las ruinas, la temperatura era fresca y agradable, pero el ambiente era seco y estaba cargado de motas de polvo que centelleaban bajo los conos de luz que emergían de las lámparas de bajo voltaje que había en el techo.

Shihab sonrió.

—Ay, Hakim, es imposible sacar el polvo a este nivel de profundidad. Pero, piénsalo, todas estas partículas podrían ser los únicos restos que quedan de algún rey o príncipe de la antigua Persia.

Hakim se sonó la nariz (con rey persa o sin él) con un mugriento pañuelo de color marrón. Se lo acababa de volver a guardar en el bolsillo cuando llegaron a una jaula de acero que hacía las veces de ascensor, como los que hay en las minas, cuyo suelo estaba cubierto por una estera de caucho. Entraron en la jaula y Shihab accionó la única palanca que había. La jaula descendió silenciosamente hacia la oscuridad. Shihab sonrió con orgullo mientras contaba los estratos de plomo y hormigón armado que desfilaban ante sus ojos. Él mismo había diseñado esas instalaciones, construidas de forma que emitieran la menor huella energética posible. Conocía muy bien las capacidades de los satélites espía de EE. UU., que podían generar imágenes digitales en alta resolución, entre muchas otras virguerías. En aquellos tiempos eran capaces de rastrear huellas de calor, energía y radiación ubicadas a quince metros bajo la superficie. Así que los iraníes debían ser cuidadosos, debían adentrarse aún más en las profundidades.

Pasados varios minutos, la jaula deceleró con un silbido y se detuvo ante un pasillo oscuro y una puerta de acero reforzado, considerablemente más robusta que aquella por la que habían entrado desde la superficie. Shihab introdujo otro código y unos rodillos ocultos apartaron del camino aquella losa metálica. Cerró los ojos un instante al tiempo que lo inundaba una ráfaga de presión de aire negativa, y solo los abrió cuando percibió una luz intensa tras sus párpados. Ante ellos se extendía una sala de una blancura cegadora.

Shihab y Hakim tenían claro lo que debían hacer, pues habían realizado ese ritual muchas veces. Se quitaron los zapatos en los bancos provistos a tal efecto. De un armario empotrado extrajeron unos trajes esterilizados, se pusieron unos ligeros monos de polímero, se calzaron unos zapatos de suela de goma, y usaron una toallita ligeramente humedecida con agua desmineralizada para limpiarse la cara, el cuello y las manos.

Cuando Hakim terminó, Shihab enganchó un pequeño dosímetro al bolsillo del pecho del soldado.

—Es lo último en tecnología. Cada uno contiene una pequeña lámina de óxido de aluminio sensible a la radiación. Cuando se expone a una fuente radiactiva, la etiqueta emite un ostensible resplandor azulado. Todos tenemos que llevar uno. Confiamos en que no nos deleite hoy con su brillo.

Los dos hombres se dirigieron hacia la última fase de acceso de las instalaciones:

una cabina de cristal con otra puerta metálica al fondo. Allí los requisitos de entrada eran mucho más estrictos: además de teclear un código numérico, Shihab tuvo que chuparse el pulgar y colocarlo sobre una pequeña malla circular situada sobre el panel de acceso. Su ADN y sus huellas dactilares fueron registrados, escaneados y verificados antes de que se abriera la curvada puerta de cristal. Cualquiera que intentara acceder a las instalaciones sin la debida autorización quedaría encerrado en aquella sala, que rápidamente empezaría a llenarse con el letal gas tabún. Invisible e inodoro, el gas provocaba de inmediato que el sistema nervioso humano dejara de funcionar, y después se disipaba con la misma rapidez, permitiendo la extracción segura de cualquier cuerpo.

Las luces rojas se tornaron verdes y la puerta metálica se abrió con un bufido. Shihab entró primero, después se echó a un lado, permitiendo que su acompañante contemplara el progreso alcanzado desde su última visita a las instalaciones de Jamshid I.

Se encontraban en un laboratorio redondo y resplandeciente, que medía ciento cincuenta metros de una punta a otra, con el techo situado a una altura de al menos otros cuarenta y cinco metros. Las paredes estaban cubiertas con paneles de ordenadores y monitores, todos conectados y emitiendo destellos verdes o dorados. El lugar entero era un mar de murmullos electrónicos y luces parpadeantes, salvo por un inmenso ventanal desde el que podía observarse toda la sala.

Shihab señaló con un gesto hacia el centro del laboratorio circular.

—Esta es, amigo mío, la esfera. Este día marcará los primeros pasos del ascenso del nuevo califato persa, *Allahu Akbar*.

—*Allahu Akbar* —repitió Hakim por acto reflejo.

Shihab se quedó observando el rostro de Hakim mientras este contemplaba el gigantesco orbe plateado que recordaba al planeta Saturno. Medía quince metros de diámetro y estaba circundado por un grueso cilindro pulido.

—Es magnífico, Mahmud, su trabajo es digno de alabanza —dijo Hakim al tiempo que desplazaba la mirada lentamente por aquel extraño dispositivo, y después en torno a la sala.

Docenas de científicos iraníes, alemanes y norcoreanos se afanaban a lo largo de los paneles de monitores y de la propia esfera, preparándose para la primera prueba en vivo del dispositivo. Uno de los alemanes, un tipo alto, con gafas y un bigote rubio estilo cepillo, le hizo un gesto a Hakim con el pulgar hacia arriba. Rudolf Hoeckler estaba recibiendo una fortuna de los persas por poner en funcionamiento los modelos de separación isotópica por láser. Shihab sabía que Hakim desaprobaba que se pagaran tales cantidades de dinero iraní a un occidental, pero resultaba difícil no simpatizar con aquel espigado alemán. Hoeckler siempre estaba de buen humor, y había hecho varios divertidos intentos por aprender farsi.

—Radiante es hoy la mañana, *Herr* Hakim —dijo Hoeckler con una sonrisa, visiblemente satisfecho por haber aprendido una nueva frase en su idioma.

Shihab soltó una risita y agarró a Hakim del brazo para conducirlo hacia un pequeño tramo de escalones de acero.

—Ya casi estamos listos —dijo—. Subamos a la sala de observación a tomar un té. Nos han pedido que llamemos al presidente en cuanto tengamos los resultados.

Shihab le entregó a Hakim un vasito con los bordes dorados repleto del humeante té de la zona. Sabía que tras haber estado expuesto al ambiente árido del desierto, al soldado se le haría la boca agua en cuanto lo viera.

—Amigo mío, si la prueba de hoy resulta un éxito los dos saldremos beneficiados, *insha'Allah*.

Aunque Shihab confiaba en que el éxito de la prueba tampoco beneficiara demasiado al soldado. Le gustaba el carácter apacible de Hakim, y su forma discreta y nada entorpecedora de gestionar la seguridad del lugar. Un ascenso notable supondría su recolocación, y las instalaciones podrían acabar en manos de un guardia más entrometido. Shihab prefería mil veces a un Hakim que a un centenar de esos psicópatas de la guardia revolucionaria.

Dejó el vaso a un lado y se limpió las manos en los costados de su mono; ya casi había llegado el momento. La pantalla de ordenador que estaba a su lado mostraba una única línea compuesta por diez círculos centelleantes, todos de color verde salvo uno. Pronto ese círculo se puso también verde, lo cual indicaba que todos los sistemas estaban preparados. Shihab inició la grabación visual del área del laboratorio y comenzó el programa de transferencia de datos para distribuir la información de vuelta a su instalación hermana. Esa segunda instalación estaba unos meses por detrás de Jamshid I, así que si algo salía catastróficamente mal durante aquella prueba, aprenderían de los errores cometidos. *Por favor, oh, misericordioso Alá, no permitas que haya ningún error*, rogó Shihab.

Tecleó unos cuantos comandos y las luces situadas en lo alto del laboratorio se atenuaron. Los técnicos y científicos se cubrieron los ojos con visores de protección y el ventanal de observación se oscureció para bloquear cualquier posible dispersión del láser. Shihab pulsó el interruptor del micrófono y su voz resonó por toda la sala.

—¿Están todos listos?

Escrutó la sala para comprobar que así fuera, y se pasó la lengua por los labios con nerviosismo. Hoeckler se dio la vuelta y sonrió. Shihab sintió una gota de sudor que le corría junto a la oreja izquierda. Inspiró profundamente, sintiendo cómo el corazón le retumbaba con fuerza en el pecho.

—*Allahu Akbar* —susurró al tiempo que introducía los últimos códigos y remataba la labor con un golpecito en el teclado.

Un alarido infernal se extendió por el laboratorio y penetró por el grueso cristal como si estuviera hecho de papel. En el centro del laboratorio, donde antes se alzaba la esfera, había ahora una negrura más oscura que la noche. En su núcleo tenía un

agujerito compuesto de vacío que hirió los ojos de Shihab. Sintió como si estuviera apresado en una espesa mucosidad que le inmovilizaba las extremidades. El tiempo se ralentizó, o quizá se estiró, y una fría oscuridad se desplegó por el laboratorio. Era lo único que se movía; todo lo demás parecía estar congelado en el tiempo. Mientras Shihab contemplaba la escena, comprendió con terror que aquella creciente masa de oscuridad lo estaba absorbiendo todo a su paso. Observó con impotencia cómo los cuerpos de sus compañeros de trabajo se estiraban para después desgarrarse a medida que eran impulsados hacia esa oscura brecha del espacio.

Su mirada se cruzó con la de *Herr* Hoeckler durante un instante, o quizá fuera una eternidad, antes de que aquel hombre espigado fuera engullido, y de que su cuerpo se estirase hasta convertirse en un penacho de serpentinas de color carne.

Todos morimos cuando presioné esa última tecla, pensó, y ahora estamos en el infierno.

Por el rabillo de su ojo inmovilizado, Mahmud Shihab vio cómo su amigo, Hakim, se convertía en una alargada mancha de color blanco a medida que era arrastrado sin remisión hacia el vacío. Entonces perdió la cordura cuando vio cómo su propia lengua y el revestimiento de su garganta se expandían fuera de su cuerpo y se abalanzaban a toda velocidad hacia las espantosas manos del olvido.

Base de la Fuerza Aérea Offutt, Nebraska - Comandancia Espacial del ejército de EE. UU.

—¿Qué co...? —El cabo Marcs deslizó su silla a toda velocidad sobre el suelo de su cabina en forma de herradura para volver a reproducir lo que acababa de ver en una de las pantallas—. Hostia puta. ¡Comandante, tiene que ver esto! El Vela acaba de registrar un pico de radiación del tamaño de una ballena; procede de Oriente Medio.

La Base Aérea de Offutt era una de las bases militares mejor protegidas y con mejor posicionamiento estratégico del mundo, hogar del Mando Aéreo Estratégico y del 55th Wing, así como el núcleo principal de la red militar de la comandancia espacial de los Estados Unidos. Su labor consistía en gestionar la constelación de dispositivos militares que orbitaban alrededor del planeta y procesar los miles de millones de bits de información que recibían de su bandada de pájaros en órbita, siempre en atenta vigilancia. Por lo general, el centro de comandancia era un lugar de calma y profesionalidad. Pero aquel día estaba a punto de desatarse el caos.

—¿Qué coño están haciendo? —prosiguió Marcs—. Es un potente brote gamma... solo gamma. ¿Dónde está el resto de la radiación? ¿Se trata de una detonación?

El comandante Gerry Harris se situó de inmediato por detrás del cabo. Militar especializado de brillante trayectoria, Harris llevaba dieciocho meses al frente del centro de Comandancia Espacial. Su formación en física y tecnología de la información le proporcionaba las habilidades necesarias para comprender y gestionar la compleja información recibida por parte de los satélites y descifrada por las sofisticadas aplicaciones informáticas. Pero aquellas señales desafiaban la lógica; ni siquiera su mente analítica pudo dotarlas de sentido. Los avanzados satélites Vela empleaban sensores de radiofrecuencia para detectar huellas de pulsos electromagnéticos y eran capaces de medir la magnitud de la radiación ionizante de alta intensidad incluso desde la órbita alta terrestre. Si se producía una huella de radiactividad más elevada de la que cabría esperar por causas naturales a través de alguno de los espectros (el de rayos X, el de las partículas alfa o beta, el de neutrones o el de rayos gamma), el Vela la detectaba y la registraba. Pero ¿estos pulsos? Su repentina aparición y su intensidad hacían pensar que era imposible que provinieran de la Tierra.

—No puede ser una detonación —dijo Harris—. Esos tipos ni siquiera deberían tener aún capacidad de fisión. Y si se trata de alguna especie de prueba nuclear subterránea, ¿por qué no hay lecturas sísmicas? ¿Y por qué estamos viendo esta única partícula en tales concentraciones?

Harris se paseó por la estancia durante unos instantes, después empezó a gritar órdenes a sus técnicos, que se encontraban al otro lado.

—¡Necesito que todos nuestros pájaros con capacidad de escaneo digital, térmico y geovisión concentren sus miradas en estas coordenadas de inmediato!

Después tendió la mano hacia el teléfono que había sobre el escritorio del cabo Marcs.

—Póngame con el general Chilton —dijo—. Ya.

Frank y Lorraine Beckett llevaban envueltos en un silencio sepulcral toda la última hora de trayecto. Habían salido de la interestatal a la altura de Limon después de compartir unos sándwiches de mantequilla de cacahuete pastosos, que olían a café, y unos donuts desmigajados. Por lo visto, Lorraine había dejado mal cerrado el maldito termo, otra vez.

Ambos tenían cincuenta y tantos años y el amable sobrepeso provocado por años de cenas para dos y chokolatinas delante del televisor. Los Beckett se habían embarcado en uno de esos viajes por carretera que se hacen una vez en la vida, desde su hogar en Knoxville hasta Santa Barbara, en la Costa Oeste. Era un regalo combinado que se habían hecho el uno al otro para celebrar su vigésimo quinto aniversario de boda, pero lo que parecía una idea mágica y excitante cuando lo planearon resultó ser una sucesión de días plagados de autopistas monótonas, autoestopistas de aspecto amenazante y moteles de carretera con una decoración en tonos naranjas y marrones que debieron haber cerrado a mediados de los años setenta. Para terminar de redondear el asunto, el estómago de Lorraine estaba haciendo otra vez de las suyas, y Frank la amenazaba con que si volvía a tirarse un pedo más en el coche la dejaría tirada en la siguiente parada de autobús.

Alabado sea el Señor, pensó. Apenas una hora más de trayecto por la Autopista 24 y llegarían a Colorado Springs, lo que supondría duchas calientes, una siesta antes de cenar y puede que incluso un poco de comida sencilla y casera que ayudaría a matar al dragón que había declarado la guerra desde las profundidades del maldito estómago de esa mujer.

Aquella autopista llana y de color morado grisáceo atravesaba el paisaje árido y cubierto de maleza como una cremallera nueva a través de una vieja lona. Frank estaba empezando a recuperar su buen humor, y estaba a punto de romper el silencio contándole a su esposa un chiste verde cuando el coche dejó de responder. Todos los sistemas de detuvieron al mismo tiempo. Frank manejó el coche en punto muerto hasta que se detuvo, mientras pulsaba botones y pisaba los pedales como un loco.

—¿Has visto eso, Frank? —dijo Lorraine, mientras señalaba a través del parabrisas delantero—. El cielo parece titilar ligeramente, como si estuviéramos conduciendo a través de una cortina de aceite. —Se tocó la cara con los dedos y cuando los separó estaban cubiertos de una sustancia pegajosa de un color rojo

intenso—. Frank, estoy sangrando.

Frank se dio cuenta de que su nariz también estaba chorreando sangre.

—¡Sal del puto coche! —gritó. No quería estropear los bonitos asientos de piel con manchas de sangre. Les tocaría apoquinar un montonazo de pasta al seguro si se producía el más mínimo daño en el interior.

El aire seco de la planicie anegó sus sentidos, y el contraste con respecto al interior climatizado del vehículo fue desagradable. Lorraine se tambaleó, la impresión le había dejado el rostro lívido y sudoroso.

Mientras Frank rodeaba el coche para abrir el capó, atisbó algo que estaba tirado a cierta distancia, sobre la carretera.

—¿Qué coño es eso? Eso no estaba allí antes.

—¿Es un ciervo? —balbució Lorraine, con la boca cubierta por un puñado de pañuelos ensangrentados.

Las nubes se desplazaban a toda velocidad sobre la llanura que rodeaba al matrimonio, y a medida que se aglomeraban lentamente, un inmenso rayo de luz amarilla iluminó el bulto que estaba tendido sobre la carretera. Tenía pinta de ser un cuerpo y parecía ligeramente humedecido. Frank tuvo que hacer acopio de voluntad para dar un paso adelante; sus instintos primarios lo urgían a salir echando leches de allí.

Lorraine agarró a Frank del brazo y se mantuvo por detrás de su hombro izquierdo a medida que se aproximaban a aquel extraño amasijo orgánico.

—Dios mío, Frank, ¿qué es eso? —susurró.

Unos ligeros espasmos y siseos emanaban del bulto, y cuando se acercaron más se dieron cuenta de que aquellos sonidos eran provocados por la masa que se estaba derritiendo al sol: una centelleante capa de escarcha que goteaba sobre la superficie de la carretera. Frank frunció el entrecejo; parecía como si aquella cosa hubiera brotado del duro y negro asfalto. No exactamente como si estuviera saliendo a través de él; más bien era como si estuviera... pegada.

—Esto no puede ser real —dijo Frank—. Tiene que ser una especie de broma enfermiza.

La mitad de aquella masa parecía un hombre ataviado con una bata blanca de laboratorio, pero la otra mitad se había deformado como si fuera un trozo de caramelo líquido estirado. Parecía como si alguien hubiera calentado un cacho de plástico y después lo hubiera congelado para devolverlo a su estado sólido. El rostro estaba en carne viva, como la piel debajo de una ampolla, y en el lugar donde deberían haber estado los ojos solo había unas cuencas vacías y rojas. La boca estaba intacta, y por encima de ella había un bigote rubio estilo cepillo cubierto de cristales de hielo titilantes. Pero lo que de verdad le revolvió el estómago a Frank fue la materia orgánica rosada que sobresalía de entre sus dientes, como si fuera una bolsa de veneno desinflada. Debía tratarse de los pulmones de aquel tipo, como si le hubieran reventado o se los hubieran arrancado.

Lorraine se dirigió tambaleándose hacia un lado de la carretera y vomitó.

—¡Frank, estoy sangrando por dentro! —gritó. El amasijo de pan y donuts digeridos estaba salpicado de sangre.

Su marido acudió a su lado, parpadeando rápidamente para aplacar el picor de sus ojos. Pero no eran lágrimas lo que corría por sus mejillas, era sangre. Cuando Lorraine lo vio, empezó a llorar.

Frank se dejó caer con todo su peso para sentarse al lado de su esposa.

—No me siento bien, Lainey.

Volvió a mirar hacia la criatura y se dio cuenta de algo en lo que no se había fijado cuando se acercó a ella. En el bolsillo de la bata de laboratorio había un pequeño dispositivo que estaba emitiendo una suave luz azulada.

Comandancia Estratégica de los Estados Unidos (USSTRATCOM) – Nebraska

El comandante Jack «Hammer». Hammerson abrió con el hombro la pesada puerta revestida con paneles de madera de su despacho y se fue directo hacia un aparatoso escritorio de roble situado junto a la pared del fondo. Aquel impresionante mueble había estado situado antaño frente al inmenso ventanal que dominaba la habitación, pero las viejas costumbres del guerrero nunca mueren, y a Hammer nunca le gustó dar la espalda a una puerta o una ventana. El escritorio, como casi todo lo que se topaba con Hammer, tuvo que plegarse a sus deseos.

El comandante Hammerson era uno de los tipos duros de las fuerzas armadas. Su rostro podía ser cualquier cosa menos amigable; sus profundas grietas y arrugas denotaban un exceso de vida a la intemperie y más de una contusión. No hacía falta leer los antecedentes del comandante para saber que era capaz de incapacitar a un enemigo en menos de siete segundos. Hammerson dirigía los comandos de élite para conflictos armados en zonas calientes, o HAWC, por sus siglas en inglés. Su uniforme, salvo por su rango, estaba libre de insignias. Su única identificación era una tarjeta de plástico con un código de barras, y los relámpagos y los puños enguantados propios de la Comandancia Estratégica de los Estados Unidos.

El comandante Hammerson y su unidad especial habían sido trasladados a la USSTRATCOM hacía dieciocho meses, y parecía una elección acertada. La Comandancia Estratégica estadounidense era uno de los diez comandos de combate unificados del Departamento de Defensa de Estados Unidos. Controlaban los activos de armas nucleares del ejército norteamericano, y se trataba de un comando de alcance global encargado de las misiones relacionadas con Operaciones Espaciales, Defensa de Misiles Integrados, Armas de Combate de Destrucción Masiva y Otras Operaciones Especiales. En esas «Otras Operaciones Especiales» era donde entraban Hammer y sus HAWC.

Tratándose de un hombre que por lo general era brusco y temperamental, aquel día el comandante estaba de un humor excelente. En el plazo de apenas tres semanas, y por primera vez en cinco años, estaría pescando con mosca en la tierra del sol de medianoche. Iba a tomarse dos semanas libres para acampar en un rinconcito que conocía siguiendo la curva del río Kenai en Alaska, donde las corrientes de la ensenada de Cook daban cobijo a los ejemplares de salmón real más grandes del mundo. Ahí lo esperaba un frío penetrante que convertía el aliento en vaho, y un agua tan cristalina que permitía ver los pedruscos del fondo a casi cualquier profundidad. Hammerson suspiró y se frotó sus enormes manos. Apenas tendría un puñado de

curiosos osos pardos como compañía y la singular águila calva observándolo con recelo desde las alturas. Sabía que alguien había obtenido un récord al cazar en esos parajes a un ejemplar de cuarenta y cuatro kilos, y estaba seguro de que había otro de cuarenta y cinco que llevaba su nombre.

Hammer estaba ensayando frente a su escritorio movimientos de pesca largos y sosegados cuando sonó el teléfono. Pulsó el botón del receptor en el panel y profirió un brusco «Hammer» mientras seguía sujetando una caña imaginaria. Cuando oyó la voz grave al otro lado de la línea, se enderezó de inmediato y cogió el auricular.

—Señor.

Escuchó con la atención que siempre dedicaba a los informes de las misiones de alto nivel. Su rostro era como una roca, el único movimiento perceptible fue que sus ojos se entornaron ligeramente.

—Estoy de acuerdo, la intensidad de ese pulso solo puede significar que disponen de capacidad armamentística —dijo—. Sí, algo con una precisión un poco mayor sería lo mejor. Podemos estar listos en veinticuatro horas, señor.

Se oyó un chasquido cuando la conexión se cortó. Hammerson sostuvo el auricular en alto un instante antes de volver a colocarlo suavemente sobre el teléfono. Había llegado el momento de reactivar el Arcadia.

Centro médico del ejército Womack, unidad de neuropsicología - Fort Bragg

El capitán Alex Hunter estaba tendido destapado sobre un catre de hospital en el interior de una habitación de acero cromado, con un suelo y unas paredes de azulejos cuya blancura resultaba cegadora. Tenía sujetos los brazos y las piernas con esposas de kevlar unidas con unos alambres de calibre medio, tan gruesos como un lápiz, a una barandilla metálica especial que se extendía alrededor del borde de la estructura del camastro. La habitación estaba plagada de cámaras, micrófonos y altavoces.

El oficial médico, el teniente Alan Marshal, se encontraba al otro lado del cristal de observación de vidrio templado, observando el cuerpo en reposo de Hunter. Aunque el soldado parecía estar durmiendo apaciblemente, tras esa apariencia de tranquilidad se estaba desatando una tormenta. La maraña formada por doscientos cincuenta y seis electrodos y alambres que tenía sujetos a la cabeza mostraba que estaba padeciendo simultáneamente una migraña y un ataque epiléptico. Aunque no había ningún indicio externo en absoluto. Marshal negó con la cabeza. Alex Hunter era al mismo tiempo un milagro médico y un misterio. Hunter era el primer guerrero mejorado del ejército estadounidense, parte de un proyecto militar especial cuyo nombre en código era Arcadia. El ejército quería saber cómo era posible que ese soldado fuera tan veloz, tan fuerte, y se curase tan rápido. Alex Hunter había sido el único éxito del proyecto; todos los intentos por reproducir sus capacidades empleando métodos químicos o quirúrgicos habían fracasado estrepitosamente.

Marshal examinó los informes que tenía en la mano. Varios años antes, durante el transcurso de una operación militar encubierta al norte de Chechenia, el capitán Hunter había recibido un balazo en la cabeza. Estuvo al borde de la muerte. El oficial al mando, el comandante Jack Hammerson, había repatriado el cuerpo en coma de Hunter. Había dos opciones: ver cómo el joven se consumía hasta convertirse en un espectro pálido y demacrado mientras permanecía atrapado en el interior de su propio cuerpo, o probar algo diferente... algo experimental. Así fue como Alex Hunter entró en el programa Arcadia. Dos semanas más tarde, Hunter abrió los ojos, se incorporó, sonrió y dijo que se encontraba bien. Estaba mejor que bien: se había convertido en una clase nueva de ser humano.

Marshal extrajo del archivo una imagen de rayos X del cráneo de Alex y la sostuvo en alto hacia la luz para poder ver la pequeña masa oscura que tenía en el centro. El proyectil seguía alojado allí, pero en lugar de provocar una cascada de daños en las áreas circundantes, como cabría esperar, había desencadenado, tal vez en combinación con el tratamiento, una serie de cambios físicos y mentales que desconcertaron a los científicos. Había evidencias de una significativa desviación de

sangre hacia el mesencéfalo de Hunter, el área responsable en mayor medida de la selección, la esquematización y la catalogación de información. También era la principal fuerza motriz de las funciones endocrinas, que controlaban las respuestas al dolor, y la liberación de adrenalina y esteroides naturales. El flujo de sangre adicional en aquella zona relativamente desconocida del cerebro desencadenó una tremenda actividad eléctrica, que despertó habilidades nuevas o dormidas desde hacía mucho tiempo. La agilidad, velocidad, fortaleza y agudeza mental de Hunter se incrementaron de forma extraordinaria; toda una gama de efectos colaterales beneficiosos que nadie habría podido predecir.

Pero a medida que proseguían los cambios en el soldado, resultó evidente que no todos eran tan beneficiosos. Y algunos de ellos despertaron una enorme inquietud entre los científicos. Mantener el pie fijo sobre el acelerador durante mucho tiempo suele dar como resultado que el motor se recaliente... o que explote. En el caso de Hunter, aquella aceleración significaba que a veces experimentaba episodios de furia que resultaban prácticamente incontrolables; una furia que bullía en su interior, contenida a duras penas a fuerza de voluntad. Aún no habían podido determinar si esa furia alimentaba su increíble fuerza y velocidad, o si era justo al contrario: que su fortaleza y el resto de sus habilidades, cuando alcanzaban su cénit, eran las que prendían la llama de su ira.

—Marshal, eche un vistazo a esto y dígame qué le parece.

El sonido de la voz de su superior sobresaltó a Marshal. Se dio la vuelta y cogió las copias en papel que le estaba tendiendo el capitán Robert Graham. El capitán señaló una columna de cifras y nombres químicos interminables.

—Tiene un índice elevado de proteolípidos y fosfolípidos a lo largo de toda la esfera craneal... Hmmm, no sé, nunca había visto algo así —dijo Marshal—. ¿Puede que se haya producido una contaminación cruzada en los datos?

Graham negó con la cabeza.

—No, lo he revisado varias veces y los índices siguen dando el mismo resultado. Yo tampoco había visto nunca algo así, pero tengo una teoría. Por absurdo que parezca, es como si la vaina de mielina que le recubre el cerebro estuviera experimentando una especie de proceso de remielinización.

—¡Imposible! —exclamó Marshal.

La vaina de mielina del cerebro deja de envolver los axones y neuronas a los veinte años de edad. Nadie sabe por qué se detiene en ese momento (la mayoría de los científicos albergaban la teoría de que el cerebro, llegado a esa edad, suponía que ya era capaz de pensar con la suficiente rapidez), pero si de una cosa estaban seguros era de que no se regeneraba.

Graham se cruzó de brazos y se quedó mirando a su compañero, que era más joven, con las cejas enarcadas.

—Bueno, a partir de estos datos diría que está experimentando una remielinización. Podría ser lo que potencia de forma tan desmedida su capacidad de

raciocinio y de toma de decisiones. Desde luego, el tratamiento no estaba pensado para provocar este efecto, y no me puedo creer que sea el resultado de un traumatismo grave por arma de fuego.

Marshal no pudo contener su entusiasmo mientras su mente repasaba las implicaciones de esos cambios físicos.

—Remielinización. Eso sí que sería un avance... tendríamos una cura potencial para el Alzheimer y la Esclerosis Múltiple encerrada dentro de su cuerpo. —Pasó otra página del impreso y volvió a mirar a Graham—. Oiga, ¿cree que eso también podría ser la causa de su trastorno psicógeno?

Las capacidades mentales aumentadas de Hunter, sus sentidos amplificados y sus asombrosas mejoras físicas lindaban con lo milagroso, pero ambos científicos sabían que el joven estaba pagando un alto precio por ello.

Marshal se acercó al panel electrónico para examinar las lecturas actuales de Hunter.

—Sigo sin entenderlo —dijo, girando la cabeza hacia su compañero—. Estas ondas ya no parecen propias siquiera de un cerebro humano. Ahí dentro se está desatando una tormenta encefálica. Su cuerpo debería estar respondiendo con un ritmo cardíaco tremendamente elevado, con un incremento en el consumo de oxígeno, o al menos con rápidos movimientos oculares como síntoma de la perturbación. Pero su presión sanguínea sigue en ciento veinte sobre setenta, una medición normal para un hombre de su envergadura. Hemos tenido ingresado cuatro veces a este tío y sabemos todavía menos que cuando se marchó la primera vez. —Se quedó mirando a su superior—. ¿Cree que deberíamos interrumpir el tratamiento hasta que tengamos algo más?

Graham se acercó para situarse a su lado, mientras escrutaba las caóticas líneas que aparecían en la pantalla. Negó con la cabeza.

—No, vamos a continuar. Pero coincido en que necesitamos saber más. Estos electroencefalogramas son demasiado imprecisos. Necesitamos una IRM, pero el campo magnético podría provocar que la bala se desplazara y, ¡bingo!, tendríamos un HAWC con muerte cerebral. Y yo sería el primero que querría estar lo más lejos posible del país cuando Hammer se enterase.

Alex pudo oír la voz de la chica. Estaba sola en la oscuridad y lo estaba llamando por su nombre. Estaba asustada, muy asustada. Necesitaba su ayuda. El vetusto túnel estaba desolado, oscuro y gélido, pero sus extraordinarios sentidos le permitieron percibir el peligro que lo rodeaba.

Era Aimee. Gritó de nuevo su nombre, estaba sola y aterrorizada. Los muros del túnel se estaban derrumbando, bloques de granito del tamaño de un maletín le estaban cayendo encima. Alex se sirvió de su tremenda fuerza para levantar los bloques y apartarlos de su camino; pero cuantos más lanzaba, más bloques le llovían sobre la

cabeza.

Alex profirió un grito de ira y de dolor hacia la oscuridad.

—Hostia puta.

La alarma del electroencefalograma chilló mientras las cuatro plumillas inscriptoras del dispositivo registraban como locas las ondas alfa, beta, teta y delta de Alex en el impreso. Su tormenta encefálica se estaba convirtiendo en un huracán desbocado. El teniente Marshal intentó dar sentido a las oscilaciones frenéticas y las perturbaciones espaciales, pero incluso ante su mirada experta, aquellas páginas parecían cubiertas por unos garabatos ininteligibles.

Marshal regresó junto a la ventana de observación a tiempo para ver cómo el cuerpo de Alex se impulsaba hacia arriba presa de unas convulsiones. El soldado apretó el puño derecho y lentamente intentó levantar el brazo. Los músculos se le abultaron y se le tensaron los tendones. Un gemido metálico resonó a través de los altavoces de la sala de observación. La barra de hierro situada sobre el camastro empezó a doblarse.

Aimee volvió a gritar. Alex no conseguiría llegar a tiempo. Cada vez le caían más piedras encima y el leviatán se estaba aproximando a toda velocidad desde abajo. Alex tenía que hacer algo..., y rápido. Golpeó la roca con las manos desnudas, destrozando aquellos peñascos ancestrales en un intento por abrirse un camino para llegar hasta Aimee.

La criatura lo alcanzó. Lo aferró por los brazos e intentó arrastrarlo hacia su madriguera. Alex debía liberarse; debía intentarlo con más ímpetu. La ira y la furia palpitaron en su interior. Iba a despedazar a esa criatura, iba a destruirla.

Los dos científicos se quedaron inmóviles ante el cristal reforzado de la ventana de observación. El teniente Alan Marshal sabía que esas manifestaciones físicas secundarias eran el reflejo del terremoto psicocraneal que estaba teniendo lugar en la mente de Hunter. Lejos de ser como antes un remanso de calma, el rostro del soldado era ahora la encarnación de la ira. Seguía teniendo los ojos cerrados, pero había separado los labios para revelar unos dientes apretados cuya blancura relucía en contraste con su rostro enrojecido y sudoroso. Se le hincharon las venas del cuello y de los hombros a medida que peleaba con el monstruo de su cabeza. Intentó levantar el brazo derecho, y la barra de acero especialmente reforzada que había sobre el camastro emitió un quejido y se dobló otro centímetro.

Marshal contempló con asombro aquella exhibición de fuerza bruta. Había sido testigo de muchas cosas durante sus años como médico al servicio del ejército

(muestras de una valentía espectacular, estallidos de una fuerza inaudita o esfuerzos hercúleos cuando los sujetos se encontraban bajo presión), pero nadie debería ser capaz de doblar una barra de acero tan gruesa como lo estaba haciendo ese soldado.

—La barra no aguantará —dijo Graham—. Tenemos que despertarlo. Aplíquele veinte centímetros cúbicos de dextroanfetamina.

Mientras hablaba, la barandilla de metal cedió con un chirrido metálico que por lo general solo se oía en aparatosos accidentes industriales. Alex liberó el brazo y comenzó a batirlo adelante y atrás sobre su pecho. Golpeó con el puño un armario de acero macizo que había junto al camastro y hundió la mano quince centímetros en el metal.

—Teniente, entre ahí —le ordenó Graham.

Marshal tenía un gesto de incredulidad en el rostro.

—¿Pretende que entre ahí equipado tan solo con una jeringuilla? ¿Me está tomando el pelo? No pienso entrar ahí con algo que no sea un rifle para cazar elefantes.

—Por el amor de Dios, necesito que me haga ganar un poco de tiempo —le espetó Graham—. No sé cómo, teniente... Cántele una canción si hace falta, pero entre ahí. Es una orden.

El capitán Robert Graham cogió el teléfono y, sin apartar la mirada de la escena que estaba teniendo lugar al otro lado del cristal, pronunció cuatro simples palabras.

—Póngame con Hammerson. Ya.

Universidad de Tel Aviv, Israel - Departamento de Astrofísica

A Zachariah Shomron le temblaban tanto las manos que estuvo a punto de derramar su taza de chocolate caliente sobre la nueva unidad de radiación de vidrio de óxido (OCRU, por sus siglas en inglés) que el departamento acababa de adquirir. Era un dispositivo hermoso y delicado: una mezcla entre una estética surgida de la ciencia ficción y el sentido práctico de la alta tecnología. Una cubierta de acero cromado y unas cúpulas de vidrio albergaban cristales de óxido de gadolinio y de silicio con una forma semejante a la de una rosa. Era el mejor sistema para detectar rayos gamma y rayos X de alta intensidad. El OCRU representaba las pesadas partículas invisibles en forma de pulsos de luz en el interior de las cúpulas de vacío; cuanto más brillaba, mayor era la intensidad de la radiación y su proximidad. La representación visual estaba complementada por una aplicación informática que traducía los pulsos de luz en niveles de radiación sievert, y también calculaba la distancia y la dirección. «Ohhh, síiiii», articuló Zachariah con los labios mientras deslizaba sus largos dedos sobre las cúpulas de cristal. Aquello era una obra de arte con un propósito científico. Y había sido su artículo sobre brotes de rayos gamma geoastróficos lo que había persuadido al comité encargado de la elaboración del presupuesto para que aportara los fondos necesarios para la compra de ese costoso dispositivo de precisión suiza.

Zachariah inició el programa que estaba cargado en el OCRU y observó las líneas de código que se desplazaban hacia arriba por la pantalla. Los rayos gamma tenían una reputación mortífera bien merecida, pero su poder y predominio a lo largo del universo implicaba que los primeros en domar su fuerza cósmica tendrían acceso a una fuente de energía infinita tanto en cantidad como en potencia. Quizá él podría ser el primero en diseñar alguna especie de proyecto de minería estelar... Eso sí que sería la leche.

Zachariah (o Zach, para los amigos) era lo que se conoce afectuosamente como un universitario diletante. Era un joven brillante que, con doctorados en astrofísica gravitacional, física de partículas y matemáticas puras, así como una especialización en agujeros negros y materia oscura cósmica, podría haber elegido cualquier puesto de asesoría o enseñanza en la Universidad de Tel Aviv o en cualquier otro centro de enseñanza superior del mundo. El problema era que Zach no quería hacer nada en el mundo real. ¿Cómo podría hacerlo? Había muchísimas cosas que aprender y muy poco tiempo para hacerlo. En cuanto terminaba una carrera, se apuntaba a otra, y a otra. Había sido así desde que se licenció en el instituto a los trece años; siempre avanzando y expandiendo sus enciclopédicos conocimientos sobre el cosmos y sus fuerzas ignotas.

Después de que sus padres fueran asesinados en un atentado con bomba, el colegio se había convertido en su coraza y los libros en sus amigos. Siempre estaban ahí para él, fieles y leales, y no tenían nada que ver con la guerra. No como sus padres, que habían sido víctimas de aquella contienda que parecía no tener fin. Su padre murió cuando intentaba reducir al suelo al hombre que portaba una granada. Su madre había muerto mientras protegía a su hijo del impacto de la onda expansiva. Cuando el tío Mosh y la tía Dodah se llevaron a Zach a vivir con ellos, les preocupó que se recluyera tanto en la lectura. Pero pronto quedó patente que solo era su manera de lidiar con su tragedia personal.

Alto y flacucho, con unas manos largas y delgadas situadas al final de unos brazos todavía más largos y delgados, Zachariah era un joven en continuo movimiento. Siempre tenía algo que hacer y andaba corriendo de un lado a otro, haciéndose crujir los nudillos, dando golpecitos en el suelo con los pies, y haciendo revolotear las manos sobre teclados de ordenador o gesticulando con ellas para describir sus ideas a los demás. Unas gafas con montura de alambre completaban la imagen del típico empollón.

Zach sorbió las últimas gotas de su chocolate, dejó la taza sobre el banco y encendió el dispositivo. Gracias al OCRU, pronto sería capaz de detectar cualquier indicio de radiación gamma, desde un pulso cotidiano hasta el brote de la más alta magnitud. La Tierra ya se había topado antes con brotes de altísima intensidad. Un brote breve de rayos gamma, acaecido durante la Prehistoria y procedente de una galaxia lejana, había sido señalado en una ocasión como una posible razón para la extinción masiva de los dinosaurios. Por suerte, esa clase de eventos ocurría alrededor de una vez cada quinientos millones de años. Aún más suerte tenía la Tierra de que nunca hubiera tenido lugar un brote de rayos gamma en su propia galaxia. *Y que así siga*, pensó Zach; un único estallido de diez segundos procedente de una fuente situada a seis mil años luz de distancia despojaría al planeta de su atmósfera y borraría todo rastro de vida de su superficie.

Las pantallas de ordenador se activaron con un destello, mostrando gráficas y curvas de una intensidad inesperada, y los cristales centellearon con fuerza, bañando a Zach y su laboratorio con una luz azulada. *Esto no puede ser*, pensó.

—Imposible —murmuró, después de introducir unos cuantos comandos. Apagó el dispositivo y dejó pasar treinta segundos. Cuando volvió a encenderlo, el resultado era el mismo.

—Imposible —repitió, y cogió el teléfono para llamar al profesor con el que colaboraba actualmente, Dafyyd Burstein.

—*Shalom*, Dafyyd, no te lo vas a creer. Acabo de detectar un brote terrestre de rayos gamma de un nanosegundo. Y eso no es todo. Creo que ese pulso procede de Oriente Medio..., de la región central del desierto iraní.

El general Meir Shavit estaba al frente de la Metsada, la división de operaciones especiales del Mossad. Menudo y con el pelo grisáceo, llevaba sirviendo a su país más de cincuenta años, tanto en el teatro de operaciones militar como en los servicios de Inteligencia. Incluso podía presumir de haberse formado bajo las órdenes del temible Ariel Sharon en la tristemente famosa Unidad 101, el primer comando de fuerzas especiales en la historia de Israel.

Desde su cuartel general en Tel Aviv, el Mossad supervisaba un equipo compuesto por alrededor de dos mil personas. Era uno de los servicios de inteligencia más profesionales y mejor estructurados del mundo, y también uno de los más letales. Estaba compuesto por ocho departamentos especializados distintos; uno de ellos era la Metsada del general Shavit, responsable de asesinatos, operaciones paramilitares, sabotaje y guerra psicológica. Si el ejército era la lanza y el escudo de Israel, entonces la Metsada era su puñal secreto impregnado de veneno.

El ayudante del general Shavit abrió la puerta e invitó a pasar a la joven que había estado sentada en la inmensa y cómoda sala de espera situada frente al despacho del general.

—*Boker tov*, capitana Szenes —la saludó Shavit.

—*Shalom*, general.

Adira Szenes se quedó inmóvil en posición de firmes hasta que el ayudante salió del despacho y cerró la puerta, entonces se formó en su rostro una amplia sonrisa y se adelantó rápidamente para abrazar al general, que se estaba poniendo lentamente en pie.

—Tienes buen aspecto, Addy.

—Me alegro de verte, tío.

Adira era la sobrina favorita de Shavit. Su nombre significaba «fuerte» en hebreo antiguo, y le pegaba mucho. Estaba emparentada con la famosa Hannah Szenes, que fue enviada por el *kibbutz* Sdot Yam para salvar a los judíos de los países ocupados por los nazis, y fue traicionada y dejada en manos del régimen nazi. Pese a que la sometieron a terribles torturas, nunca delató a sus amigos y fue sentenciada a muerte por fusilamiento en 1944. Su valentía quedó ejemplificada por su negativa a que le vendaran los ojos, para así poder mirar a los soldados a los ojos mientras apretaban los gatillos. El general sabía que la gallarda sangre de Szenes también fluía con fuerza a través de las venas de su hermosa sobrina.

Adira tenía una estatura superior a la media y tuvo que inclinarse ligeramente para darle un beso en la mejilla al general. Con su complexión olivácea y delicada, y sus ojos oscuros que parecían pozos de petróleo, podría haber pasado por cualquier jovencita normal a la que le gustara pasar el tiempo recorriendo las galerías comerciales del centro de Tel Aviv. Sin embargo, al estrecharle la mano se percibían los callos y la fortaleza de un soldado entrenado para combates armados o cuerpo a

cuerpo. Adira Szenes tenía un puesto de capitana en la Metsada, y era reconocida como uno de los agentes mejor entrenados en su campo. En una ocasión se infiltró a solas en una red de túneles del comando terrorista Hamas y rescató a un joven guardia fronterizo de veintidós años que había sido capturado. Ningún terrorista sobrevivió.

Su coraje y sus habilidades nunca fueron puestos en duda, pero era su inteligencia la que la diferenciaba de otros profesionales de la Metsada. Adira era una especialista en Oriente Medio, y había dedicado muchos años a estudiar las culturas presentes y pretéritas, y las capacidades políticas y militares de Irán, Siria y el Líbano. Sabía hablar y leer farsi, así como numerosos dialectos persas antiguos. Hacía que el general Meir Shavit se sintiera orgulloso de ella como israelí y como soldado veterana, pero incluso más por ser su tío.

—Ven a sentarte a mi lado, Addy, tengo que hablar contigo.

El general la guió con un gesto hacia un duro sofá de piel y sirvió para cada uno de ellos una tacita de café negro de una jarra de plata. Después se sentó frente a ella y dio un sorbo a su café.

—Tenemos problemas con nuestros amigos de Oriente. Ayer, nuestro departamento de vigilancia en Irán registró una tremenda señal de radiación que emanaba de un punto situado a unos cincuenta kilómetros al noreste de Shiraz. Probablemente desde las ruinas de Persépolis, o bajo su superficie.

Adira bajó la taza que se había llevado a los labios.

—¿Qué clase de radiación? ¿Con qué intensidad?

—Principalmente gamma, y de rayos X en menor medida. La intensidad sievert del gamma se salió de las escalas y, aunque el estallido duró menos de un segundo, como mínimo alcanzó la intensidad de un brote.

Adira se inclinó hacia adelante y dejó la pequeña taza de porcelana. El general observó su rostro detenidamente. Sabía que, según los informes de Inteligencia actuales, no se esperaba que los iraníes contaran con una capacidad real para la fisión nuclear en muchos años. La posibilidad de que realizaran pruebas con un modelo potencialmente operativo bastaba para revolverle el estómago a cualquier israelí. El presidente iraní era un fanático que creía hablar con la autoridad de un dios. Muchas veces había exigido que Israel fuera erradicada de las páginas de la historia; el ejemplo más reciente fue unos días después de haberse jactado de que Irán había conseguido la capacidad de purificar combustible nuclear, cuando proclamó que el «régimen sionista» pronto sería eliminado. Lo único que contenía a ese demente era el conocimiento del poderío militar de Israel. Aunque Irán era mucho más grande que Israel, aún no tenía la tecnología militar, ni las capacidades humanas y armamentísticas necesarias para un enfrentamiento directo.

El general no era el único que pensaba que si los iraníes conseguían armas de destrucción masiva, el efecto disuasivo de la DMA no se aplicaría. El principio de la Destrucción Mutua Asegurada solo era efectivo cuando una nación temía realmente

la destrucción; carecía de sentido a ojos de un líder que consideraba que aniquilar a su pueblo en un feroz conflicto con Israel los convertiría a todos en mártires. Era bien sabido que el nuevo presidente de Irán, Mahmoud Moshaddam, era un hombre profundamente religioso que citaba con frecuencia las escrituras coránicas en sus discursos.

—Capitana Szenes —prosiguió el general, que al citar el rango de su sobrina indicaba la importancia de lo que estaba a punto de decir—, no creo que podamos permitirnos adoptar una postura contemplativa en este asunto. Voy a movilizar a nuestra red en Irán para recopilar información. Si los iraníes tienen capacidad de detonación, estaríamos asumiendo un enorme riesgo si lanzásemos un ataque. Un único ataque nuclear sobre Israel por parte de los iraníes supondría millones de muertos, y quizá el comienzo de una nueva guerra mundial. Asumiremos ese riesgo si es necesario, pero primero debemos probar otras opciones.

Adira le sostuvo la mirada, con un brillo inquisitivo en sus ojos oscuros.

El general dejó escapar el aire lentamente y por su rostro cruzó una expresión de dolor.

—Debemos actuar, capitana, pero esta vez no lo haremos solos. Necesitamos la ayuda de nuestros poderosos amigos del otro lado del charco. A los americanos no les quedará más remedio que actuar y, cuando lo hagan, nosotros estaremos a su lado. —El general Meir Shavit hizo una pausa y miró a su sobrina fijamente a los ojos—. Addy, no podemos permitir que Irán tenga ese terrible poder, ni ahora ni nunca. Tienes que arrebatárselo; que no quede nada en pie, que no quede nadie que lo recuerde.

Adira asintió una vez, con gesto inexpresivo.

—Hay una cosa más. —El general le entregó a Adira una carpeta sellada. La cruz roja que tenía en la cubierta indicaba su carácter secreto—. Los americanos han desarrollado una nueva forma de combate, que no se parece a nada que hayamos visto antes. Nuestros mejores agentes no han conseguido obtener nada más que un nombre en clave: *Arcadia*. Confiamos en tener más información pronto, pero por ahora... —Se encogió de hombros, al tiempo que señalaba con un gesto la brevedad del informe—. Es probable que utilicen esa arma en la misión, Addy. Búscala y tráenosla, o al menos las semillas de su creación. Quizá sea la única esperanza de Israel frente a la tormenta que se avecina.

El comandante Jack Hammerson se quedó contemplando el monitor que tenía delante pero sin reparar en lo que aparecía en la pantalla; en vez de eso, estaba sumido en sus pensamientos, reflexionando sobre la llamada que acababa de recibir de un viejo amigo. El general Meir Shavit había confirmado lo que Hammerson ya sabía sobre el pulso gamma iraní: su intensidad, su localización, y que no auguraba nada bueno.

Ese había sido uno de los temores de EE. UU. durante décadas: un régimen con armamento nuclear que odiara a Occidente. Todos en el ejército vaticinaban que serían los norcoreanos: un suplicio, desde luego; aunque eran manejables, tenían un precio. Pero Irán... ¡Mierda! Después de veinte años, seguían sin mostrar intención alguna de querer pasar por el aro. Aquello era el comienzo de una carrera armamentística por todo Oriente Medio que conduciría a cabezas nucleares mal protegidas que se perderían, venderían o robarían, para después pasar a formar parte, posiblemente, del arsenal de algún terrorista. Si algún idiota cargado con cien sacos de nitrato de amonio podía hacer saltar por los aires un bloque de oficinas en Oklahoma, matar a ciento sesenta y ocho personas y provocar daños por valor de más de quinientos millones de dólares, era mejor no pensar en lo que podría ocurrir con un misil nuclear oculto en la parte trasera de una camioneta. Para Israel, la situación era incluso peor: ellos tenían literalmente al demonio en su puerta.

Hammerson se agarró una de sus enormes manos con la otra y se crujió los nudillos. El general israelí había dado por hecho que EE. UU. iba a actuar y le había ofrecido acceso a las redes encubiertas del Mossad en Oriente Medio, a sus recursos científicos, así como a una base terrestre desde la que despegar y aterrizar. Shavit había insistido mucho en que el comando estadounidense se reuniera en la base israelí antes de viajar a Irán. «Aclimatación», lo llamaba él. «Gilipolleces», lo llamaba Hammerson. El general se traía algo entre manos. También le había prometido dos expertos israelíes: uno de ellos un especialista en el campo de la geofísica y la astrofísica, el otro una autoridad en idiomas y logística. Hammerson sospechaba que al menos uno de ellos sería un ariete del Mossad.

Si los iraníes contaban con tecnología nuclear, entonces la balanza de poder estaría equilibrada e Israel estaría tentado a atacar antes de que los iraníes pudieran perfeccionar su sistema de lanzamiento. No era ningún secreto que los israelíes habían estado equipando sus aviones de combate con tanques de combustible de largo alcance y ejecutando vuelos de prueba sobre el Mediterráneo durante los últimos cinco años. Por supuesto, Irán tomaría represalias, otros países aprovecharían la oportunidad para llevarse un bocado de Israel mientras estuviera ocupado, Israel por su parte subiría las apuestas, y en muy poco tiempo el maldito continente al completo estaría en llamas. Habría que olvidarse del petróleo procedente de Oriente Medio

durante las décadas siguientes. El único vencedor sería Rusia, que seguía contando en sus reservas con miles de millones de barriles de su propio oro negro.

Hammerson sabía que un ataque israelí sería una pérdida de tiempo, ya que los iraníes solían enterrar sus bases secretas a tanta profundidad que incluso las mejores armas perforadoras y antibúnker solo servirían para amputar los túneles de suministro. En el plazo de un mes volverían a tenerlos operativos. La mejor forma de afrontar este asunto era enviar un equipo pequeño para que se infiltrara y destruyera las instalaciones desde el interior. Shavit se había mostrado de acuerdo; lo más probable es que eso fuera lo que había querido desde el principio.

Hammerson cogió de su escritorio un pequeño abrecartas con forma de bayoneta y lo hizo girar entre sus dedos. Esbozó una sonrisa forzada. *Está bien, lanzaré los dados y veré qué es lo que se trae entre manos ese viejo zorro de Shavit.*

El teléfono de su escritorio volvió a sonar.

El teniente Marshal estaba lívido, apoyado junto a dos corpulentos celadores militares sobre los azulejos de la pared de la habitación del hospital. A sus pies había tres jeringuillas rotas, cuyo contenido no había llegado a administrarse. Uno de los celadores tenía un ojo hinchado y amoratado, y el brazo colgando en un ángulo antinatural, fruto de un hombro dislocado.

Sobre la cama, el cuerpo de Alex Hunter parecía estar en guerra consigo mismo. Enseñaba los dientes y, con los brazos liberados de sus ataduras, golpeaba todo cuanto le rodeaba. Los aparatosos armarios de metal que había a ambos lados del camastro estaban tremendamente abollados, y el que se encontraba a su izquierda mostraba una profunda fisura en su superficie de acero de medio centímetro de grosor.

El capitán Graham, con la mirada fija en la carnicería que se estaba produciendo en la habitación, estaba manteniendo una exaltada conversación telefónica.

—Está teniendo un brote... nos está destrozando.

—Ponme en línea —dijo Hammerson.

Graham se apresuró a pulsar el botón de comunicación y la severa voz del comandante resonó a través del altavoz de la habitación de Alex.

—¡Arcadia!

El electroencefalograma se allanó y Alex se apaciguó. Unos segundos más tarde, abrió los ojos.

—Capitán Hunter, informe —le ordenó Hammerson.

Alex parpadeó unos segundos antes de responder.

—Centro médico de Fort Bragg. Me encuentro asistiendo al personal científico con nuevos ensayos fisiológicos y psicológicos. —Miró en derredor y vio los destrozos y a los celadores paralizados, que seguían demasiado conmocionados como para moverse. Dejó escapar el aire y añadió con un deje de resignación en la voz—:

Parece que he tenido otro sueño mientras estaba anestesiado, señor.

Alex miró al teniente Marshal.

—¿He herido a alguien?

—Todos están bien, capitán Hunter —respondió el comandante Hammerson, antes de que los miembros del equipo médico pudieran intervenir.

Alex se frotó el rostro con fuerza y tomó aliento con tanta precipitación que se estremeció.

—En mi sueño..., salía Aimee otra vez —le dijo en voz baja a Hammerson—. ¿Tiene noticias de ella? ¿Está bien?

A Hammerson no le sorprendió aquella pregunta. Esos mismos sueños se repetían desde hacía meses.

—La vi el otro día —dijo—. Se encuentra bien y sigue adelante con su vida.

—Bien. Vale, eso es bueno, supongo.

Hammerson volvió a adoptar un tono severo.

—Capitán Hunter, tengo unos cuantos miembros nuevos para su equipo. Me gustaría que viniera a echar un vistazo. Lo quiero aquí mañana a las 0800.

—A las cero ochocientos, confirmado, señor.

Alex se puso en pie y se estiró, se frotó el rostro y se pasó ambas manos a través del cabello, pegajoso a causa del sudor. Cuando se dirigió hacia la puerta, los celadores contusionados retrocedieron un paso. Alex se detuvo ante el tipo que tenía el ojo morado.

—Eres Carl, ¿verdad? Lo siento mucho, Carl, ha sido un accidente.

El celador se encogió ligeramente, pero esbozó un atisbo de sonrisa.

—No pasa nada, tío. Me alegra que estés de nuestro lado.

La voz de Hammerson retumbó en la pequeña habitación.

—Buen chico, Carl. Tómate unos días libres a cuenta del USSTRATCOM. Y recuerda, lo del ojo te lo hiciste en el gimnasio.

Alex se disculpó de nuevo, después se dio la vuelta y atravesó las puertas insonorizadas del laboratorio.

El capitán Graham redirigió el intercomunicador hacia su teléfono, para que así la conversación fuera privada.

—Jack, hay algo más. Se trata del cerebro de Alex. Ahora es... diferente. Solo podemos aventurar hipótesis en base al electro y las resonancias, pero creemos que se ha producido un incremento en la materia neocortical. No es que su cerebro sea más grande; pensamos que la masa adicional se ha acomodado a través de un nuevo pliegue cerebral, posiblemente a ambos lados de sus cisuras interhemisféricas. Pero sin una IRM no podemos saber qué significa ese pliegue extra. Me encantaría entrar

ahí y echar un vistazo.

Graham dirigió la mirada hacia la pequeña sierra eléctrica para cortar huesos que había en el armario del equipamiento quirúrgico.

—¿Crees que es este puñetero tratamiento el que lo está provocando? —preguntó Hammerson con un ligero tono de urgencia.

—Puede que sí, puede que no. Puede que sea la combinación del tratamiento con sus heridas originales. ¿Has oído hablar de Phineas Gage, Jack? Supongo que no. Fue un trabajador del ferrocarril en el siglo XIX. Se le clavó una barra metálica en la cabeza. Sobrevivió, pero pasó de ser un joven alegre a uno violento que acabó siendo temido por todo el pueblo. Existen toda clase de historias contradictorias sobre las demostraciones de fuerza que supuestamente realizó tras el accidente. Cuando finalmente murió y le abrieron, encontraron un cerebro que era muy diferente al de una persona normal. La cuestión es, Jack, que creyeron que su cerebro había seguido cambiando mucho tiempo después de que le extrajeran la barra. Por supuesto, puede que no sea el mismo caso del capitán Hunter. El pliegue cerebral extra podría ser alguna especie de respuesta física al trauma original; o puede que el tratamiento iniciara algo más ahí dentro, algo que sigue produciéndose. En fin, como puedes ver, no es más que una suposición... podrían ser cientos de cosas. La cuestión de fondo es que no sabemos a qué responde esa materia adicional, ni, lo más importante, qué puede acabar haciéndole a tu soldado.

—¿Podría matarlo? —preguntó Hammerson.

—No estoy seguro, pero dudo que lo hiciera a corto plazo. —Graham se anticipó a la siguiente pregunta de Hammerson—. Jack, nos hemos planteado interrumpir los tratamientos, pero creemos que eso podría matarlo o llevar su sistema a un estado vegetativo irreversible. En esta fase, lo único que podemos hacer es observar y aprender. Alex es único, Jack, y muy valioso. ¿Cuándo podremos tenerlo de vuelta?

—En un mes o dos, Graham. Tú límitate a devolvérmelo de una pieza.

Graham se quedó en silencio durante un instante, después añadió en voz baja:

—No olvides nuestro acuerdo, Jack. Alex es tuyo hasta que esté muerto o incapacitado. Entonces pasará a ser nuestro

La mirada del científico volvió a posarse sobre la sierra.

—Pero no hubo ninguna liberación de energía térmica. Los sismógrafos no registraron nada, ni un solo temblor. Sé que se produjo bajo la superficie, y apuesto a que contaban con un revestimiento de plomo y hormigón, pero el brote gamma tuvo que haberlo atravesado; una prueba con una explosión nuclear controlada podría haberse contenido más fácilmente. La huella radioactiva ofrece unas lecturas que no son propias de una fuente terrestre.

Zachariah Shomron estaba discutiendo vehementemente con su profesor; o mejor dicho, consigo mismo, usando a su profesor como espectador.

El profesor Dafyyd Burstein dio una palmada con sus manos rollizas sobre una barriga que estaba sujeta a presión con un cinturón fino y enarcó las cejas con un gesto que reservaba para sus mejores alumnos, aquellos que formulaban preguntas brillantes de las que probablemente ya sospechaban la respuesta.

—Zachariah, ¿estás diciendo que de alguna manera una masa estelar cayó a la tierra en mitad del desierto iraní?

—Sí..., no..., por supuesto que no... quizá. Es solo que el pulso tenía todas las características de un brote cósmico de gamma, pero es imposible que se originara desde la Tierra. Aunque solo duró unos microsegundos, emitió miles de sieverts. Una explosión nuclear solo emite unos trescientos sieverts a la hora en la dirección del viento, pero también despidе neutrones, partículas alfa y beta, y rayos X. Lo único que salvó a Irán de ser incinerada fue la microduración del estallido... y entonces, se disipó. ¡Es imposible! Esto es rarísimo... Se adentra en el territorio de la materia oscura.

—¡Yoish! —exclamó Burstein—. Vale, vale, ya discutiremos todo esto más tarde. He venido para decirte que hay un tipo del gobierno grandote y con pinta de serio esperando en el vestíbulo para hablar contigo. ¿Has vuelto a retrasarte con el pago de tus facturas, Zachariah?

Burstein agarró a Zachariah por uno de sus huesudos brazos y lo condujo a través de la puerta, asintiendo con la cabeza mientras el joven seguía mascullando un torrente de cavilaciones casi ininteligibles sobre los ignotos efectos de las ondas gamma.

Zach se calló a mitad de frase cuando vio al hombre del vestíbulo. Era el ser humano más cuadriforme que Zach había visto nunca, compuesto enteramente por ángulos abruptos que parecían más propios de una máquina, empezando por su pelo rapado al estilo militar y sus anchas espaldas, y prosiguiendo por unas piernas gruesas como columnas embutidas en unos pantalones de traje de color gris oscuro. El hombre dio un paso adelante y, por acto reflejo, Zach dio uno hacia atrás.

—*Boker tov*, Zachariah Shomron.

Zach vio cómo el hombre examinaba rápidamente una fotografía que tenía en la mano como si quisiera confirmar que estaba ante la persona correcta.

—*Shalom* —dijo Zachariah, que se aventuró a tenderle la mano para que el otro se la estrechara.

En lugar de eso, el hombre le entregó una carta. Tenía un sello distintivo en la parte frontal: una menorá azul de siete brazos, el sello del Mossad. También había una inscripción en hebreo: «Cuando falta la dirección, el pueblo va a la ruina; la salvación está en la abundancia de consejeros».

Buen consejo sobre «buenos consejos», pensó Zach.

El hombre se dirigió a él como si estuviera leyendo un guión.

—Zachariah Shomron, usted es consciente de que el servicio militar nacional es obligatorio para todos los hombres y mujeres judíos. Cuenta con la gratitud del Estado de Israel por haber completado el servicio que se le asignó. Aunque decidió reanudar una vida civil, sigue siendo un reservista inactivo hasta que cumpla los cuarenta años. En base al criterio del Estado de Israel, en el caso de una guerra o de un riesgo nacional extremo, puede volver al servicio activo. —Hizo una pausa y miró fijamente a Zach a los ojos—. Ese riesgo existe y se ha establecido que usted vuelva al servicio activo. Señor, todas sus instrucciones se encuentran recogidas en esa carta.

Zach echó un vistazo rápido al sobre y frunció el entrecejo.

—¿Qué? ¿Me han reasignado al servicio activo? No, no puedo combatir...

El tipo lo interrumpió.

—Su ayudante se reunirá con usted en el aeropuerto. *Elokim Yerachem Eretz Yisrael*. —Le dirigió un saludo militar y se dio la vuelta para marcharse.

—Eh, sí —respondió Zach, confuso por la forma con que aquel hombre lo había saludado—. Dios bendiga a Israel... Espere, espere... ¿Tengo un ayudante?

—Está todo en la carta, señor.

Zach se quedó con la boca abierta, observando cómo el hombre desaparecía por el pasillo. *Por qué ahora?*, se preguntó. Y después pensó: *Ay, Dios, no*, en cuanto recordó el breve artículo que había escrito años antes para el periódico de la universidad protestando contra las restricciones que Israel aplicaba a los científicos palestinos. Ya era consciente entonces de que algo así suponía ir demasiado lejos, pero no esperaba que nadie importante leyera una publicación universitaria. Por lo visto se había equivocado. *El Mossad*, pensó, y se recolocó las gafas sobre la nariz. *Y un ayudante...*

El comandante Hammerson empujó su silla hacia atrás y se acercó a las inmensas ventanas. Se quedó en posición de descanso con las manos agarradas por detrás de la espalda y observó al capitán Alex Hunter mientras caminaba sobre el césped cortado de los terrenos destinados a las prácticas y los desfiles. Hammerson acababa de pasar una hora con el líder de su equipo HAWC, principalmente para ponerlo al tanto de la

nueva campaña en Oriente Medio. Las instrucciones que le dio a Alex fueron sencillas: anular la capacidad de Irán para desarrollar y lanzar un arma nuclear de destrucción masiva. Le había explicado a Alex lo relativo al tamaño del brote gamma y sus características antinaturales. Significaba que los iraníes habían desarrollado una tremenda capacidad nuclear, o algún otro proceso igual de letal. En cualquiera de los casos, EE. UU. debía actuar.

Después de recibir las instrucciones, Alex le había vuelto a preguntar por los resultados de sus pruebas; siempre lo hacía tras una de sus visitas médicas. A Hammerson no le gustaba tener que mostrarse evasivo o mentirle, pero tenía órdenes que cumplir. Por otra parte, no pensaba que Alex estuviera listo para oír toda esa información teniendo en cuenta las condiciones en las que se encontraba. Y Hammerson tampoco tenía la menor idea de si estaba preparado para dársela.

Alex Hunter era lo más parecido a un hijo que tenía Hammerson. Lo cierto era que se sentía orgulloso de él. De hecho, Hammerson había sido responsable de su mismísima creación, al traerlo de vuelta a EE. UU. después del accidente y entregarlo al equipo médico. Después de eso, Hammerson lo había adoptado bajo su manto y lo había moldeado hasta convertirlo en el soldado que era ahora. Y lo protegía, a veces incluso de su propia comandancia militar.

Por desgracia para Alex, sus habilidades letales combinadas con sus nuevas y asombrosas capacidades significaban que se había convertido en algo más que un simple soldado de élite. «El sujeto ha superado todas nuestras expectativas», decían los científicos. Había algunos que no querían un único Alex Hunter en las fuerzas de élite; querían diez mil como él.

Mientras Alex tuviera éxito en misiones que otros no podrían plantearse siquiera, sería un activo de altísimo valor. Pero la primera vez que fracasara, la primera vez que no se levantara o que no recuperase la consciencia, lo meterían en uno de los laboratorios científicos encubiertos del ejército y probablemente no volvería a salir. Hammerson se preguntaba cuántos meses o años le quedarían a Alex hasta que eso ocurriera.

—A veces siento que estoy cambiando..., y no es una sensación agradable, Jack —había dicho Alex durante la reunión. Lo único que Hammerson pudo ofrecerle fue una respuesta esquiva acerca de que tales cambios eran completamente normales, que no constituían más que la herencia de un trauma severo. La verdad era que parecía ser el precio de la vida de Alex.

Hammerson inspiró profundamente y expulsó el aire por la nariz. *Siempre fue decisión mía, hijo. Lo que no puedo saber aún es si fue la correcta.* Lo único que sabía Hammerson era que haría todo cuanto estuviera en su mano por mantener a Alex lejos de los laboratorios.

Alex se encontraba bien aquel día; notaba un ligero dolor de cabeza a la altura de los ojos, pero eso era normal después de una de sus visitas a la unidad médica. Estaba deseando regresar al campo de batalla, pues le costaba conciliar el sueño a no ser que su cuerpo estuviera sometido al estrés y las exigencias físicas de una misión compleja y peligrosa. Para compensarlo se había pasado la mitad del tiempo en el gimnasio y en la pista de entrenamiento, cargando discos de cuarenta y cinco kilos de peso en una mochila. Sin ese desgaste de energía, su mente no entraba en reposo y pasaba unas noches horribles. Poco a poco estaba aprendiendo a dominar su cuerpo durante la vigilia, pero por la noche, en la oscuridad, no podía controlar qué puertas se abrían en su mente o qué emociones se desataban. Las noches eran sinónimo de peligro; a veces destruía su habitación mientras dormía.

Fueron los arrebatos de furia nocturnos los que habían puesto fin a su relación con Aimee, provocando que saliera huyendo de la habitación que compartían por temor a los riesgos para su integridad física; eso y las peligrosas misiones repartidas por todo el mundo. Alex y Aimee habían viajado juntos hasta las profundidades de la Antártida, habían visto maravillas que llevaban ocultas miles de años, habían perdido amigos, compañeros y buenos soldados, y sobrevivieron a duras penas después de que les persiguiera un monstruo primigenio bajo la superficie del hielo. Tras lo ocurrido, pusieron todo su empeño en conseguir que funcionara, pero Aimee había terminado por marcharse.

Alex recordaba demasiado bien aquella noche, hacía cosa de un año, en que entró con Aimee a un pequeño bar, en Milwaukee, para tomar algo antes de cenar. En el local había también un equipo de fútbol americano cuyos miembros estaban de despedida de soltero, y cuando Alex regresó del servicio vio cómo Aimee abofeteaba a uno de esos corpulentos brutotes después de que este intentara tocarle un pecho. Quince minutos más tarde, Aimee llamó al comandante Hammerson para solicitarle ayuda urgente... para los deportistas. Buena parte de esos grandullones quedaron seriamente lesionados aquella noche, algunos de forma permanente. El ejército tuvo que desembolsar una cuantiosa suma para comprar su silencio, y el sentimiento de culpa seguía planeando sobre la cabeza de Alex como un oscuro nubarrón de tormenta.

El problema era que había disfrutado con ese arrebato destructivo; una vez que empezó, fue incapaz de parar. Quiso hacer daño a esos hombres, quiso matarlos. Y dejarse llevar de esa manera le hizo sentirse bien.

Todavía pensaba en Aimee, en su pelo oscuro y su piel pálida, en ese carácter temperamental que provocaba que sus ojos azules se volvieran tan duros como trocitos de hielo, para después suavizarse y oscurecerse hasta convertirse en un

profundo océano azulado cuando Alex la besaba. Se preguntaba si Aimee ya se habría recuperado del todo de la expedición a la Antártida y de sus propias pesadillas. También se preguntaba si seguiría pensando en él, si de verdad habría olvidado ya el tiempo que pasaron juntos. No la culpaba por haberse marchado. Era lo mejor que podría haber hecho por el bien de ambos. No quería ni imaginar lo que se habría hecho si alguna vez le hubiera hecho daño a Aimee.

Recordó su rostro después de la pelea en el bar: el gesto de horror e incredulidad que se dibujó en sus hermosos rasgos. Estaba aterrorizada; no por los hombres que la habían agredido, sino por él. «El monstruo de Frankenstein de Jack Hammerson», lo llamó en un momento de ira y confusión. Más tarde, Aimee había intentado quitarle hierro al asunto, pero a partir de ese momento, en el fondo de su mirada, Alex percibió tensión y agotamiento.

Aimee tenía razón: Alex era un monstruo. Un monstruo creado a raíz de un accidente en un campo de batalla localizado en el otro extremo del planeta. Ella le había rogado que buscara opiniones médicas de especialistas ajenos al ejército, pero Alex ni siquiera fue capaz de hacer eso por ella. Hammerson se había negado. Aimee se puso hecha una furia cuando Alex trató de explicárselo. No se creyó sus razones y se negó a seguir escuchándolo.

Alex confiaba en Jack Hammerson; el comandante había cuidado de él, siempre lo devolvía a casa sano y salvo, y le había salvado la vida un centenar de veces. Moriría por Hammer, y también mataría por él. Solo deseaba no haber tenido que perder a Aimee.

Alex avanzó lentamente hacia el pequeño grupo de personas que Hammerson había reunido para la misión. La cantera de reclutamiento de los HAWC procedía de las filas de los Boinas Verdes, los Navy SEALs, las fuerzas especiales Alfa, y del antiguo enclave de Hammerson, los Rangers. La labor del comandante consistía en seleccionar a lo mejor de lo mejor: soldados con habilidades excepcionales en diversas técnicas de combate físicas o tecnológicas. Cada hombre o mujer de aquella unidad era un asesino controlado; una fuerza de la naturaleza que Hammer desataba cuando y como era necesario. Después quedaba en manos de Alex evaluarlos con vistas a la preparación final y el inicio de la misión.

Alex escrutó con mirada analítica a cada uno de los cuatro miembros del grupo. Había trabajado antes con dos de ellos, y los otros dos eran candidatos potenciales. Los nuevos aparentaban tener unos treinta y tantos años: profesionales curtidos en la batalla. Alex necesitaba acceder al interior de sus cabezas: proponerles diversos escenarios y preguntarles cómo los resolverían; hablar con ellos sobre sus éxitos y sobre cómo habían logrado conseguirlos; discutir sobre sus fallos y sobre cómo los enmendarían en la siguiente ocasión.

A Alex le gustaba evaluar a los reclutas. Casi todos creían que estaban hechos de

hierro, que se iban a comer el mundo, y en sus propias unidades lo más probable es que así fuera. Pero en los HAWC estaban entre iguales; se unían a un pequeño grupo de hombres y mujeres que eran iguales o mejores que ellos. A veces hacía falta cierto tiempo para que se adaptaran, a veces necesitaban un «empujón», y la parte que más le gustaba a Alex era cuando alguien le devolvía ese empujón.

Examinó los cuatro rostros que lo observaban; todos parecían serenos salvo por un tipo malhumorado con el cabello pelirrojo que apenas era capaz de disimular su irritación. *Apuesto a que serás tú el que me devolverá el empujón*, pensó Alex.

Saludó primero a los dos hombres a los que conocía; ambos le devolvieron el saludo asintiendo con la cabeza. Eran el teniente segundo Hex Winter y el teniente primero Samuel Reid. Los dos formaban parte de los HAWC desde hacía un tiempo. Hex Winter, con apenas treinta años, era el HAWC más joven al que Alex había aceptado en sus filas, y también procedía de los Alfa. Hex medía un metro noventa y tres y apenas pesaba alrededor de ochenta y cinco kilos: recordaba un poco a un espantapájaros con una percha encajada en la parte de atrás de su camisa. Le habían roto la nariz varias veces, tenía el cabello rubio platino y sus ojos eran de color gris pálido, como el oleaje del Atlántico Norte durante una tormenta. Con todo eso, el apellido Winter, «invierno», le sentaba como un guante. Cuando Alex conoció a Hex, le llamó la atención la cantidad de cuchillos que el teniente portaba en la cintura, algo inusual en la era de las armas de fuego. Alex había podido identificar el Ka-Bar estándar norteamericano de filo largo, que se contaba entre sus favoritos debido a que su fabricación en acero inoxidable de baja aleación aseguraba que la punta siempre estuviera afilada durante el combate. Podrías afeitarte con él en el campo de batalla sin necesidad de espuma. O rajarle la garganta de oreja a oreja a un enemigo en un abrir y cerrar de ojos. Pero los otros dos le resultaban menos familiares. Uno era un Kampfmesser 2000 alemán, el cuchillo estándar de la Bundeswehr de élite y de las fuerzas de asalto del ejército alemán. Era un arma preciosa, un cuchillo *tanto* de dieciocho centímetros creado a partir de una aleación de acero inoxidable cortada con láser, y con una distintiva punta curvada en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Un arma equilibrada y letal. El tercero era una nueva versión del Kampfmesser, el KM3000, con un filo con punta de lanza en lugar de la punta *tanto* del 2000; no era tan resistente, pero por su peso y estabilidad resultaba más apropiado para lanzarlo.

Alex había solicitado una demostración para verlo en acción, señalando hacia un cruce de travesaños en la verja de altura media que bordeaba el recinto ovalado, situado a más de quince metros del punto en el que se encontraban. Sin titubear, Hex Winter hizo un movimiento de revés para lanzar el cuchillo, que salió disparado dando vueltas hacia la verja. Gracias a su vista mejorada, Alex supo que el cuchillo iba a dar en el blanco, en el mismo centro, antes de que el arma hubiera recorrido siquiera la mitad de la distancia.

El joven acarrea unas cuantas «herramientas del oficio» más, incluyendo una variante mejorada del rifle de francotirador M24 con sus propias modificaciones: un

receptor de mayor alcance y una mirilla desmontable sobre un raíl elevado con supresión de sonido máxima. También admitía cartuchos propios de una Lapua magnum del calibre 338, mucho más contundentes y precisos a mil quinientos metros de distancia, con un tremendo poder de perforación. Un arma de precisión hermosa y letal. Cuando Alex le había preguntado a Hex sobre su puntería, este le respondió que podría partirle el pulgar por la mitad a dos kilómetros de distancia. Tras la demostración con el cuchillo, Alex se lo creyó.

El teniente primero Sam Reid, que era unos cuantos años mayor que los demás, era un experto en electrónica que exudaba confianza y una serenidad absoluta. Hammerson había seleccionado personalmente a Reid para su adiestramiento en los HAWC; antes era un Ranger, del 75º regimiento. Sam («Tío» para los amigos) era el mejor hombre del planeta en lo referente a estrategia militar y logística en zonas de conflicto, y poseía un coeficiente intelectual de ciento sesenta que lo puso en el punto de mira de la asociación Mensa. Era una combinación de músculos y materia gris. Tras el accidente de Alex, sus capacidades para la resolución de problemas y su agudeza mental se habían vuelto inmensamente superiores a la media, pero el teniente primero Sam Reid jugaba en su propia liga.

Entonces Alex se giró hacia los otros dos hombres.

—Soy el capitán Alex Hunter —les dijo, y les preguntó por su rango y por su historial militar.

El hombre situado a la izquierda de la fila fue el primero en dar un paso al frente. Era el más bajo del grupo, mediría en torno a uno setenta con las botas puestas, pero lo que le faltaba de estatura lo compensaba de sobra en corpulencia: tenía el pecho fuerte y grueso, y unos brazos propios de un oso. Alex también se fijó en que tenía las manos extraordinariamente ásperas y encallecidas.

—Teniente segundo Rocky Lagudi —dijo el hombre, dirigiéndole un saludo militar.

Alex le agarró la mano, le dio la vuelta y se quedó observándola. *Letal*, pensó.

—¿Cinturón negro? —preguntó.

—Sí, señor. 8º dan de karate estilo shotokan. También zen do kai, 7º dan.

Todo el personal de las fuerzas especiales estaba adiestrado en métodos de combate cuerpo a cuerpo letales y no letales, pero el zen do kai era un arte marcial mortífero que empleaba golpes letales y de extrema contundencia. Alex había presenciado varios combates de full-contact y había sido como ver a dos masoquistas enjaulados peleando con las manos desnudas.

El teniente Lagudi intentó retirar la mano, pero Alex se la sostuvo: una prueba sutil pero efectiva de voluntad y fortaleza. Rocky lo intentó de nuevo, haciendo acopio de toda su fuerza esta vez, pero la forma con que Alex le apresaba la mano era comparable a la de un cepo de acero. Alex podría haber pulverizado fácilmente los fornidos dedos del teniente y todos sus huesos metacarpianos, pero en lugar de hacerlo, lo soltó. *Muy bien*, pensó, *quizá hoy seas uno de los elegidos*.

—Prosiga, teniente —dijo, y atendió al resumen que hizo Lagudi sobre las diversas misiones de combate en las que había participado y sobre sus antecedentes en los Boinas Verdes. Por lo visto Lagudi era el ariete, el primer hombre en llegar a la cima. *Bien, pensó Alex, hay un corazón valiente dentro de ese pecho enorme. Me puede servir.*

El teniente segundo Francis O’Riordan tenía una pinta inconfundible de irlandés, con el pelo cortado al rape, de un sorprendente color anaranjado, y la piel pálida. Pero cuando abrió la boca para hablar, lo hizo con el acento característico del Bronx, y culminaba todas las frases con una muletilla que las hacía parecer una pregunta o un desafío. O’Riordan «el Irlandés» provenía de las fuerzas especiales Alfa, estaba especializado en ingeniería química y era un experto en la construcción, colocación y eliminación de dispositivos explosivos. Corría el rumor de que era capaz de crear una bomba a partir de los contenidos de una nevera corriente.

Alex había leído su informe. Su anterior equipo Alfa había sido el mejor escuadrón en activo..., hasta que volaron en pedazos. El Irlandés había regresado a casa en camilla; el resto de su unidad estaba desperdigado a lo largo de treinta metros de jungla humeante. Durante el interrogatorio, el Irlandés había declarado que la capitana Dianne Chambers había ignorado los consejos de su equipo y los había enviado directamente a la boca del lobo, hacia una red de minas antipersona: un camino de entrada, ninguno de salida. Las consiguientes sesiones psicológicas denotaron una marcada ira hacia la autoridad ejercida por una mujer, pero también confirmaron que O’Riordan era apto para el deber. Hasta la fecha, su labor había sido impecable. En aquel momento, Alex pudo percibir una pizca de hostilidad en sus ojos. *La ira es buena, pero la clave es controlarla, pensó. Ha llegado la hora de darle un pequeño empujón.*

—¿Cuál es su hogar, teniente O’Riordan? ¿Riverdale, Throggs Neck? —inquirió.

Alex tenía ciertos conocimientos sobre el Bronx ya que había pasado un tiempo en Fort Hamilton, en Nueva York. Aunque el Bronx era una de las zonas más pobladas de Estados Unidos, y algunas de aquellas zonas eran las más peligrosas del país, ciertos sectores estaban empezando a aburguesarse rápidamente, y los barrios de Riverdale y Throggs Neck eran hogar de más estrellas de cine que de gánsters. Alex escuchó la risita burlona que profirieron los demás soldados al oír aquella pregunta.

O’Riordan deslizó sus ojos hacia Alex y los entrecerró durante un segundo antes de volver a mirar al frente.

—No, señor. Nací y crecí al sur del Bronx, justo al lado de Fordham. Nací y me crié allí, pero ya no es mi hogar. No pienso volver nunca.

Era una zona dura, poblada principalmente por hispanos, italianos y afroamericanos. Un chico pelirrojo destacaría allí como un trozo de mierda en un pastel de nata. El Irlandés debió de haberse visto envuelto en multitud de peleas durante su adolescencia.

Alex lo miró fijamente a los ojos mientras decía:

—¿Qué pasa, le echaron demasiada leche en el café? ¿Se encontró algún *sushi* en mal estado durante su último recital poético, teniente?

O’Riordan apretó los músculos de la mandíbula y sus ojos centellearon mientras escrutaba el rostro de Alex. Supo que si se estaba conteniendo era solo gracias a su disciplina castrense. Pasados unos cuantos segundos más, O’Riordan se puso firme.

—No tengo nada por lo que volver. Un miserable al que estaban trasladando a Rikers se escapó y trató de sacar a mi padre de su coche en un semáforo. Y mi padre, que era uno de los últimos Red Rhinos irlandeses, se negó a dejarse avasallar sin plantar cara. Aunque el coche era un trasto inútil, no pensaba dárselo por las buenas a ningún ladrón gilipollas. Por ello se ganó una descarga de plomo en plena cara, y mi madre dos tiros en el estómago. Ya no queda nada para mí allí. Ahora mi hogar es el ejército..., señor.

Alex se quedó mirándolo a la cara con dureza durante unos segundos más, después asintió una vez y se dio la vuelta. *Hmmm, un montón de ira ahí adentro que vamos a tener que canalizar*, pensó. Había vuelto a leer el informe psicológico de O’Riordan solo para asegurarse de que aquel tipo no explotaría bajo presión. Fuera como fuese, resolvió que todos estaban preparados para su ingreso. Solo quedaba una cosa más.

—Bien, reclutas, este es un comando de élite para enfrentamientos armados en zonas de conflicto, y somos lo mejor que hay en este planeta. Su sueldo no se verá incrementado, no tendrán coches más rápidos, ni grupos de animadoras. De hecho, en lo que respecta al ciudadano de a pie, ni siquiera existimos. Nuestro índice de bajas es mayor que el de cualquier otra unidad de las fuerzas especiales de Estados Unidos, y si alguna vez son capturados... En fin, como ya he dicho, nosotros no existimos. Pero lo que sí puedo garantizarles es acceso al mejor armamento, información y adiestramiento que el ejército puede ofrecer. Y si les gustan los desafíos..., bueno, se encontrarán con desafíos mayores de los que jamás hayan afrontado en sus vidas. Como miembros de los HAWC, ustedes no solo salvan vidas, salvan países.

Alex hizo una pausa y miró a los dos nuevos. Rocky Lagudi estaba serio, pero O’Riordan el Irlandés parecía estar conteniendo a duras penas una risita.

Alex se dirigió directamente al tipo pelirrojo.

—Esta es su oportunidad para decir lo que piensa..., para hacerme preguntas, a mí o a sus compañeros de los HAWC. Puede que no haya un momento mejor, o que no haya otro jamás. Los acontecimientos suceden a toda velocidad en este escuadrón.

Aguardó unos pocos segundos y, al ver que los dos hombres mantenían su silencio, prosiguió:

—Pasarán la mayor parte del año entrenándose. Aprenderán nuevas habilidades, utilizarán nuevas armas y tecnologías, y serán puestos a prueba una y otra vez en simulacros a lo largo de diversos terrenos y ambientes hostiles. El simple hecho de que estén en los HAWC no significa que tengan derecho a quedarse en los HAWC.

Alex vio que Sam Reid esbozaba una media sonrisa. Hex y él habían pasado por

aquellas pruebas y sabían lo que conllevaban.

—Y después están las operaciones sobre el terreno —prosiguió Alex—. Proyectos arduos y peligrosos que nadie más quiere y en los que nadie más podría tener éxito. Proyectos que nos encomiendan porque somos la unidad más letal y más temida de todo el planeta. —Esbozó una sonrisa severa—. Caballeros, presten atención. Estamos a punto de embarcarnos en uno de esos proyectos.

Ahmad al Janaddi se esforzó mucho por disimular el nerviosismo que denotaba su voz. Era la primera vez que lo convocaban para reunirse en persona con el presidente, y su futuro bien podría depender de su actuación. No era ningún consuelo que el hombre a cargo del ejército iraní, la Guardia Revolucionaria Islámica y los servicios de seguridad e inteligencia, estuviera presente también, junto con el líder del Consejo de Guardianes Islámicos, un grupo de ancianos cuya labor consistía en asegurarse de que todas las decisiones de la República se adhiriesen a los preceptos del islam.

Al Janaddi era el científico al que acababan de ascender para que se pusiera al mando de la base Jamshid II, y era su deber informar a aquella comitiva acerca de la reciente «anomalía» acaecida en la base Jamshid I de Persépolis. Dejó escapar una leve bocanada de aire y echó un vistazo rápido a los rostros que lo escrutaban. El presidente Moshaddam parecía estar escuchando pacientemente, pero también podría ser que estuviera aburrido de tantos detalles técnicos.

El único rostro verdaderamente atento era el de Parvid Davoodi, el vicepresidente. Con un carácter totalmente opuesto al del presidente, Davoodi era una persona instruida y tenía formación como economista; su perspectiva liberal, basada en sus estudios de teoría económica moderna y libre mercado, solía entrar en conflicto con la línea dura de sus colegas y su presidente. Al contrario que Moshaddam, Davoodi apostaba por un diálogo abierto con Occidente. Había pasado parte de su juventud en EE. UU. y tenía un doctorado en Economía por la Universidad Estatal de Iowa. Al igual que muchos de los iraníes moderados, no consideraba que Occidente fuera la encarnación del mal, sino simplemente diferente.

Al Janaddi prosiguió con su informe.

—Todo el material de Persépolis que fue transferido a nuestras instalaciones de Jamshid II ha sido revisado muchas veces y creemos conocer lo que provocó la destrucción de la base principal. En esencia, las modificaciones a la esfera de enriquecimiento por láser realizadas por el científico alemán Hoeckler tuvieron un efecto colateral inesperado. Debido a su radical diseño y elección del láser, las colisiones moleculares se produjeron a una velocidad mucho más elevada y con una carga energética mucho mayor de lo esperado. De hecho, su diseño hizo algo más que separar a los átomos de sus moléculas; Hoeckler provocó que chocaran entre sí a la velocidad de la luz. Su esfera se convirtió en un acelerador de partículas en miniatura. —Al Janaddi hizo una pausa, pero nadie salvo Davoodi parecía prestar atención. Lo intentó de nuevo—. Sospechamos que creó un agujero negro en miniatura en el interior de la esfera.

Davoodi se inclinó hacia adelante.

—¿Considera que fue esa la fuente de los rayos gamma, y no un accidente de

criticidad? —preguntó.

Al Janaddi sabía que el vicepresidente era un astrónomo aficionado.

—Sí, *Agha-ye*, vicepresidente, consideramos que los datos son irrefutables a este respecto. Si se tratara de una fuga, habría una radiación continuada en el espectro megasievert. Pero no hubo calor, ni explosión, solo una especie de... implosión. La anomalía gamma mantuvo su forma durante cero coma cero dos nanosegundos antes de disiparse y colapsar sobre sí misma, llevándose consigo todo lo que se encontraba en un radio de ciento cincuenta metros. Bendito sea Alá por que así fuera, ya que arrastró consigo su propio brote de radiación gamma. Apenas queda ninguna radiación residual; el diseño estructural de las instalaciones contuvo la mayor parte de las emisiones letales de partículas y la implosión absorbió el resto.

El científico escogió sus palabras con cautela. Aunque la base Jamshid I de Persépolis había estado bajo la dirección de su malogrado colega, Mahmud Shihab, seguía siendo bastante posible que lo arrestaran por estar relacionado con la destrucción de una propiedad de la República Islámica de Irán, lo cual implicaba una condena a muerte inmediata. Sintió que Mohammed Bhakazarri, comandante en jefe de la Guardia Revolucionaria Islámica, deslizaba su mirada fría sobre él. Tragó saliva y continuó.

—Permitan que les muestre las transmisiones de datos de los minutos previos a la anomalía registrada en las instalaciones. —Al Janaddi abrió un enorme ordenador portátil, puso en marcha un reproductor de vídeos, seleccionó el lapso de tiempo adecuado y le dio a reproducir—. Lo que estamos viendo ahora es la planta del laboratorio. La esfera de enriquecimiento de uranio es el globo que está situado en mitad de la habitación.

La pantalla mostró a numerosos científicos e ingenieros en el laboratorio. Cuando las luces se atenuaron, se protegieron los ojos con unos visores y se dieron la vuelta hacia la esfera. El orbe resplandeció a medida que la estancia se oscurecía a su alrededor, y entonces, durante apenas unos pocos segundos, la habitación quedó inundada por unos rayitos blancos antes de que todo se volviera negro. Un temible sonido que asemejaba un aullido provocó que, mientras veían el vídeo, los miembros de la comitiva pusieran los ojos como platos y se agarrasen con fuerza a los reposabrazos de sus sillas. Al Janaddi ralentizó el metraje para reproducirlo fotograma a fotograma. Aun así, los acontecimientos se sucedían a una velocidad vertiginosa, y resultaba difícil asimilar lo que estaban visionando. Todo el personal del laboratorio pareció desdibujarse y deformarse, sus cuerpos se estiraban hacia la esfera como si estuvieran hechos de algún material elástico. El aullido ralentizado tenía ahora un tono casi musical, como si fuera un inmenso instrumento de viento.

Al Janaddi detuvo la reproducción y agrandó una pequeña sección, mostrando los rostros de los científicos con detalle. La mayoría ostentaba gestos de sorpresa, pero entre ellos también había miedo y agonía. Después desaparecieron.

—La radiación gamma en el interior de las instalaciones alcanzó un pico de ocho

mil sieverts —explicó Al Janaddi sin alzar la voz—. Eso supone una longitud de onda de altísima intensidad. Alejados de la esfera, los revestimientos de plomo y hormigón consiguieron contener la onda de choque del pulso, pero sabemos que se extendió más allá de las instalaciones. No obstante, ya no quedan trazas significativas de radiación en la base; de hecho, apenas supera ligeramente los niveles normales. Hubo radiación, de eso no hay duda, pero ha desaparecido sin dejar rastro.

Davoodi volvió a tomar la palabra, hablando despacio.

—¿Hay algún superviviente? ¿Los cuerpos fueron recuperados y bendecidos?

—No hay supervivientes, aunque... —Al Janaddi se humedeció los labios mientras ponía en orden sus pensamientos—. Creemos haber recuperado los restos de Mahmud Shihab, el científico jefe de la instalación. Pero en este punto no estamos seguros al cien por cien de si...

El presidente descruzó los brazos y se quedó mirando al científico con los ojos entornados.

—Díganos lo que tiene, profesor. Todo..., y rápido. —Aunque lo dijo con tono monótono, Al Janaddi pudo percibir claramente la advertencia subyacente.

—Sí, mi presidente. Por favor, tenga en cuenta que aún hay muchas cosas que no comprendemos del todo, y que necesitamos realizar muchas más pruebas para obtener una confirmación definitiva, pero esta mañana nos fue entregado un cuerpo... O, mejor dicho, parte de él. Creemos que se trata del doctor Shihab, pero solo pudimos identificarlo a raíz de la insignia de seguridad que encontramos en su bolsillo y de una huella parcial del pulgar de la mano izquierda.

Al Janaddi se dio cuenta de que Parvid Davoodi lo estaba mirando fijamente.

—¿Quemaduras graves? —preguntó el vicepresidente.

Al Janaddi movió los labios como si estuviera meditando sus palabras antes de decirlas en voz alta. Negó con la cabeza y bajó la mirada al suelo; después continuó:

—Los rayos gamma afectaron a su fisiología, y parte del personal que recuperó el cuerpo padeció síndromes secundarios de irradiación aguda, pero eso no fue lo que nos dejó perplejos.

El científico dejó escapar una fuerte bocanada de aire y abrió otro archivo en el portátil: una fotografía en color que ocupaba la totalidad de la pantalla. Aunque no era la primera vez que la veía, la imagen le produjo un escalofrío. La parte superior del cuerpo no parecía propia de un ser humano. La cabeza y el rostro se llevaban la peor parte: parecían haberse estirado y ensanchado. Un ojo de treinta centímetros de longitud observaba desde la imagen, mientras que la boca, forzada a permanecer abierta a causa de la lengua hinchada y tumefacta, parecía proferir un grito desde las mismísimas profundidades del infierno.

Incluso los soldados veteranos, que habían visto toda clase de mutilaciones en el campo de batalla, se quedaron boquiabiertos y con un gesto de asco o de conmoción en la cara. Al cabo de unos instantes, la mayor parte del grupo apartó la mirada, todos salvo Mahmoud Moshaddam. El presidente lanzó una mirada vehemente al científico;

Al Janaddi sintió como si esa mirada le atravesara el cuerpo hasta el fondo de su ser.

—¿Qué más? —inquirió Moshaddam en voz baja—. Hay algo más..., lo percibo. No se lo pediré una tercera vez, profesor. Cuéntenoslo todo.

El científico se retorció las manos y asintió.

—La anomalía de Persépolis ocurrió hace apenas cuarenta horas y a unos seiscientos cincuenta kilómetros de donde nos encontramos ahora. Sin embargo, cuando recuperamos el cuerpo se encontraba en un avanzado estado de descomposición, como si el doctor Shihab llevara muerto varios meses. Por alguna razón, entre su desaparición, acaecida hace menos de cuatro días, y su reaparición, su cuerpo ha pasado por un proceso similar al de medio año de descomposición. Creemos que cuando desapareció, no solo se fue a otra parte..., sino también a otro tiempo.

Mohammed Bhakazarri estaba negando con la cabeza.

—Profesor, ¿es consciente de los miles de millones de riales que le ha costado esa base a la República Islámica de Irán? ¿Es consciente de las maniobras de camuflaje y desinformación que fueron necesarias para mantenerla oculta? ¿Y para qué? ¿Qué nos han reportado el trabajo y los millones invertidos, aparte del cadáver deformado de un científico?

Al Janaddi había esperado algo así por parte del ejército. Estaban resentidos por el hecho de que personal científico estuviera a cargo de los proyectos Jamshid. Pero su estrategia de defensa no se basaba en arremeter contra el ejército, sino en lograr el favor del presidente. Era sabido por todos que Mahmoud Moshaddam era un hombre profundamente religioso que veía la mano de Alá en todo cuando sucedía a su alrededor. Al Janaddi basó su réplica en esa certeza.

—Sí, soy consciente del coste, comandante en jefe Bhakazarri: tanto en términos de pérdida de personal humano como de riales. Pero considero que hemos gastado nuestro dinero con mucha sabiduría. Este podría ser el mayor regalo que Alá, alabado sea su nombre, haya concedido a nuestra gloriosa tierra desde hace mil años.

El presidente frunció el ceño y se inclinó hacia adelante. La estancia quedó sumida en el silencio y todas las miradas estaban fijas ahora sobre el científico.

—Los agujeros negros son las entidades más mortíferas y poderosas de nuestro universo —prosiguió Al Janaddi—. E Irán acaba de crear uno en un laboratorio. Los europeos y los americanos siguen teorizando sobre la capacidad de conseguir este resultado con sus gigantescos aceleradores de partículas. Saben que crear y controlar un agujero negro equivaldría a una fuente de energía sin parangón en nuestro planeta. Los brotes de rayos gamma que se producen fuera de nuestra galaxia poseen un poder tremendo que podría paliar las necesidades energéticas del mundo entero durante un billón de años. En lugar de enterrar el proyecto Jamshid, debemos intentar reproducir el trabajo realizado en Persépolis y ver si somos capaces de domar esas prodigiosas entidades y su poder casi ilimitado.

Davoodi enarcó una ceja y le dirigió una media sonrisa al científico.

—No soy un experto, pero tengo entendido, profesor, que un único brote gamma puede liberar más energía en diez segundos que la que nuestro sol emitirá en diez mil millones de años. ¿Cómo propone contener esa fuerza monstruosa una vez generada? Además, ¿qué impediría que esas entidades inestables escaparan de sus instalaciones y devorasen Jamshid II, Irán, o el planeta entero? Acabamos de perder Jamshid I en menos de lo que dura un parpadeo, y probablemente hayamos alertado a Occidente de que estamos trabajando con material de fisión. El próximo «accidente» podría suponer el fin de Irán.

El vicepresidente se inclinó hacia adelante y unió las yemas de los dedos.

—Sugiero que interrumamos todas las pruebas hasta que comprendamos mejor los riesgos de intentar lidiar con estos fenómenos monstruosos e insondables.

Al Janaddi cerró los ojos durante un instante y suspiró, para después abrir los brazos en lo que pareció un gesto de resignación.

—Quizá tenga razón. Hay muchas cosas que desconocemos en este punto, vicepresidente Davoodi. Pero quizá ese sea el motivo por el que debemos emprender nuevos estudios para comprender, y quizá dominar, ese poder. Si nosotros no lo hacemos, lo hará Occidente.

Se produjo un silencio absoluto. Todas las miradas se dirigieron hacia el presidente. Parecía estar sumido en una oración: tenía los ojos cerrados, las manos entrelazadas, y estaba murmurando suavemente para sí. Al fin abrió los ojos y dijo:

—A mis ojos resulta evidente que se trata de un regalo de Alá al pueblo iraní. Nos ha mostrado el camino a seguir, y sería una blasfemia ignorar su mensaje. Nuestros enemigos ya no estarán en disposición de amenazarnos con embargos sobre nuestro petróleo o con la destrucción de nuestros campos petrolíferos. Cuando tengamos una fuente de energía que no necesite ser extraída del suelo, que podamos arrancar de las mismísimas estrellas, que nos ha sido entregada por Alá, bendito sea su nombre, entonces podremos liderar a todo el mundo musulmán hacia una nueva era de supremacía. Podremos interrumpir nuestra producción de crudo y observar cómo Occidente se sume en el caos cuando la fuente de la sangre negra de la que se atiborran sus máquinas deje de manar.

Entonces el presidente frunció el entrecejo como si acabara de tener un pensamiento desagradable. Se inclinó hacia el comandante en jefe Bhakazarri y lo agarró del brazo.

—Vendrán. O bien los cerdos de Sión o los americanos. Si ha escapado suficiente radiación, la habrán detectado.

Bhakazarri apretó el puño y lo bajó lentamente hacia la mesa en un gesto simbólico de aplastar a sus enemigos.

—Tiene razón. Ya sea por aire o a través de una incursión terrestre, vendrán. Debemos estar preparados.

—¿Y qué pasa con Persépolis? ¿Qué queda de las instalaciones?

El presidente dirigió su atención desde Bhakazarri hacia el científico, entornando

los ojos en un gesto meditabundo.

—Nada, mi presidente. Nada salvo los túneles que conducen al complejo. No hubo calor, ni ruido ni temblores de tierra: las instalaciones fueron absorbidas por completo..., o enviadas a alguna otra parte.

El presidente asintió despacio.

—Un verdadero regalo. Alabado sea Alá y todos los profetas. —Se dirigió hacia Bhakazarri, con un destello de entusiasmo en la mirada—. Debemos estar preparados: con palabras y un plan, y algo de acero también, amigo mío. Les diremos a los burócratas de las Naciones Unidas que nos gustaría plantear el cierre de las instalaciones Natanz, con su ayuda, a cambio del levantamiento de todas las sanciones. Ya están al tanto de la operación Natanz, y con eso se darán por satisfechos. También bastará para mantener a los americanos a raya, al menos desde el punto de vista diplomático.

Entonces volvió a dirigirse a Al Janaddi:

—Profesor, tiene autorización para llevar la base Jamshid II a su capacidad de producción máxima de inmediato. Usted será el responsable directo del éxito de este proyecto.

El presidente cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás, como si estuviera escuchando una voz lejana.

—Debemos mantener a los infieles alejados de Jamshid II a toda costa. Quizá conozcan la existencia de la base de Persépolis, pero allí no encontrarán nada. No obstante, tal vez deberíamos dejarles allí un comité de bienvenida. Para ralentizarlos, para minar su fortaleza.

Bhakazarri esbozó una sonrisa carente de emoción.

—Prepararé a los takavaran de inmediato, mi presidente, y desplegaré una red alrededor de Persépolis. También me aseguraré de que nuestro profesor y Jamshid II estén doblemente a salvo. Formaré un nudo corredizo a su alrededor.

Al Janaddi contuvo un gemido. Los takavaran eran la fuerza de combate más brutal de todo Oriente Medio. Eran unos fanáticos que se comparaban con los Inmortales de Persia, y sus escuadrones de la muerte tenían la costumbre de aplastar a enemigos y lugareños por igual. Su cadena de mando incluía a Bhakazarri y a Dios, por ese orden. La base Jamshid II de Arak estaba a punto de pasar por una experiencia muy desagradable.

El presidente le había pedido a Mustafá Hossein, el líder del Consejo de Guardianes Islámicos, que se quedara cuando los demás se marcharon. Le indicó con un gesto al anciano clérigo que se sentara a su lado y lo tomó de la mano.

—La he escuchado —dijo—. He escuchado la trompeta de Israfil. La hora ha llegado. —El presidente recordó una cita del Corán—: «En un momento desconocido por el hombre, pero predestinado, cuando la gente menos lo espere, Alá dará su

permiso para que el *Qiyamah*, el Día del Juicio, dé comienzo. El arcángel Israfil hará sonar su trompeta, propagando una ráfaga de verdad. La Tierra, la Luna y el Sol se unirán y serán engullidos por la oscuridad». —Unas lágrimas corrieron libremente por su rostro, pero sus ojos centelleaban, eufóricos—. El científico Shihab nos ha sido devuelto con la forma de una repugnante bestia. Creo que se situó en el cruce entre la Yanna y el Yahannam, y Alá lo juzgó como un pecador. Nos fue mandado de vuelta en ese cascarón nauseabundo y deformado a modo de castigo.

»Los mismísimos ángeles me han revelado que pronto El Oculto, el mahdi, se mostrará. Alá nos ha conducido al descubrimiento de este inmenso poder para que podamos preparar al mundo para la llegada del Iluminado. —El presidente volvió a citar las escrituras—: “El cielo se moverá y los cielos se oscurecerán. Todos los hombres y mujeres habrán de cruzar el abismo negro, del que se alzan las llamas del Yahannam. Los fieles llegarán a salvo hasta la Yanna; los demás serán desterrados como bestias. Más tarde, el mahdi, El Oculto, guiará a los verdaderos fieles hasta una tierra consagrada al reino de Alá, purificada de infieles, pecadores y falsos dioses”.

El líder del Consejo de Guardianes Islámicos era un hombre de fuertes convicciones religiosas, pero recelaba del modo con que el joven presidente se valía de una autoridad espiritual propia carente de fundamento. Sabía que el presidente creía que las enseñanzas del profeta señalizaban un resurgimiento del califato islámico y la llegada del apocalipsis. Su feroz retórica cuando abordaba la supremacía de Irán o sus relaciones con Occidente resultaban conmovedoras e intimidantes al mismo tiempo, pero daba la impresión de que todos salvo el propio presidente sabían que Irán no podría sobrevivir a un conflicto directo con Occidente, especialmente contra las fuerzas estadounidenses. El arma de Irán era la amenaza de detener la producción de crudo, no la potencia de fuego. A Mustafá Hossein le preocupaba que Moshaddam se estuviera posicionando para echar mano de una vieja profecía con la que proclamarse como una especie de profeta, quizá incluso como un descendiente del más importante de todos los profetas. Moshaddam estaba obsesionado con el mahdi, el Imán Oculto, un descendiente directo del profeta Mahoma, cuyo retorno proclamaría el Día del Juicio islámico y el fin del mundo.

El presidente cerró los ojos e hizo un pequeño ademán con la mano, que significa que la reunión había terminado.

—Aún puedo oír la trompeta —susurró—. Israfil me habla incluso en este momento, amigo mío. Me dice que me prepare para el regreso del profeta.

Mustafá Hossein se inclinó para besar al presidente en las mejillas y después se dirigió hacia la puerta. Tenía que hablar con el líder supremo.

—¿Por qué no nos lanzan sobre Irak? Ahora es una zona segura. —Alex estaba contemplando el mapa de Oriente Medio que Hammerson había desplegado sobre su escritorio.

Hammer negó con la cabeza.

—Segura, tal vez. Cerrada y silenciada, ni de coña. Si os dejamos en cualquier punto de Irak, en Teherán se enterarán en menos de una hora. Lo mismo ocurre con Kuwait, Arabia Saudí y Baréin. No hay refuerzos, y el tiempo corre en vuestra contra. Necesitaréis toda la ventaja inicial posible. Tiene que ser Israel, después cruzaréis hasta la zona objetivo.

Alex miró a su superior con una ceja enarcada.

—Atravesar el espacio aéreo sirio, sobrevolar Irak y después descender en Irán... Eso supone pasar ante muchas miradas hostiles. Los helicópteros son demasiado lentos, y eso también se aplica a una incursión por tierra desde el Golfo... Hmmm, ¿HALO?

Hammerson sonrió, echó su silla hacia atrás y entrelazó sus manazas por detrás de la cabeza.

—Pues sí. Me parece que os voy a lanzar desde la parte trasera de un B-2 Spirit a diez mil metros de altura, a ver qué ocurre.

—¿Un descenso nocturno? —preguntó Alex.

Hammerson asintió.

—Alto y oscuro. Doble diversión.

Alex sonrió. Si un ser humano quiere experimentar de verdad lo que es la velocidad, que se olvide de viajar en la cabina de un *jet* o de un coche de carreras. Que realice un salto a Gran Altitud-Baja Temperatura (HALO). Todos los HAWC tenían que realizarlos como parte de su adiestramiento especial; sin embargo, diez mil metros era la altitud máxima a la que se podía llegar sin llevar un traje de presurización. La temperatura del aire estaba muy por debajo de cero a esa altitud, con lo que existía riesgo de la congelación, hipotermia y glaucoma. No obstante, lo normal es que no pases el tiempo suficiente a esa altitud como para que ocurra nada de eso; el verdadero peligro procede de la baja presión atmosférica, que puede provocar edemas pulmonares o incluso cerebrales. En otras palabras, la tumefacción de los pulmones o del cerebro. Esta última conlleva desmayos o alucinaciones; sencillamente, te olvidas de la necesidad de abrir el paracaídas. La velocidad límite ronda los trescientos veinte kilómetros por hora en caída libre, pero con baja presión atmosférica puedes alcanzar el doble de esa velocidad. En caso de estrellarte contra el suelo, tendrían que acudir a recogerte con un cubo y una fregona.

—Los nuevos trajes que utilizaréis con los visores en posición os proporcionarán la protección ambiental necesaria, y podemos equiparlos con reservas desechables de oxígeno —dijo Hammerson—. El descenso durará unos tres minutos, dos de los cuales serán bastante desagradables, doblemente para nuestro contingente israelí. —Hammerson sacó un mapa más detallado y extrajo varias fotografías de una pila que había sobre el escritorio.

—¿Israelíes? ¿Trajes nuevos? —Alex frunció el entrecejo.

—Cierta colaboración regional... Ya llegaremos a eso. La infiltración tendrá lugar aproximadamente a un kilómetro y medio al sur de las ruinas de Persépolis. El punto de extracción lo determinaréis vosotros. Tendremos preparado un bombardero para que haga un barrido sobre la superficie; llegados a ese punto, nos dará igual que alguien nos vea o nos escuche.

Alex examinó el mapa de Irán y las fotografías de la cuenca de Marvdasht que tenía delante. Más de un millón y medio de kilómetros cuadrados de árido desierto, montañas y hostilidad ancestral.

—¿Vigilancia? —preguntó. Ser capturado por espionaje en Irán no auguraba precisamente una estancia agradable en el país. Las torturas y la ejecución se encargarían de arruinar lo que hubieran podido ser unas bonitas vacaciones.

—Nada electrónico, pero puedes apostar a que habrá unas cuantas lentes apuntando hacia el cielo. El B-2 se desplazará a la altitud suficiente como para que podáis lanzaros, y vuestros trajes no serán visibles durante el descenso. En el suelo..., es posible.

Alex asintió.

—En el suelo podremos lidiar con lo que venga. —Hizo una breve pausa y después añadió—: No necesitamos ayuda. No harán más que ralentizarnos.

—Puede que esta vez la necesitéis. La tecnología compleja y el entorno hostil implican que necesitaremos especialistas: en astrofísica, idiomas y logística.

Alex negó con la cabeza.

—Tengo a Sam Reid, que sabe un montón sobre tecnología y fisión nuclear. ¿Y me está diciendo que quiere que me lleve a un especialista en idiomas? No creo que vayamos a hablar mucho.

—Lo sé, lo sé, y lo más probable es que uno de ellos, si no los dos, sea un ariete del Mossad. Pero tenemos que colaborar con los israelíes en este asunto; lo último que queremos es que lancen un ataque contra Irán. Considéralo como un pequeño precio a pagar por tener la posibilidad de utilizar sus bases y sus recursos. Además, pensamos que la situación podría ser mucho más delicada que una simple prueba atómica. Los israelíes tienen más ojos y oídos en Irán de los que nunca tendremos nosotros. El instinto me dice que puedes necesitarlos. Recibiréis más instrucciones sobre suelo israelí.

—Dos de los suyos, cinco de los nuestros. Si se quedan atrás, los dejaremos allí.

—Está bien. En el mejor de los casos, entrarán siete y saldrán siete. Pero será

elección tuya cómo ejecutar los objetivos de vuestra misión. Y ahora, veamos qué tenemos para cubriros las espaldas, soldado.

Hammerson echó los mapas a un lado y giró el ordenador para que ambos pudieran ver la pantalla. Ya estaba conectado a la intranet de la USSTRATCOM, la página web segura para los altos mandos de la comandancia estratégica. La primera página que abrió estaba dedicada a investigación y desarrollo, donde seleccionó «Armamento defensivo», y después «Blindaje corporal en entornos áridos».

Alex soltó un silbido. La pantalla mostraba lo que parecía un robot de color tierra. El nuevo atuendo de combate en terrenos áridos combinaba un uniforme de cobertura total con una base de material sintético y placas blindadas que cubrían la zona del pecho, la espalda y los hombros. Por encima del cuello, el estómago, las rodillas y los codos había armazones de armadillo segmentados que proporcionaban la máxima movilidad. La región facial estaba abierta, pero un casco de última tecnología cubría la cabeza y se extendía por el lateral del rostro hasta la mitad de la barbilla. Desde el borde, sobre los ojos, había un visor desplegable.

—Tiene que ser ligero —dijo Alex—. ¿La coraza es una estructura de polímero?

—No, en absoluto. La ventaja de estar en los HAWC es que tenemos acceso a material experimental de los laboratorios. Lo que ves aquí es el resultado de millones de dólares en investigación y de lo aprendido durante la operación Escudo del Desierto. En un entorno árido se convertirá en vuestro nuevo mejor amigo; el material de este traje está creado térmicamente utilizando lo último en fibras sintéticas de para-aramida. Y digo lo de térmico porque no tiene costuras, en realidad se dejan crecer y luego se fusionan. La relación peso/solidez es de alrededor de cinco a uno; es el material que usamos actualmente en los aviones de combate. Su diseño básico está pensado para repeler el calor, la arena y el polvo, pero conservando la humedad. No detendrá una bala, pero sí el ataque de un cuchillo, salvo que sea alguien como tú quien lo empuñe. Lo que detendrá las balas es la coraza; eso que pensabas que era una estructura de polímero es en realidad cerámica de dióxido de circonio. Este material alcanza un ocho coma cinco en la escala de dureza de Mohs. El acero apenas llega a un seis. Es ligero, no se derrite, y no es un material conductor ni tampoco magnético. El casco está construido con el mismo material y trae incorporado un completo equipamiento de comunicaciones.

—Vaya, ¿y puede volar?

Hammerson se rió.

—No tardará en hacerlo. Ya en la próxima generación.

Se quedó en silencio un instante, observando a Alex, antes de coger una carpeta y retomar la palabra.

—Hay una cosa más; hará falta actualizar el exoesqueleto y las para-aramidas para que sirvan de protección frente a la radiación. El material será comprimido para simular la densa estructura atómica del plomo, con apenas un mínimo de peso adicional, y sin la toxicidad propia de un metal pesado.

Alex asintió lentamente.

—Hmmm, ¿piensa que los iraníes siguen teniendo una fuga de radiación?

Hammerson se encogió de hombros. Abrió la carpeta y sacó una fotografía. Se quedó contemplando la imagen con gesto indescifrable durante unos segundos antes de deslizarla hasta Alex sobre la mesa.

En la foto aparecía un cuerpo desfigurado con la mitad del torso aplastada y estirada a lo largo de tres metros más de lo que debería ser su longitud normal. Estaba tendido sobre una lona y parecía el cascarón podrido de un animal de las profundidades marinas que hubiera sido arrastrado hacia la superficie. Había pedazos de asfalto y de un tejido blanco incrustados en el interior de aquella masa.

Alex negó con la cabeza y frunció el ceño mientras le tendía de nuevo la foto a su superior.

—¿La radiación provoca eso?

Hammerson se encogió de hombros y contempló la imagen.

—No tenemos ni idea de qué es lo que provoca eso. Ni de cómo ese..., ese hombre acabó llegando a territorio americano. Lo que sí sabemos es que era un ciudadano alemán llamado Rudolf Hoecker. Era uno de los físicos teóricos especializados en física de partículas más importantes del mundo. Descubrimos, a través de nuestras redes de Inteligencia, que entró en territorio iraní hace dieciocho meses, y nuestros agentes pensaban que todavía seguía allí. Estamos convencidos de que Hoeckler les estaba ayudando en su programa de enriquecimiento de uranio. No sabemos cómo llegó hasta Colorado Springs, pero aún llevaba sus placas de identificación iraníes y su bata de laboratorio.

Hammerson se recostó en su asiento.

—Según el informe de la autopsia su cuerpo fue congelado a dos coma siete grados kelvin, y habría estado en una atmósfera de vacío. En palabras del informe, presentaba «síntomas propios de una persona que ha estado expuesta a una atmósfera no terrestre». —Hammerson enarcó las cejas, después esbozó una sonrisa carente de humor—. Eso no es todo. El cadáver estuvo sometido a una fuerte radiación y provocó cierta contaminación residual antes de ser confinado en un ataúd de plomo. Ahora comprenderás por qué vamos a incorporar en los trajes protección frente a partículas pesadas.

Al cabo de un momento, Alex asintió.

—Sí, entendido.

—Prosigamos. —Hammerson volvió a girar la pantalla hacia sí e introdujo unos cuantos comandos más—. Como de costumbre, te permitiré elegir tu propio arsenal armamentístico, pero hay algo nuevo que me gustaría que tuvieras en cuenta. Saluda al KBELT: la tecnología de emisión de rayos lumínicos de klistrón.

Alex percibió la admiración con la que el comandante contemplaba aquellas imágenes. Sabía que a veces su superior añoraba el trabajo de campo. El comandante volvió a girar la pantalla hacia Alex.

Bienvenidos al siglo XXI, pensó Alex. El rifle con montura al hombro era totalmente negro, pero tenía debajo una lista de colores que le confirmó que podría disponer de él en un color de camuflaje que encajara con el terreno. Sin culata, se empuñaba de forma similar a una recortada y contaba con una cubierta cuadrada sobre el gatillo. El cañón se alisaba y redondeaba hasta culminar en una boca moldeada de tal forma que parecía un bulbo. *Hmmm, demasiado pequeño para un proyectil endurecido*, pensó Alex. *Tiene que haber otro dispositivo de gas comprimido.*

Hammerson se quedó contemplando la pantalla casi con devoción mientras empezaba a describir el arma.

—Lo último en tecnología de emisión lumínica con fines armamentísticos. El cargador de energía en miniatura recolecta electrones y los inserta en este tubo de klistrón de aquí, que actúa como una válvula de vacío de electrones. Emite un pulso energético de un millón de julios, capaz de viajar a una velocidad próxima a la de la luz hacia el objetivo. Sin interferencias, sin retroceso, sin desviaciones, y con una velocidad que deja muy pocas posibilidades de escape. Dos configuraciones: pulso energético de alta o de baja intensidad. La alta intensidad es capaz de abrir un agujero del tamaño de un lápiz sobre cualquier superficie; la baja intensidad te da el mismo resultado que cincuenta kilos de TNT. Todo ello emitido en una única y focalizada detonación.

—¿Limitaciones?

—No muchas, pero hay que tener en cuenta algunas cosas. Esta generación de dispositivos láser requiere una tremenda cantidad de energía, por esa razón cuenta con su propio generador. La próxima versión tendrá una batería reemplazable y será lo suficientemente pequeña para adoptar la forma de una pistola, pero no estará lista para este proyecto. En tu caso, significa que después de veinte disparos tendrás que recargarlo durante dos minutos. Segunda cosa a tener en cuenta: solo emite pulsos, no rayos. Los chicos del laboratorio descubrieron que la emisión láser tiende a dispersarse con la distancia, lo que reduce su intensidad. El pulso es efectivo y mantiene intacta la potencia de su emisión.

—Perfecto, me llevaré seis, y uno de reserva. —Alex estaba inclinado hacia adelante y sonreía ante la perspectiva de probar el arma.

Hammerson soltó una risita.

—Puedes llevarte uno. El trato es que le entregues al laboratorio un informe de campo a tu regreso. Estará listo en unas horas, en cuanto le hayamos aplicado la capa de camuflaje. Una cosa más: vamos a darte unas cuantas arañas. Mira esto.

Hammerson reprodujo un vídeo que mostraba a un científico colocando en el suelo una cajita de acero, del tamaño aproximado de una cajetilla de tabaco, con un disco negro en un lateral. La cámara cambió el encuadre durante unos segundos hacia un coche vacío situado a unos quince metros de distancia, después volvió a centrarse en la caja. La caja se incorporó sobre ocho patas larguiruchas y segmentadas, y

correteó en dirección al coche, cubriendo la distancia que lo separaba de él en cuestión de segundos. Se encaramó a una de las ruedas del coche, una lucecita roja parpadeó una vez, y explotó. Una vez que se disiparon el humo y la lluvia de escombros, no quedó nada salvo un cráter en el suelo.

Hammerson miró a Alex con una ceja levantada, en un gesto que venía a decir: «Alucinante, ¿eh?».

—Hemos avanzado mucho desde las minas antipersona estáticas —dijo—. Las minas del mañana son una combinación de robótica y electrónica. Olvídate del nombre técnico que tienen estos cacharros; nosotros los llamamos arañas, ya has podido comprobar por qué. Fácil manejo, bajo índice de error, y explosiones de altísima potencia. Se pueden configurar para que estallen al contacto físico o con un temporizador. Joder, si incluso puedes programar estos trastos para que organicen su propia emboscada. Vuestros trajes de combate vienen equipados con dos, que traen de serie un catálogo de huellas para que puedan distinguirnos de los malos.

Alex se dio cuenta de que a Hammerson le encantaban esos cacharros. Los dos sentían un profundo respeto hacia la rama militar de la investigación y el desarrollo. Los nuevos materiales y armas que esos tipos ponían sobre el terreno les daban una ventaja, y a veces eso era lo único que hacía falta.

—¿Preguntas? —Hammerson esperó un segundo y después prosiguió—. Muy bien, estate preparado en seis horas. Reúne a tu equipo. Actua rápido y salid de allí con una sonrisa, soldado. Buena suerte.

—Gracias, Jack.

Los dos se pusieron en pie y Alex le estrechó la mano al comandante. Ya sentía bullir la excitación en su interior. Alex nunca se preocupaba de sí mismo; suponía que en cualquier caso ya estaba disfrutando de su segunda oportunidad. Veía cada misión como una oportunidad de forzar un poco más sus límites, de probarse a sí mismo un poco más. Hacer una demostración de esos músculos y sentidos que parecían evolucionar cada día. Pero para algunos de los demás hombres del equipo, suponía una sentencia de muerte.

Alex ya había perdido buenos soldados, y volvería a perderlos: para eso se habían alistado. Lo único que podía hacer era asegurarse de que estuvieran listos para el terreno; el resto dependía de ellos. En cuanto a los israelíes, si querían sumarse a ellos, bien. Pero más les valía ser muy duros o muy inteligentes.

Aeropuerto Ben Gurión

Zach suspiró al ver la cantidad de gente que se aglutinaba en la puerta de embarque y abandonó cualquier esperanza de encontrar un asiento libre. Se sentía como un pordiosero andrajoso entre aquella manada de israelíes pudientes y bien alimentados, y de americanos que regresaban a casa. Pensó que era curioso que solo reparase en su propia vestimenta cuando estaba en público.

Se recolocó su mochila en una posición más cómoda y siguió paseándose alrededor de la puerta de embarque. Se notaba sobrecargado: tenía los bolsillos abarrotados de caramelos, gotas para los ojos, espráis nasales y todo el surtido de medicinas que necesitaría para sobrevivir a un vuelo tan largo. Llevaba incluso fajos de dinero norteamericano que su tía le había endilgado rápidamente cuando se marchaba. Estaba convencida de que su sobrino partía rumbo a unas vacaciones a modo de «premio».

En una mano sostenía un ejemplar manoseado de *2001: Una odisea espacial*, de Clarke. Era su lectura preferida para los viajes. Con la otra trató de organizar los documentos necesarios para el viaje... sin éxito. Todos se derramaron sobre la moqueta formando una cascada, y cuando se agachó para recogerlos, una botella de agua salió volando de su mochila y le rebotó en la parte trasera de la cabeza, para después echar a rodar lentamente por el suelo.

—*Aiiysh* —susurró.

Extendió una mano para alcanzar la botella cuando de repente una pequeña bota de senderismo la apesó, y se mantuvo firme. Zach miró lentamente hacia arriba. Una joven alta lo estaba mirando con los brazos en jarras y una ceja enarcada.

—¿El doctor Shomron?

Zach volvió a mirar hacia la botella, decidió ignorarla y se levantó. La desconocida era alta; no tanto como él, pero sí bastante para tratarse de una mujer. Y estaba en forma: así lo demostraban los músculos de su cuello y el torso atlético que se insinuaba bajo una camisa de color crema. Tenía un porte militar.

La desconocida aún no se había movido, ni parpadeado, seguía mirando fijamente a Zach como si hubiera quebrantado alguna ley y estuviera a punto de arrestarlo.

De repente recordó el contenido de la carta que le habían entregado. *Ah, claro, es mi ayudante. Adira no sé qué.* Le tendió la mano.

—Sí, sí, soy yo. Zachariah Shomron. Pero, por favor, llámeme Zach. —Intentó sonreír, pero seguía sintiéndose un poco nervioso y cohibido.

No era la primera vez que tenía ayudantes, normalmente estudiantes jóvenes, anonadados o apasionados, pero aquella mujer no se parecía a ningún ayudante que

hubiera conocido. Le estrechó la mano con firmeza, estrujándole los nudillos entre sus dedos fuertes y encallecidos.

—Doctor Shomron, soy Adira Szenes, y tenemos que aclarar unas cuantas cosas. Por favor, sígame. —Seguía sin sonreír. Le soltó la mano y guió a Zach a través del aeropuerto.

—Pero..., solo tenemos veinte minutos hasta el embarque —dijo Zach, mirando con inquietud la voluminosa esfera del reloj que portaba en su escuálida muñeca.

La mujer no se dio la vuelta.

—Nos esperarán.

Es más crío de lo que esperaba. Aaagh, cómo odio tener que hacer de niñera, pensó Adira mientras miraba hacia una cámara que estaba situada en lo alto, junto a una puerta sin distintivos ni picaporte. Al cabo de un instante se abrió con un zumbido y Adira hizo pasar al joven, saludó con un ademán de cabeza a una anciana que estaba sentada con gesto severo y que levantó la cabeza brevemente, y después se dirigió hacia una de las tres puertas que había en la estancia.

Al otro lado había dos sillas y una mesa. Nada más. Adira señaló hacia una de las sillas y el joven tomó asiento, con los ojos desorbitados al otro lado de sus gafas. Adira volvió a mirarlo. *Está nervioso... Bien*. Oyó cómo el joven tamborileaba el suelo con los pies, y vio cómo flexionaba los dedos y jugueteaba con ellos sobre la mesa que tenían delante.

—Usted es el doctor Zachariah Ben Shomron. —Hizo una breve pausa y se inclinó hacia adelante—. Tiene veinticuatro años y doctorados en astrofísica gravitacional, física cuántica y de partículas, y matemáticas puras. Ha escrito numerosos artículos sobre agujeros negros, partículas extrañas y materia oscura cósmica. Actualmente es profesor titular en la Universidad de Tel Aviv... —Adira recitó de memoria durante varios minutos otros detalles sobre su vida, algunos de los cuales no eran de dominio público, cosa que disipó en el joven cualquier duda sobre su cargo y su influencia. Adira era consciente de que cuando la gente escucha un relato pormenorizado de sus vidas por parte de un desconocido, el efecto provocado suele ser una sensación de vulnerabilidad, ansiedad e indefensión, lo cual los volvía más abiertos y receptivos a la autoridad.

El profesor se aclaró la garganta y preguntó en voz baja:

—Usted no es mi ayudante, ¿verdad?

Adira esbozó una sonrisa carente de humor y se inclinó aún más hacia adelante sobre su asiento.

—Si alguien pregunta..., sí, lo soy, y también soy una especialista en lingüística de Oriente Medio. —Su sonrisa se evaporó—. Pero en realidad, profesor, usted será mi ayudante. Mi labor consiste en asegurar que los intereses de Israel sean protegidos y defendidos. Estoy a punto de describirle nuestros objetivos principales, doctor

Shomron, y usted no le dirá nada a nadie, ni irá a ninguna parte, ni hará nada, sin consultarlo primero conmigo.

Adira se quedó mirando fijamente al joven durante varios segundos antes de proseguir.

—Quiero que tenga claro que, en esta misión, usted rendirá cuentas ante mí.

Zachariah se puso lívido.

—¿Esto es una misión?

Antigua Arak, en el centro de la provincia iraní de Markazí

Ahmad al Janaddi expulsó el humo aromático de su cigarrillo hacia el lacerante aire seco de la mañana. Se encontraba junto a la entrada de un túnel camuflado que se adentraba por un costado de la montaña, desde donde se podía contemplar toda la antigua ciudad de Arak. Arak ya era una ciudad vieja incluso en los tiempos de Mahoma, construida sobre las ruinas de un pueblo todavía más antiguo llamado Daskerah, que a su vez había sido levantado sobre el asentamiento de Dolf Abad. Aún se podía acceder a las ruinas de Dolf Abad a través de las numerosas cuevas arcaicas que había en la región; cuevas de las que los equipos de excavación habían sacado buen provecho desde su descubrimiento. La entrada del túnel en el que se encontraba Al Janaddi había sido tallada para parecerse a una de las cientos de aperturas naturales que se repartían por aquella montañosa región.

Situada a doscientos noventa kilómetros al sur de Teherán, y a cerca de cuatrocientos ochenta kilómetros al noroeste de Persépolis, aquella región siempre había sido considerada un terreno alto ventajoso para las actividades militares. Localizada a mil quinientos metros sobre el nivel del mar, marcaba el punto de inicio donde el árido desierto dejaba paso a la gélida y montañosa provincia de Markazí.

Aquella tierra ancestral estaba repleta de cuevas. Algunas, como la sagrada cueva de Shazand, contenían escrituras y símbolos de los primeros persas. Otras eran incluso más antiguas: Al Janaddi había visto las escrituras prepersas de los elamitas y los zoroastros decorando los muros más profundos de la caverna, así como inscripciones en idiomas más antiguos que se perdían en los albores de la historia. La leyenda decía que eran el testimonio de los mismísimos ángeles. Hasta la fecha, ningún investigador había conseguido descifrarlas. Al Janaddi se había plantado ante aquellas palabras y se había preguntado si los hombres que las escribieron también se habrían considerado capaces de cambiar el mundo.

Las pisadas del científico resonaron por el silencioso pasadizo mientras regresaba al laboratorio principal. La base Jamshid II, situada bajo la superficie de Arak, había sido diseñada de forma diferente al desaparecido complejo oculto bajo las ruinas de Persépolis. La magnífica esfera plateada estaba allí, para propulsar moléculas gaseosas de hexafluoruro de uranio a una velocidad de escape equivalente a la de la luz, pero el uranio 235 separado, que antaño fuera el objetivo del proceso de enriquecimiento, era ahora un producto desechable. El propósito de la nueva base Jamshid era explorar y perfeccionar las colisiones moleculares en sí mismas.

La cámara principal había sido despojada de todo equipamiento de grabación y monitorización electrónica; estaba vacía salvo por la centelleante esfera plateada que

tenía en el centro. Todo el equipamiento y el personal había sido desplazado a un centro de control secundario especialmente diseñado, situado a ciento cincuenta metros de la cámara de la esfera. Dado que no quedarían trazas de radiación residual después de cada prueba, los técnicos podrían volver a entrar rápidamente y reemplazar cualquier equipamiento perdido en cuestión de días. El personal de la base no debía correr ningún peligro esta vez. Solo unos impasibles ojos y oídos electrónicos proporcionarían la retroalimentación sensorial. Unos paneles revestidos de plomo y un refuerzo de hormigón rodeaban la habitación, provocando un notable efecto eco cuando se realizaba en ella hasta la más simple de las tareas. El nuevo equipamiento era más avanzado, un beneficio del incremento establecido por el presidente en el presupuesto para el proyecto, que ahora se consideraba un «evento divino». Las cámaras del laboratorio estaban equipadas con unidades de alto rendimiento y materiales de extrema sensibilidad para grabar imágenes a diez mil fotogramas por segundo, y el sonido podía analizarse a través de longitudes de onda de alta y baja frecuencia. Al Janaddi confiaba en que esta vez hubiera más datos para analizar.

Miró hacia el lugar donde un técnico estaba pintando una línea blanca alrededor de la esfera y se estremeció al recordar su reciente conversación con el presidente Moshaddam.

—Quiero que instale asientos para, digamos, una docena de mártires frente a su hermosa esfera —le había ordenado el presidente.

—Eh..., ¿se refiere a la sala de observación, mi presidente?

—No, no me refiero a eso. Me refiero a la cámara de la esfera. Al lado del propio dispositivo.

Al Janaddi se alegró de que la conversación estuviera teniendo lugar por teléfono, porque Moshaddam no pudo verle la cara. Cerró los ojos durante un instante y se acordó del cuerpo del profesor Shihab. Sabía lo que la proximidad a la esfera podía provocar en los tejidos humanos. También sabía lo que la experimentación con sujetos vivos provocaría sobre cualquier esperanza de recibir reconocimiento internacional por su trabajo. Rezó para que no le ordenaran sentarse él mismo en uno de esos asientos.

—Como desee, mi presidente —le había respondido. ¿Qué otra cosa podría haber dicho?

Ahora Al Janaddi se volvió a preguntar por los hombres y mujeres que serían elegidos para contemplar la apertura del «Portal hacia Alá», que era como lo llamaba ahora el presidente. Aquellas almas estaban a punto de ser transportadas a alguna parte, ya fuera el cielo o el infierno. La imagen del cadáver deformado del doctor Shihab se proyectó en su mente, y con ella, un regusto a bilis en el fondo de la garganta.

Base aérea Hatzetim, al sur de Israel

El B-2 Spirit se detuvo sobre la reluciente pista de aterrizaje, apoyándose ligeramente sobre los arcos de sus ruedas para reposar como un ave de presa oscura y gigantesca. La capa de pintura antirradar provocaba que apenas reflejara la luz del sol, y las ventanas tintadas y el liso de su superficie le aportaban una apariencia aerodinámica y futurista. El Spirit modificado, con una envergadura de cincuenta metros, hacía empequeñecer a los aviones de combate F-16I israelíes que flanqueaban la pista.

El B-2 solía portar un armamento aterrador; dependiendo de su rol en la batalla, podía almacenar hasta ochenta armas convencionales de más de doscientos kilos cada una o media docena de bombas con carga nuclear, capaces de destruir una ciudad entera. Aquel día, su cargamento apenas era ligeramente menos letal: cinco soldados de élite emergieron de su oscuro interior y echaron a caminar por el pavimento. Con sus uniformes carentes de identificativos y los sombreros calados sobre sus gafas oscuras, estaba claro que aquellos hombres no habían venido para admirar las vistas.

Un soldado israelí que se encontraba ante lo que parecía un pequeño fortín dirigió a los HAWC un saludo militar sin mirarlos directamente y abrió la pesada puerta de cristal. Una vez dentro, Alex se sorprendió ligeramente al ver que aquel pequeño edificio estaba fuertemente fortificado y repleto de cámaras de vigilancia. Estaba vacío salvo por una puerta metálica que conducía a un ascensor. El soldado pulsó el botón del elevador y se dio media vuelta, al tiempo que la puerta de vidrio templado se cerraba a su espalda con un chasquido.

La puerta del ascensor emitió un siseo y se abrió. Alex entró el primero, seguido de Sam y Hex. Rocky y el Irlandés iban a la retaguardia, pero los dos dieron un paso adelante al mismo tiempo y durante un instante se quedaron encajados en la apertura a causa de su corpulencia.

—¿Habéis terminado? —les dijo Alex a los dos hombres.

Rocky se echó a un lado e hizo un barrido con el brazo. El Irlandés entró en el ascensor, mascullando algo.

—Me siento más seguro con vosotros dos aquí —dijo Sam, y le guiñó un ojo a Rocky, que sonrió. El Irlandés los ignoró.

El ascensor descendió rápidamente, y cuando las puertas se abrieron se encontraron ante un pasillo blanco y dos soldados más que estaban situados al otro lado de un escritorio. Uno de ellos saludó a los HAWC con un ademán de cabeza; el otro se limitó a dirigirle a Alex una mirada impassible.

Sam le pegó un codazo a Alex en las costillas, y señaló hacia arriba con un gesto de la barbilla.

—Escudo de fuerza —dijo en voz baja.

Alex miró hacia arriba y vio incrustada en el techo, por detrás de los soldados, una capa de acero de dos centímetros y medio de grosor. Los israelíes podían conservar o repeler cualquier cosa que quisieran. *Así es la vida en Oriente Medio*, pensó.

El tipo del ademán dijo:

—¿El capitán Hunter?

—Sí —respondió Alex. No le hizo el saludo militar ni se movió para estrecharle la mano.

—Hay habitaciones preparadas para usted y sus hombres. Usted está convocado a una sesión informativa dentro de una hora.

—Asistiremos dos miembros de mi equipo —replicó Alex—. El teniente primero Reid me acompañará. —Señaló con un gesto hacia el corpulento HAWC que se encontraba a su espalda.

Su interlocutor giró la cabeza ligeramente y le susurró algo en hebreo al hombre que tenía al lado. Este respondió con un gruñido y el tipo del ademán volvió a dirigirse a Alex, esta vez con una sonrisa forzada.

—Lo siento, hay instrucciones específicas de que...

—*Bachur, ani yode'a ivrit ein be'ayot.* —Sam lo interrumpió con aquella frase, expresada sin alzar la voz en perfecto hebreo.

El tipo se sonrojó y dijo:

—Por favor, sígame, señor.

Alex miró a Sam y enarcó las cejas.

—Simplemente le he dicho que su comportamiento es infantil —dijo Sam—, y que entiendo el hebreo.

Alex asintió.

—Bien. No hemos venido para hacer amigos.

El tipo del ademán se detuvo ante sus habitaciones y volvió a darse la vuelta hacia los HAWC.

—Capitán Hunter, vendré a buscarlo dentro de una hora.

—A buscarnos. Vendrá a buscarnos dentro de una hora —lo corrigió Alex.

Cincuenta minutos exactos más tarde, alguien llamó con los nudillos a la puerta de la habitación de Alex. El hombre con el que había hablado antes estaba de vuelta.

Alex se sentía bastante bien después de una ducha y de media hora de descanso, y mientras Sam y él seguían al joven israelí por el pasillo, notó cómo todos sus sentidos se abrían al edificio que lo rodeaba. Llevaba en una mano una carpeta sellada, la otra la deslizó varias veces sobre la pared mientras caminaban. Así pudo sentir las vibraciones de un montón de maquinaria y de gente, a través de la argamasa y el refuerzo. *Menuda base oculta tienen montada bajo el desierto*, pensó.

Llegaron hasta unas puertas blancas y el tipo del ademán llamó una vez y accionó el picaporte. Retrocedió y les dirigió su habitual gesto antes de desaparecer de vuelta por el pasillo.

Alex empujó la puerta y accedió a una enorme habitación, seguido de Sam. Había dos escritorios, uno cubierto con varias carpetas cerradas, el otro con un plato de sándwiches. Dos personas los esperaban, ambas en silencio.

Alex miró primero al hombre: era alto y huesudo, y llevaba unas gafas de alambre propias de un empollón. Era joven y estaba visiblemente nervioso; los dedos que tenía al final de sus brazos finos como los de un espantapájaros no dejaban de menearse. Alex apartó la mirada antes de que el muchacho se desmayara a causa de la tensión.

La otra israelí era una mujer joven, también alta, moderadamente atractiva y sin rastro de maquillaje. No lo necesitaba; sus ojos claros y sus mejillas oliváceas irradiaban un halo de vigor y fortaleza. No parecía nerviosa en absoluto y escrutó a los americanos con una mirada cargada de determinación.

Se acercó a los HAWC al tiempo que les tendía la mano.

—Buenas tardes. Soy Adira Szenes, y este es mi colega, el doctor Zachariah Shomron. Los dos les asistiremos en su proyecto.

Alex le estrechó la mano e hizo un amago de sonreír; la palma de aquella mujer era fuerte y callosa, y se la apretó con la manera propia de alguien acostumbrado a portar armas. Se sostuvieron fijamente la mirada: sin desviarla, sin titubeos, sin parpadear. Ambos parecieron reconocer el potencial mortífero del otro. Adira asintió con la cabeza y le soltó la mano, para después girarse hacia Sam y estrechársela a su vez.

Cuando Alex le dio la mano a Zachariah Shomron, el joven fue incapaz de mirarlo a los ojos. Su nerviosismo se había vuelto aún más evidente a través de una serie de tics y de espasmos. Alex pensó que los dos israelíes no podrían haber sido más diferentes. Recordó lo que dijo Hammer acerca de que uno de los dos sería un ariete del Mossad. No tenía ningún mérito adivinar cuál.

Alex echó un vistazo a la pequeña habitación.

—¿El general no se reunirá con nosotros?

—No —dijo la mujer—. Estamos autorizados a hablar en su nombre y en el de Israel. —Aguardó unos instantes, presumiblemente para comprobar si Alex tenía algún problema con esa afirmación, después indicó a los dos HAWC que tomaran asiento. Sam se abalanzó de inmediato sobre el plato de sándwiches.

—Los acontecimientos se están desarrollando a toda velocidad, capitán Hunter —dijo la mujer—, y podrían ser más graves y complejos de lo que pensábamos.

Se giró hacia su nervioso compañero y le dijo algo rápido en hebreo. Zach parecía ansioso; era evidente que estaba recibiendo alguna clase de indicación. Alex se dio cuenta de que Sam estaba atendiendo a las palabras de la mujer; interceptó la mirada del teniente y le dirigió un ademán de cabeza apenas perceptible. El corpulento HAWC

lo captó: «Escúcheles, pero no deje entrever que les entiende».

Zachariah Shomron tragó saliva unas cuantas veces, carraspeó y después comenzó a informar a los HAWC sobre los detalles científicos de la misión. Habló durante dos horas, con una confianza creciente a medida que se adentraba en territorio conocido. Describió la potencia del brote gamma, habló sobre su posible punto de emanación, y enfatizó la inusual falta de efectos colaterales junto con la desconcertante y repentina desaparición de toda emisión latente. También les contó que los servicios de inteligencia israelíes habían informado de que los iraníes recuperaron a muchos kilómetros del punto de origen un cuerpo expuesto a una intensa fuente de radiación, que al parecer pertenecía al de uno de los científicos implicados en la prueba.

—En mi opinión, las huellas del brote de radiación no concuerdan con ningún fenómeno geofísico, ya sea de origen natural o provocado por el hombre —les dijo a los HAWC—. Tienen, sin embargo, las características de una entidad gravitatoria llamada agujero negro. Creo que ya fuera por error o de forma deliberada, los iraníes crearon una actividad gravitatoria, una especie de agujero negro en miniatura, en su laboratorio. Probablemente absorbió todas las instalaciones y después se evaporó antes de caer hacia el centro del planeta a causa de su propio peso.

Sam había estado escuchando con la boca abierta. Negó ligeramente con la cabeza y se inclinó hacia adelante.

—Doctor Shomron, en un reciente proyecto, tuve el placer de trabajar con unos científicos en Ginebra mientras se preparaban para hacer una prueba con su enorme acelerador de partículas. Los científicos me explicaron los principios en los que se basan las colisiones de alta intensidad y la posibilidad teórica de crear partículas extrañas nuevas, puede que incluso agujeros negros en miniatura, pero la tecnología requerida para ello sería, en una palabra, descomunal. La base de Ginebra tiene unos veinticinco kilómetros de longitud, está revestida de acero y hormigón armado, y tardaron veinte años en construirla al aire libre. Los iraníes no podrían haberla replicado sobre la superficie, menos aún bajo tierra. Sencillamente, no tienen los conocimientos tecnológicos necesarios.

Zach señaló hacia el pecho de Sam como si le estuviera imponiendo una medalla por formular las preguntas apropiadas.

—Tiene toda la razón, teniente. Pero esa presunción se basa en el uso por parte de la tecnología estándar de colisión de alta intensidad de la velocidad rotatoria sobre la distancia como medio para el impacto de las partículas. Hay otras formas de generar esa velocidad sin necesidad del factor distancia: solo hace falta encontrar un detonante estable de aceleración. Creo que de alguna manera, de algún modo, los iraníes han encontrado ese detonante.

Se recolocó las gafas sobre la nariz mientras tamborileaba obstinadamente con un pie sobre la moqueta, como si estuviera tratando de mandar instrucciones al resto de su cuerpo para levantarse y ponerse a caminar.

Adira se dirigió a Alex.

—La urgencia de este asunto está determinada por dos piezas fundamentales de información. —Levantó un dedo—. Uno, sabemos que Natanz, aunque se trata de una instalación de enriquecimiento en activo, era solo una fachada. Esa base debió de costarles miles de millones de riales, pero estaban dispuestos a sacrificarla a las Naciones Unidas para ocultar lo que estaban haciendo en Persépolis, la fuente de ese tremendo brote gamma. Creemos que la base de Persépolis quedó destruida o que sufrió un serio revés. Y dos, —levantó un segundo dedo—, creemos que tienen otro emplazamiento, que se han apresurado para llegar al máximo de su producción. Fuera lo que fuese lo que hicieron en Persépolis, les gustó y ahora están intentando reproducirlo.

Alex se fijó en que sus dedos se habían cerrado ahora en un puño.

—Pero ¿reproducir el qué? —dijo Alex—. ¿Un agujero negro? ¿Por qué? ¿Qué podrían hacer con él? Según tengo entendido, esas cosas pesan miles de toneladas y desaparecen tan rápido como aparecen. ¿Cómo se puede contener o utilizar algo así? ¿Qué provecho podrían sacar de la creación de una entidad como esa? —Alex tenía sus propias teorías, pero quería que los israelíes fueran al grano.

Esta vez, Zachariah interrumpió a Hunter.

—Tiene razón, capitán, un agujero negro apenas un poco más grande que esta habitación tendría un peso equivalente al de nuestro planeta. Pero en no más de diez segundos podría generar más radiación gamma de la que llegaría a producir el sol en diez mil millones de años. No hace falta crear un agujero negro demasiado grande... Y tampoco sería conveniente, pues incluso uno pequeño podría interactuar con la materia ordinaria e iniciar una reacción en cadena que empezaría a devorar la sustancia planetaria hasta que la Tierra fuera destruida. Pero esa fuente de energía, esa fabulosa fuente de energía... Imaginen lo que supondría ser capaces de dominarla. Dejaría obsoletos todos los demás combustibles y energías. Las guerras del futuro se lucharán por el combustible, o por la falta de él. ¡Este poder podría ser la clave para que las guerras dejaran de tener sentido!

Zachariah Shomron estuvo a punto de brincar de su asiento a causa de la emoción. Adira le colocó una mano en el brazo y se lo apretó; quizá para apaciguar al joven, pensó Alex, o quizá para interrumpirlo antes de que dijera algo que ella no consideraba conveniente.

—¿Quiere saber lo que los iraníes podrían hacer con algo así, capitán Hunter? —dijo Adira—. Bien, ¿qué le parece un arma de emisión de partículas capaz de proyectar un brote de radiación gamma de diez mil sieverts? Podrían destruir cualquier cosa con ese rayo. Lo único capaz de detenerlo serían tres metros de plomo macizo o la curvatura de la tierra. Todo lo demás que tocara se desintegraría o quedaría carbonizado. —A Adira le centellearon los ojos mientras hablaba. No con la curiosidad científica de Zachariah Shomron, sino a causa de la ira.

—Parece estar bien informada para ser una experta en lingüística, señorita Szenes

—dijo Alex, manteniendo una mirada inexpresiva cuando la cruzó con la de la mujer.

Antes de que Adira pudiera responder, Zachariah se puso en pie de un brinco.

—¿Y qué me dicen de los viajes a través del espacio, del tiempo o incluso entre dimensiones? Los agujeros negros no son solo compactadores de basura universal, seguimos sin saber lo que ocurre realmente cuando se accede al interior de esa singularidad. ¿El contacto de la materia con la materia oscura te neutraliza? ¿Te absorbe, te destruye, o te manda a otro lugar..., o a otro tiempo? ¿A una época diferente, o quizá a un universo distinto? Lo único que sabemos es que una vez que algo pasa a través de un agujero negro, sale de nuestro universo. De hecho, en 1921, Kal...

Sam levantó una mano.

—Doctor Shomron, si nos va a hablar con detalle sobre Kaluza-Klein o sobre la teoría de supercuerdas, no vamos a poder seguirle. ¿Puede simplificarlo un poco más?

El joven israelí unió las yemas de los dedos, y su sonrisa delató que estaba disfrutando del momento.

—Es lo que iba a hacer, disculpe. Está bien, veamos... En los términos más básicos, un agujero negro se define por un perímetro interno y otro externo. El borde exterior del agujero negro, en su propia definición, se conoce como el horizonte de eventos; más allá de ese punto no hay retorno... ninguno. Los agujeros negros no son negros en realidad, no tienen color. De hecho, la negrura es la ausencia de color. La ausencia de todo, en realidad: de color, luz, calor... Todo. Una vez que se sobrepasa el horizonte de eventos, se accede a la verdadera entidad, a la singularidad.

Alex abrió su carpeta y sacó una pequeña pila de fotografías de veinte por veinticinco. Sostuvo en alto la primera hacia los israelíes: mostraba la masa biológica que antaño fuera el científico alemán Hoeckler. Adira no se inmutó, pero Zachariah palideció.

Alex dio unos golpecitos sobre aquella desagradable imagen.

—¿Cómo encaja esto? Esto es, o era, un ciudadano alemán llamado Rudolf Hoeckler. Sabemos que estaba trabajando con los iraníes en un programa secreto de enriquecimiento de uranio, pero al parecer se vio implicado en alguna clase de accidente. Su cuerpo fue recuperado a las afueras de Colorado Springs. No sabemos cómo llegó hasta allí, y sospechamos que Alemania e Irán tampoco saben cómo lo hizo. De hecho, es posible que ni siquiera sepan que llegó hasta allí.

—Yo..., yo conocía al profesor Hoeckler —tartamudeó Zachariah—. Era un físico brillante, y tenía algunas ideas revolucionarias sobre el tratamiento con láser de las partículas en los procesos de purificación de los materiales de fisión. De hecho, las técnicas láser que utilizaba... ¡Sí, eso es! Ahí tienen su detonante de aceleración. Hoeckler debió de hacer un gran avance. O creyó haberlo hecho. Esto es asombroso.

Zachariah examinó las fotografías, asintiendo con la cabeza como si confirmara sus sospechas.

—Estuvo expuesto a una fuente de radiación, ¿verdad?

—De al menos quinientos sieverts —respondió Alex—. Le revolvió el estómago a mucha gente antes de ser confinado en un ataúd de plomo.

—Asombroso. Nunca había visto esta clase de distorsión física... De hecho, nadie había visto antes nada parecido. Pero he leído teorías al respecto. ¿Han oído hablar de la «espaguetificación»? —Zachariah no esperó a que respondieran—. Es cuando la estructura atómica de la masa se estira por efecto de una poderosa marea gravitacional. Desde el punto de vista teórico, eso es lo que ocurre supuestamente cuando caes en un agujero negro. Tu fibra física se alarga a medida que tu estructura somática queda bajo la influencia de la fuerza gravitatoria más poderosa de nuestro universo.

—Muy interesante, doctor Shomron —dijo Alex mientras volvía a guardar las fotos en la carpeta—. Eso podría explicar su condición desde un punto de vista teórico, pero ¿cómo coño llegó a territorio americano?

Zachariah arrugó la frente como si estuviera intentando desentrañar una endemoniada ecuación física.

—No lo sé con seguridad, pero si tuviera que aventurar algo, diría que fue arrastrado. —Hizo una pausa y se dio unos golpecitos en los labios con los dedos—. Al universo no le gusta el desequilibrio. Si salió a otro universo, entonces, en base a la elasticidad universal básica, tuvo que haber sido arrastrado de vuelta hacia el nuestro. Si no hubiera sido así, entonces otra cosa habría tenido que ser arrastrada para ocupar su lugar y así restaurar el equilibrio. Supongo que fue cuestión de suerte que volviera a aparecer en la Tierra. Como saben, hay una teoría que considera a los demás universos y dimensiones como cuerdas y...

Adira alzó la voz para hacerse oír entre las palabras de su compañero.

—Ha preguntado qué podrían hacer los iraníes con esta clase de tecnología, capitán. Si estuviéramos tratando con un régimen racional, quizá podría darle una respuesta, pero no es el caso. Mahmoud Moshaddam lee el Corán como si fuera el guión de su propia vida; está firmemente convencido de que si la humanidad es eliminada del planeta, los creyentes devotos se alzarán de nuevo para formar un califato islámico de alcance mundial. Cada vez que pronuncia un discurso, incluye alguna referencia al apocalipsis. Capitán Hunter, no debemos subestimar la capacidad de Moshaddam para crear alguna especie de extinción masiva de humanos solo para comprobar cómo su visión se hace realidad.

Alex se dio cuenta de que Adira había vuelto a apretar el puño y que lo miraba fijamente a los ojos mientras hablaba.

—Debemos encontrar esa segunda base lo antes posible; no podemos permitirnos esperar a comprobar qué planean hacer con esa tecnología. Tenemos agentes trabajando día y noche en Irán para recopilar información. No se confunda, capitán, esta tecnología implica un peligro inconmensurable. Hay que erradicarla de inmediato.

Ya era bien entrada la tarde cuando concluyó la reunión informativa y estratégica, durante la cual Alex había explicado con detalle el plan de acción de los HAWC. Más tarde, de vuelta en su habitación, Alex llamó a Hammerson y lo puso al día sobre las nuevas teorías de los israelíes.

Hammerson lo volvió a llamar quince minutos después: el perfil de la misión había cambiado. Alex debía transferir o asegurar esa tecnología y esperar nuevas órdenes. Ahora la prioridad era la recuperación de información; la destrucción se había convertido en la segunda opción.

Hammerson dijo que le iba a enviar a Sam un «exadispositivo» desde un puesto tecnológico fronterizo de EE. UU. Alex había oído hablar de ellos: eran unas cajitas planas del tamaño de una cajetilla de tabaco con múltiples puertos con los que podía conectarse a cualquier ordenador. Estas cajitas tenían la capacidad de almacenar un exabyte de información. Eso equivalía a un uno seguido de dieciocho ceros. Según le habían contado a Alex, ese dispositivo podría almacenar sin problemas todas las palabras de todos los lenguajes humanos conocidos..., y te cabía en el bolsillo trasero del pantalón. Hoy en día, la información es poder, y un exadispositivo es el método más moderno para robarla y transportarla.

Alex se tumbó en su camastro y se quedó mirando al techo. *Asegurar la tecnología y traerla de vuelta a casa... Hmm. ¿Cómo podrían siete agentes extranjeros asegurar un laboratorio fuertemente vigilado en mitad de un país extranjero mientras él intentaba volcar un exabyte de información? Cerró los ojos y pensó en varios posibles escenarios. Ninguno le pareció sencillo ni demasiado lógico, pero había uno que tenía grabado en la mente: uno en el que su equipo y él fracasaban. Si la misión no tenía éxito, Israel enviaría un escuadrón de F-16I Sufa Falcons armados con misiles AGM-45 Shrike guiados por láser y algunos AGM-130 con cabezas nucleares termobáricas con alto índice de penetración. O peor: un misil de mil kilotones para vaporizar todo en un radio de varios kilómetros. Los efectos colaterales se saldrían del espectro radiactivo. Había mucho en juego en este asunto.*

Alex también estaba inquieto por tener que llevarse al doctor Shomron. La mujer no le preocupaba; tanto si era del Mossad, del Kidon o de la Metsada, sabría cuidar de sí misma. Pero el joven científico, incluso con los HAWC allí, quedaría significativamente expuesto. Dicho eso, Alex sabía que necesitarían a Shomron sobre el terreno. Quizá fuera el único capaz de identificar qué era lo que estaban buscando. *Pero ¿acaso sabe dónde se está metiendo?*

Alex se movió sobre el catre, tratando de encontrar una postura cómoda. Su mente funcionaba a toda velocidad y el dolor de cabeza había regresado. *Maldita sea,*

no puedo ser la niñera de todo el mundo, pensó. Y si el científico se presentó voluntario, es responsabilidad suya después de todo. Aun así, Alex no podía quitarse de encima la sensación de que no conocía todos los detalles. Falta algo, pero ¿qué? No se habían desplegado todas las piezas del puzle. Ya es demasiado tarde, pensó, nos hemos comprometido.

Siguió dando vueltas durante quince minutos más, después se rindió a la agitación de su cuerpo. *Tengo que quemar un poco de energía, pensó mientras se ponía en pie.*

Adira encontró al capitán de los HAWC norteamericanos deambulando por el pasillo, probando varias puertas. Al principio pensó que estaba espiando, pero por la camiseta y la toalla que llevaba alrededor del cuello, y por el gesto de embarazo en su rostro, comprendió que en realidad estaba buscando un sitio donde hacer ejercicio. Ella misma sabía bien cómo reaccionaba el cuerpo antes de una misión.

Lo miró de arriba abajo y sonrió.

—No hay gimnasio ni circuito de carreras, y tampoco pregunte por una máquina de refrescos. Sirviéndonos de una de sus frases americanas, ya no estamos en Kansas, capitán. Y no se le ocurra empezar a correr por los pasillos o le pegarán un tiro.

Se rió para que no se sintiera tan incómodo.

—Puedo ofrecerle un café, y podremos seguir hablando de los detalles del plan. Si lo desea, puede hacer incluso unas flexiones en el suelo de mi habitación.

Alex se rió también y le hizo una ligera reverencia con la cabeza.

—Muéstreme el camino.

Adira lo llevó hasta una estancia más espartana que la suya. Le acercó una silla con un puntapié para que se sentara y pulsó el botón de un hervidor eléctrico, que comenzó a bullir con vehemencia.

—Instantáneo, ni azúcar, ni leche, y nada de galletas. Además el agua tiene un regusto metálico. —Se dio la vuelta para mirarlo con las cejas enarcadas.

—Tal y como me gusta —respondió Alex con fingido entusiasmo.

Adira le entregó aquel brebaje humeante de aroma metálico, después dio un sorbo al suyo en silencio. Pudo sentir cómo aquel americano alto la miraba, evaluándola. Por primera vez en muchos años se sintió apocada, cohibida. *Aghh, basta, pensó. Sabía que Alex tenía algo en la cabeza, algo que quería preguntar. Esperó.*

Alex levantó la mirada de su taza para observarla.

—Señorita Szenes, ¿por qué tengo la sensación de que simplemente está buscando a alguien que la lleve hasta allí y una escolta estadounidense, y que una vez que localicemos el objetivo se va a embarcar en una matanza que terminará provocando que la misión se vuelva más suicida que las de las operaciones especiales?

De no ser por su adiestramiento, es posible que Adira se hubiera derramado el café encima. No había esperado que un americano fuera tan directo, o que intentara

desmontar su tapadera tan rápido. Entonces se preguntó si alguna vez habría tenido una tapadera ante ese agente. Lo mejor sería «seguirle el juego», como decían los americanos.

—Capitán Hunter, tengo órdenes de asistir al doctor Shomron en la localización de la base y, de ser necesario, ayudarle a usted en la destrucción de cualquier amenaza tecnológica. Eso es todo. —Mantuvo la mirada firme mientras Alex clavaba los ojos en los suyos.

Alex negó lentamente con la cabeza.

—No estoy seguro de que valga la pena correr el riesgo con usted, señorita Szenes. El doctor Shomron será un lastre desde el punto de vista físico, pero puedo encargarme de ello. Lo que me resultaría una distracción es que usted provocara un estropicio mientras intentamos hacer nuestro trabajo.

Adira sintió cómo una oleada de ira le coloreaba las mejillas, pero respondió con toda la serenidad que fue capaz de reunir.

—Capitán Hunter, los israelíes no han sido nunca una carga en ninguna misión, jamás. Con nosotros tendrá éxito, se lo aseguro. Debe saber que si fracasan en su tarea, nuestro gobierno pondrá en marcha su propia misión. La cual será, por desgracia, un poco más severa de lo que a ustedes les gustaría. Los iraníes tomarían represalias, desde luego, y también cerrarían sus líneas de suministro de crudo. Y, al mismo tiempo, activarían cientos de células terroristas latentes a nivel internacional. El escenario resultante sería muy costoso y muy sangriento para todos nosotros. Tengo órdenes de ayudarlo, y le doy mi palabra de que seguiré sus instrucciones en todo momento.

Adira tenía la respiración agitada cuando terminó. Nadie se había atrevido nunca a sugerir que ella pudiera suponer un riesgo o una carga para una misión.

Alex se quedó mirándola durante varios segundos. Adira se mantuvo firme.

—Señorita Szenes —dijo Alex—, nuestra prioridad es comprender a qué nos estamos enfrentando antes de proceder a ninguna «destrucción de una amenaza tecnológica». Ni siquiera sabemos aún qué es lo que intentaríamos destruir. La amenaza ha emergido de la nada, y si tiene algo que ver con lo que ha descrito el doctor Shomron, entonces le digo con franqueza que preferiría enfrentarme a una bomba nuclear. La destrucción es la opción fácil y rápida, y si pudiéramos volver atrás en el tiempo y detener el nuevo método que ha descubierto la humanidad para aniquilarse a sí misma, yo sería el primero en hacerlo. Pero no podemos. El genio ha salido de la botella..., y ya está aquí. —Alex dejó su taza y entrelazó las manos ante su cuerpo—. El doctor Shomron y usted nos ayudarán a recopilar información: debemos comprender mejor la amenaza. Es posible que nuestros países tengan que volver a enfrentarse a ella en alguna parte, en algún momento. Esta puede ser nuestra única oportunidad para conocer al demonio, por decirlo de alguna manera. —Alex volvió a mirarla a los ojos con gesto severo y abrió las manos—. ¿Puede hacer eso por nosotros, señorita Szenes?

Adira le sostuvo la mirada, intentando descubrir si de verdad se creía lo que acababa de decir. Sabía que la única razón por la que Israel seguía existiendo hoy en día era porque tenía una potencia de fuego mayor que la de sus vecinos, a los que les encantaría verlos destruidos. Adira desplazó la mirada desde los ojos de Alex hacia el resto de su rostro; pudo percibir fortaleza y honor en sus rasgos. *Un hombre noble, pensó, y quizá un poco ingenuo.*

Adira sonrió y alzó su taza casi vacía a modo de salva.

—Por supuesto, capitán Hunter. Si conseguimos acercarnos a la tecnología, los planos, o incluso los científicos que la diseñaron, podremos ayudarlo a comprenderla.

Le gustaba aquel alto HAWC, pero tenía órdenes que cumplir. No dejar nada en pie y descubrir la clave de la nueva arma de los americanos, Arcadia. Confiaba en que el capitán Hunter no supusiera un obstáculo.

De vuelta en el pasillo, Alex volvió a hacer balance de aquella mujer israelí. Sabía que era una profesional, y no dudaba que era capaz de enmascarar sus emociones y mantener la compostura, probablemente incluso bajo tortura. Aun así, estaba seguro de que no le había contado toda la verdad.

—¿Metsada o Kidon? —le había preguntado.

Aquellas palabras no generaron ninguna sorpresa, ni siquiera un parpadeo.

—Metsada: nivel cinco. Y usted, capitán, ¿cuánto tiempo lleva en los HAWC? He oído hablar de su trabajo en la Antártida.

Alex sonrió, pero no respondió. Debería haber sabido que la red de información del Mossad estaría tan activa en EE. UU. como lo estaba en cualquier otra parte del mundo. Le alivió que la mujer perteneciera a la Metsada. Los Kidon eran unos asesinos, unos robustos arietes humanos. La Metsada era igual de letal, pero añadía el elemento clave que diferenciaba a un buen agente de un agente especial: la inteligencia.

—Tengo que informar al cuartel general y recoger sus equipamientos —le dijo Alex—. Venga con el doctor Shomron a nuestro barracón. El teniente Reid les presentará al equipo. —Le dirigió un breve saludo militar y se marchó por una ramificación del pasillo, después se detuvo—. Una cosa más: intente no matar a nadie, ¿de acuerdo?

Esta vez fue Adira la que sonrió.

Rocky Lagudi dio un paso al frente. A ojos de Adira, parecía un hombre que no había tenido la oportunidad de hablar con una mujer desde hacía mucho tiempo. Aunque era unos centímetros más bajo que ella, enderezó la espalda y se puso de puntillas para intentar mirarla a los ojos. Sam Reid y Hex Winter asintieron con la cabeza y le dirigieron un saludo cortés, mientras que Francis O’Riordan se limitó a escrutar detenidamente a los recién llegados.

Adira se ajustó a la historia que tenía preparada ante los tres HAWC. Sabía que tendría que abandonar su tapadera durante la misión, pero no hasta que llegara el momento apropiado. Ya había trabajado antes con americanos: eran competitivos. Mejor si aquellos hombres se concentraban en el objetivo de la misión y no en un rival de las fuerzas especiales. Aunque sospechaba que no tardarían en descubrirla... Después de todo, Alex Hunter ya sabía la verdad.

Adira dirigió la atención hacia Zachariah, animándolo a que hablara sobre el brote gamma, sus peligros, su posible punto de origen, y también sobre el proyecto que sospechaban que estaban desarrollando en el interior de Irán. Lo guió durante su informe, asegurándose con pericia de que diera al equipo la información necesaria, pero cambiando de rumbo cuando pensaba que se estaban adentrando en una zona a la que aún no consideraba conveniente que accedieran.

Todos los miembros del equipo formularon buenas preguntas, y Sam Reid volvió a mostrar un conocimiento sobre física de partículas que dejó visiblemente perplejo a Zachariah. Había veces en que Adira tenía la sensación de que Zach y Sam hablaban un idioma que resultaba inaccesible para el resto de los presentes en la habitación.

El HAWC pelirrojo, aquel al que llamaban el Irlandés, inclinó su silla hacia atrás, apoyando los hombros y la cabeza sobre el muro de yeso de color verde militar.

—Pero ¿por qué tienen que venir ustedes dos con nosotros? —preguntó cuando Zach terminó de hablar—. No se ofenda, señorita, pero pueden dejarnos su informe aquí mismo y punto. O podemos recibir informes por radio mientras estemos sobre el terreno. Él es un chico inteligente y usted parece estar en forma, pero no serán más que una carga cuando se nos desate encima la tormenta.

La tentación de pegarle una patada a la silla que tenía debajo resultó casi insoportable. Adira contuvo su irritación y le explicó con toda la paciencia que fue capaz de reunir que poseían notables conocimientos sobre el idioma y las costumbres locales, y que servirse de una red israelí infiltrada sería esencial para introducirlos y sacarlos sanos y salvos.

Pero el Irlandés no había terminado.

—No necesitamos llevarlos con nosotros para eso. Limítense a poner su logística

a nuestra disposición y nosotros nos encargaremos. Además, tenemos nuestras propias redes sobre el terreno. Sin olvidar, señoritinga, que ustedes los tipos de ciencia no están hechos para esta clase de trabajos de campo.

¿Señoritinga? Adira sintió un arrebató de ira que empezaba a bullir en el fondo de su estómago. Expulsó el aire lentamente por la nariz. Necesitaba tener a los HAWC de su parte. Esta vez adoptó un tono un poco más autoritario.

—¿Sus propias redes? Teniente, sus redes están compuestas por informadores a sueldo que les desprecian. Estarían encantados de venderlos por otro puñado de dólares americanos. Nos necesitan, a nosotros y a la infraestructura de espionaje israelí, para completar su misión con seguridad, así que iremos con ustedes. Somos más duros de lo que se piensa, teniente segundo O’Riordan. Además, tengo entendido que esas son las órdenes de su superior, y eso ya no se puede cambiar. Lo lamento.

—¿Dice que necesitamos a los israelíes y que nos mantendrán a salvo? —replicó el Irlandés—. Permítame que lo dude, señorita. Ustedes llevan metiéndonos en reyertas desde hace veinte años y, francamente, nosotros somos la única razón por la que aún no los han borrado del mapa. ¿Se consideran duros? ¿Acaso es de duros utilizar tanques contra niños harapientos que les tiran piedras? No me extraña que les odien esos pringados de los palestinos. En mi opinión, nos necesitan más a nosotros que nosotros a ustedes.

Adira entornó los ojos y estaba a punto de responder cuando Zach dio un paso adelante con el rostro tan rojo como el fuego y la voz ligeramente quebrada por la tensión.

—¿Es tan ignorante como para cuestionar nuestra valía o nuestra entereza? Los israelíes morimos a diario por aquello en lo que creemos. Nuestro país se fundó en 1948 y desde entonces hemos producido más publicaciones científicas que ninguna otra nación; tenemos más museos, hemos plantado más árboles, y tenemos el nivel de vida más alto de todo Oriente Medio. Y hacemos todo esto sin conocer siquiera un día libre de la guerra o del terror. Israel nunca se ha retirado ni ha perdido una guerra, ¿pueden decir lo mismo ustedes? No, ya me parecía a mí que no.

Adira miró brevemente a Zach con sorpresa y admiración. *Es más valiente de lo que parece*, pensó.

O’Riordan, que tenía las manos entrelazadas, las bajó con fuerza ante su cuerpo y empezó a balancear su silla hacia adelante. Adira extendió la mano con la rapidez de una serpiente que se lanza al ataque. Se oyó un golpe seco, y una astilla ennegrecida de metal se despegó del muro de yeso a escasos centímetros de la sien de O’Riordan.

—¿Niños harapientos? —bramó Adira—. *Jiffa!* Su estupidez es comparable a su falta de conocimiento sobre nuestro conflicto. Vivimos bajo una lluvia de miles de cohetes por semana. Nuestras mujeres y niños son despedazados por bombas de racimo, y mientras yacen en la carretera, destrozados y malheridos, los terroristas reparten golosinas al tiempo que danzan y aúllan por sus calles. El palestino medio quiere la paz con nosotros, pero hay un núcleo cancerígeno que quiere prolongar el

conflicto hasta el infinito. Nosotros sencillamente extirpamos ese cáncer, como hacen los cirujanos.

Antes de que O’Riordan pudiera cometer alguna estupidez, Hex Winter dio un paso al frente y extrajo el cuchillo de la pared.

—Doble filo, hoja ennegrecida, empuñadura con forma de jarra, sujeción de aluminio. Parece un puñal Fairbairn-Sykes, pero es más corto y no tiene pomo.

Adira comprendió que estaba intentando suavizar el ambiente. Le dirigió una sonrisa a modo de agradecimiento, pero no le quitó el ojo a O’Riordan mientras se volteaba con la mitad del cuerpo hacia aquel HAWC alto y rubio.

—Es un diseño propio. Un cuchillo avispa israelí. Se utiliza como si fuera un proyectil; no está diseñado para girar en el aire, de modo que la ausencia de pomo ayuda a equilibrar el peso. Mi hermano me enseñó a lanzarlo.

Hex sopesó el cuchillo, lo hizo girar entre sus dedos con mano experta y lo dejó apoyado sobre el reverso de su antebrazo para que Adira lo cogiera.

—Algún día tendrá que enseñarme su técnica de lanzamiento y ocultación —dijo—. O quizá lo haga su hermano. —Le guiñó un ojo.

Sam Reid se adelantó para coger el cuchillo antes de que Adira pudiera hacerlo. Lo sostuvo en alto ante sus ojos.

—¿Un cuchillo avispa israelí, dice? Los he visto antes, pero no fue en ninguna competición familiar de lanzar cuchillos en el jardín trasero. Fue durante una misión en el océano Índico, al sur de Omán. A mí y a unos cuantos rangers nos encargaron interceptar un barco norcoreano sospechoso de transportar óxido de uranio para entregarlo en Irak. Cuando llegamos allí era un barco fantasma. No había supervivientes, ni cuerpos, ni mercancía. Aunque los contadores Geiger registraron un montón de radiación; algo caliente había estado allí. Vi unos cuantos cuchillos de estos clavados en el lateral de algunas cajas, bajo la cubierta. Más tarde descubrimos que llegamos justo después de la Operación Pájaro Dorado, una de las pequeñas fiestas de bienvenida del Mossad. Un trabajo muy limpio.

Adira cogió el cuchillo, pero no respondió. Fuera del ámbito de la Metsada, nunca se reconocían públicamente las misiones. No obstante, percibió que el ambiente en aquella pequeña habitación había dejado de ser de tensión para convertirse en uno de respeto e interés profesional.

A excepción del pelirrojo O’Riordan, claro. Él se limitó a murmurar:

—¿Qué es una *jiffa*?

Sam volvió a tomar la palabra, ignorando la pregunta del Irlandés.

—No tenemos que ser amigos, pero habrá respeto a nivel militar. Y eso es una orden. —Miró al Irlandés, a Rocky, y después a Adira y a Zach.

Adira asintió con la cabeza. Zachariah se revolvió incómodo y dijo:

—¿Podemos empezar de nuevo?

—¿Qué es una *jiffa*? —O’Riordan seguía sin sonreír.

Centro médico del ejército Womack, unidad de Neuropsicología - Fort Bragg

Era justo después de medianoche. La puerta que conducía al laboratorio se abrió y se cerró con poco más que el sonido de una respiración. Una silueta ataviada con un uniforme militar se desplazó en la oscuridad hasta los archivos empotrados con una seguridad en sus pasos que procedía de un conocimiento previo del interior de la habitación.

Todos los archivos estaban cerrados; no con algo tan simple como una llave, sino con lo más avanzado en seguridad electrónica basada en algoritmos. De hecho, cada cajón era una caja fuerte en sí misma, protegido por medio centímetro de acero reforzado y un teclado de diez dígitos.

La silueta se agachó junto a uno de los cajones y se levantó el guante de plástico que llevaba en la mano izquierda. Llevaba escritos en la muñeca ocho números que introdujo en el teclado. Una lucecita roja se tornó verde y el cajón se abrió de golpe un par de centímetros. La silueta contó las carpetas que contenía, se detuvo en un número concreto y sacó el archivo. Durante un instante iluminó el título con un lápiz linterna: *Arcadia*. Era el que buscaba.

Mustafá Hossein, el líder del Consejo de Guardianes Islámicos, observó cómo el presidente Moshaddam ascendía al podio del anfiteatro de la asamblea de las Naciones Unidas. Era la primera vez que un presidente iraní pronunciaba un discurso ante los líderes mundiales y sus representantes, que se pusieron en pie para ovacionarlo cuando se situó ante el atril y contempló a su audiencia. Hasta la fecha, la retórica del presidente había oscilado entre un pragmatismo brillante y un amenazador tono apocalíptico, y Hossein sabía que su aparición ante la asamblea había sido muy esperada; en el caso de algunos, como un simple divertimento.

Hossein dirigió un ademán de cabeza a varios representantes de Oriente Medio mientras tomaba asiento. Aunque Irán mantenía conflictos diplomáticos con buena parte de las naciones occidentales, Moshaddam tenía sus propios apoyos a nivel internacional y podía contar con ellos para que aplaudieran con entusiasmo ante cualquier pulla que deseara lanzarle a Occidente aquel día.

El presidente se había mostrado vergonzosamente excitado en el coche, casi enfervorecido. Hossein pensó que era como un niño pequeño que estuviera intentando ocultar un importante secreto. No obstante, ahora parecía más tranquilo mientras se alisaba su chaqueta marrón, que estaba ligeramente arrugada, antes de sacarse del bolsillo un fajo de notas que desplegó sobre el atril. Las reorganizó, levantó la mirada y sonrió, para después seguir leyendo mentalmente y reordenándolas un poco más. El silencio que reinaba en la sala se volvió más profundo, hasta casi convertirse en una criatura viviente que inundó la habitación con expectación e intriga.

Moshaddam levantó los brazos, extendió al frente sus manos abiertas, cerró los ojos y finalmente empezó a hablar.

—Distinguidos mandatarios, distinguidos representantes, excelencias, damas y caballeros, alabado sea el misericordioso Alá, padre de todos nosotros, Dios omnisciente y todopoderoso, por bendecirme con esta oportunidad para dirigirme hoy a ustedes, para representar a la grande pero humilde nación de Irán ante la comunidad internacional.

»El Todopoderoso no creó a la humanidad para que guerreemos los unos con los otros. No creó a la humanidad para que nos mintamos, robemos o engañemos entre nosotros. Tampoco creó a la humanidad para que pudiéramos golpearlos, incinerarnos y bombardearnos. Algunas naciones poseen riquezas inconmensurables, pero quieren más; tienen armas nucleares, pero no quieren que otras las tengan; se adscriben a las enseñanzas de Dios, pero permiten que su propio pueblo se degrade con actos atroces. —El presidente bajó las manos, abrió los ojos y buscó la imperturbable mirada de Harvey Benton, el representante de Estados Unidos en la

ONU. Moshaddam sonrió ligeramente.

Su voz se elevó en volumen y en emoción a medida que avanzó en su discurso.

—¿Cómo puede una nación proclamar su amor al prójimo mientras permite que los miembros de su propio pueblo se aniquilen hasta alcanzar cifras del tamaño de una nación pequeña?

»Distinguidos dirigentes, yo les pregunto: ¿acaso se bebe el petróleo? ¿Acaso el dinero consolará al padre del niño que ha sido aplastado bajo un edificio que fue destruido por una bomba? ¿Pueden ser felices amasando nuevas riquezas mientras hay naciones que padecen cada vez más pobreza, miseria y sufrimiento?

Se produjo un silencio absoluto en el enorme anfiteatro. Moshaddam dirigió una sonrisa condescendiente hacia Benton y se inclinó hacia él ligeramente, como si lo retara a desafiar sus palabras.

—¿Quién tiene más autoridad? ¿El hombre que rige con la espada, o el hombre que guía con amor e infinita sabiduría? Les diré que el pueblo de Irán escoge la senda del amor y la sabiduría. Hoy, honorables dignatarios, cuando se acomodan para tomar sus pasteles y golosinas, acuérdense de aquellos que no tienen siquiera un trozo de pan debido a las malignas sanciones impuestas por esta concurrencia de naciones. He conocido a muchos líderes buenos e importantes de todo el globo que viven con miedo, que están siendo estrangulados y avasallados por unos cuantos miembros permanentes de este mismo consejo. ¿Cómo pueden...? No, ¿por qué unas pocas naciones pueden, a través del poder de su riqueza, de sus bombas y sus ejércitos, decidir ocupar y cosechar las riquezas de otras naciones mientras los demás nos quedamos de brazos cruzados?

Hossein vio que Benton cruzaba una mirada con el embajador de Reino Unido, el cual negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Muchos otros representantes de naciones occidentales ostentaban expresiones de desdén o incredulidad. Aquello no sorprendió a Hossein. Lanzó una mirada rápida al representante israelí. Aquel hombre había adoptado una expresión inmutable, pero tenía el rostro enrojecido. Sin embargo, las naciones de Oriente Medio, unas cuantas de Sudamérica e incluso algunas de Europa estaban asintiendo con entusiasmo. *Y así es como vuelven a dibujarse las líneas geopolíticas*, pensó Hossein mientras se mesaba su larga barba canosa.

El presidente alzó las manos con un gesto que casi parecía de súplica, una actitud teatral que no pasó desapercibida para Benton ni para el resto de occidentales.

—Les hablo en nombre de todos los pueblos de Oriente Medio: por favor, salgan de nuestras tierras, no los necesitamos. Dejen en paz a nuestra gente, ellos no los quieren. Dejen en paz nuestra fe, o responderán ante Alá y serán juzgados con severidad.

Se quedó callado durante unos minutos, y un murmullo comenzó a extenderse por la asamblea. Al fin, el presidente colocó sus manos abiertas, una encima de la otra, sobre su corazón.

—Hay más de seis mil millones de personas en el mundo —dijo—, y todas son iguales ante Alá. ¿Acaso creen que permitirá que unas sean libres y las otras permanezcan subyugadas? Todas son criaturas de Dios y merecedoras de respeto. Que el Todopoderoso bendiga las luchas heroicas de aquellos valientes guerreros de cualquier credo que combaten la agresión, la opresión, la invasión y la subyugación. Pues aquellos que defienden su fe serán los primeros en llegar a Dios.

Moshaddam cerró los ojos y siguió hablando en voz baja, como si estuviera orando.

—Oh, Dios todopoderoso, todos los hombres y mujeres son tus criaturas, y te rogamos que nos reveles al Oculto, el duodécimo imán, el último profeta, para que nos guíe. Muéstranos al humano perfecto que se nos prometió hace tanto tiempo, y permítenos formar parte de los seguidores que luchan por su causa. Haznos dignos del regreso del Profeta.

El presidente mantuvo los ojos cerrados mientras alzaba un dedo y lo ondeaba hacia los delegados congregados como si fueran unos escolares que se hubieran portado mal. Hossein se preguntó si no estaría yendo demasiado lejos.

—El último profeta regresará, el Oculto, el mahdi, y se dará a conocer ante la humanidad. Su retorno será el acontecimiento más significativo desde la llegada de Mahoma, y traerá serias consecuencias para los infieles y los apóstatas. Su retorno marcará el Juicio Final y el fin de la historia. Regresará a la cabeza de las fuerzas de la rectitud para batallar contra las hordas del mal en una última y apocalíptica guerra. Cuando el mal haya sido derrotado de una vez por todas, el mahdi regirá el mundo durante un millón de años y traerá la perfección del espíritu a todos los pueblos.

Moshaddam abrió los ojos, alzó la mirada hacia el foco que tenía encima y sonrió. Se cubrió el corazón con las manos una vez más, hizo una reverencia y recogió sus notas.

Todos los representantes de Oriente Medio estaban en pie, aplaudiendo y dando pisotones en el suelo. Los demás permanecieron sentados, con gestos de rencor o confusión en el rostro. Desde que Yasser Arafat introdujo una pistola en la asamblea, no había vuelto a producirse una división tan palpable entre las naciones reunidas.

Hossein vio que Harvey Benton se dirigía rápidamente hacia la puerta, con el móvil en la mano.

Hossein tomó asiento en el Mercedes negro y vio cómo el presidente iraní se apresuraba hacia el coche. Dos corpulentos guardaespaldas ataviados con trajes oscuros empujaron a un lado y sin miramientos a los fotógrafos y los periodistas para despejarle el camino. Una sonrisa inmensa recorría el rostro de Moshaddam, y sus ojos centelleaban de entusiasmo. Se subió al coche y acercó a Hossein hacia sí para que pudiera oírle entre los *flashes* de las cámaras y los gritos de los manifestantes que eran apartados del vehículo.

—Amigo mío, han sido como moscas ante la miel. Creo que Alá los dejó bajo el influjo de un hechizo mientras yo hablaba... Y conozco el porqué. Vuelvo a sentir la luz divina. ¿Vio el halo que apareció alrededor de mi cabeza cuando mencioné al mahdi?

Hossein sonrió, pero su mirada se mantuvo flemática e impasible. El presidente era un hombre profundamente religioso, más incluso que cualquier otro presidente que hubieran tenido, y como todo buen musulmán, regía su vida solamente en base a las enseñanzas del Corán. Sin embargo, su fervor iba todavía más allá, y era propenso a ver portentos y profecías hasta en las cuestiones más cotidianas. Se decía que el presidente podía ver los nombres de los profetas en la curvatura de la lengua de un colibrí.

Hossein cerró los ojos y se recostó en el suave asiento de piel. Hablaría con el líder supremo en cuanto regresara. Una cosa era meterle un dedo en el ojo a los Estados Unidos; otra muy distinta era plantarse ante ellos y hablar de guerra.

Cuenca de Marvdasht, al sur de Irán

La iluminación interior del B-2 Spirit se tornó de un color rojo intenso y la doble compuerta del chasis se abrió lentamente con un chirrido apenas perceptible. La sigilosa aeronave redujo la velocidad mientras recorría el espacio aéreo extranjero y un frío glacial entró cuando la corona de velocidad alcanzó a aquella silueta lisa y oscura.

A treinta y cinco mil pies, nada de lo que había debajo resultaba visible para el equipo que esperaba sobre la pequeña plataforma situada en el borde de las compuertas para las bombas. Lo único que podían percibir era una negrura absoluta y el alarido del viento a esa altitud al ser desgarrado por los miles de kilos de aquel avión supersónico.

Todas las miradas estaban puestas en Alex.

«Adelante». Alex oyó la orden en su auricular y asintió con la cabeza en dirección al equipo. Sin pensárselo dos veces, se lanzó hacia la negrura que discurría por debajo de ellos a toda velocidad. Los demás lo siguieron.

Seis misiles humanos salieron disparados hacia el suelo, con los brazos firmemente pegados a los costados y los pies apenas separados ligeramente para crear una silueta aerodinámica. Atravesaron el aire a una velocidad de seiscientos kilómetros por hora. El aullido del viento a esa velocidad les habría destrozado los tímpanos de no ser por los cascos y las viseras de protección. Alex no pudo contener la euforia que lo embargaba y estuvo a punto de lanzar un grito, presa de la emoción. Aun así, sabía que no se trataba del salto más alto que se hubiera realizado. En 1960, un capitán de la Fuerza Aérea Norteamericana llamado Kittinger descendió desde una altura de cien mil pies ataviado con un traje de presurización especial. Había alcanzado una velocidad de mil kilómetros por hora, y estuvo a punto de perder una mano debido a un fallo en uno de los guantes de su traje. La mano se le había hinchado hasta alcanzar el tamaño de una pelota de fútbol cuando finalmente aterrizó.

El sol se estaba alzando por el horizonte, y a esa altitud Alex pudo ver la curvatura de la esfera terrestre, que se desdibujaba alrededor de su equipo. Había poca nubosidad por debajo de ellos y los tonos verdes y marrones de la cuenca de Marvdasht a los pies de Kuh-e Ramat, «el monte de la Misericordia», eran visibles. No tardó en avistar un pequeño retal de estructuras de color ocre a los pies de la montaña. Eran las antiguas ruinas de Persépolis. Parecían crecer directamente de un inmenso brote de piedra, que hubiera sido tallado por gigantes a partir de la roca natural de la zona. Las luces de Shiraz, situada a unos cincuenta kilómetros al suroeste, titilaban entre las sombras previas al amanecer.

Técnicamente, los miembros del equipo HAWC podían comunicarse entre ellos a través de los micrófonos incorporados en sus cascos, pero el rugido del aire que pasaba a toda velocidad suponía que las conversaciones quedaban limitadas a dar órdenes o confirmaciones con una sola palabra. En realidad no tenía importancia; a los HAWC solo hacía falta darles instrucciones una vez. Todos sabían lo que tenían que hacer.

A veinte mil pies, y tras una palabra de Alex, el equipo se dividió en dos grupos. Hunter había dejado a Hex al mando del equipo Rojo, compuesto por Rocky, Adira y el Irlandés, mientras que él dirigiría al equipo Azul, que constaba de Sam y Zach. Normalmente, Sam habría sido el líder del equipo Rojo, pero Alex quería que cubriera al joven científico israelí, y que le proporcionara apoyo logístico. Solo se separarían durante unos pocos kilómetros, pero si uno de los equipos era avistado, o, peor, emboscado, el otro proporcionaría apoyo de cobertura o completaría la misión por su cuenta.

Sam había sacado la pajita más corta y saltó con Zach amarrado a su pecho. En realidad no fue mal negocio para Sam, ya que el joven científico absorbió la mayor parte de la fuerza del viento. A esa velocidad de descenso, y al no tener los abdominales endurecidos, Zach tendría calambres durante días.

Alex vio por el rabillo del ojo cómo los miembros del equipo Rojo se convertían en puntitos en la distancia. No se atrevió a girar demasiado la cabeza; incluso el más mínimo movimiento durante una caída libre a máxima velocidad podía provocar que girase sobre sí mismo o un notable cambio de dirección. Pensó en la valentía de Adira y en el férreo compromiso que mostraban tanto ella como sus compatriotas. Como esperaba, la red de los israelíes lo había dispuesto todo, antes de que Adira y los americanos se hubieran organizado, para que unos cuantos miembros de la célula local del Mossad se reunieran con ellos. A Alex le asombraban esos agentes que a menudo vivían durante años entre los habitantes de otro país, sabiendo que si los descubrían se verían expuestos a torturas extremas y a una muerte violenta. Ni siquiera al término de una misión se podían reconocer públicamente sus éxitos, pues se conocían casos de represalias que se habían producido muchos años más tarde. Los miembros de esas redes eran recios, comprometidos y altamente profesionales.

Pensar en las redes de espionaje le trajo a la mente su última conversación con Hammer y las noticias sobre la irrupción en las instalaciones médicas de Fort Bragg.

—Puede que se trate del Mossad —le había dicho su superior. Alex sabía que su archivo estaba guardado en una cámara acorazada subterránea de máxima seguridad, pero ni siquiera él conocía su contenido. Hammerson lo había informado de que el intruso había obtenido un *shell* administrativo, donde no se identificaba a Alex por su nombre, y que tampoco contenía fotografías. Pero aquellas instalaciones supuestamente seguras habían quedado comprometidas, y ahora alguien sabía lo suficiente sobre él como para tenerlo en el punto de mira. Y si había sido el Mossad, entonces esa información podría acabar llegando hasta Adira Szenes.

Alex no tenía tiempo para preocuparse ahora por eso. El suelo se acercaba a toda velocidad; ya casi había llegado el momento del espectáculo. Lo normal era desplegar el paracaídas en algún punto entre los cinco mil y los dos mil pies. En un salto HALO, una apertura de baja cobertura significaba que no se desplegarían hasta estar por debajo de los mil pies: el impacto contra el suelo era mayor, pero el sujeto resultaba visible, y por tanto vulnerable, durante menos tiempo. Debido al peso adicional, Sam sería el que se llevaría la peor parte. A no ser, claro está, que utilizara a Zach como amortiguador. Alex sonrió; sabía perfectamente lo que haría Sam.

«Impacto». Alex oyó los gruñidos a través de su dispositivo de comunicación. A la velocidad a la que se desplazaban, el paracaídas pegaba una fuerte sacudida a un cuerpo de envergadura media cuando reducía su velocidad de caída en ocho puntos sobre diez en el espacio de apenas tres metros. Sin embargo, no era nada comparado con el impacto del aterrizaje. A más de siete metros por segundo, incluso con una postura óptima para caer y rodar, al día siguiente quedaban un montón de músculos doloridos. Alex contó los gruñidos. *Bien, pensó, ya están todos abajo.*

Sam liberó a un aturdido Zach de sus arneses y lo llevó medio a rastras hasta un punto de cobertura, mientras Alex se apresuraba a enterrar todos los paracaídas bajo la arena. Un afloramiento rocoso les proporcionó cierta cobertura para poder comunicarse con el equipo Rojo, que se encontraba a varios kilómetros de distancia en dirección norte. *Todos abajo, ningún hueso roto. Buen comienzo, pensó Alex.*

Miró a Zach, que tenía la visera levantada y estaba vomitando sobre la arena.

Los miembros del equipo Rojo estaban enterrando sus paracaídas cuando dos puntitos de luz titilaron ante ellos entre la penumbra. Los HAWC se echaron cuerpo a tierra y sacaron sus armas, pero Adira levantó una mano y respondió con tres fogonazos de su propia linterna. Dos hombres vestidos con las túnicas y los turbantes propios de las tribus del desierto caminaron hacia el grupo. Uno mantuvo la mirada fija sobre los corpulentos americanos mientras el otro hablaba apresuradamente con Adira en hebreo. Resultó evidente a ojos de los HAWC que la mujer tenía un rango importante por la sumisión militar con que la trataron.

—La han llamado «Seren». Creo que eso significa capitán. Vaya, tiene más rango que nosotros —dijo Lagudi, que se esforzó por oír su conversación.

—No en nuestro puto ejército —replicó el Irlandés.

Adira parecía estar formulando numerosas preguntas, y los hombres respondieron con un gesto dirigido hacia el norte y la campiña que los rodeaba. Con unas últimas palabras, los hombres dirigieron un saludo militar a Adira, un ademán de cabeza a los HAWC, y reemprendieron su camino hacia aquel paraje árido y abrasador.

Adira sacó sus armas de mano de la mochila: dos Baraks de diseño israelí. Hex enarcó las cejas al reconocer aquellas pistolas, con gesto de aprobación. Alex le había ofrecido una pistola a Adira, pero Hex comprendió por qué había declinado la oferta.

Las Baraks eran contundentes y fiables, con gatillo de doble acción, armazón cuadrado de polímero y cañón redondeado; armas rápidas, precisas y duraderas que proporcionaban la potencia de una Magnum sin el inconveniente del peso.

Adira se amarró las pistoleras de tal forma que los cañones de las pistolas apuntaban hacia sus ingles, formando una V en su parte frontal que le permitía acceder rápido a ellas sin emisiones laterales. Metió las dos pistolas y probó a desenfundarlas. A toda velocidad. Parecía muy acostumbrada a utilizar armas.

—Cásese conmigo —le dijo Lagudi con abierta admiración.

Adira lo ignoró, regresó a paso ligero junto a los HAWC y señaló con un gesto hacia el paraje que los rodeaba.

—Hay un montón de actividad en esta zona. Acertamos al pensar que nos estarían esperando. Hay numerosos equipos pequeños de takavaran, las Fuerzas Especiales iraníes, gente muy dura y muy bien adiestrada. Tenemos que evitarlos a toda costa.

O’Riordan puso los ojos en blanco y negó con la cabeza, como queriendo quitar peso a la amenaza. Adira le habló directamente a él.

—No debemos enzarzarnos en un combate con esas fuerzas iraníes o...

—Bah, por amor de dios, señorita, estoy seguro de que compiten en la misma liga que ustedes los judíos, pero por si aún no se han dado cuenta, nosotros no somos como ustedes. Dijeron la misma gilipollez sobre esas supuestas fuerzas de élite iraquíes, y nuestras tropas terrestres convencionales las doblegaron en un día.

Adira dio un paso al frente, dirigiendo su mano abierta hacia el rostro burlón del Irlandés.

—Es usted un imbécil —dijo.

El Irlandés, posiblemente receloso por la última vez que aquella mujer le había levantado la mano, la bloqueó como si se tratara de un ataque, y después la golpeó con fuerza en el pecho con la otra mano.

Adira cayó, pero no de espaldas, como posiblemente esperaba el Irlandés. Giró el cuerpo en espiral mientras descendía hacia el suelo, dando así impulso a sus piernas para hacer un barrido con el que derribó al Irlandés. En cuanto golpeó el suelo, Adira se encaramó de rodillas sobre su pecho, y le presionó la tráquea con un dedo y con el pulgar.

—Aquí los imbéciles mueren —le espetó al oído.

Hex le dio un golpecito en la parte superior del casco.

—Deje que se levante.

O’Riordan se puso en pie de un brinco, con el rostro tan colorado como su cabello. Avanzó decidido a devolvérsela a Adira, pero Hex lo agarró por el cuello del uniforme.

—No me obligue a informar de esto al capitán.

El Irlandés se revolvió para soltarse de Hex y giró sobre sí mismo para dirigirse hacia el oscuro desierto. Sacó su pistola y lanzó tres disparos rápidos y silenciosos, después volvió a enfundar sus armas y regresó junto al grupo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Hex.

El Irlandés asintió y apartó la mirada como si aquello le aburriera. Adira se encogió de hombros y prosiguió con su informe.

—Hay pequeños escuadrones en los alrededores de las ruinas, y también se han avistado equipos de cuatro hombres en otras regiones. Mi gente recopilará más información y nos la hará llegar.

Hex volvió a mirar al Irlandés.

—Podemos lidiar con los iraníes si es necesario, pero no podemos permitirnos quedar acorralados en un tiroteo. Ellos tienen la ventaja de jugar en casa y de contar con refuerzos.

—Estoy de acuerdo; ellos pueden permitirse plantar cara y pelear. Nosotros no — dijo Adira al tiempo que lanzaba a O’Riordan una mirada inexpresiva.

Hex habría jurado que Adira le dirigió un atisbo de sonrisa.

Transmitió los datos sobre su posición y la información del Mossad sobre los takavaran, después ordenó a sus compañeros que se reunieran con el equipo Azul, que ahora se encontraba a menos de un kilómetro y medio hacia el sur de las ruinas. Adira se presentó voluntaria para cubrir la retaguardia. *Está claro que aún no se fía lo suficiente de ese grandullón pelirrojo como para darle la espalda*, pensó Hex con una sonrisa.

Alex, Sam y Adira estaban tendidos, ocultos entre unas rocas caídas que rodeaban las antiguas ruinas de Persépolis, examinando la árida planicie que se extendía ante ellos.

Incluso a esa distancia, Alex se maravilló por el tamaño de esos antiguos edificios: casi un kilómetro y medio de longitud y la mitad de esa distancia de profundidad. Adira le había contado que hicieron falta ciento cincuenta años para construir los palacios que antaño fueron tanto el centro de la nación persa como de todo el mundo conocido. Su construcción había llevado seis generaciones, y en su día había sido el equivalente al Taj Mahal, el palacio de Buckingham y la Casa Blanca juntos.

Alex parpadeó para quitarse unos restos de arena de los ojos y examinó las magníficas estructuras: incluso después de dos mil quinientos años sus inmensos muros, con escaleras que ahora no conducían más que hacia cielo abierto, inspiraban asombro. Inmensas columnas ornamentadas que asemejaban gigantescos árboles petrificados y colosales leones sin rostro seguían vigilando el desierto iraní. Entrecerró los ojos; tallado en un imponente muro había un enorme altorrelieve de una bestia rugiente que estaba abatiendo a un toro. Tenía el rostro ennegrecido y desgastado, quizá a causa de los efluvios de las miles de manos que habrían tocado su faz para que les diera suerte.

Alex dejó escapar el aire lentamente y desplazó la mirada desde las ruinas hacia la inmensa planicie, rodeada por riscos de color malva con cumbres quebradas y puntiagudas. Le costó creer que antaño hubiera sido un valle fértil; ahora lo único que quedaba era polvo, arbustos y una brisa ardiente que irritaba los ojos.

—No hay cobertura a excepción de esas plantaciones de pinos a sesenta metros de distancia —dijo Sam—. No va a ser fácil si alguien anda buscándonos. Parece que también hay unos cuantos turistas rondando por la zona.

Sam tenía razón sobre la cobertura: la árida cuenca de Marvdasht proporcionaba pocas oportunidades de camuflaje. Miles de años antes, los regentes habían ordenado nivelar la planicie y plantar exuberantes jardines, con estanques para las caravanas del desierto que vinieran de visita. Aquella belleza y abundancia había sido destruida por milenios de veranos abrasadores y gélidas noches de invierno, y ahora solo quedaban muros devastados por el viento y columnas rotas en aquella cuenca polvorienta.

—No son turistas. Son takavaran —dijo Adira, señalando con un gesto de la barbilla un grupo de hombres que había en las proximidades de las ruinas. Un número reducido de personas ataviadas con prendas informales estaba rondando en torno a un coche destartado, mientras otro grupo deambulaba por los alrededores sacando fotografías.

—Nuestras redes nos han contado que Persépolis lleva cerrada al público desde el accidente. Apuesto a que la entrada se encuentra debajo de ese baldaquín, probablemente a través de un túnel excavado bajo los cimientos de la Apadana. Es la estructura más sólida y firme de las ruinas. Solía ser el salón de audiencias del rey Darío.

Alex echó un último vistazo al terreno de aquella cuenca desértica.

—Estoy de acuerdo. Está bien, saldremos esta noche. Primer premio: entramos con el mínimo de ruido y de huellas térmicas, y salimos sin dejar rastro. Segundo premio: enfrentamiento directo con efectos letales, y aun así seguimos saliendo sin dejar rastro.

Sam asintió.

—Entrar rápido y salir sonrientes.

El trío acordó una ruta hacia la estructura de la Apadana, después se alejaron reptando de su escondite para reunirse con el otro equipo y concretar el plan.

—¿Estamos a salvo, *me'at achi*? —le preguntó Adira a Zachariah, que estaba leyendo una serie de cifras en un pequeño dispositivo plateado que sostenía entre las manos. Zach sonrió al oírla usar el término «hermanito». Adira no era mucho mayor que él, pero resultaba evidente que se veía varios años por delante de Zach en cuestión de madurez. Era bastante mandona, qué duda cabe, pero Zach no podía evitar sentir aprecio por ella. Era como un cruce entre una hermana mayor protectora y un estricto vigilante de pasillo.

—Por supuesto, *ima* —respondió.

El término hebreo para «madre» la hizo reír mientras sostenía una mano sobre el pequeño dispositivo para proteger la pantalla de la luz del sol y así poder leer las cifras.

A Zach también le gustó su risa, pero seguía un poco receloso. Adira era férrea con sus creencias. *Quizá deba ser así para poder cumplir con su trabajo*, pensó.

Zach no había vuelto a tener ningún contacto con el ejército desde que terminó su periodo de servicio obligatorio, y desde luego ninguna conexión con el Mossad. Recordó las palabras pronunciadas por el general que había condecorado a su padre con una medalla póstuma al valor. «Sin sacrificio, no hay libertad. Sin libertad, no hay vida. Que Dios bendiga a todos aquellos que lo dan todo por nosotros». Zach no las había entendido en su momento. Lo único que comprendió fue que aquel trozo de metal, pequeño y reluciente, estaba concebido para ser un trueque a cambio de la vida de su padre, y también de la de su madre.

Al parecer, el que puso la bomba había estado intentando acceder a un banquete de boda; probablemente su padre había salvado docenas de vidas. Pero lo único que sintió Zach en ese momento fue ira..., hacia el terrorista, y también hacia sus padres. Después, progresivamente, se fue sintiendo orgulloso de ellos, se asombró de su

valentía, de su disposición a morir para salvar a otros.

Adira habría hecho lo mismo, pensó mientras la observaba.

Zach pensó que probablemente amaba tanto a Israel como lo hacía ella; la diferencia era que él no tenía el mismo odio y rabia enraizados que tenía Adira. Incluso después de perder a sus padres en aquel atentado, pasó rápidamente de la ira inicial a una sensación de tristeza por la desesperación que conducía a ciertos hombres y mujeres a cometer el acto extremo del asesinato... o del sacrificio, dependiendo de tu perspectiva o tu localización geográfica.

Parpadeó al darse cuenta de que todavía estaba mirando a Adira y devolvió su atención hacia la pequeña pantalla que tenía entre las manos.

Una sombra enorme se proyectó sobre él.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó Sam Reid.

—Un Geiger portátil de alta sensibilidad —respondió Zach—. Totalmente miniaturizado, con un armazón de acero inoxidable y halógeno relleno con un tubo contador de ventana extrema fabricado en mica. Mide radiaciones alfa, beta, gamma y X en el micro y el macroespectro, y ahora mismo nos está diciendo que... Sí, justo lo que pensaba: que la atmósfera es benigna. Está dentro del espectro nanosievert, apenas por encima de las cifras normales. Eso es bueno, supongo, pero también extraño, teniendo en cuenta que hace apenas unos días registramos un tremendo brote gamma procedente de este lugar.

Zach sostuvo en alto el dispositivo para que Sam pudiera ver la pantalla por sí mismo. Sam lo cogió y lo frotó con el pulgar, después lo giró, evaluando su peso.

—Mola. Tendrás que decirme dónde puedo conseguir uno de estos.

Zach carraspeó y volvió a coger la cajita, al tiempo que esbozaba una enorme sonrisa.

—Me temo que en ninguna parte, lo construí yo. —Su rostro volvió a tornarse serio—. Verá, si no hubiera presenciado por mí mismo ese inmenso pico de radiación, me habría parecido imposible. Pero esto confirma mis sospechas: que esto es algo más parecido a un estallido gravitatorio de materia oscura. La radiación terrestre no se comporta de este modo. Tengo que descubrir qué fue lo que ocurrió aquí.

Zach se acercó a Alex con largos pasos, blandiendo el pequeño contador Geiger. Alex lo cogió, examinó la pantalla, pulsó unos cuantos botones, se encogió de hombros y se lo devolvió.

Zach frunció el ceño y limpió la pantalla con la manga.

—Capitán Hunter, necesito imperiosamente acceder a la zona de impacto para determinar los efectos de...

—Estoy de acuerdo, doctor Shomron —lo interrumpió Alex—. Necesitaremos sus conocimientos. Nos acompañará a la señorita Szenes, al teniente Reid y a mí. Saldremos en cuanto oscurezca. ¿Quería algo más?

—Eh, no... Vale, genial... supongo.

Zach comprendió de repente que había conseguido lo que quería, pero eso

significaba entrar en un perímetro vigilado y hostil, y posiblemente ser tiroteado si lo avistaban. De pronto deseó poder estar de vuelta en su laboratorio, bebiendo el chocolate caliente de su tía Dodah para templar los nervios.

El día avanzó con una lentitud desesperante; el equipo no tuvo otra cosa que hacer salvo descansar durante el transcurso de aquella calurosa tarde.

Alex aprovechó la oportunidad para enseñarle a Hex cómo utilizar el láser KBELT.

—Recuerde, si necesita usarlo, utilice solo disparos de baja intensidad. No quiero pulsos grandes que iluminen el valle. Es posible que haya vigilancia a gran altura.

Hex flexionó las manos en el aire, mostrando sus ganas por que Alex lo soltara para poder probarlo. Alex se lo entregó.

—Veinte disparos y después hay que recargarlo.

—No harán falta tantos —dijo Hex, que se dirigió hacia una roca baja para sentarse y practicar apuntando con aquel cañón con forma de bulbo.

El sol poniente proyectó sombras largas y afiladas sobre las inmensas y ancestrales ruinas, y Alex observó cómo los últimos rayos se deslizaban sobre las piedras, iluminando brevemente las grietas y los recovecos de los edificios en descomposición. Con la desaparición del sol, la temperatura ambiente cayó rápidamente. La arena y las rocas seguirían irradiando calor, pero en el plazo de unas pocas horas podían contar con que la temperatura descendiera hasta un punto próximo al cero.

Sam se sacudió arena de los pantalones mientras se apoyaba sobre una rodilla.

—Hemos detectado a doce hombres en las proximidades, operando en dos escuadrones de seis. Coincido con la señorita Szenes en que se trata de Fuerzas Especiales iraníes. Sus movimientos aparentemente aleatorios resultan demasiado ensayados; parecen excesivamente normales. Cuento con que dispondrán de visión nocturna y puede que incluso de visores térmicos. Nuestros trajes se ocuparán de enmascarar el calor de nuestros cuerpos, y podemos seguir la línea arbolada hasta que nos encontremos a un kilómetro de distancia. Además, quedan los restos de una estructura perimetral, poco más que una zanja superficial, por la que podremos avanzar reptando. Tendremos que movernos en fila de a uno, con la cabeza pegada a las botas del siguiente, para así enmascarar nuestra forma humana y no llamar la atención de cualquier posible escáner de movimiento. Nos llevará un poco más de tiempo, pero resultará más discreto.

—Son takavaran. Deberíamos matarlos a todos de inmediato —dijo Adira.

Zach la miró con una mezcla de horror e incredulidad en el rostro.

Alex negó con la cabeza.

—No. Aún no estamos seguros de quiénes son, ni de cuántos hay entre las ruinas. Seguiremos el plan de Sam. Una vez dentro, el doctor Shomron recopilará la información necesaria que nos permita determinar con exactitud en qué han estado

trabajando los iraníes. No debemos permanecer en el interior más de sesenta minutos.

—Una pregunta. El plan es entrar y salir sin ser vistos. ¿Qué pasa si los iraníes quieren montar un poco de bulla? —El Irlandés se estaba dirigiendo a Sam, pero fue Alex quien respondió.

—Enfrentamiento directo, máxima mortalidad. No podemos permitirnos que el ejército iraní al completo salga tras nuestros pasos. Si nos detectan e intentan iniciar una guerra, habrá que neutralizarlos rápidamente. No podemos permitir que envíen ningún mensaje.

Los miembros del equipo asintieron.

—Hex, usted organizará y desplegará las defensas perimetrales —ordenó Alex—. Iniciaremos la operación a las 2300 horas. ¿Más preguntas?

No hubo ninguna.

Alex observó al grupo. Adira parecía sumida en un mutismo indiferente; Zachariah estaba sentado con los ojos desorbitados, pálido y nervioso; y los HAWC esbozaban sonrisas adustas o resolutivas. Justo lo que esperaba.

El comandante en jefe Bhakazarri de la Guardia Islámica Revolucionaria se metió otro *ghotaab* en la boca. Aquel hojaldre frito y bañado en miel le dejó los dedos pegajosos, así que se los chupó haciendo mucho ruido pese a que tenía las uñas ennegrecidas por la suciedad. Sin levantar la mirada de sus papeles, extendió la mano para buscar otro pastelito lustroso y relleno de frutos secos. Podía relajarse ahora que sus operaciones de despliegue estaban completadas. Estaba convencido de que sus comandos podrían ocuparse de cualquier cosa con la que se encontraran.

Su GIR era una entidad separada del ejército iraní convencional. Temida por su brutalidad y fanatismo, la Guardia Islámica Revolucionaria fue creada inicialmente por el ayatolá para mantener la seguridad interna. Sin embargo, la GIR había trascendido ampliamente ese rol para extender sus funciones hasta el asesinato, la tortura y el adiestramiento de los guerreros de la yihad.

Al igual que muchas fuerzas militares del mundo, la GIR tenía su unidad de élite: los takavaran. Bhakazarri supervisaba personalmente la selección y el adiestramiento de los hombres que formaban parte de aquellas unidades, los cuales le mandaban sus informes a él, y solamente a él.

Los comandos takavaran eran el equivalente a las Fuerzas Especiales de EE. UU., y no había ninguno más temido en Oriente Medio que los Zolfaghar: los lobos. Estaban convencidos de portar en su interior las almas de los antiguos Inmortales persas, y eran la unidad mejor entrenada, mejor equipada y más fanática de todo Oriente Medio. Bhakazarri sabía que incluso la Metsada intentaría evitarlos a toda costa; el mejor resultado que podían esperar los agentes israelíes cuando se encontraban cara a cara con estos brutales fanáticos era la aniquilación mutua.

Era demasiado tarde para defender la base Jamshid I en Persépolis: el accidente la había borrado del mapa. Bhakazarri había desplegado dos docenas de hombres en un amplio radio tanto en el interior como alrededor del perímetro de las ruinas, en el desierto de Marvdasht, más como una trampa que como una fuerza defensiva. Era la base Jamshid II de Arak la que hacía falta proteger. Allí había dispuesto a sus mejores hombres con dos perfiles de misión. El primero era un contingente de cincuenta hombres ubicado en la propia instalación. Si un equipo de infiltración enemigo conseguía localizar el laboratorio secreto y acceder a él, los detendrían antes de que consiguieran traspasar la primera puerta de seguridad. El segundo despliegue estaba formado por otros cuarenta takavaran vestidos con las túnicas y los mantones propios de los comerciantes del desierto, repartidos en diez unidades de cuatro hombres a lo largo de la campiña. Sus humildes tiendas albergaban radares terrestres, equipamientos de visión nocturna y toda la potencia de fuego necesaria para aniquilar

a cualquier extranjero que pusiera un pie en territorio iraní.

Bhakazarri había ordenado que le trajeran con vida al menos a uno de los infiltrados, sobre todo si resultaban ser americanos. La humillación del Gran Satán sería inmensa si Irán pudiera exhibir ante los medios internacionales a espías norteamericanos capturados.

Se metió un nuevo dulce en la boca y resopló. Aunque había dado la orden, Bhakazarri no contaba con que le trajeran ningún prisionero con vida. Sus takavaran rara vez dejaban nada a su paso salvo cuerpos desmembrados. *En fin, pensó, cuando sueltas a los lobos alguien tiene que acabar despedazado.* No importaba; los americanos seguirían dispuestos a pagar por recuperar los cuerpos, sin importar en qué condición estuvieran.

Alex y Sam estaban revisando sus armas cuando Adira y Zach se unieron a ellos. Como equipamiento estándar, los HAWC utilizaban la pistola Heckler & Koch USP45CT, o CT para abreviar. Con un acabado liso y de color negro mate, era un arma de mano poderosa fabricada a partir de un molde de polímero con reducción de retroceso y un acabado de nitruro para «entornos hostiles» que le proporcionaba una máxima resistencia a la corrosión.

—H&K —dijo Adira—. Lenta y aparatosa, si mal no recuerdo. Confío en que a sus objetivos no les dé por echar a correr esta noche cuando les apunten.

Sam soltó una risita.

Alex colocó el mecanismo de disparo en su sitio con un chasquido y miró a través del cañón. Le gustaba sentir su tacto en la mano.

—Ya no —le dijo a Adira—. Esta CT tiene una variante en el gatillo: puedes apretarlo y soltar una ráfaga con un solo movimiento. Puede que no sea la pistola más rápida, pero desde luego sí es más rápida que la Barak israelí estándar. —Le sonrió.

—¿Qué le hace pensar que estas son estándar, capitán? Además, a veces la velocidad está determinada por la persona que empuña el arma. Cuando esto termine, veremos quién ha sido más certero, ¿de acuerdo?

Sam reprimió una nueva carcajada mientras terminaba de atornillar el silenciador y hacía girar aquella pistola larga en su mano. La mayoría de los silenciadores suprimían el sonido de la detonación a base de amortiguarlo, mientras que la CT mejorada empleaba un derivador de frecuencia; en vez de amortiguar el sonido, lo trasladaba a una frecuencia más allá del espectro audible humano. Sam se metió el arma en la pistolera, que llevaba amarrada dentro de un bolsillo especial de su traje.

Alex miró su reloj: eran las 22:45.

—Tío, reúnelos.

Hex fue el primero en venir. Se acuclilló, sosteniendo el láser Klystron entre sus muslos. Con sus ojos grises, su cabello rubio platino cortado al rape y su armamento futurista, parecía un guerrero procedente de un tiempo todavía por llegar. Alex se dio

cuenta de que estaba deseando disparar el láser y sintió lástima por el que fuera su primer objetivo: Hex no fallaría.

Rocky y el Irlandés llegaron a continuación.

Alex se dirigió directamente a Hex.

—No podemos permitir que nos acorralen en esas ruinas. Si los iraníes intentan acceder a la base por la fuerza, desplácese hacia los arbustos o abra fuego. Tiene autorización para eliminar cualquier posible amenaza perimetral.

Hex asintió.

Alex se puso al frente del equipo de infiltración. Era el único miembro de aquella unidad de cuatro personas que no llevaba equipamiento de visión nocturna; su propia visión mejorada le proporcionaba toda la amplificación lumínica que necesitaba.

La noche estaba despejada pero sin luna, lo que provocaba que el terreno de la cuenca pareciera impenetrable en la oscuridad. La temperatura ambiente era fría, apenas unos pocos grados por encima de cero, pero lo suficientemente seca aún como para absorber la humedad de sus ojos y bocas. El avance lento tendría una doble ventaja: además de llamar menos la atención, minimizaba el desgaste físico y por tanto provocaba menos exhalaciones, que se avistarían en cualquier visor de vigilancia térmica en forma de nubecillas anaranjadas de vaho.

Acababa de pasar la medianoche cuando alcanzaron la tienda que escondía la entrada a los túneles. Sam y Zach avanzaron hacia la puerta de acero; Sam portaba un pequeño dispositivo que emplearía para sortear la seguridad digital y Zach llevaba su medidor de radiación. Afuera, en el desierto, Alex pudo ver los movimientos casi imperceptibles de dos de los escuadrones takavaran. Un equipo estaba cerca de un viejo camión, la mitad de sus hombres dormían debajo de él. El otro equipo se encontraba en un punto más próximo a las ruinas, sus miembros estaban tendidos con la espalda apoyada sobre las rocas, en un claro intento por aprovechar el calor almacenado allí durante el día.

—Ya está abierta —susurró Sam. Enrolló varios cables alrededor del pequeño dispositivo y volvió a guardárselo bajo la manga. Sacó su pistola y se agachó junto a la puerta.

Adira empujó ligeramente el panel metálico y se agachó sobre una rodilla enfrente de Sam. A medida que la puerta se fue abriendo hacia dentro, ambos apuntaron con sus armas hacia el túnel oscuro que había al otro lado.

Zach sostuvo en alto el contador Geiger para comprobar los niveles de radiación.

—Todo despejado —dijo, después volvió a enfundar el dispositivo y se agachó detrás de Adira.

Alex extendió una mano y la apoyó sobre el muro de piedra. De repente sintió una punzada de dolor en la nuca. Se convirtió en un dolor agónico a medida que la presión crecía y se desplazaba por su cráneo, como si tuviera dentro unas placas tectónicas que estuvieran chocando entre sí, ajustándose para dejar espacio a algo. *Ahora no*, pensó. *No más cambios, ahora no*. Cerró los ojos durante un instante e

inspiró profundamente. Una sensación que asemejaba una oleada se extendió por su cabeza y a través de su espina dorsal, y la presión se suavizó ligeramente.

Sintió un hormigueo en la mano que tenía apoyada en la piedra y se dio cuenta de que podía percibir una vibración, una especie de presencia vital en el interior de la antigua estructura. Era una turbulenta y caótica tormenta de emociones, fragmentos persistentes de dolor y sufrimiento humano. La vida se había extinguido allí de un plumazo, pero no supo si se debió a una muerte violenta o a alguna otra fuerza.

El dolor que sentía detrás de los ojos se mitigó y apartó los dedos de la piedra, cerrando brevemente el puño como si se hubiera quemado. Se dio la vuelta hacia el grupo, se señaló a sí mismo con un dedo, a Sam con dos, después a Adira con tres, y a Zach con cuatro. A continuación abrió la puerta de acero y desapareció en la oscuridad sin hacer ruido, seguido por su reducido equipo en el orden que les había indicado.

Ahmad al Janaddi miró con gravedad a través del cristal de diez centímetros de grosor rematado en plomo de la ventana que daba a la sala de pruebas principal de la base Jamshid II. Múltiples pantallas mostraban imágenes desde todos los puntos de la habitación, que eran grabadas en un bucle continuo. Unos sofisticados programas informáticos le permitían dejar buena parte del control del experimento en manos del equipamiento electrónico, y los discos duros de alto rendimiento capturarían imágenes del evento en un orden de micromillonésimas de segundo. También se recopilarían más datos relativos a la densidad atmosférica, térmica, infrarroja y otras longitudes de onda del espectro. Esta vez no se perdería nada.

Aquella cámara de hormigón armado con paneles de plomo resultaba a la vez asombrosa e intimidante. La esfera plateada, lisa y reluciente, estaba situada en el centro, rodeada de muros cubiertos por cientos de sensores y cámaras diferentes que serían testigos de la creación de una perforación en la mismísima materia del universo. Podría haberse tratado de una pequeña nave espacial que hubiera aterrizado y se estuviera preparando para escupir al exterior criaturas llegadas de otro planeta.

Una gruesa línea blanca formaba un círculo en el suelo alrededor de aquella esfera que emitía un fulgor sobrenatural. Allí era donde los «voluntarios» del presidente se colocarían durante la prueba, o como él la llamaba, durante la «apertura del portal de Alá». Al Janaddi recordó los gritos de angustia que habían emergido de los altavoces la última vez que se activó la esfera. *Es como si esos hombres y mujeres estuvieran de camino al interior de un horno*, pensó. Confió en que los cilindros de acero negro (que medían menos de metro y medio y estaban cubiertos de cámaras y equipamiento sensible de grabación, y también se encontraban dispuestos en torno a la línea) pudieran resistir lo que quiera que ocurriese; al menos así podrían obtener una comprensión básica de cómo, cuándo y adónde iban los sujetos. Cuanto antes lo supieran, menos probabilidades habría de que el presidente exigiera nuevos «voluntarios».

Con el diseño actual, el experimento podía repetirse tantas veces como quisieran. Pero requería tiempo: el hormigón tenía que secarse, y había que volver a moldear los paneles de plomo para devolverlos a su sitio y posicionar de nuevo la esfera. El presidente se mostraba cada día más impaciente, y no era raro que Al Janaddi recibiera llamadas por la mañana y por la tarde para hablar de sus progresos.

Levantó la mirada cuando hicieron entrar a los voluntarios: ocho aldeanos, unos cuantos clérigos locales y una pareja joven, un hombre y una mujer, que parecían fuera de lugar entre aquel grupo de gente entrada en años. Aquella pequeña congregación eran los devotos «afortunados»: hombres y mujeres que habían rogado que les dieran la oportunidad de presentarse ante su Dios.

Al Janaddi examinó a la pareja durante un instante. Ambos vestían con el uniforme de los jóvenes conservadores: él, un traje azul de corte barato con una camisa blanca almidonada y sin corbata; y la chica, un manto negro, el grueso sobretodo que se abotonaba desde el cuello hasta por debajo de las rodillas. Su único toque personal, (ya se tratara de una pequeña muestra de individualidad o de rebeldía) era un pañuelo de color azul con pequeños tulipanes dorados y una intrincada filigrana carmesí que recordaba a la caligrafía persa. Envolvía con ella su hermoso rostro, cuya tez era del color de la miel y la leche.

Los dos jóvenes se giraron para ponerse frente a frente, con las manos unidas en un gesto de oración, tocándose apenas con las yemas de los dedos. *¿Qué están haciendo aquí?*, pensó Al Janaddi mientras observaba cómo los técnicos asistentes los preparaban para el evento.

Los trajes de protección, que cubrían de los pies a la cabeza y estaban revestidos de plomo, cada uno con un peso de alrededor de cincuenta kilos, estaban rematados con unas gafas de sol convencionales. El presidente había propuesto que cada mártir llevara un rastreador automatizado con localización global por satélite implantado bajo la piel, que actuaría como una caja negra en miniatura. Tal y como le dijo a Al Janaddi: «Mientras recuperemos una de esas cajas, da igual lo que le ocurra a la carne que la rodea».

Una vez que los voluntarios estuvieron en su lugar, uno de los clérigos los dirigió en una oración. El sonido fantasmagórico de sus rezos se extendió por la inmensa cámara, y resultó difícil no sentirse conmovido por aquellos cánticos melodiosos. El clérigo les explicó que algunos de ellos serían martirizados, que se presentarían ante Dios para ser juzgados, y que, si eran puros, serían glorificados y obtendrían asilo eterno en la Yanna, para sí mismos y para todos sus parientes.

La pareja joven intercambió una mirada y sus manos se encontraron. Ella le rozó las yemas de los dedos y sonrió con timidez. Al Janaddi bajó la mirada hacia sus zapatos ligeramente desgastados y se preguntó cómo sería tener una fe tan inquebrantable. Quizá si aquellas pobres almas, valientes e ingenuas, supieran que tenían pocas probabilidades de sobrevivir, sus rezos habrían sido muy distintos.

Dio la orden a todos los técnicos para que salieran de la cámara, después, a través del altavoz, invitó a los voluntarios a que se reunieran con Dios. Percibió un charco de orina a los pies de uno de los aldeanos más viejos y sintió una punzada de compasión hacia aquel harapiento tejedor de alfombras; quizá no todo ellos esperasen encontrar el paraíso después de todo. *Que Alá os proteja a todos*, pensó.

Se giró hacia el puesto de control, donde todos los técnicos y científicos sin excepción estaban encorvados sobre los paneles de monitorización. Alzó la voz ligeramente:

—Luz verde en sesenta segundos.

Le respondieron con una serie de pulgares hacia arriba y unos cuantos *Allahu Akbar*.

—Cuenta atrás en diez segundos —dijo. Se le aceleró el corazón por la expectación y prosiguió con la cuenta—: Cinco... cuatro... tres... dos... uno...

Activó los rastreadores e inició los láseres de aceleración de partículas. Las luces se atenuaron.

Las luminarias se encendieron de nuevo. Al Janaddi pensó que era como el truco de un ilusionista: en un momento dado la cuadrícula electrónica de la pantalla mostraba a los doce rastreadores agrupados alrededor de la esfera en la base de Arak, y al instante desaparecían. Después, como por arte de magia, comenzaban a reaparecer en la cuadrícula, desperdigados por todo el globo; algunos en la cumbre de una montaña o bajo tierra, otros en la profundidad de los océanos. Al Janaddi los contó: *Cinco... ocho... once... falta uno.*

Muchos de los rastreadores se desvanecían rápidamente, quizá aplastados por la presión de las profundidades marinas o fundidos a causa de un flujo volcánico bajo una cordillera montañosa. Pero algunos seguían emitiendo sus señales electrónicas alto y claro. Ahora Al Janaddi debía recuperar esos cuerpos antes de que pudiera hacerlo nadie más.

Echó mano del teléfono y habló rápidamente con el comandante Bhakazarri, que movilizaría a las fuerzas de recuperación, empleando equipos de rescate para los cuerpos que siguieran en Oriente Medio, y agentes o simpatizantes locales cuando los «paquetes» se encontraran en países menos accesibles.

Mientras Al Janaddi proporcionaba las longitudes y latitudes exactas de las localizaciones de los rastreadores, se quedó perplejo. Uno de los rastreadores se estaba moviendo; lo hacía despacio, pero no había duda de que se estaba desplazando del lugar al que había llegado.

Uno de los sujetos de prueba había regresado con vida.

La oscuridad era densa y absoluta; el olor a roca recién cortada destacaba entre la sequedad del ambiente. La visión nocturna humana convencional resultaba poco efectiva en medio de una oscuridad casi total, pero los cambios en el cerebro de Alex habían incrementado el nivel de rodopsina en los bastones de sus ojos, proporcionándole una visión más parecida a la de un cazador del reino animal o un ave de presa nocturna. Pero incluso con su visión amplificadas captó poco más que una serie de siluetas y de ángulos en aquel túnel desprovisto hasta de la más mínima luz de las estrellas.

Por suerte, Alex tenía algo más que la visión nocturna en lo que apoyarse. Sus nuevas conexiones cerebrales les permitían percibir diferenciales de temperatura que proporcionaban imágenes térmicas, y, recientemente, también estaba empezando a desarrollar otros sentidos. Era capaz de percibir la huella de seres vivos, de, literalmente, sentir la proximidad de otra fuerza vital. Dicha habilidad se estaba potenciando, y sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que esas huellas se convirtieran en siluetas, después en una precisa imagen mental. Fue en esos nuevos sentidos en los que se apoyó mientras conducía a su equipo a través de la negrura de las catacumbas de Persépolis.

Un ligero silbido emergió de las fosas nasales de Zach mientras avanzaban sigilosamente a través del túnel y Alex estuvo tentado de darse la vuelta para pellizcarle la nariz al científico.

Al cabo de unos pocos segundos, llegaron a una fosa de absoluta negrura: el hueco vacío del ascensor que descendía hasta la base principal. Alex miró hacia atrás por encima del hombro y pudo atisbar una línea de bombillas que colgaban a lo largo del techo. *No queda nada de energía*, pensó. Se asomó a la oscura fosa: no pudo detectar ningún zumbido electrónico ni tampoco rastros energéticos. *Bien, ahí abajo tampoco hay energía*. Aquello significaba, con toda probabilidad, que los cierres electrónicos se habían desactivado para asegurar que el personal no quedara atrapado dentro a causa de los fallos en el generador.

El hueco del ascensor era profundo y la cabina estaba abajo del todo. Quienquiera que entrase el último, no volvió a salir. *Persépolis sepulta sus fantasmas*, pensó.

Pasó una pierna sobre el borde del pozo, y Sam y Adira se colocaron en fila por detrás de él.

—¿No debería quedarme yo aquí? —susurró Zach. El sonido de su voz en mitad de aquel silencio sepulcral fue una clamorosa intromisión.

Alex miró a Zach y se llevó un dedo a los labios. Luego señaló hacia el pecho de Zach y después hacia la fosa: Zach iría con ellos.

A Zach le castañeteaban los dientes. El visor nocturno que llevaba provocó que todo cobrara un verdor fantasmagórico a su alrededor, y a causa del silencio absoluto que los envolvía, lo único que escuchaba en el interior de su casco era su propia respiración y, a intervalos, sus intentos por tragar saliva.

Cuando el capitán americano señaló a Zach y después hacia el fondo del pozo, el joven científico sintió un vuelco en el estómago. A pesar de su sensibilidad, el visor nocturno no conseguía captar ni el más mínimo rastro de luz ahí abajo. Por lo que él sabía, aquel agujero bien podría descender hasta el mismísimo centro de la Tierra.

El capitán Hunter lo miró y volvió a llevarse un dedo a los labios. *Son sus ojos, pensó, tienen un aspecto extraño; poseen un brillo antinatural, como si fuera un lobo.*

Todos están muy tranquilos. Nunca debí decirles que iría con ellos, pensó mientras el capitán Hunter desaparecía por el agujero. Zach instó a sus piernas a que se movieran, pero en lugar de eso amenazaron con derrumbarse. Adira lo agarró del brazo y lo condujo hacia el borde del foso. Por una vez pareció ser más alta que él. *Me estoy encogiendo, ¿por qué hago eso?*, pensó Zach, que volvió a intentar tragar saliva pese a la sequedad de su garganta.

Les llevó veinte minutos: ochocientos metros de descenso por los raíles laterales, después una pequeña caída hacia el interior de la cabina del ascensor. Alex se dio cuenta de que Zach estaba jadeando; sabía que el chaval sufriría aún más cuando les tocara subir.

La negrura era omnipresente en ese nivel. Las gafas de visión nocturna solo ofrecían tenues contornos verdes. A no ser que pudieran activar pronto sus linternas, a partir de ese punto no les quedaría otra que realizar gran parte de la investigación a base de tantear en derredor con las manos.

Gracias a sus habilidades potenciadas, Alex supo que se encontraban en un pasadizo que conducía hasta una puerta de acero reforzado que estaba entornada unos pocos centímetros. Un túnel negro se extendía tanto hacia la izquierda como hacia la derecha, adentrándose en las ignotas profundidades de las ruinas de Persépolis. Alex introdujo dos dedos por el resquicio de la puerta y desplazó la pesada estructura de acero con facilidad. Dio gracias por que estuviera abierta: a juzgar por su grosor y su densidad, no contaban con artillería suficiente como para atravesarla si hubiera estado sellada.

Tuvo una sensación de vacío en cuanto atravesó el umbral. Donde antaño se había erguido un enorme laboratorio con paneles de ordenadores y equipamiento de monitorización electrónica, ahora no quedaba nada salvo un terreno arrasado que desembocaba en una enorme fosa circular de la que emanaba un olor a roca cortada, a ozono y a algo que resultaba desagradable.

—¿Qué pasó aquí? Activen linternas —ordenó Alex. Presionó un interruptor en el interior de su casco y un disco del tamaño de una moneda le cubrió el ojo izquierdo. Era uno de los pequeños secretos de la naturaleza, descubierto por los piratas ingleses hacía cientos de años y adoptado por el ejército estadounidense. Hacían falta treinta minutos para recuperar una visión nocturna plena después de haber estado expuesto a la luz, pero la ceguera nocturna no afectaba por igual a los dos ojos. Si te cubrías un ojo te asegurabas de que siguiera preparado para ver en la oscuridad cuando las luces volvieran a apagarse.

A la luz de las linternas de sus cascos, los miembros del equipo Azul pudieron comprender la magnitud de la devastación. El suelo sobre el que se encontraban parecía haber sido erosionado por completo y después, de alguna manera, licuado. Unas manchas y protuberancias de extraños colores se extendían por el suelo como si fueran los cartílagos y las arterias de las entrañas de alguna bestia inmensa.

El haz de luz de la linterna de Zach se balanceó rápidamente adelante y atrás a lo largo de aquel extraño mosaico que tenía bajo los pies.

—¿Que qué ocurrió? —le respondió a Alex—. No estoy del todo seguro, pero sí puedo decirle lo que creo que ocurrió. Estas marcas son los efectos de una tremenda marea gravitatoria. Creo que aquí se desplegó un agujero negro, quizá durante apenas una millonésima de segundo, y que engulló la instalación entera. Hubiera lo que hubiese aquí antes (personal, maquinaria, roca), sencillamente ha dejado de existir en nuestro universo.

Los miembros del equipo se reagruparon y formaron un círculo, iluminando con el fulgor combinado de sus linternas el extraño batiburrillo que se extendía bajo sus pies.

—¿Qué es eso de ahí? —Sam se agachó y se quitó un guante para poder palpar la textura de la superficie—. Madera, metal, plástico... ¿Es un lápiz, los restos de una silla? Está todo fundido... como si se hubiera derretido para después solidificarse. Pero no fue debido a una fuente de calor. —Deslizó la mano sobre los pequeños bultos y surcos—. Doctor Shomron, ¿esto es un ejemplo de esa espaguetificación de la que nos hablaba? —preguntó sin alzar la mirada.

Zach estaba contemplando el suelo como si estuviera en trance y tardó unos instantes en procesar su nombre y la pregunta.

—Sí. Esto es lo que ocurre teóricamente cuando la estructura molecular de la materia física se estira a causa de una intensa marea gravitatoria: una fuerza de atracción tan poderosa, tan inconcebible, que dobla y estira el tiempo y el espacio. Cualquier cosa que esté cerca de ella se convierte en chicle a medida que es arrastrada y consumida. Yo diría que los rayos gamma irradiaron todo este lugar y eliminaron a todo organismo viviente, incluyendo los microbianos. Todo cuanto se encontrara aquí ha desaparecido, muerto, o ha terminado así.

Alex asintió.

—Aparte de corroborar lo que ya sospechábamos, aquí no queda nada que nos sea

de utilidad. Apaguen linternas, nos vamos.

Estaba a punto de desactivar su linterna cuando algo que estaba en el suelo le llamó la atención. Incrustado en aquella masa confusa, deformado pero aún reconocible, había un diente humano. *Desaparecidos, muertos... o han terminado así.*

Alex apagó su linterna y se encaminó hacia la puerta de acero. Sam, Adira y Zach lo siguieron. Retiraron los discos que les cubrían los ojos izquierdos, y todos salvo Hunter activaron de nuevo sus visores nocturnos.

Junto a la puerta, Alex sintió el impulso de darse la vuelta: podía percibir algo entre la negrura que los rodeaba. Quizá se tratara de algo parecido a fantasmas, pensó, atrapados en una especie de limbo atormentado a causa de la tragedia que había tenido lugar allí. Meneó la cabeza para borrar de su mente esa idea tan siniestra.

Tavira, Portugal

El olor a combustible diésel y a pescado seco flotaba por la cubierta mientras los tres hermanos De Macieira se preparaban para sacar las redes. Para ello tendrían que colaborar los tres. El nuevo cordón verde de nylon era mucho más ligero que la vieja cuerda de bramante, pero la edad de los tres hombres añadía peso al amarre; cada tirón llevaba un poco más de tiempo, costaba mayor esfuerzo y resultaba un poco más doloroso.

El congelador donde almacenaban el pescado tenía la trampilla abierta y de su interior oscuro emanaba una brisa helada, y eso que Paulo ya apenas se molestaba en cargarla con demasiado hielo. Los hombres extrajeron el pescado de las mallas de las redes y los echaron a la bodega. Rara vez devolvían algo al mar a no ser que de verdad fuera *merda*.

Carlos, el hermano mayor, sonrió para sí; sintió un peso notable en la última red y no pudo resistirse a echar un vistazo por la borda. El agua tenía una tonalidad verde turquesa y resultaba casi lechosa; el alto contenido en algas del frío Océano Atlántico impedía ver nada que se encontrase a una profundidad superior a los tres metros. La red ascendió lentamente y ahora los tres hombres sintieron el peso. Paulo, que con sesenta y un años era el más joven, bromeó diciendo que quizá al fin habían encontrado el tapón del océano y que si tiraban de él tendrían que volver caminando a casa.

Ahora podían ver la masa que había en el interior de la red, inmensa, de unos tres metros de longitud, y de color claro; no forcejeaba, así que debió de asfixiarse entre las redes durante su camino hacia la superficie. Allí las aguas eran profundas, unos cuarenta y cinco metros, y habían oído hablar de pescadores que habían apresado peces y cangrejos extraños que habían sido impulsados desde el lecho marino hasta una altitud media a causa de las fuertes corrientes de las profundidades oceánicas. Aquella cosa se desplomó sobre la cubierta; a primera vista parecía un cuerpo,

aunque quizá no un cuerpo humano.

Paulo soltó un grito ahogado, soltó la red y apretó con las dos manos el pequeño crucifijo de peltre que llevaba alrededor del cuello. Santo murmuró «O, meu Deus» y se santiguó. Incluso Carlos, el mayor y más pragmático de los hermanos, se estremeció de miedo.

—¡*Sereia*, sirena! —exclamó. Una chica traída de las profundidades; no podía ser otra cosa. Su hermoso rostro tenía los colores de la miel y la leche, aunque su piel parecía endurecida, como si estuviera hecha de roca o hielo. Tenía los ojos oscuros, abiertos y límpidos; algo extraño para tratarse de un cuerpo extraído de una profundidad tan grande. Los hermanos pudieron sentir el frío que emanaba de ella. Es posible que las gélidas profundidades del Atlántico la hubieran conservado durante un tiempo, pero ni siquiera el frío podría haber protegido sus ojos y su rostro angelical de los esperables estragos producidos por los peces y los cangrejos.

Carlos oteó el horizonte; ni rastro de barcos grandes o pequeños. Volvió a mirar hacia la chica. Puede que no hubiera caído por la borda hacia las profundidades; puede que hubiera caído «hacia arriba» hasta llegar a ellos. Sus ojos delineaban su rostro perfecto, sus pechos pequeños y redondeados, su diminuta cintura... Pero a partir de ese punto, su cuerpo adoptaba tintes absurdos. De las caderas para abajo, su cuerpo se había extendido y alargado hasta formar una masa que recordaba a una soga retorcida; a ojos de Carlos, parecía una cola larga... La cola de una sirena. Tenía un pañuelo enredado en la melena: era de color azul, con pequeños tulipanes dorados y una escritura carmesí que parecía arábica.

Santo se inclinó sobre la chica para quitarle de encima parte de la red. Mientras lo hacía, se puso a sangrar profusamente por la nariz.

Ahmad al Janaddi se encontraba frente a la puerta de la celda de contención cuando le transfirieron la llamada del presidente. Escuchó durante varios minutos e hizo acopio de su fortaleza; varias lágrimas fluyeron por sus mejillas. Al volver a mirar hacia la celda sintió cómo se le volvía a formar un nudo en la garganta. Se dio rápidamente la vuelta al tiempo que aquella cosa empezaba a aullar de nuevo.

—Sí, mi presidente, hemos recuperado la mayoría de los cuerpos y también al sujeto especial del que le hablé. Sí, al parecer el revestimiento de plomo del traje lo protegió y todavía sigue vivo... en cierto modo.

El científico apretó los labios y volvió a darse la vuelta para mirar a través de la ventana de la celda. Era cierto que la criatura seguía con vida, pero nunca volvería a ser un hombre. Cuando intentaron cortar el pesado traje revestido con plomo para retirarlo, descubrieron que, de alguna manera, el traje y el hombre se habían fusionado. El agujero negro había creado una sopa de carne y plomo, le había dado una nueva forma y lo había mandado de vuelta. Ahora la criatura estaba contenida en un enorme tubo; extendida, su cuerpo cubría casi seis metros, con bultos y apéndices de carne que se extendían en todas direcciones. Era capaz de moverse y de incorporarse. Al Janaddi lo sabía porque un pequeño espejo cuadrado que había en la pared, por encima del tubo, había sido golpeado hasta quedar convertido en astillas centelleantes. Supuso que la criatura no quería ver su propio reflejo. No le extrañaba.

Tragó saliva y dirigió la mirada hacia su rostro. Tenía un ojo de color blanco lechoso; el otro, aunque seguía límpido y marrón, medía casi un metro de longitud. Todavía era capaz de fijarlo sobre el científico cada vez que entraba en la habitación, un gesto que le revolvió el estómago. Ese ojo entonaba una súplica: quizá la de una muerte rápida que lo liberase del infierno permanente en el que estaba atrapado.

El presidente estaba ansioso por recibir información sobre lo que aquel hombre había experimentado. ¿Adónde había ido, qué había visto? ¿Había sido juzgado y le habían permitido cruzar el puente hacia la Yanna, o había caído al Yahannam?

Al Janaddi cerró los ojos durante un instante.

—Me parece que fue juzgado indigno, mi presidente; puede que incluso con más severidad que el profesor Shihab.

La voz al otro lado del teléfono se volvió más estridente.

—Nos llevará cierto tiempo preparar otra prueba —respondió Al Janaddi—. Incluso si... ¿Aquí? Sí, por supuesto, mi presidente; estaremos encantados de que presencie nuestro trabajo de primera mano.

Al Janaddi inspiró con fuerza mientras escuchaba. *Por favor, no me pida que le ponga al teléfono... con él, pensó.*

Respondió a la última pregunta como mejor pudo.

—Me temo que quizá no sepamos nunca lo que vio, mi presidente; lo único que hace es gritar.

Un golpe húmedo resonó contra la puerta. Cuando Al Janaddi se dio la vuelta vio ese rostro terrorífico presionado contra la ventana. Los alaridos cesaron durante un momento y la gigantesca lengua oscilante se retorció como si la criatura estuviera intentando hablar.

Ahmad al Janaddi se enjugó nuevas lágrimas de los ojos.

—Que Alá me perdone —gimió, y salió corriendo por el pasillo.

Afuera, en el desierto iraní, una criatura yacía inmóvil en el suelo, desorientada. Un momento antes había estado alimentándose con otros individuos de su especie del inmenso cadáver de un herbívoro en la orilla de un pantano de agua salobre, con el lomo bañado por la cálida y azulada luz del sol. Ahora estaba aquí. Permaneció inmóvil, como si estuviera recuperando poco a poco la agudeza de sus sentidos. Allí la gravedad era menos intensa, lo cual incrementaba la fortaleza de su cuerpo, pero había menos aire y el ambiente era más seco. Aunque su exoesqueleto contenía un lubricante de tipo ceroso, la sequedad de la atmósfera resultaba molesta y la criatura necesitaba líquidos para sobrevivir... para alimentarse.

Alzó los ojos sobre sus apéndices cartilagosos y examinó la zona. No tenía ni idea de qué depredadores podrían acechar en aquel extraño paraje baldío coronado por un centelleante sol dorado. Desplegó de entre sus huesudas mandíbulas unas protuberancias bucales similares a abanicos para inspeccionar el ambiente, paladeando los aromas. Pudo detectar agua, vegetación, sales, minerales y fluidos extraños procedentes de criaturas que nunca había visto ni percibido antes.

Emitió una llamada; un sonido subsónico que asustó a un halcón en las alturas y despertó a una bandada de tiritantes murciélagos que dormían en una caverna a kilómetros de distancia hacia el sur. Para el resto del reino animal, aquel sonido resultó imperceptible, especialmente para los oídos de cualquier bípedo moderno.

La criatura replegó las placas de su caparazón cartilaginoso para protegerse del calor; debía alejarse de ese ardiente sol amarillo. Unió los segmentos quitinosos de su exoesqueleto sirviéndose de unas membranas articuladas y unas fibras musculares, e introdujo su cuerpo picudo y acorazado unos pocos metros bajo la arena. Así avanzaría más despacio que si lo hiciera sobre la superficie, pero al quedar protegida del intenso calor conseguiría retener más fluidos corporales.

A lo lejos, la ciudad de Arak se estaba despertando. Sus habitantes no tenían ni idea de que el universo había traído un pequeño fragmento del infierno hasta sus puertas.

Alex percibió algo más en aquel túnel oscuro, algo más tangible que las almas torturadas que había imaginado atrapadas allí. Había gente aproximándose; pudo percibir las vibraciones de sus pisadas.

Sostuvo en alto una mano extendida. El equipo se detuvo y se agacharon a derecha e izquierda detrás de la puerta de acero. Alex cerró la puerta sin hacer ruido, dejando apenas un pequeño resquicio.

Apoyó una mano sobre la fría superficie de acero para interpretar las vibraciones que procedían del otro lado. Tres hombres corpulentos se estaban aproximando. *Deben formar parte de un escuadrón takavaran*, pensó.

Miró a Sam y sostuvo en alto tres dedos. Sam se quedó mirando fijamente hasta que consiguió avistar el gesto entre la oscuridad y después asintió. Alex echó un vistazo rápido por encima del hombro; no había cobertura, nada que pudiera proporcionarles cierto cobijo o posición defensiva. A sus espaldas se encontraba un hoyo que bien podría descender hasta la misma base de la montaña Kuh-e Rahmat.

Esperaron en silencio hasta que vieron el resplandor de una linterna a través del resquicio de la puerta. En ese momento, todos los miembros del equipo pudieron oír a los hombres conversando en voz baja.

Adira se acercó a Alex y le susurró al oído:

—Van a entrar.

Alex asintió y les dirigió a Sam y a ella una señal con el puño cerrado, seguida de un movimiento de corte de izquierda a derecha. Ambos estaban esperando la orden y de inmediato se pegaron contra la pared a sendos lados de la puerta. Adira agarró a Zach y tiró de él para que se pusiera por detrás de ella. Sacó una de sus Barak sin silenciador, pero Alex desechó la idea con un aspaviento, señalándose hacia el oído. Adira se encogió de hombros, la volvió a enfundar y sacó en su lugar uno de sus finos cuchillos negros. Adoptó una pose de ataque y esperó.

La inmensa puerta de acero se deslizó hacia atrás lentamente y dos hombres entraron en la oscura habitación, mirando hacia el hoyo al tiempo que revisaban los flancos. Eran corpulentos y se movían con soltura para su tamaño. Un tercer hombre se quedó en el umbral y proyectó el haz de una potente linterna directamente sobre el rostro de Alex. Con un ágil movimiento, Alex agarró al hombre por la parte delantera de su uniforme negro y lo lanzó a la fosa. Sus compañeros no repararon en la suerte que había corrido hasta que la linterna, que aún sostenía entre sus manos, salió volando sobre sus cabezas. Sus gritos cuando entraron en combate ahogaron el impacto del cuerpo al golpear contra el fondo de aquel abismo negro.

Dos disparos silenciados de Sam alcanzaron a uno de los hombres en el ojo y en el pecho. Cayó muerto antes de poder utilizar la pistola que había desenfundado.

Adira lanzó uno de sus cuchillos al tercer hombre, pero este esquivó el mortífero ataque, rodando hacia un lado y recibiendo el impacto en la carne de su hombro. Se levantó rápidamente con una pistola en la mano, haciendo un rápido barrido para encañonar a Adira. Ella le lanzó un violento patadón que debería haberle tirado el arma, pero los takavaran no eran soldados corrientes; eran fuertes, bien adiestrados y muy duchos en el combate cuerpo a cuerpo. En lugar de arrebatarse el arma, lo único que había provocado la patada fue que errase el tiro y se dirigiera hacia la fosa. El sonido de aquella detonación no silenciada dentro del cascarón hermético del laboratorio resultó ensordecedor, sus ecos rebotaron en derredor como si alguien estuviera aporreando como loco un enorme tambor de pierda.

El takavaran recuperó el equilibrio y golpeó a Adira en la sien con la mano abierta mientras volvía a alzar su pistola para colocarla directamente en su pecho.

—*Harah* —maldijo Adira en hebreo. Sacó sus dos pistolas Barak y descargó cuatro tiros sobre aquel corpulento takavaran antes de que pudiera acometer un nuevo ataque. La fuerza de las balas lo empujó hacia atrás y él también desapareció por el borde de la fosa.

Adira se dio la vuelta hacia Alex y se encogió de hombros. Él negó con la cabeza y se metió los dedos en los oídos.

—Se acabó la fiesta —dijo—. ¡Paso ligero!

Zach seguía tendido en el suelo. Sam tiró de él para ponerlo en pie, mientras que Alex atravesaba la puerta de acero y comenzaba a guiarlos hacia el hueco del ascensor.

—Sam, señorita Szenes, ustedes primero —dijo Alex en voz alta. Ya no hacía falta que guardaran silencio, y además seguían pitándoles los oídos por efecto de los disparos.

Miró a Zach y comprendió que aquel joven flacucho jamás conseguiría ejecutar aquel ascenso de ochocientos metros en vertical con la suficiente rapidez. Le dijo que esperase allí y desapareció de nuevo por la puerta de acero. Al momento regresó con un trozo de fibra negra arrancado del uniforme del takavaran abatido por Sam. Lo utilizó para atarle las manos a Zach y después se las sujetó por encima de la cabeza.

—Es solo por precaución —dijo—. Te ayudaré a trepar, pero aun así tendrás que sujetarte bien.

Al rozarle el cuerpo con los hombros, Alex percibió los temblores que aquejaban los brazos del joven a causa de los nervios. Inspiró profundamente y alargó el brazo para alcanzar el primer peldaño.

Zach pensó en protestar. Aunque era alto y delgado, seguía pesando cerca de setenta kilos, y dudaba que Alex pudiera cargar con él hasta la cima. Alzó la mirada a lo largo de aquella sombría fosa y pudo atisbar a Sam y Adira, que se encontraban unos veinte metros más arriba, escalando rápidamente. Cuando Alex empezó a ascender,

Zach sintió como si estuviera volando. En muy poco tiempo alcanzaron a los otros dos, y Zach echó un vistazo rápido a los destellos verdosos de sus rostros mientras pasaban a toda velocidad junto a ellos. Adira se quedó perpleja, mientras que Sam estaba sonriendo.

Cerca del borde de la fosa, Alex se detuvo y ladeó la cabeza como si estuviera escuchando algo. Lo único que Zach pudo oír fueron los sonidos ahogados que producían Adira y Sam mientras escalaban para reunirse con ellos. Entonces Alex habló a través del comunicador de su casco:

—Deprisa. Tenemos compañía.

El capitán ascendió a toda velocidad los quince metros restantes en unos pocos segundos y se quitó a Zach de los hombros como si fuera un enorme saco de lino. El científico se quedó tendido y jadeando como si hubiera hecho la ascensión él mismo; los nervios le impedían respirar con normalidad. Se desató la fibra negra que le rodeaba las muñecas y miró a Alex para darle las gracias. El HAWC se había tendido en el suelo junto al borde de la fosa y estaba apuntando hacia la oscuridad con su pistola.

Zach rodó hacia él y se asomó por el hueco del ascensor. Sam y Adira resultaban casi invisibles, incluso con su equipamiento de visión nocturna. Volvió a mirar a Alex y percibió una calma total. Los ojos del HAWC emitían un brillo extraño mientras miraba fijamente hacia las profundidades de la fosa.

Zach contuvo el aliento.

Alex observó cómo Adira y Sam ascendían lentamente hacia él. Aún les quedaban por delante otros veintitantos metros y comprendió que se les estaban acabando las fuerzas. Pero no podía descender y sacarlos a ambos: eso los convertiría en un blanco más fácil. Lo mejor que podía hacer era intentar cubrirlos.

Otro escuadrón takavaran había llegado al laboratorio en ruinas. Era imposible saber cuántos de ellos los habían estado esperando ahí abajo en las profundidades. Uno iluminó con una linterna el hueco del ascensor. Alex no tuvo tiempo de apuntar y disparar antes de que el hombre volviera a sacar la cabeza. Después apareció un brazo y una pistola, y varias balas subieron zumbando a toda velocidad por el hueco como un enjambre de abejas enfurecidas.

Alex disparó lo mejor que pudo, pero aun con su aguzada vista, el blanco resultaba demasiado oscuro y pequeño en la distancia.

Adira se estaba quedando atrás, y había soltado uno de sus brazos para sacar una Barak y disparar hacia la oscuridad que se desplegaba bajo sus pies. Alex supuso que la intención de esos disparos era más bien disuasoria, para hacerles ganar un poco de tiempo, más que un intento real de conseguir abatir a alguno de los takavaran.

Sam fue el primero en emerger por el borde. Estaba jadeando y debían de arderle los brazos por el esfuerzo, pero se tendió al lado de Alex y apuntó hacia el hueco.

Alex dudó que Sam pudiera ver algo, pero sabía que su segundo de a bordo dispararía una ráfaga de apoyo si él lo hacía.

Alex esperó a que reapareciera el brazo con la pistola. Pasados unos segundos atisbó un movimiento, pero esta vez no era una pistola la que les estaba apuntando, sino la reluciente cabeza de un lanzagranadas. Se les había acabado el tiempo.

Adira pudo ver el borde de la fosa y la silueta de la cabeza de Alex aún a mucha distancia. Era una mujer fuerte, pero tras la larga subida le temblaban los brazos por el cansancio. Los disparos le habían dado un subidón de adrenalina, pero este también había sido devorado por el esfuerzo de la subida. *Planta cara y pelea*, dijo una vocecilla en el interior de su cabeza, pero ella sabía que ya no sería capaz de sujetarse con una mano como la última vez, y que probablemente solo conseguiría que se le cayera un arma. Y eso era algo que no le debía ocurrir a una capitana de la Metsada.

Cada nuevo peldaño era una agonía, y las pequeñas siluetas en lo alto de la fosa parecían tan alejadas como la última vez que había levantado la mirada. *Planta cara y pelea*, repitió la voz. Justo cuando su mano soltaba el peldaño para agarrar su arma, vio que una enorme silueta se lanzaba de cabeza a la fosa. De forma increíble, la figura se agarró a los raíles de la pared tras seis metros de descenso, justo por debajo de ella. Adira sintió que un brazo fuerte la rodeaba por la cintura, la separaba de la pared y se la colgaba sobre el hombro. Oyó la voz de Alex Hunter al oído:

—Cúbrenos.

Adira se sintió embargada por una breve sensación de irrealidad; después, con el torso colgando hacia la fosa, sacó sus dos pistolas y descargó una lluvia de balas hacia el fondo. Mientras Alex la encaramaba por encima del borde, vio el destello de la carga de iniciación del lanzagranadas. La detonación impulsó la granada fuera de la lanzadera antes de que el motor de apoyo se activara para propulsar el pequeño proyectil hacia su objetivo a casi ciento cincuenta metros por segundo. Adira gritó una de las frases más temidas en cualquier batalla:

—¡Ya vienen!

Sam se dio la vuelta y agarró a Zach, arrastrándolo como si fuera una maleta. Alex no se molestó en dejar a Adira en el suelo, se limitó a correr detrás de Sam con la mujer sujeta sobre su pecho. Apenas habían recorrido algo más de diez metros antes de que todo a su alrededor se volviera naranja y de que salieran disparados hacia adelante a causa de una onda expansiva que derramó sobre ellos fragmentos de piedra ancestral a una velocidad próxima a la de una bala. Adira oyó cómo la tormenta de fragmentos rocosos impactaba contra la espalda de Alex antes de que saliera disparado hacia adelante y se le cayera encima.

Se salvaron gracias a que la granada impactó contra el techo de granito del túnel; pese a su densidad, el material absorbió parte de la fragmentación inicial. Los pocos metros de distancia que habían recorrido, sumados a sus trajes acorazados, habían

impedido que algo pudiera penetrar en sus cuerpos, pero Adira supo que estarían magullados y doloridos durante días. Habían tenido suerte; se había tratado de un dispositivo de fragmentación simple. Si hubiera sido uno de los explosivos termobáricos más modernos, habría achicharrado todo cuanto se encontrara en el túnel, con traje o sin él.

Adira y los demás miraron hacia el humo abrasador. El túnel de piedra se había colapsado sobre el hueco del ascensor, y los takavaran sabían lo que ocurriría antes de disparar el lanzagranadas.

—Paquete entregado —dijo Alex mientras se ponía en pie.

Adira asintió y lo miró mientras se apoyaba a duras penas sobre una rodilla. Alex no estaba herido ni fatigado, y no había necesitado equipamiento especial en la oscuridad. Adira recordó la orden del general para localizar el arma especial de los americanos: el Arcadia. *¿Podría ser él?*

La capitana le tendió una mano. Ella lo ignoró, se puso en pie, y le dijo mientras se sacudía el polvo de encima:

—La próxima vez, seré yo la que cargue con usted.

Sobre el pico quebrado que se alzaba sobre la cuenca, Hex oyó los ecos ahogados de la explosión y vio cómo la tienda que cubría la entrada a las ruinas se hinchaba cuando la onda de choque emergió hacia el exterior del complejo subterráneo. También vio cómo los dos equipos takavaran que estaban en las proximidades se ponían en pie a toda prisa, sacaban sus armas y cercaban la puerta. Sus movimientos no eran producto del pánico, sino naturales y profesionales.

Hex habló en voz baja a través de su intercomunicador.

—Las manadas de lobos se acercan.

Desde el interior de las ruinas, Alex respondió:

—Ataquen.

En una tarde soleada en la otra punta del mundo, el comandante Jack Hammerson sorbía su café y observaba una transmisión en tiempo real del área de Persépolis desde un satélite en órbita que apuntaba hacia Oriente Medio.

Era poco más de medianoche en Irán, y desde una altitud de trescientos metros las ruinas de Persépolis se veían a través del visor nocturno como una mancha oscura de color azul verdoso, donde las siluetas angulosas de la Apadana, y de la cámara del trono y del tesoro, apenas resultaban visibles. Hammer amplió la imagen hasta situarla a unos pocos cientos de metros sobre los milenarios edificios.

Mientras pegaba otro sorbo, vio las siluetas luminosas con forma humana que se acercaban a una de las ancestrales estructuras, después sonrió cuando una manchita de color blanco centelleó desde la colina circundante hasta alcanzar un punto brillante ubicado en el perímetro de las ruinas. El centelleo se produjo de nuevo, alcanzando otra zona, y después una vez más. Se podían ver rápidos fogonazos de disparos procedentes de las proximidades de las ruinas, y el punto blanco se desplazó a toda velocidad para alcanzar a esos fogonazos, que cesaron de inmediato. El patrón se repitió seis veces más antes de detenerse.

—Hmmm, parece que el KBELT funciona de maravilla —dijo Hammer en voz alta.

Sonó el teléfono y se llevó el auricular a la oreja mientras tomaba otro sorbo del humeante café. No apartó los ojos de la pantalla en ningún momento de la conversación.

—Estamos sobre el terreno. Incursión satisfactoria. Sí, señor.

Se quedó escuchando a su interlocutor, después el ordenador emitió un pitido que anunciaba la llegada de un nuevo paquete de información. Lo leyó rápidamente.

—Entendido, señor. Recibida información complementaria sobre el pulso de energía. Reubicación inmediata hacia el nuevo objetivo.

Su interlocutor volvió a hablar y Hammerson entornó los ojos ligeramente.

—No se preocupe, señor. Tendremos pronto esa tecnología..., o nadie la tendrá.

Oculto entre las rocas, Hex miró a través de la punta pulida del KBELT y encañonó a otro takavaran que corría hacia la entrada de la base Jamshid I. Apretó el gatillo y un pulso energético de un millón de julios de luz radiada supercomprimida emergió de su boca hasta impactar contra la frente de aquel hombre. Cayó al suelo de inmediato. Para cuando el haz de luz resultaba visible su rastro ya había desaparecido, lo cual, combinado con su descarga insonorizada, significaba que los takavaran no contaban con indicio alguno para determinar su punto de origen.

Lagudi se lanzó sobre las rocas justo por debajo de Hex y del Irlandés, sosteniendo la pistola cerca del pecho. Hex hizo un gesto con la mano a los dos hombres para que no abrieran fuego; sabía que su arma sería la más eficiente, y silenciosa, en la oscuridad del desierto.

El Irlandés tenía el rifle de francotirador de Hex y apuntó a uno de los dos hombres de negro que quedaban. Debido a la distancia y a la oscuridad casi total, era un tiro que incluso Hex Winter habría tenido dificultades para ejecutar. El Irlandés disparó y falló, disparó y falló. El sonido de la detonación y los destellos del cañón indicaron a los takavaran su punto de origen, de modo que se pusieron a disparar en una ráfaga continua a los HAWC, obligando al Irlandés a agacharse detrás de las rocas. Entonces empezaron a avanzar, haciendo turnos para disparar mientras los otros recorrían a toda prisa seis metros más hacia la posición del Irlandés.

Hex maldijo entre dientes: eran buenos. Apuntó con el KBELT al takavaran que estaba más cerca y pulsó el botón del gatillo. El iraní cayó hacia adelante sobre la estéril arena, tan cerca de su compañero como para que el agujero humeante y de color rojo ennegrecido de su sien resultara visible. El último hombre dio un brinco para protegerse detrás de un enorme peñasco cuya superficie era plana. Mientras se resguardaba, se sacó de los ropajes una pequeña radio y comenzó a marcar un dial. El tiempo se había acabado para los HAWC: su posición estaba a punto de quedar comprometida.

Hex rompió la cobertura y se levantó. Desplazó el calibrado del KBELT hacia el espectro más amplio del pulso de baja intensidad y apretó el botón dos veces. El efecto fue impresionante: dos esferas lumínicas del tamaño de pelotas de golf salieron volando hacia la roca aplanada. La primera redujo el peñasco a una serie de escombros humeantes; la segunda hizo lo propio con el takavaran que se escondía allí. Se produjo una lluvia de piedra y carne sobre la arena oscura, que se prolongó varios segundos después del impacto. Hex enarcó las cejas. *Justo en el blanco*, pensó.

Los últimos ecos de la explosión resonaron desde la montaña, se extendieron por la cuenca desértica y después por las gélidas y vastas planicies. El silencio se asentó una vez más sobre las antiguas ruinas de Persépolis.

Hex alzó la vista hacia el cielo. *Por favor, que solo haya pájaros amigos observándonos*, pensó. Después lanzó una mirada gélida a O'Riordan; sus ojos grises eran el único indicio de su enfado hacia el nuevo HAWC.

O'Riordan tenía el rostro más colorado de lo normal. Lanzó una mirada iracunda a Hex durante unos pocos segundos antes de gritar:

—Podría haberle dado si yo también tuviera un sable láser, señorito Luke Skywalker de los huevos.

Hex escrutó al Irlandés durante unos segundos más, después se dio la vuelta y pulsó el botón de su intercomunicador.

Alex se detuvo ante la puerta exterior de la base Jamshid I mientras escuchaba el mensaje de Hex: «Doce bajas. Despejado».

—Recibido —dijo Alex—. Baje aquí, tráigase a Rocky y al Irlandés. Corto.

Alex ondeó la mano hacia su pequeño equipo para que salieran de las ruinas. La tienda que cubría la entrada había desaparecido, arrastrada por la fuerza de la explosión. Había cuerpos tendidos por todo el perímetro; en la oscuridad pudo ver cómo sus imágenes térmicas se desvanecían a medida que se enfriaban rápidamente en el gélido aire de la noche. Atisbó un pequeño agujero redondeado por encima del ojo derecho de uno de los takavaran. Como esperaba, Hex no había errado el tiro.

Alex volvió a presionar el botón de su intercomunicador.

—Buen disparo, teniente, pero aun así quiero que me devuelva el arma.

Alex se dio la vuelta para comprobar el estado de Sam, Adira y Zach. La explosión había dejado notables estropicios en sus trajes; las placas de cerámica de los hombros y las escamas de armadillo en la parte baja de la espalda estaban dañadas y picadas. Habían tenido suerte. Mientras Alex se deslizaba los dedos por la parte trasera del casco para revisar los daños de la lluvia de piedras, sintió cómo el comunicador SFPDA vibraba en uno de los bolsillos que tenía en la cintura. Hammer quería hablar.

—Sam, haga que el equipo arrastre todos estos cuerpos de vuelta al interior de los túneles, y mire a ver si consigue volver a colocar esa tienda sobre la entrada —dijo Alex—. Despejen el perímetro. Yo me encargaré de informar al cuartel general y de recibir órdenes.

Se alejó unos cuantos pasos entre el aire frío y la oscuridad del desierto. Sacó su PDA militar en miniatura y la configuró para que mandara su señal de forma inalámbrica hacia el intercomunicador de su casco. La señal era intensa y nítida, encaramada a la red de comunicación más fuerte que pudo encontrar mientras saltaba de una frecuencia a otra para evitar ser detectada.

O’Riordan estaba arrastrando uno de los cuerpos hacia la boca del túnel cuando atisbó un pequeño objeto en la arena. Le dio un suave puntapié para sacarlo a la superficie: resultó ser un dedo humano. El láser de Hex debió de habérselo arrancado a uno de los takavaran cuando el teniente lo cambió al pulso de alta intensidad. Se agachó, lo recogió y se quedó observándolo durante unos segundos antes de mirar de reojo a Adira. Estaba de espaldas a él mientras hablaba con el joven científico. Un centenar de posibilidades pasaron por la mente del Irlandés.

—Ni se le ocurra, Irlandés —dijo Rocky. Lo estaba observando con los brazos en jarras, y claramente había adivinado las intenciones del HAWC pelirrojo.

O’Riordan vio que Alex estaba cerca de la mujer y desechó su plan.

—Joder, tengo clarísimo por dónde me gustaría meterlo —dijo. Tiró el dedo a la arena y pasó la bota por encima hasta que quedó enterrado a varios centímetros bajo la árida superficie del desierto.

—¿Era necesario que los matáramos a todos? —le estaba diciendo Zach a Adira—. ¿No podríamos habernos limitado a noquearlos o a dispararles en las piernas? —Se había rodeado el torso con los brazos y se estremeció ligeramente cuando pasaron arrastrando un nuevo cuerpo junto a él.

Adira negó con la cabeza.

—Ellos o nosotros, Zachariah. Esto es el mundo real y así es como funciona. Es muy diferente de las aulas, ¿no es así?

Zach se encogió de hombros y dejó caer los brazos.

—No me parece bien.

Adira lo agarró por los brazos y lo miró a los ojos.

—A veces hay que pelear. A veces tienes que defenderte de los demás. —Lo zarandeó ligeramente—. Cuando llegue el momento de pelear, ¿qué es lo que harás, Zach?

—¿Cuál es su situación, Arcadia? —dijo Hammerson a través del intercomunicador de Alex.

—Doce enemigos abatidos. Aún no nos han detectado. El blanco está confirmado como zona cero por brote gamma y distorsión gravitatoria. No queda nada operativo. La fiesta se ha trasladado a otra parte.

—Atención. La fiesta se ha puesto de nuevo en marcha: se ha detectado un segundo brote. Señal gamma parcialmente protegida, confirmada. Le estamos enviando las coordenadas. Más instrucciones a su encuentro con los cisnes azules. Las vacaciones en la playa se prolongan. Buena suerte, Arcadia. Corto y cierro.

Alex finalizó la transmisión y se quedó contemplando la SFPDA. Se desplegó una nueva pantalla para proporcionar las coordenadas. Apareció un mapa; su posición actual estaba marcada con un círculo rojo, apareció otro círculo en dirección norte y una línea que los conectaba. Surgió un nombre: Arak. Alex sabía que los cisnes azules eran los israelíes, así que era obvio que el Mossad tenía más información que compartir con ellos. Llamó a Adira para que se acercara.

—Nos han dado un nuevo rumbo. Hábleme de Arak.

Adira profirió un sonido gutural desde el fondo de la garganta y puso los ojos en blanco.

—Es una ciudad pequeña situada en la provincia de Markazí, a ochocientos kilómetros al norte de nuestra posición.

Alex no pudo contener un gemido.

—Si utilizamos las autopistas nuevas, nos llevará más o menos un día —le dijo Adira—. Pero hay controles de carretera. Si tomamos carreteras secundarias, nos llevará varios días y necesitaremos un todoterreno. La forma más rápida y segura es interceptar el tren de mercancías que regresa desde Bushehr. Es rápido y atraviesa la cordillera del Zagros. Debemos subir al tren en Kashan y viajar en dirección oeste hasta entrar en Markazí. Debería dejarnos allí en poco más de un día.

El proceso de limpieza quedó completado. Desde una perspectiva aérea, no quedaba ni rastro del enfrentamiento que se había producido. Alex consultó el reloj: las 0200 horas. Todo había empezado y concluido en tres horas. No estaba mal. Aún les quedaban unas cuatro horas hasta que saliera el sol: debían aprovecharlas. Miró en dirección al camión bajo el que habían estado descansando los miembros de uno de los escuadrones takavaran.

—Irlandés. Ponga ese camión en marcha cuanto antes.

Después se dio la vuelta hacia Adira.

—Y bien, ¿dónde dice que nos encontraremos con ese tren?

El presidente iba a venir.

Ahmad al Janaddi estaba sudando copiosamente a causa de la presión que sentía por el millar de tareas que tenía por completar. Aun cuando no esperaba la visita de Moshaddam hasta pasados unos días, debía tener la instalación reconstruida a tiempo para realizar un tercer intento con el que finalizar la calibración de las aperturas de prueba, o de los Eventos del Juicio, tal y como el presidente había indicado que se llamaran ahora. Al científico le inquietaba la facilidad con que Moshaddam entremezclaba ciencia y religión. Hablaba como si cada prueba exitosa fuera una profecía sacada directamente del libro sagrado.

Al Janaddi dio gracias a Alá de que hubieran perfeccionado el proceso de reconstrucción, mediante el cual muchas piezas estaban fabricadas de antemano para acelerar su instalación. En ese punto, la cámara de aceleración al completo podía quedar recreada y operativa en un plazo de veinticuatro horas. La última prueba debía tener lugar aquel día, sin falta, y después habrían de prepararse para un nuevo intento coincidiendo con la llegada del presidente a la base. Dado que Moshaddam había anunciado su visita, el programa no podía sufrir ningún cambio. Al Janaddi no dudó ni por un segundo que todos sus éxitos no valdrían para nada si se consideraba que no había respondido con la premura suficiente a una orden directa del presidente.

La instalación de la nueva esfera plateada estaba casi completada, y la línea circular que marcaba los límites del Portal de Alá estaba ya en su sitio. Solo habría un único viajero en esta ocasión, y el presidente había aportado personalmente el boceto para el diseño de una cápsula de plomo de un metro ochenta y cinco que debería estar construida y colocada en su sitio antes de la siguiente prueba. En el interior de aquel receptáculo sellado herméticamente, que pesaba varias toneladas, había espacio para que cupiera cómodamente un hombre de pie. Además, contenía un equipo de grabación similar a una caja negra, rastreadores y dispositivos de comunicación. Teóricamente, cuando el viajero regresara, podría ser detectado y recuperado de cualquier parte del mundo.

Las simulaciones por ordenador eran muy alentadoras; ahora parecía posible controlar el tamaño del Evento del Juicio, e incluso su duración. Se trataba del paso más importante en el camino para conseguir diseñar una forma de controlar las poderosas emisiones de radiación gamma: un depósito donde almacenar aquella tremenda energía cósmica. Al Janaddi sonrió para sí. Ya había conseguido más cosas que docenas de científicos trabajando en laboratorios de todo el mundo. Ojalá pudiera contárselo a alguien... Ojalá pudiera contárselo a todo el mundo.

Al Janaddi era un científico con talento y un hombre con grandes ambiciones. Al igual que todos los profesionales de la ciencia, soñaba con el máximo reconocimiento

a su trabajo: un premio Nobel en ciencias. Aquello había resultado ser algo más que un sueño para una iraní. Shirin Ebadi había recibido el premio Nobel de la paz en 2003; había recibido una lluvia de riquezas y ahora era tratada como una heroína nacional.

Al Janaddi cerró los ojos y prolongó su ensoñación durante unos instantes. El éxito y el reconocimiento podrían granjearle grandes cosas: dinero suficiente para comprarle una casa nueva a su madre, con un sistema de calefacción que de verdad funcionara en invierno, un coche nuevo para el vago de su hermano... Aunque uno pequeño, eso sí. Unas vacaciones para sí mismo, puede que incluso en EE. UU. Eso estaría muy bien, aun cuando tuviera que ir acompañado a todas partes por un guardia de la república.

Ay, ¿qué se sentirá al vivir en América con tanta libertad? Siguió soñando despierto un poco más: *Hola, vivo en Nueva York. Hola, vivo en Texas. Hmmm...* Tomó aire a través de la nariz, al tiempo que se formaba una sonrisa en sus labios al imaginarse con la medalla de oro noruega colgada alrededor de su cuello mientras el mundo lo aplaudía.

Abrió los ojos y profirió un sonido gutural cuando la imagen de aquella repugnante criatura en la celda de contención arruinó su hermosa ensoñación. *No fue culpa mía*, pensó, mientras apartaba de su mente la cruda realidad y sus efectos colaterales para seguir trasteando con algunas mejoras en el programa informático. Aún tenía mucho trabajo que hacer.

Siguiendo las indicaciones de Al Janaddi, sus compañeros científicos y los técnicos asistentes realizaron un último programa operacional mientras él revisaba las cámaras de grabación de las instalaciones, los transpondedores y otros equipamientos de sensibilidad electrónica. Se habían añadido nuevos equipamientos que, esperaba, contendrían la materia oscura e impedirían que se disipara tan rápido. Había más mejoras en el tintero que se pondrían en marcha después de esa prueba; en ese punto, cada nuevo intento era una oportunidad para aprender más cosas sobre las misteriosas anomalías que estaban creando. Todo estaba en orden. Estaban preparados.

Al Janaddi dejó de cambiar de una cámara a otra cuando llegó a la que le correspondía a la habitación de la esfera y se quedó contemplando la cápsula de plomo que se erguía en mitad de la penumbra de la estancia. Había hecho un ajuste a los diseños del presidente, pensado más como una opción alternativa para su recuperación que como una mejora en sí. Habían soldado una enorme anilla a la parte trasera de la cápsula; unido a ella había un cable de titanio de dos centímetros y medio de grosor que se extendía culebreando hasta aferrarse con seguridad a un cabrestante industrial en la pared. Contaba con ciento cincuenta metros adicionales de cable enrollados a los pies de la pared; con un poco de suerte, bastarían para permitir que el viajero se adentrara lo suficiente en el agujero negro como para obtener información valiosa, y después podrían enrollarlo para traerlo de vuelta como si fuera un pez.

Al Janaddi cambió la transmisión de imágenes a una camarita situada en el interior de la cápsula de plomo. El viejo clérigo que se había presentado voluntario para la prueba parecía casi eufórico ante su inminente partida a través del Portal de Alá. La promesa de un encuentro personal con Dios, seguido de una vida eterna en la Yanna, resulta irresistible para cualquier hombre de fe. Al Janaddi se preguntó si el clérigo estaría tan sereno si se encontrara con los deformados restos humanos que aullaban y babeaban en el complejo de túneles del nivel inferior.

Alzó la voz sin darse la vuelta.

—Luz verde en sesenta segundos.

Esta vez hubo poco entusiasmo, apenas unos ademanes de cabeza y un débil «Allahu Akbar» por parte de un técnico joven. Al Janaddi se bajó la visera e inició los láseres de aceleración de partículas. Una vez más, las luces se atenuaron.

Como antes, a una velocidad tal que la visión humana no podía asimilarlo, la habitación de la esfera desapareció en un vacío tan negro que hacía daño a los ojos y confundía la percepción. Esta vez, sin embargo, el evento se quedó suspendido y no se disipó tan rápido. Alentado, Al Janaddi subió el nivel del acelerador en una muesca de un dial que albergaba más de cincuenta calibraciones. De inmediato, el laboratorio quedó recorrido por una oleada que le provocó un hormigueo en las yemas de los dedos y que su estómago amenazara con entrar en erupción. Revisó los diales; no había fuga de radiación, pero su reloj de pulsera parecía haberse ralentizado.

La cápsula había desaparecido. El grueso cable se desenrolló hacia el vacío de negrura con sorprendente lentitud: una vuelta cada veinte segundos, como si la cápsula se hubiera embarcado en un viaje cómodo y sosegado.

Excelente, solo una vez más, pensó Al Janaddi, y subió una nueva muesca en el dial. En un instante, todo el revestimiento de plomo comenzó a desprenderse de las paredes y del techo. Luces rojas centellearon y una sirena alertó de que las partículas gamma estaban amenazando con hacer estallar el complejo. Temeroso, el científico inspiró una bocanada de aire y volvió a bajar el nivel del dial, permitiendo que el evento se estabilizara durante otro instante.

—Alá misericordioso, eso estuvo cerca. Ahora veamos si podemos traerlo de vuelta...

Al Janaddi pulsó el botón del cabrestante y con un sonoro chirrido, el cable suelto se levantó del suelo. Después de que el cable se pusiera en tensión, se escuchó un golpe seco y el chirrido se volvió todavía más estridente.

¡Aghh! Al Janaddi desconectó el cabrestante, y estaba pensando en cuál sería su próximo movimiento cuando un sonido todavía más ominoso se desplegó en el interior de la estancia. El cable que conducía hacia la fría negrura, que ya estaba tan tenso como el de un piano, se movió hacia arriba, después hacia abajo, gimiendo y rechinando a medida que se retorció contra la anilla del cabrestante. El cable temblequeó como si algo estuviera trepando a través de él. Mientras Al Janaddi

contemplaba boquiabierto la escena, no pudo evitar acordarse de cuando era un muchacho y, pescando con su padre, apresaron a un tiburón enorme. El hilo de pescar había hecho algo similar antes de que lo cortasen. «Nunca subas un tiburón a la barca», le había dicho su padre en voz baja mientras veían cómo el hilo cortado daba latigazos sobre el borde.

«Nunca subas un tiburón a la barca». Al Janaddi pulsó rápidamente el botón para soltar el cable. Una vez liberado, pasó disparado hacia el interior de aquel estanque oscuro tan rápido que su mirada casi no pudo captarlo.

Desconectó el rayo de aceleración y el Evento del Juicio se disipó tan deprisa como había aparecido. El científico miró en derredor hacia la estancia revestida de plomo e inspiró una honda bocanada de aire tras darse cuenta de que se había olvidado de respirar. El revestimiento que protegía el centro de mando había aguantado, de lo contrario los técnicos y él se habrían convertido en carne derretida o habrían sido arrastrados hacia el halo del agujero negro. Se sentó y se enjugó el sudor frío de la frente; necesitaba una tecnología mejor para contener y controlar el evento.

Examinó los otros monitores; en las pruebas previas, los sujetos habían regresado de forma casi instantánea. Pero de aquel anciano clérigo no había indicios, ni señales, ni imagen alguna. O bien el equipo de grabación que había en el interior de la cápsula había sufrido un cortocircuito, o bien el hombre y la cápsula ya no estaban en el planeta.

Al Janaddi volvió a pensar en el comportamiento del cable. Sospechó que el pobre clérigo había desaparecido para siempre.

La criatura detuvo su lento e insidioso avance a través de la arena. Con unas pequeñas glándulas situadas en su cabeza percibió el ligero brote de radiación que se había filtrado fuera de la base de contención de la esfera, y recordó la sensación idéntica que percibió justo antes de que la arrancaran de su hogar.

Se enderezó. La arena caía de su cuerpo acorazado. Su visión sobrenatural le permitió percibir las ondas electrónicas y de rayos X que viajaban a través de la ionosfera. Desplegó al aire aquellas protuberancias que asemejaban abanicos, interceptando moléculas procedentes de la atmósfera para examinarlas. Detectó las partículas pesadas de radiación y se sintió atraída hacia su fuente: el laboratorio de Jamshid II.

Se apoyó sobre sus poderosas patas posteriores, cuyas puntas afiladas estaban clavadas en la arena, y volvió a lanzar la llamada a los de su especie a través del desierto. Permaneció inmóvil durante unos segundos. Al igual que antes, no hubo respuesta.

El sol centelleó sobre su caparazón ceroso y moteado mientras la criatura captaba la información sensorial de ese mundo nuevo. Las placas acorazadas de su exoesqueleto se habían compactado para preservar los preciosos fluidos del interior

de su cuerpo, y tenía la cabeza, con forma puntiaguda, encogida dentro de la giba bulbosa ubicada entre lo que podría considerarse como hombros.

Al tiempo que dos ojos negros cubiertos de quitina se extendían en la punta de los apéndices que los sustentaban, las placas se abrieron, y sacudió brevemente el torso para expulsar nuevas partículas de aquella molesta arena. La criatura flexionó los músculos, y su caparazón abierto reveló un vientre del que emergían dos enormes garras curvadas: cada una de ellas forrada con una serie de dientes que culminaban en una punta afilada y renegrida. Por debajo de aquellas mortíferas dagas había varias filas de extremidades torácicas más pequeñas que ondulaban lentamente. Podía oírse un ligero chasquido procedente de sus puntas afiladas cada vez que chocaban entre sí, movidas por aquellas sacudidas con forma de oleada. Más adentro colgaban unos apéndices y tendones grasosos, plegados entre las placas acorazadas de color verde oscuro. El caparazón se estremeció, y después se cerró sobre los espeluznantes apéndices de la criatura.

El aparato bucal con forma de abanico volvió a desplegarse y la criatura balanceó ligeramente la cabeza a medida que nuevas partículas radiactivas bañaban sus órganos sensoriales. Entonces giró el rostro hacia la dirección de la que procedían, que quizá marcara el camino de vuelta a su hogar.

La criatura se lanzó sobre la arena y salió disparada hacia Arak y hacia la cámara de la esfera.

Hammerson leyó rápidamente el informe. Otro brote de radiación. Más débil, pero compuesto nuevamente por una fuerte carga de gamma y poco más. De nuevo, procedente de la pequeña ciudad de Arak, a los pies de las montañas de Markazí. Fuera lo que fuese lo que estaban haciendo allí, desde luego no había acabado.

Hammerson pulsó el botón de su teléfono.

—Annie, póngame con el comandante Harris, de Estrategia Espacial. Después ábrame una línea segura con Moss-1.

En ese momento necesitaba dos cosas: imágenes térmicas de los alrededores de Arak para hacerse una idea de hacia dónde se estaba dirigiendo Alex, y hablar con su viejo amigo el general Meir Shavit. Había que mantener informado al Mossad.

Hammerson compartiría sus datos con los israelíes porque necesitaba saber qué tenían en mente y cuáles eran sus planes. Estarían muy inquietos por las constantes emisiones de radiación procedentes de la región central de Irán. Lo único que podía hacer era contenerlos antes de que decidieran tomar cartas en el asunto. Necesitaba ganar tiempo para que su equipo pudiera asegurar la tecnología antes de que el general decidiera que la mejor forma de lidiar con el problema era achicharrarlo todo.

Hammerson sabía que la mayor parte de los países de Oriente Medio se toleraban, desconfiaban o directamente se odiaban entre sí. Pero nada los uniría más rápido que un ataque por parte de Israel, y por alguna razón siempre terminaba siendo culpa de EE. UU. *La vida era mucho más sencilla cuando se limitaban a quemar nuestras banderas*, pensó mientras le pasaban la llamada a través del teléfono de su escritorio.

Los HAWC y sus compañeros israelíes subieron a bordo del tren cuando redujo su marcha a las afueras de Shiraz. Aquella destartalada locomotora diésel estaba regresando al norte de Irán con equipos de refinamiento de petróleo y suministros para una de las nuevas plataformas perforadoras situada en Babol, junto al mar Caspio. No había pasajeros ni vigilancia en el tren, así que los HAWC no tuvieron problemas para entrar en el abarrotado vagón de mercancías sin ser detectados. De vez en cuando abrían un resquicio de la puerta para que entrase aire fresco y para examinar el entorno, pero nada más; el viento gélido que soplaba desde las montañas quitaba las ganas de admirar las vistas. Sam realizó un seguimiento de sus avances con su dispositivo GPS y cada pocas horas informaba en voz alta sobre su velocidad y posición.

Pese al frío que hacía en aquel vagón sin calefacción, descansaron. Hasta que llegaron a Kashan, el destino de su misión dependía del conductor del tren y de la

buena suerte. Alex sabía que si no encontraban los cuerpos de los takavaran en Persépolis, seguirían contando con el elemento sorpresa. Por lo que habían visto hasta entonces, lo iban a necesitar.

En un rincón del vagón, un ratón diminuto salió corriendo hacia una caja y empezó a mordisquear la madera. En muy poco tiempo había abierto un agujero del tamaño de la yema de un dedo y se metió a través de él, para regresar segundos más tarde con lo que parecía un grano de café. Alex sonrió. *Una apertura diminuta... Eso es justo lo que necesitamos nosotros también*, pensó.

Adira despertó de un sueño ligero y entornó los ojos. Estaba sentada con la espalda apoyada en una caja y los brazos cruzados sobre las piernas dobladas; levantó la cabeza ligeramente para apoyar la barbilla sobre el arco que formaban sus brazos. La luz del amanecer estaba empezando a filtrarse a través de las grietas en las paredes del vagón y Adira pudo identificar la forma de Alex Hunter sentado enfrente de ella, su robusta silueta rayada por los primeros resplandores de la mañana. Sonrió al ver cómo intentaba alimentar a un ratoncillo gris con algo que había encontrado en el suelo. Adira miró hacia otro lado, pero descubrió que sus ojos se veían arrastrados hacia él, así que dejó de resistirse y lo examinó.

Era atractivo, pero ella conocía a muchos hombres guapos. Era peligroso, pero también honesto, y en ese preciso momento parecía tan... normal. Costaba creer que formara parte de algún experimento secreto de los americanos. Pero ella le había visto realizar proezas imposibles. ¿Qué era el Arcadia? ¿Qué le ocurriría a Alex Hunter si Adira lo delataba ante el general Shavit, ante la jerarquía del Mossad?

Tomó aliento, después dejó escapar el aire por la nariz sin hacer ruido. *¿Por qué él en concreto?*, pensó, y volvió a sonreír al ver cómo Alex le susurraba algo al pequeño roedor que tenía a sus pies.

Alex sintió cómo una gota de sudor le corría por el lateral del rostro. A medida que el sol ascendía hacia las alturas, y que las montañas Zagros iban quedando muy atrás, la temperatura en el interior del vagón se fue incrementado rápidamente. Lo que fuera una gélida caja de madera mientras pasaban a través de las montañas se estaba convirtiendo en un horno maloliente.

Los HAWC se sintieron aliviados cuando Sam les informó de que se encontraban apenas a quince kilómetros de Kashan. Rocky abrió la puerta e inundó el vagón con el aire seco y agradable del desierto. Adira se asomó al exterior, miró a ambos lados de la vía y les dijo que estuvieran preparados. El tren redujo desde su velocidad máxima de unos noventa y cinco kilómetros por hora hasta los cincuenta para sortear una curva.

—¡Salten! —gritó Adira.

Uno por uno, como paracaidistas saliendo de un avión, saltaron y rodaron sobre la dura superficie del suelo. A más de treinta kilómetros por hora, los aterrizajes no fueron ninguna broma.

Sam se hizo cargo de Zach, obligando al joven a rodar con él para que no se rompiera ningún hueso durante la maniobra. Todos permanecieron cuerpo a tierra hasta que el tren estuvo a varios kilómetros de distancia, después se incorporaron. A lo lejos, pudieron ver cómo el convoy se dirigía hacia una pequeña ciudad enclavada entre un agreste bosque de palmeras datileras: un pequeño remanso verde entre los áridos tonos sepia y marrones del desierto.

—Kashan es una de las pequeñas ciudades oasis —dijo Adira—. Un lugar tranquilo repleto de jardines y poetas, y tenemos buenos hombres allí. —Dio la espalda a aquel pueblo verde y señaló con un ademán de cabeza hacia el oeste—. Allí es hacia donde tenemos que ir. Arak está a unos noventa y cinco kilómetros; de diez a doce horas a pie.

Alex examinó su posición y el paraje reseco que se extendía hacia el oeste. No había carretera, ni camino. Eran poco más de las 1100 horas y el día era seco y está despejado. Por suerte, la temperatura era bastante suave por allí: apenas treinta y siete grados. *Un paseo por el parque, pensó.*

—Lo haremos en ocho. Vamos.

Lideró la ruta a paso ligero.

Llevaban casi cinco horas de trayecto a buen ritmo cuando Alex ordenó hacer un descanso. Se detendrían durante cuarenta minutos: diez minutos para comer y después quince minutos de descanso cada uno; primero saldría un grupo, después el otro. Hex, el Irlandés, Rocky y Adira descansaron primero, después Alex, Sam y Zach. Alex vio que Zach se desvaneció de inmediato, pero dejó que el joven científico durmiera; no podía imaginarse cómo debía de sentirse después de todo ese esfuerzo. Unos cuantos kilómetros más atrás había visto que Adira lo ayudaba con su mochila; solo lo permitiría esa vez. Incluso el poderoso cuerpo de Alex necesitaba reposo. Comió un poco de carne deshidratada y después se durmió. El mundo desapareció durante quince minutos.

Su cuerpo descansó pero su mente siguió funcionando, a base de recuerdos oscuros que emergían reptando de las profundidades de su ser. Sus ojos se movieron adelante y atrás por debajo de los párpados, buscando, acechando, intentando ver entre la densa oscuridad de una caverna. La criatura le había vuelto a dar alcance, le estaba envolviendo el cuerpo con un tentáculo, incrustándole unas garras curvas y afiladas como cuchillas en la espalda y en el cuello.

Alex se despertó con un bramido que provocó que todos los HAWC sacaran sus armas y se agacharan en posiciones defensivas. Adira tenía sus Barak desenfundadas y apuntadas hacia Alex. De su cuello cayó una serpiente que se alejó reptando por el

desierto.

Adira saltó sobre ella y la pisó con la bota, después se agachó para recogerla.

—*Yaarsh*... ¿Le ha mordido? Es una víbora de escamas de sierra. Letal.

Alex se había quitado el casco para descansar y también se había desabrochado el cuello del uniforme. Alargó el brazo y se palpó el cuello; cuando separó la mano estaba cubierta de sangre. Es posible que la serpiente se hubiera visto atraída por el pulso de una arteria, o quizá simplemente estuviera furiosa a causa del calor. Alex sintió que la cabeza empezaba a palparle con un dolor agudo que le produjo molestias en los ojos.

—Sí, me ha picado —dijo—. ¿Qué clase de veneno?

Sam se agachó junto a Alex y le abrió el párpado superior para examinar la superficie blanca en torno a la pupila.

Adira sacó uno de sus cuchillos y presionó la parte trasera de la cabeza de la serpiente, forzándola a abrir la boca. Se sirvió del cuchillo para sacarle los colmillos y empujó hacia arriba. De ellos debería haber manado veneno. No salió nada.

—*Shishza!* Está seca —dijo—. Debe de haberle administrado una dosis completa. Esta es una de las serpientes más mortíferas de Oriente Medio. Un veneno protolítico, hemotóxico; doloroso y mortal. Si la picadura se hubiera producido en una extremidad, la solución habría sido una amputación urgente. Necesita un antídoto y varios centilitros de sangre en una transfusión sobre el terreno. —Volvió a enfundar el cuchillo con brusquedad y estrujó el cuello de la serpiente con el puño.

Alex se presionó los párpados con los pulgares y negó con la cabeza.

—Una semana en la playa también estaría bien. No se preocupe, creo que la dosis no ha llegado a ser total. Me pondré bien, pero necesitaré descansar un poco. Hex, marche con su equipo inmediatamente y ya los alcanzaremos por el camino. Ya sabe lo que tiene que hacer.

Hex asintió. Nada de cuestionar su decisión: las órdenes del jefe siempre se cumplían. Rocky y el Irlandés recogieron su equipo y se prepararon para proseguir.

Adira miró a la serpiente y dijo algo en hebreo. Cambió la mano con la que sostenía a la serpiente, hizo girar su cuerpo una vez sobre la cabeza y después se sirvió del impulso para golpearlo como si fuera un látigo. La cabeza de la serpiente estalló y se separó del cuerpo entre una lluvia de escamas y sangre, dejando en la mano de Adira un tubo retorcido de carne de serpiente, que arrojó hacia el desierto.

Miró a Alex con un gesto casi iracundo y dijo:

—*Lehitra'ot*, Alex Hunter. Espero volver a verle. —Se dio la vuelta, con los puños apretados, todavía murmurando entre dientes.

Alex sabía que no tenían ningún antídoto, y desde luego no contaban con el tiempo ni el equipamiento necesarios para realizar incluso la más rudimentaria transfusión sobre el terreno. También sabía que había recibido una dosis total de veneno; podía sentirlo en su organismo. Tenía que confiar en que su cuerpo combatiera el veneno por sí mismo, pero para eso necesitaba dormir.

Se dirigió a Sam en voz baja:

—Tienes que dejarme K.O. durante dos horas para que descanse. Me pondré bien. Ya lo sabes, Tío.

Sam asintió y se arrodilló a su lado, girando la cabeza de Alex para examinar las pequeñas heridas que tenía en el cuello.

—Dos horas, ¿eh? Debería bastar con sesenta miligramos de benzodiazepina. Sirve como anticonvulsivo y relajante muscular. Puedo dejarte inconsciente durante más o menos ese tiempo..., el resto depende de ti. Aunque he oído lo que decía la señorita Szenes sobre la posibilidad de una amputación. Sería más rápido; después de todo, solo se trata de tu cabeza.

Alex soltó una risita.

—Limitate a mantener un ojo atento por si aparecen más serpientes, o la próxima vez te haré succionar el veneno.

Sam le aplicó a Alex el sedante, después se tumbó con la cabeza y los hombros a la sombra de un pequeño arbusto espinoso. Inspiró una enorme bocanada y cerró los ojos. Al cabo de un minuto se quedó dormido.

Sam se dio cuenta de que las venas que Alex tenía en el cuello alrededor de la picadura de la serpiente se habían hinchado como si unos gusanos rollizos estuvieran peleando bajo su piel, y la picadura en sí estaba supurando un líquido claro. *Ahí dentro se está produciendo una guerra*, pensó. Sam era una de las pocas personas en el mundo que sabía de qué era capaz el proyecto Arcadia. Había visto a Alex ejecutar proezas que habían dejado a soldados de élite con la boca abierta. Para la mayoría, el Arcadia era un mito de las Fuerzas Especiales, pero para unos pocos (un puñado de científicos, los mandamases del USSTRATCOM, Hammer y Sam), Alex era un milagro.

Sam alcanzó a Adira mientras se dirigía a reunirse con el equipo de Hex.

—Señorita Szenes, esa serpiente... ¿A qué se enfrentará el capitán Hunter?

Adira miró hacia la silueta durmiente de Alex.

—Al no contar con tratamiento..., si tiene suerte, inflamaciones, dolor, puede que ceguera y cierta pérdida de funciones motoras. Después lo más probable es que caiga en coma y muera. Si no tiene suerte, sufrirá una hemorragia interna y morirá en una tremenda agonía. Esta clase de víbora ha matado a muchos de nuestros soldados en misiones por el desierto; están activas día y noche, son agresivas y mortíferas. El capitán Hunter es fuerte, pero no creo que vaya a reunirse con nosotros a corto plazo, Sam Reid. Puedo llevarlo a Tel Aviv en el plazo de un día. Solo tiene que decirlo.

Sam negó despacio con la cabeza. Adira entornó los ojos y se encogió de hombros.

—*Behatzlacha*, Sam Reid. —Miró a Alex una vez más—. ¿Era él...? ¿Es él el Arcadia?

Esta vez fue el turno de Sam de encogerse de hombros.

—Buena suerte a usted también.

Adira asintió y se dio la vuelta, después se detuvo en cuanto asimiló aquella respuesta al comentario que había hecho en hebreo. Le dirigió a Sam una sonrisa fugaz antes de acudir a reunirse con Hex y el equipo Rojo.

Sam la vio marchar, después llamó a Zachariah para que se acercase.

—No lo pierdas de vista. Voy a echar un vistazo rápido en derredor. ¡Asegúrate de que no le pique, le muerda o le pinche nada más mientras esté inconsciente!

Zach miró hacia el desvanecido líder de los HAWC y colocó una mano sobre su frente. Sam supo que el científico no necesitó tocar la piel de Alex para percibir que estaba ardiendo. La temperatura corporal de Alex siempre estaba unos cuantos grados por encima de la de cualquier hombre normal; era a causa de su metabolismo, que como si fuera una caldera operaba a máximo rendimiento en todo momento. Ahora, con aquella toxina mortífera en su organismo, estaba en ebullición.

Sam pudo ver cómo los ojos de Alex se movían de un lado a otro bajo sus párpados mientras su cuerpo combatía el veneno. Recordó la palabra hebrea que había empleado Adira para desearle suerte: «Behatzlacha». *Sí, la va a necesitar*, pensó Sam.

Alex había aflojado durante apenas un segundo la presión con la que se agarraba a la cuerda y se cayó del columpio hasta aterrizar de cráneo en el suelo. Le dolía la cabeza y tenía la boca llena de arena. Alzó la mirada hacia su padre, intentando decidir si echarse o no a llorar.

Jim Hunter sonrió y sacudió la tierra de la frente y las mejillas de Alex.

—No te has hecho daño, eres fuerte —dijo.

Alex asintió y alargó la mano para tocar la cicatriz que su padre tenía en la ceja izquierda.

—¿Esto te dolió, papi? —preguntó, mientras trazaba con su dedito regordete aquella media luna rosada y reluciente.

—Sí, pero solo durante un segundo. El truco está en ser más fuerte que el dolor. Siempre termina por disiparse, y después te quedas con una cicatriz pequeña y una sonrisa enorme.

—Soy más fuerte que el dolor —repitió Alex, finalmente resuelto a no llorar.

Su padre lo abrazó y Alex sintió sus manos fuertes en la espalda. Pero su padre no lo soltaba y empezó a clavarle los dedos en el cuerpo. Alex intentó apartarlo, pero lo tenía aferrado con una fuerza desmesurada... Y entonces el tacto de aquel abrazo se tornó pegajoso, paralizando el mundo a su alrededor.

Alex levantó la cabeza y comprobó que volvía a ser un hombre, no el niño pequeño de hacía un instante, y que su padre había cambiado... Ya no era su padre el que lo aferraba, sino el tentáculo de una criatura a la que había combatido por última vez bajo el hielo de la Antártida.

Sintió cómo unos colmillos que asemejaban puñales se le introducían en el pecho, en la espalda y en los costados. Su cuerpo entero estaba siendo machacado y desgarrado. Las fuerzas lo abandonaban, dispersándose como hojas secas. El dolor era insoportable. *No eres más fuerte que el dolor; nunca lo has sido. El dolor siempre gana... Siempre.* Esas palabras se repitieron una y otra vez en su cabeza.

Alex abrió la boca para gritar mientras sentía cómo se le desmenuzaban los huesos bajo la piel. La carne se le descascarillaba, y entonces empezó a caer. Sabía que cuando golpeará contra el fondo moriría. La negrura se cerró sobre él como la tapa de un ataúd.

El sol se estaba hundiendo hacia las montañas de Markazí y la temperatura había descendido hasta unos agradables veintiún grados. Zach estaba apoyado sobre una roca cálida, dormitando. Sostenía en la mano y sin demasiada firmeza una pequeña cantimplora con agua. Tenía la boca entreabierta, de la que brotaba un largo hilo de saliva que formaba un río centelleante hasta su hombro. Las gafas se le habían deslizado hasta la punta de la nariz.

Una sombra alargada se extendió sobre él y alguien lo agarró del hombro.

—¿Queeee...? —Zach abrió los ojos, después tuvo que parpadear dos veces y recolocarse las gafas antes de poder articular palabra—. *Yoish!* Está vivo... Es decir, despierto.

—Estás perdiendo agua, tapa la cantimplora —dijo Alex.

Zach parpadeó una vez más y alzó la mirada hacia el capitán de los HAWC. Alex tenía el cabello empapado en sudor; de la picadura de la serpiente no le quedaban más que un par de marcas rosadas en el cuello, que ya se estaban curando.

—Y..., ¿cómo se siente? —preguntó Zach.

Alex se pasó una mano por el pelo.

—Como si tuviera resaca y muerto de sed. ¿Cuál es nuestro estado?

—Pues... —Zach miró en derredor, sin saber muy bien qué decirle.

—Yo me encargaré de eso —dijo Sam, que apareció caminando por detrás de Zach y le entregó a Alex una cantimplora. Mientras Alex bebía, Sam examinó la herida que tenía en el cuello y asintió—. Tiene buena pinta.

Zach se puso en pie para mirar más de cerca aquella herida casi curada.

—¿Entonces la serpiente no le inyectó todo su veneno, después de todo?

Alex se dio la vuelta y dijo por encima del hombro:

—Esta vez he tenido suerte. ¿Sam?

Zach habría jurado que vio un atisbo de sonrisa en el rostro de Sam cuando comenzó su informe.

El equipo de Hex había realizado un notable avance hacia la base Jamshid II de Arak. Se encontraban a unas dos horas de distancia y tenían previsto reunirse con los agentes del Mossad para recibir un informe antes de acceder a la ciudad. No se habían encontrado con ningún comando takavaran, ni había habido indicios de que los estuvieran persiguiendo.

Alex asintió.

—Bien. Necesito comer algo, después nos marcharemos. Dos minutos. Estén listos, caballeros.

Adira sostuvo el monoscopio de los HAWC contra su ojo y escrutó las zonas elevadas de las montañas de Markazí. El visor era un tubo de color negro mate con una cubierta de goma en la punta para que se ajustara al ojo. Era cómodo de sostener y sus potenciadores de imágenes aumentaban treinta veces. Se apartó el dispositivo del rostro y lo contempló admirada. *Es mejor que cualquiera que tengamos en casa. Creo que me lo quedaré.*

Se volvió a guardar el visor en el bolsillo e inspiró el aire del desierto. Sentía una extraña desazón y negó con la cabeza ante un pensamiento insidioso: *Lo más probable es que ya esté muerto.* Quizá fuera algo bueno. Alex Hunter se estaba convirtiendo en una distracción frente a su misión principal. Y si él era el Arcadia, o parte de ese proyecto secreto, ahora Adira se sentía libre de entregar un informe completo sobre él a su regreso. Sí, probablemente su muerte fuera algo bueno.

Tomó aire otra vez. El vacío que sentía en el estómago seguía allí..., y puede que algo más.

—*Achhh*, deja de obsesionarme, Alex Hunter —susurró mientras miraba hacia la ciudad de Arak.

Unas cumbres cubiertas de hielo enmarcaban el viejo asentamiento por el oeste; en los demás flancos estaba rodeada por vastas planicies áridas que no parecían muy hospitalarias. Adira sabía que la ciudad tenía un enorme lago en sus afueras. Se trataba del lago Nemisham; era hermoso, pero sus apetecibles aguas eran un caldero de residuos tóxicos que humeaban con ácidos que despellejaban la piel. *Igual que el propio país*, pensó Adira, *atrayente y peligroso a partes iguales.*

Un agente del Mossad surgió del desierto como un espectro, habló apresuradamente con ella en hebreo y después se desvaneció con la misma rapidez entre aquella neblina de calor que desdibujaba el paisaje. Eso era lo que Adira había estado esperando. Se quedó quieta contemplando Arak durante un instante más, después regresó con los HAWC.

—El laboratorio está oculto en la periferia de la ciudad, en un laberinto de cavernas ancestrales —les dijo—. Se han estado haciendo pasar por unos arqueólogos que están restaurando las estatuas de la dinastía sasánida en las profundidades de las cavernas. Llevan años excavando; no hay forma de saber qué profundidad tienen. No podemos tomarlas de forma abierta o encubierta. El lugar está fuertemente fortificado y vigilado por el ejército iraní convencional. Y lo que es peor, mis hombres me han dicho que hay muchos escuadrones de takavaran zolfaghar dentro y en los alrededores de la base.

El Irlandés soltó un silbido desdeñoso.

—Sí, ya, menudos tíos más duros —se burló.

Adira intentó ignorarlo, pero había algo en la actitud de ese hombre que la sacaba de sus casillas.

—Me parece que tuvo suerte de que Hex estuviera allí para cubrirle, teniente O’Riordan, o habría acabado siendo un cadáver más pudriéndose en el desierto.

—Que le jodan —le espetó el Irlandés.

Adira sonrió y prosiguió.

—Puede que haya otra opción, otra forma de acceder a la base Jamshid II que desconocen los takavaran. Hay una gruta en un punto elevado en el interior de las montañas de Markazí; los lugareños la evitan porque creen que está infestada de demonios. Mi gente piensa que no está vigilada, así que es posible que podamos usarla para irrumpir en la base.

—«¿Es posible?». «¿Quizá no está vigilada?». ¿Eso es lo único con lo que contamos? —replicó el Irlandés con desprecio—. En estos momentos no nos sobra tiempo para invertirlo en suposiciones. No tardarán mucho en saber que estamos aquí. Si nos arrinconan en una maldita cueva podemos darnos por muertos.

Adira y O’Riordan dieron un paso al frente para encararse y Hex se interpuso entre ellos. Adira sospechó que O’Riordan era un hombre al que no le gustaba ninguna opinión que no fuera la suya propia. Sorteó a Hex para mirarlo fijamente, conteniendo un improperio en hebreo y manteniendo un tono de voz tranquilo y sereno.

—Así es, teniente O’Riordan. Esa es la mejor información de la que disponemos. La alternativa es un ataque frontal, lanzarnos cara a cara contra un número desconocido de Fuerzas Especiales iraníes. Podríamos quedarnos atascados durante días..., y ellos serían los únicos que recibirían refuerzos. ¿Cuánto tiempo dijo que quería pasar aquí, teniente?

O’Riordan le sostuvo la mirada, después escupió sobre la arena y se alejó caminando mientras maldecía en voz baja. Adira sonrió; se había salido con la suya.

Le proporcionó a Hex las coordenadas de la gruta y una descripción de la entrada. Era reconocible a causa de su guardián: una estatua en descomposición de tres metros de altura de un rey muerto hacía mucho tiempo.

Hex asintió y se dio la vuelta hacia los HAWC.

—Rocky, envíe un soplo al equipo Azul. Irlandés, en tres minutos saldremos hacia la gruta.

Aunque el equipo tenía comunicación directa a través de sus cascos, de ahora en adelante utilizarían soplos de información codificados, sobre todo en terreno abierto. Si había Fuerzas Especiales iraníes cerca, podrían ser capaces de localizar una señal extranjera procedente del desierto, por mucho que emplearan los alteradores de frecuencia. El «soplo» era casi instantáneo y tecnológicamente invisible. Rocky no tenía más que redactar un mensaje de texto en su SFPDA, el cual, al ser enviado, era codificado, comprimido y rebotado contra cualquier satélite local que pudiera encontrar. Envió a Alex información sobre los takavaran, la red de grutas y su entrada, y sobre su estatus operativo. Al cabo de unos minutos, el mensaje fue recibido y acusado: estaban listos para proceder.

Hex revisó el radar terrestre que llevaba sujeto del antebrazo mientras Adira escrutaba las zonas aledañas con el monoscopio. Intercambiaron una mirada y Adira

enarcó las cejas. Hex gesticuló con los labios para indicarle que todo estaba en orden: ni movimientos ni lecturas metálicas en un radio de tres kilómetros. *No encontraremos una situación más propicia, es hora de moverse*, pensó Adira.

Sería una carrera de quince kilómetros hasta la gruta bajo aquel calor seco y necesitaban permanecer alerta en todo momento. Adira se sentía cansada, molesta con el HAWC pelirrojo, y aún no habían llegado siquiera hasta la zona objetivo. Inspiró una honda bocanada y empezó a correr.

Zach vio cómo Alex recibía el soplo de información. El HAWC leyó durante unos pocos segundos, después se giró hacia ellos y les informó brevemente sobre la fuerza de oposición que cabría esperar, el lugar al que se dirigían y la red de grutas que utilizarían para intentar acceder a la base Jamshid II. Zach se sintió enormemente interesado por las nuevas lecturas de brotes gamma que emanaban de una base Jamshid activa y no podía esperar a ver con sus propios ojos qué tecnología estaban empleando los iraníes. Pero estaba cansado, tenía los codos doloridos a causa del salto desde el tren, y aún sentía molestias en el estómago por culpa de los golpes que recibió mientras estuvo atado a Sam durante el salto HALO.

—Pero..., ¿cómo llegaremos hasta allí? —preguntó, al tiempo que giraba sobre sí mismo como si esperase encontrar un taxi al que llamar.

Alex miró a Sam y sonrió.

—Formación de velocidad. Tío, tú te encargarás de sacarnos. Y usted, doctor Shomron, tome aire y un buen trago de agua. Lo necesitará.

Sam revisó rápidamente que llevara todo el equipamiento de su uniforme en su sitio y se bajó el visor. Alex agarró del brazo a Zach y comprobó que también tuviera todo su equipamiento bien colocado.

—La formación de velocidad es la forma óptima de cruzar a pie un territorio hostil —le explicó—. Correremos en fila india y nos iremos turnando en el frente para absorber la resistencia del viento y permitir que la persona que vaya por detrás «descanse» a sotavento. Ese descanso solo ahorra una minúscula cantidad de energía cada vez, pero la diferencia se nota cuando se trata de muchos kilómetros. Es lo único que tenemos, y no nos queda mucho tiempo.

«Muchos kilómetros» fue lo único que escuchó Zach.

—Yo... eh... no creo que vaya a ser capaz de mantener el ritmo, capitán Hunter.

Alex colocó las dos manos sobre los hombros de aquel científico alto y espigado, y lo miró a los ojos.

—Le sorprendería lo que sería capaz de hacer si lo intenta, Zachariah. Recuerdo a un joven que hace poco probablemente no se creyera capaz de saltar desde un avión a treinta y cinco mil pies o descender por el oscuro hueco de un ascensor.

Zach sabía que Alex estaba esperando alguna especie de respuesta positiva por su parte, pero no había manera de que pudiera hablar ya que su voz delataría la falta de

confianza que sentía.

Pasados unos pocos segundos más, Alex asintió con un gesto de comprensión.

—Está bien. Yo cubriré su turno al frente. Cargaré con usted si es necesario, pero preferiría que diera todo lo que pueda, ¿de acuerdo?

Zach asintió, todavía incapaz de hablar. Alex le dio una palmada en el hombro y después se bajó el visor. El joven inspiró una enorme bocanada y lentamente bajó también la cubierta de su visor.

A docenas de kilómetros de distancia, dos pequeños equipos camuflados, que parecían androides de color tierra, corrían por el árido y vasto paisaje de Markazí.

A poco más de tres kilómetros desde la posición del equipo Azul, un pequeño equipo takavaran de cuatro hombres supervisó su equipamiento de vigilancia. Estaban dispuestos en un turno rotatorio de dos en dos, así que tenían ojos y oídos sobre el desierto durante veinticuatro horas ininterrumpidas. Llevaban consigo una tienda tradicional de los nómadas construida con lona descolorida por el sol y pellejos de animales, para dar la impresión de que fueran una pequeña banda de comerciantes que estuvieran descansando antes de entrar en la ciudad para una jornada en el mercado. En el interior de la tienda, lo anticuado dejaba paso a la alta tecnología, con pistolas, explosivos y munición alineada para tener rápido acceso a ella, junto al equipamiento de vigilancia, comunicación y monitorización. Un visor electrónico montaba guardia sobre los alrededores: día y noche, nada podría cruzar el desierto a dos kilómetros de su posición sin que ellos lo supieran.

O eso pensaban.

A treinta metros de allí, la seca y polvorienta superficie de un montículo de tierra se abrió. Una probóscide afilada se alzó en el aire y unos apéndices finos y carentes de huesos emergieron, ondeando a uno y otro lado para examinar los alrededores. Cualquiera que los hubiera observado podría haberlos confundido con los pétalos de una flor blancuzca con forma de abanico que se mecía suavemente con la brisa.

La criatura había detectado las suaves pisadas de los hombres y el zumbido de sus aparatos electrónicos desde muchos kilómetros de distancia, pero fueron sus fluidos corporales los que le provocaron una atracción irresistible. El hambre de la criatura se desencadenó. Percibió que dos de los seres orgánicos estaban durmiendo, así que decidió aproximarse primero a ellos. El pálido abanico se plegó y la probóscide se retiró bajo la superficie del suelo. La tierra se levantó ligeramente a medida que el montículo se desplazaba hacia la tienda y desaparecía bajo su borde.

Abu Tayib se despertó con un intenso dolor en el hombro. Cuando fue a incorporarse, no lo consiguió. Podía abrir los ojos y la boca, pero las extremidades le pesaban una tonelada, como si estuviera drogado. Concentró toda su fuerza en un brazo y

consiguió levantarlo un poco, lo justo para poder verlo... Pero ese brazo no podía ser suyo. Su brazo era fornido y estaba cubierto por unos lustrosos bucles de vello oscuro, mientras que aquella extremidad estaba encogida y atrofiada. El dolor se intensificó y trató de gritar, pero lo único que emergió de sus labios agrietados fue un gemido ahogado.

Desde debajo de la arena, la criatura había insertado en el cuerpo de aquel animal durmiente el aguijón con el que se alimentaba, y le había inyectado un sedante natural concebido para inmovilizarlo. También le inyectó una sustancia para disolver la materia orgánica que albergaba aquel cuerpo carnoso. Al no tener exoesqueleto alguno, la criatura pudo penetrar en su cuerpo con rapidez y reblandecerle los músculos, los cartílagos e incluso gran parte de los huesos. Abu Tayib estaba siendo absorbido literalmente a través de un aguijón hacia el vientre del monstruo que acechaba bajo la arena.

Yusuf Ayyub y Tawbah Siluf entraron en la tienda para despertar a sus hermanos takavaran. Después de una guardia larga y aburrida, estaban deseando aprovechar su turno en los sacos de dormir. Al principio, no comprendieron lo que estaban viendo. Por alguna razón, Abu Tayib parecía haber encogido.

Yusuf apartó las mantas del lecho y se quedó perplejo; parecía como si hubieran colocado un mono ajado y reseco en el interior de los ropajes de su compañero. Brazos y piernas delgados como ramitas, unidos a un diafragma contraído y cubierto de manchitas. Yusuf tocó aquella cosa con el pie y la cabeza se giró lentamente hacia él. Una lengua negra y marchita emergió de su boca; aquella cosa estaba viva y estaba intentando hablar con él.

—*Al-Muhaimin*. —Yusuf pronunció uno de los nombres secretos de Alá como el Protector de los Hombres, y se metió los nudillos en la boca. Había visto hombres volar en pedazos, o torturados en formas que provocarían que a una persona normal se le aflojaran las tripas por el miedo. Pero aquello era otra cosa, tan espeluznante que escapaba a cualquier posible comprensión.

Tawbah retiró las mantas del segundo saco de dormir y encontró al otro agente en un estado peor. Estaba incluso más disecado, si aquello era posible, convertido apenas en un amasijo de huesos y tendones. Incluso las órbitas de sus ojos habían sido drenadas de todos sus fluidos.

Los dos hombres estaban a punto de salir corriendo cuando el cuerpo desplomado de Abu Tayib cayó hacia un lado. Lo que emergió del suelo dejó a los dos soldados paralizados por el terror. Yusuf pensó que quizá ya habían muerto y que habían sido confinados al Yahannam, pues sin duda aquella era una de las espantosas bestias del abismo que eran enviadas para atormentar las almas de los infieles.

Con un movimiento sinuoso, la criatura se alzó del agujero que había bajo el saco de dormir de Abu y se irguió sobre unas patas poderosas y segmentadas, cubiertas por

pelillos insectoides. Una lluvia de arena cayó de ella mientras desplegaba la parte frontal de su exoesqueleto cuticular, dejando al descubierto un montón de apéndices más pequeños. Era mucho más veloz de lo que cabría esperar de una criatura de su tamaño y envergadura, y de inmediato envolvió a Yusuf. Mientras lo mantenía sujeto cerca de su cuerpo con sus numerosas patas, lanzó una garra larga y curvada para apresar la cabeza de Tawbah.

La criatura empujó a su presa hacia el suelo, mientras esta forcejeaba, y al mismo tiempo giró en derredor los apéndices que sostenían sus ojos hasta fijar unos bulbos negros que parecían de cristal sobre el aterrorizado soldado. Su cabeza puntiaguda se seccionó por la parte frontal y unas cartilaginosas mandíbulas se desplegaron al máximo de su capacidad para permitir que el aguijón se introdujera lentamente en el pecho de Yusuf. El takavaran vomitó al comprender lo que les había ocurrido a sus compañeros mientras dormían..., y lo que estaba a punto de ocurrirle a él.

Después de correr durante apenas cinco kilómetros, Zach se desplomó. A campo abierto, en el desierto de Markazí habían llegado a registrarse temperaturas superiores a los cincuenta grados. Aún estaban muy lejos de alcanzar esa cifra, pero para aquel científico israelí, al no tener el entrenamiento adecuado, el ambiente seguía siendo lo suficientemente seco y sofocante como para que el agotamiento y la deshidratación provocaran que le fallasen las piernas. Alex echó un rápido vistazo al joven delgado, le dio un trago de agua y después se lo cargó a la espalda como si no pesara más que un niño.

Sam ni siquiera se molestó en ofrecerse a llevarlo, pues sabía que Alex tenía mucha más fortaleza y resistencia que él. Si fuera necesario, Alex podría haber cargado con los dos. Ambos HAWC incrementaron el ritmo ahora que no necesitaban mantenerlo a medio gas a causa del joven científico.

Aún les quedaba un largo camino por delante.

Al cabo de unos veinte minutos, Zach se sintió un poco mejor. La cabeza había dejado de darle vueltas y sentía menos náuseas, pero rebotar a lo largo de la espalda de Alex no hizo que fuera un trayecto agradable. Le palpitaba la cabeza cada vez que las placas acorazadas de su propio uniforme golpeaban contra la protección del hombro de Alex a medida que el HAWC corría sobre la arena.

Sam volvió a ejercer su turno en el frente, y Zach se maravilló de la soltura con la que Alex y él realizaban aquella travesía por el desierto. Entre las placas acorazadas, los uniformes de los HAWC se les pegaban al cuerpo, probablemente empapados en sudor. *Pronto tendrán que detenerse para beber*, pensó Zach. Pero hasta el momento los dos hombres parecían incansables y llenos de energía.

Zach sintió que le estaba empezando a salir una rozadura en el cuello, allí donde el uniforme friccionaba su piel desnuda. El traje no le encajaba bien, le quedaba grande y le hacía parecer como un niño enclenque que jugara a disfrazarse con la ropa de trabajo de su padre. Recordó lo que su tío Mosh, el achaparrado marido de su tía Dodah, solía decirle casi todas las semanas: «Necesitas más músculos, Zachie». El tío Mosh siempre estaba intentando animar a Zach para que despegara la cabeza de los libros e hiciera más ejercicio. «Cuando crezcas, necesitarás músculos además de cerebro», solía decirle. El tío Mosh había jugado al fútbol en el instituto y salía por ahí con una camiseta blanca sin mangas incluso en los días más fríos. Aunque únicamente poseía un negocio de instalación de moquetas, solía ondear un dedo ante el rostro de Zach y decir:

—Los cerebritos nunca llegan a hacer nada interesante. Se limitan a pasarse el día ante una mesa escribiendo artículos aburridos.

Zach observó cómo el compacto terreno del desierto pasaba rápidamente bajo los pies de Alex y su mente viajó de vuelta a las ruinas de Persépolis y a las inconcebibles muestras de distorsiones físicas que había visto. Había esperado que la primera emanación gamma hubiera sido solo una especie de accidente, pero había oído cómo el capitán Hunter le hablaba a Adira de un nuevo brote de radiación. No alcanzaba a creer que alguien pudiera intentar dominar las extrañas fuerzas relacionadas con los agujeros negros y la materia oscura: todo aquello era demasiado teórico, demasiado peligroso. No sabían con qué se las estaban viendo. Era un poco como buscar minas en la oscuridad a base de golpear el suelo con un martillo.

A Zach le gustaba considerarse igualitario en cuestiones de política, raza y religión. Todo el mundo era igual; todo el mundo tenía derecho a ser escuchado. Pero ¿y si Adira tenía razón? ¿Y si era posible convertir la energía generada por un agujero negro en un arma? ¿Querría que Israel tuviera esa arma? ¿EE. UU.? Peor ¿alguien como Moshaddam?

Tienes razón, tío Mosh, pensó. Los cerebritos nunca llegamos a hacer nada interesante.

Se planteó pedirle a Alex que lo dejara en el suelo para hacer un nuevo intento por mantener el ritmo de los HAWC. Pero Alex aceleró para ponerse por delante de Sam, y tras observar durante varios segundos la velocidad con la que el líder de los HAWC se desplazaba a través del árido desierto, Zach decidió que unos cuantos minutos más de descanso no le harían daño.

Los dos equipos HAWC se estaban acercando a la gruta de la dinastía sasánida. El equipo Rojo de Hex estaba a menos de seis kilómetros de allí, y el equipo Azul aproximadamente al doble de esa distancia, ya que Alex tuvo que realizar un pequeño rodeo para esquivar la ciudad. La noche se iba volviendo más cerrada y la temperatura estaba cayendo. El aire fresco facilitaba el avance de los soldados, pero todos estaban exhaustos. Acordaron reunirse y descansar a un par de kilómetros de distancia de la gruta.

El ocaso estaba dando paso a la noche cuando O’Riordan se separó de los demás y avanzó con un trote lento hacia el frente. Debería haber estado tomando lecturas sensoriales cada pocos cientos de metros, pero en lugar de eso su mente regresaba a la mujer arrodillada sobre su pecho que le comprimía la tráquea. *Intenta eso otra vez, zorra, y te despertarás en un puto hospital.* Lanzó un escupitajo reseco y pegajoso hacia el desierto.

Behrouz llamó a su compañero takavaran; el sensor había detectado un movimiento.

Las posiciones de los demás takavaran estaban registradas en el panel, así que supieron de inmediato que no era uno de los suyos. Se trataba de una incursión no identificada. Era tal y como había dicho su comandante: «Vendrán».

Behrouz despertó a los otros dos miembros del equipo y comunicó al cuartel general la presencia de un sujeto no identificado para que los equipos de las proximidades pudieran organizarse inmediatamente a modo de refuerzo. Tenían órdenes de capturar a los intrusos con vida, o al menos a uno de ellos. Behrouz sabía que aquello no implicaba que no pudieran divertirse un poco primero. Esperó que fueran duros; los soldados del Mossad o de las Fuerzas Especiales de cualquier país enemigo eran los mejores. Le encantaba cuando aguantaban mucho tiempo, proporcionándole el placer de infligirles dosis crecientes de dolor y humillación hasta que finalmente se derrumbaban o sus corazones dejaban de funcionar.

Volvió a revisar los sensores de movimiento en el panel actualizado. Según el ratio de aproximación, los intrusos llegarían apenas unos minutos antes que el siguiente equipo takavaran. *Perfecto*. Behrouz envió la información a los demás equipos para que pudieran aproximarse por detrás y acorralar al enemigo con un movimiento de pinza. No habría escapatoria.

Mientras O’Riordan se aproximaba a unos peñascos, siguió dándole vueltas a los defectos de su equipo en lugar de concentrarse en el entorno. Maldijo a Rocky Lagudi por no haber hecho frente común contra Adira. Juró venganza contra Hex por hacerle quedar mal con esa jodida arma espacial. Incluso el capitán Hunter se las había ingeniado para que le picara una puta serpiente. Menudo líder había resultado ser.

Alzó la mirada y comprobó que ya era noche cerrada y que los peñascos estaban más cerca de lo que esperaba. Los ignoró, concentrando sus pensamientos en el joven profesor israelí y en lo que le resultaba molesto de él.

La primera bala de gran calibre lo alcanzó en el pecho y la segunda en el estómago. Los poderosos impactos le hicieron caer de espaldas y se quedó despatarrado y atontado sobre el suelo rocoso. La protección de cerámica había absorbido y amortiguado buena parte del impacto, pero sentía el dolor de dos costillas destrozadas. Sacudió la cabeza para aclarársela y rodó rápidamente sobre el suelo.

Aunque aquellos poderosos rifles contaban con silenciador, el equipo Rojo supo de dónde procedían los disparos y se desplegó en una formación defensiva estándar. Rocky Lagudi extrajo un pequeño visor térmico de una funda de su cinturón y lo sostuvo sobre su ojo. Acababa de captar el movimiento fosforescente de un cuerpo caliente en la oscuridad cuando una bala hizo añicos la roca que tenía ante su rostro.

—Takavaran —susurró Adira.

Hex asintió; acababan de meterse en una emboscada. Los iraníes ya estarían

llamando para pedir refuerzos. Aquello no pintaba bien, no pintaba nada bien. Y era el peor momento para que los acorralasen.

El Irlandés había conseguido arrastrarse hasta detrás de una roca; tendría que moverse pese a estar herido. Hex dirigió unas rápidas señas con la mano a los HAWC y a Adira para que se preparasen para un ataque ofensivo de incursión y dispersión. Dos de ellos irían por el centro para después abrirse en forma de abanico, dejando una vía despejada para que los dos siguientes avanzaran por el medio y volvieran a abrirse.

Hex levantó un dedo («¡Aguarden un minuto!») y se descolgó del hombro el M24 A3. Rápidamente ajustó un visor nocturno al raíl y se apoyó sobre la roca. Uno de los takavaran percibió aquel ligero movimiento y sacó su propio rifle de francotirador para apuntar con él. Solo le llevó uno coma siete segundos... Demasiado tiempo. El enorme proyectil le atravesó la frente y le voló por completo la parte trasera del cráneo, desperdigando sangre, huesos y materia gris verdosa por el terreno que se extendía por detrás de él.

Un enemigo menos. Hex reemplazó el arma que llevaba sobre el hombro y sacó una pistola M9 más pequeña, después levantó cinco dedos: *cuatro, tres, dos... ¡adelante!*

La bala lo alcanzó en la parte trasera del hombro, justo por debajo de una placa de cerámica, y pasó a través de la carne hasta destrozarle la clavícula. Una granada aturdidora estalló cerca de Rocky Lagudi y lo derribó. El casco y las placas acorazadas lo protegieron de la mayor parte de la explosión, pero probablemente se sintió como un hombre que nada hacia la superficie desde una profundidad de quince metros. El segundo escuadrón takavaran había llegado; ahora el equipo Rojo estaba rodeado, expuesto y superado en número.

—¡Informe! —le gritó Hex a la israelí.

Adira lanzó dos disparos más hacia la oscuridad, después presionó la espalda contra una roca que le sirvió de cobertura y sacó su SFPDA del cinturón.

—Emboscada, tres impactos —se apresuró a decir a través de aquel dispositivo plano y diminuto, e inmediatamente envió el soplo. El dispositivo lo codificaría y adjuntaría las coordenadas. Dejó caer el aparato y sacó la otra pistola de su funda.

Susurró algo hacia la arena, inspiró profundamente y después se puso en pie entre los dos escuadrones takavaran, con una Barak extendida hacia las doce en punto y la otra hacia las seis. Las dos pistolas bramaron con fuerza en la oscuridad.

Alex dejó a Zach en el suelo y le hizo un gesto a Sam para que hiciera un barrido de trescientos sesenta grados mientras él se agachaba para descodificar y leer aquella señal inesperada. Mientras escuchaba el breve mensaje y asimilaba su significado, un dolor comenzó a brotar en su cabeza. Volvió a escuchar aquellas tres palabras, esperando haberlas malinterpretado... pero no fue así.

—Mierda. Han localizado al equipo Rojo. Ya hay tres heridos.

Tres heridos de cuatro suponía una pérdida inaceptable cuando ni siquiera habían llegado hasta su objetivo principal. Tendría que haber estado con ellos; no debería haber vuelto a dividir el grupo. El nudo de dolor que tenía en la cabeza se desplegó y empezó a crecer. *Están otra vez perdidos en la oscuridad*, pensó mientras su mente comenzaba a nublarse.

Zach se acercó a él.

—¿Adira está bien?

Alex no lo oyó. Apretó la mano en un puño sobre su rodilla mientras una nueva oleada de dolor insoportable se extendía por el interior de su cabeza. Soltó un gruñido, cerró los ojos con fuerza y se golpeó el muslo.

—¿Se encuentra bien, capitán Hunter?

Zach alargó una mano para tocar el hombro de Alex. Hunter extendió la suya rápidamente, agarró a Zach por la muñeca y lo levantó del suelo, para después gritarle en pleno rostro:

—¡Yo no estaba allí! ¡Les he fallado otra vez!

Soltó a Zach y se presionó un puño sobre la sien. El joven retrocedió, visiblemente aterrorizado, y Sam colocó al israelí por detrás de él.

—¿Jefe? ¿Alex? —dijo sin levantar la voz, manteniéndose alejado unos pasos de su amigo y superior. Probó de nuevo—: ¿Alex?

Esta vez Hunter oyó la voz de Sam. Se dio la vuelta para mirar al corpulento HAWC y vio cómo protegía a un pálido Zachariah. Parpadeó y le entregó a Sam el dispositivo de comunicación para que pudiera ver y escuchar la información por sí mismo.

—Tres impactos, Sam. Debí haber estado con ellos.

Sam ignoró el tono de dolor y de reproche que denotaba la voz de Alex. Observó las coordenadas que acompañaban al mensaje.

—No están lejos de aquí... No para ti.

Alex miró a Sam, y después negó con la cabeza.

—Os dejaría expuestos a Zach y a ti.

Sam le tendió de nuevo el dispositivo.

—Nosotros estamos a salvo, ellos no. Desde un punto de vista estratégico, si a ellos los eliminan, nuestras posibilidades de tener éxito en esta misión se reducirán en un sesenta por ciento. Si alguno de ellos es capturado... en fin.

—Sí. Tienes razón... Siempre la tienes. Informaré en cuanto sepa a qué me estoy enfrentando. —Alex volvió a coger el dispositivo que le tendía Sam, tratando con todas sus fuerzas de ignorar la tentación de volver a escuchar una vez más el tono de urgencia en la voz de Adira.

—Rescate o represalia. —Sam le dirigió a Alex una sonrisa adusta.

Alex asintió y miró hacia el horizonte. No le hacía ninguna gracia dejar solo a Sam con el único apoyo de aquel joven científico, pero su compañero estaba en lo

cierto: necesitaban la potencia de fuego de los demás HAWC. No podían permitirse asimilar ninguna pérdida más o, peor, ser capturados. De todo el equipo, Sam era el único HAWC en el que Alex podía confiar para completar la misión, con o sin él.

Alex revisó las posiciones del equipo Rojo. Se encontraban a unos diez kilómetros de distancia en línea recta: una distancia tremenda en un terreno oscuro y desconocido, una distancia imposible para cualquier persona normal.

Se dio la vuelta hacia Zach y Sam.

—Paso ligero hacia la posición del equipo Rojo, y espero que mantenga el ritmo, doctor Shomron.

—Buena suerte —dijo Sam, que sostuvo en alto un puño. Alex lo entrecrocó con el suyo.

Alex se dio la vuelta hacia el desierto e inspiró una honda bocanada. Sabía de qué era capaz, pero aun así lo más probable era que le llevara demasiado tiempo. Desde que Roger Bannister rompió la barrera de los mil quinientos metros en menos de cuatro minutos, allá por 1954, los humanos habían conseguido reducir esa marca en unos pocos segundos cada década; en esos momentos, el récord mundial estaba establecido en unos tres minutos y cuarenta segundos. La fisiología y la evolución no permitiría que los humanos pudieran correr mucho más rápido, no sin la ayuda de la química, la cirugía, o de ambas. Alex debía recorrer diez kilómetros, y sabía que debía llegar allí en menos de quince minutos con suficiente energía como para entrar en combate. Si tardaba más, lo que quiera que le estuviera ocurriendo a su equipo habría terminado mucho antes. Se despidió de Sam y de Zach con un ademán de cabeza y echó a correr hacia la oscuridad.

Adira había percibido la nota de regocijo en la voz del takavaran mientras informaba de su éxito al coordinador de su misión. La capitana no se hacía ilusiones acerca de lo que les ocurriría ahora que estaban en manos de las Fuerzas Especiales takavaran. Serían torturados, interrogados y después eliminados. No tendrían la opción de una muerte rápida y gloriosa.

O'Riordan y Lagudi se encontraban a cierta distancia de ella, con las manos atadas por detrás y las piernas amarradas. Le habían obligado a mirar cómo golpeaban salvajemente a sus compañeros de equipo. Sabía que los takavaran esperaban que se sintiera sobrecogida o furiosa, así que se quedó sentada observando con gesto imperturbable, como una roca. Hacer lo contrario solo habría servido para prolongar la paliza. Ahora los HAWC tenían los rostros hinchados y ensangrentados, y Lagudi tenía un corte profundo en el labio que requeriría puntos. Estaba convencida de que la única razón por la que no habían luchado hasta la muerte era porque ella los acompañaba, y eso la enfureció. En el Mossad, los hombres y las mujeres eran iguales, nada de excusas ni impedimentos: luchar o morir.

Adira había recibido varios balazos en la zona del abdomen, ninguno de los cuales había penetrado el revestimiento cerámico de su uniforme. Cuando uno de los takavaran se acercó a ella para darle la vuelta, Adira le había pegado un puñetazo en la nariz que le había hecho trizas el puente con un sonido similar al de la ruptura de unas ramitas. Pero había calculado mal el golpe: debería haberle desplazado el tabique hacia el cerebro para matarlo de forma instantánea; en vez de eso, lo único que había conseguido era una aparatosa rotura. Se sentía molesta consigo misma por eso. Ahora podía ver a aquel hombre, con la nariz y la parte inferior del rostro manchados todavía con sangre reseca. Tenía que mantener la boca abierta para respirar, y hacerlo debía de producirle mucho dolor. *Bien*, pensó Adira.

Hicieron falta tres takavaran para reducirla, y solo se dieron cuenta de que no era un hombre después de arrancarle el casco de la cabeza. La expresión en el rostro de «Nariz Sangrienta» hizo que valiera la pena el consiguiente dolor. Primero fue su nariz la que quedó destrozada, después su honor. ¡Ser noqueado por una mujer! ¡Ja! Sus camaradas se burlarían de él durante años.

A Hex lo habían atado a una silla y desnudado para que los takavaran pudieran examinar su uniforme. Sus pálidos ojos grises parecían brillar a través de su rostro ensangrentado. Le habían cicatrizado la herida de bala que tenía en el hombro con un palo al rojo vivo; no como deferencia hacia su bienestar, sino para contener la hemorragia y tener así todo el tiempo del mundo para interrogarlo sin que perdiera la consciencia.

Hex se estaba negando a responder al interrogatorio, dirigiéndose a los iraníes primero en alemán, después en francés, después en danés. En cualquier idioma menos en inglés; no extraerían de él ninguna pista sobre su procedencia. Adira recordó un antiguo dicho hebreo: *Giborim noflim kodem*. Traducido libremente, significaba «Los valientes mueren primero». Agachó la cabeza hasta apoyarla sobre las rodillas y cerró los ojos; las cosas iban a ponerse feas. Se tocó la muela del juicio trasera con la lengua y percibió el tacto de una funda de plástico. Solo unas pocas agencias en el mundo empleaban las cápsulas de cianuro. La Metsada era una de ellas.

El hombre que custodiaba a Lagudi y a O’Riordan estaba examinando una cajita de acero que había extraído del traje de Hex. Adira sabía que el explosivo de araña solo se activaría a partir de las huellas de ADN de uno de los HAWC; permanecería inerte entre las manos del iraní.

—¿Qué es esta cosa? —preguntó el soldado takavaran en inglés, con un marcado acento. Los HAWC eran como dos rocas salpicadas de sangre. Golpeó a Lagudi en el rostro con la caja y le pegó una patada en un lateral de la cabeza. Repitió la pregunta y recibió la misma respuesta estoica. Golpeó con el reverso de la mano a Lagudi, su puño produjo un sonido húmedo contra el fornido rostro del HAWC, que estaba cubierto de sangre. La cabeza de Rocky se balanceó a izquierda y derecha con la violencia de los golpes, regresando siempre al centro, permaneciendo inmutable en todo momento, sin articular palabra alguna.

—Nos vamos a divertir mucho contigo mientras te hagas el duro, hombrecito —dijo el takavaran. Hizo amago de volver a darle una patada a Lagudi, pero se dio cuenta de que los otros estaban a punto de subir la intensidad del interrogatorio de Hex.

Adira siguió la mirada del takavaran para ver cómo uno de los iraníes se aproximaba a Hex con uno de sus propios cuchillos. Hex lo miró fijamente. Adira apartó la mirada cuando vio al hombre mover el cuchillo hacia el rostro del norteamericano. Cuando reunió el coraje para volver a mirar, los soldados takavaran se estaban riendo y un agujero irregular había aparecido en la carne de la mejilla de Hex. Hicieron lo mismo con la otra mejilla, presionando el cuchillo afilado con láser y haciéndolo girar. Hex se mantuvo firme con la mirada al frente, pero Adira se dio cuenta de que estaba aferrado a la silla con tanta fuerza que la hacía vibrar.

Miró a los otros dos HAWC: O’Riordan y Lagudi estaban mirando al frente. Adira sabía que sus mentes estaban resolviendo cómo infligir un daño terminal a sus captores antes de que ellos también se vieran amarrados a esa silla.

Los HAWC y Adira no llevaban puesta ya encima más que su ropa interior. Todo su equipamiento, vestimenta y calzado estaban apilados ante ellos. Los habían registrado a conciencia; en el caso de Adira, no tanto por una cuestión de seguridad como por la oportunidad de toquetearle los pechos y la entrepierna. Adira contaba con ello, y se alegró: cuanto más se concentraran en su cuerpo, menos certera sería su búsqueda. Mientras pensaran que era americana, no la situarían en el mismo nivel de amenaza

que a los hombres. La televisión por satélite pirateada había proporcionado a los takavaran una imagen idealizada y pusilánime de las mujeres occidentales, ya estuvieran adiestradas para el combate o no.

Miró al frente mientras sus manos trabajaban por detrás de ella. Las bridas que le unían las muñecas se le clavaban en la piel, pero el dolor era insignificante y una simple inversión para su fuga. De entre las fibras de la pretina de su ropa interior sacó un hilo de alambre de unos quince centímetros de longitud, con una punta lisa y la otra serrada.

Oyó unas pisadas sobre la arena oscura y se quedó inmóvil. Le dirigieron una orden en farsi para que levantara la mirada. La ignoró. Se la repitieron en inglés y volvió a ignorarla. Una bota la alcanzó en la mejilla y la derribó hacia atrás. El soldado la agarró y volvió a dejarla sentada. Adira no necesitó verle la cara para saber que era el hombre al que le había destrozado la nariz. Lo supo por el tono bronco de su voz y porque tenía que parar de hablar de vez en cuando para respirar trabajosamente por la boca. El soldado la obligó a girar la cabeza hacia la silla de Hex: quería que fuera testigo de su tortura. Adira conocía bien ese juego. Los takavaran daban por hecho que una mujer americana se vendría abajo mientras contemplaba la mutilación física de sus compañeros masculinos.

A los takavaran les encantaba el fuego; servía como amenaza por el dolor que podía provocar, así como de instrumento de tortura, con la ventaja de que desfiguraba al enemigo. Ambas opciones resultaban útiles. Uno de los hombres de las Fuerzas Especiales iraníes se aproximó a Hex con una lata enorme y le quitó la tapa. Incluso desde el lugar donde se encontraba custodiada, Adira pudo oler los vapores de la gasolina en el sereno aire de la noche. El takavaran le dijo algo al amarrado HAWC y le lanzó una mirada maliciosa, pero obviamente no esperaba una respuesta. Hex había soportado la tortura sin proferir un solo gemido, y Adira se maravilló por su valentía y adiestramiento. *Estos HAWC son unos valiosos guerreros*, pensó. Entonces Adira se dio cuenta de que Hex estaba realizando un pequeño movimiento; cerró lentamente los ojos.

El hombre que sujetaba a Adira tiró de su cabeza hacia atrás con fuerza y le susurró al oído en farsi:

—Cada vez será peor, hasta que te llegue el turno. Te prometo que haré que tu agonía dure mucho tiempo, y antes de que mueras finalmente, serás nuestra puta un montón de veces.

El soldado volvió a mirar hacia la silueta que estaba en la silla y se rió. Concentrado en la tortura que estaban realizando sus compañeros, no se dio cuenta de que las manos de Adira estaban serrando a un lado y a otro por detrás de su espalda, empleando el alambre para cortar sus ataduras.

El silbido de las llamas la sobresaltó. O'Riordan y Lagudi parecían estatuas, pero bajo el centelleo de las llamas pudo ver cómo sus músculos realizaban diminutos movimientos, probando sus ataduras, buscando algún punto donde cediera aquel

material sintético tan duro. Miró una última vez a Hex y sintió cómo su furia se incrementaba al ver al joven sentado que ni parpadeaba mientras su cuerpo era consumido por el fuego. Aún no estaba muerto; Adira pudo ver cómo sus manos se abrían y cerraban a causa del dolor. *Un segundo más y no morirás solo, valiente soldado, te lo juro.* Entonces pudo sentir cómo las correas que le aferraban las muñecas empezaban a separarse.

Alex tropezó cuando una imagen sensorial atravesó su mente: sus hombres estaban muriendo. Un hilillo de sangre emergió de su nariz y se lo limpió mientras corría. Pudo percibir el dolor de la tortura antes de escuchar sus ecos. No consiguió determinar quién estaba padeciendo esa agonía, pero sabía que era uno de los suyos. En el pasado, Alex se había sentido angustiado cada vez que desarrollaba una nueva habilidad: no tenía ni idea de dónde se detendría el proceso. Pero esta vez no, esta vez recibió el cambio con los brazos abiertos y no lo rechazó ni lo cuestionó. Aquella sensación de agonía era como un faro que lo guiaba hacia sus HAWC capturados.

Aún estaba a cinco kilómetros de distancia. Incrementó la velocidad, confiando en llegar allí antes de que la agonía culminara en muerte. Sabía que debido al poco tiempo que el equipo Rojo llevaba a merced de los takavaran, no habrían tenido ocasión de infligirles más que torturas físicas. Aunque abominables, no dejarían las mismas cicatrices internas que la tortura química o psicológica, las cuales provocaban heridas que a veces nunca se curaban.

A unos ochocientos metros por delante, vio un estallido llameante que se extendía hacia el cielo y supo, por su color, que había un elemento biológico formando parte de ese infierno. *¡No! Llego demasiado tarde.* Un nuevo fuego comenzó a arder, esta vez en su interior.

Incrementó su velocidad durante los últimos cientos de metros, después se echó cuerpo a tierra y se arrastró hacia lo alto de una pequeña cuesta para examinar la escena que estaba teniendo lugar más abajo. Engulló una bocanada y permitió que su ritmo cardíaco se ralentizara mientras lo asimilaba todo: O'Riordan y Lagudi atados y custodiados por un hombre; Adira sujeta por otro. De pie junto a las llamas había cinco hombres corpulentos vestidos de negro, que se mofaban del más joven de los HAWC de Alex, Hex Winter, que se estaba quemando vivo.

Alex apretó los dientes para evitar proferir un alarido de rabia ante aquella escena tan brutal. Su adiestramiento como HAWC exigía que al enfrentarse a una situación insalvable su objetivo sería desvincularse y completar la misión. Ninguna misión de rescate debía comprometer el éxito del objetivo o poner en peligro al grupo principal. Era mejor amputar la mano herida y salvar el cuerpo entero. Pero para Alex Hunter, el proyecto Arcadia, aquella no era una situación insalvable. Estaba escribiendo nuevas reglas de combate a medida que sus habilidades se incrementaban.

Agarró con una mano una piedra lisa y redondeada del tamaño de una pelota de

golf. Había quedado pulida al cabo de un milenio de rodar por el fondo de una corriente, seca desde hacía mucho tiempo, abriéndose camino por la superficie erosionada de una montaña. Un relámpago de sustancias químicas recorrió a Alex mientras sentía cómo su cuerpo se sobrecargaba de ira y de poder. La dura roca que tenía en la mano estalló por la presión que estaba ejerciendo sobre ella.

Alex había preparado su mente para lidiar con los arrebatos de furia. Había sido entrenado para utilizar detonadores sensoriales que lo ayudaran a contener esos arranques en lo más hondo de su ser, o para apaciguarlos después de que hubieran estallado. El olor a manzana verde del cabello de una amante perdida, o el sonido del oleaje arribando a una playa desierta, podían impedirle destruir todo cuanto lo rodeaba. La rabia estaba empezando a resultar más fácil de contener, más fácil de manejar, pero había veces en que se liberaba de forma inesperada; o veces en que la liberaba a propósito... con intenciones letales.

Alex vio cómo Hex cerraba las manos por el dolor; vio a los hombre reír y burlarse mientras contemplaban cómo se quemaba. Tuvo tiempo de lanzar un pulso del láser antes de dejarlo tirado sobre la arena. El disparo alcanzó su objetivo y la agonía del joven HAWC llegó a su fin.

Había una voz que gritaba dentro de la cabeza de Alex mientras la ira tomaba el control de su mente: *¡Aniquílalos a todos!*

Justo cuando Adira estaba a punto de apartar la mirada de la figura agonizante que estaba en la silla, un pequeño agujero apareció sin hacer ruido en la frente de Hex y su cabeza cayó hacia adelante.

Adira contuvo el aliento al tiempo que algo golpeaba el campamento como un camión desbocado; tres agentes iraníes que estaban juntos volaron por los aires a una altura de seis metros y otro fue elevado y reventó en mitad del cielo como una muñeca.

El Arcadia había llegado.

Alex se iba familiarizando día a día con lo que su cuerpo era capaz de hacer: lo que su estructura física podía resistir, y el daño que su velocidad y su enorme fortaleza podían infligir en otro ser vivo. Dirigió todo ese poder, fuerza y agresividad contra el grupo que se había apiñado para reírse y burlarse ante la carne llameante de Hex.

Si Alex hubiera pensado con un poco más de claridad, podría haber abatido a los hombres con el láser KBELT. Un solo disparo a la cabeza o al corazón habría abierto un agujero a través del hueso y la carne. Una solución lógica, rápida y limpia. Pero para entonces, quería algo más que una batida rápida. Tenía la necesidad de hacer daño, de sentir su dolor, de hacerles partícipes de su venganza. No hubo ningún refinamiento en su estrategia de combate, solo arremeter y golpear con los puños apretados.

A los tres primeros takavaran se limitó a embestirlos con la cabeza por delante,

como si fuera una bola de un metro ochenta que lanzó aquellos bolos con forma humana contra las rocas, destrozando la espina dorsal de uno e incapacitando a los otros dos. Se dio la vuelta y levantó al cuarto por encima de su cabeza, alcanzando el cénit de su rabia y su fortaleza. La columna vertebral, los tendones y los cartílagos del soldado se distendieron hasta partirse en dos a causa de los cientos de kilos de presión que Alex ejerció sobre su cuerpo al juntar las manos. Lanzó aquel cuerpo quebrado hacia el quinto hombre, que intentaba escapar hacia la oscuridad.

La rabia de Alex lo había urgido a entrar en acción antes de que pudiera formular una estrategia de combate, y se dio cuenta de que su intervención había puesto en peligro las vidas de los demás miembros del equipo. Debía neutralizar a los agentes que custodiaban a Adira y a sus hombres.

El soldado que se encontraba junto a los dos HAWC atados había visto suficiente: un gigante acorazado había aterrizado entre sus compañeros takavaran y los había barrido como si no fueran más que unos niños. A ojos de aquel aterrorizado soldado de las Fuerzas Especiales iraníes, Alex parecía un antiguo demonio persa de la venganza. Las simples balas no detendrían a esa bestia surgida del Yahannam. Decidió correr, pero antes de aventurarse en el desierto tenía un último regalo para los HAWC. Sacó una granada de fragmentación de su cinturón y la tiró junto a los hombres atados.

Rocky vio cómo la granada caía sobre la arena, a su lado. Lo único que pudo hacer fue proferir un gruñido y girar la cabeza.

Alex también vio cómo caía la granada e hizo varios cálculos rápidos: un dispositivo de fragmentación probablemente de alta potencia; radio mortal de tres metros, capaz de causar lesiones en uno de diez. Proyectiles *flechette* (alambre cortado en V o bolas de rodamiento) y ahora dos segundos hasta la detonación. Atravesó los casi cinco metros que lo separaban del mortífero explosivo con un solo salto, agarró la pequeña esfera metálica y ondeó su brazo a una velocidad superior a la que puede percibir un ojo normal.

La granada salió volando hacia la oscuridad, y se encontraba apenas a seis metros de su mano cuando detonó con una potente onda expansiva que dispersó proyectiles *flechette* en todas direcciones. Alex, que se encontraba entre la explosión y sus hombres, salió despedido hacia atrás y aterrizó sobre los HAWC atados. Unas diminutas estrellas metálicas afiladas se clavaron en su traje y le arañaron el visor del casco.

El captor de Adira se estaba preparando para huir cuando vio que Alex era derribado por la explosión. Formó una sonrisa torcida con su boca cubierta de costras de sangre y soltó el pelo de Adira para poder sacar su arma.

Alex sacudió la cabeza para aclararse la visión, y vio al hombre dar un paso adelante y apuntarle a la cabeza con una pistola. Si le pegaba un balazo a su debilitado visor desde esa distancia, Alex sabía que estaba acabado. El takavaran comenzó a apretar el gatillo con el dedo cuando de repente giró sobre sí mismo.

Adira estaba a sus pies, con unos jirones de plástico colgando de sus manos desatadas. Se plantó ante el takavaran boquiabierto con su ropa interior manchada de sangre, le gritó algo en hebreo, después descargó su mano sobre la nariz ya hinchada del hombre. Esta vez no se produjo un ruido similar al chasquido de unas ramitas, sino un golpe más contundente con el que Adira culminó el trabajo que había empezado antes. El hombre cayó como un árbol delante de ella, y ya estaba muerto antes de impactar contra la arena fría y oscura.

Alex se puso en pie y miró hacia la oscuridad por la que había huido el takavaran restante; no podían quedar testigos. Sus sentidos potenciados le permitieron percibir las rápidas pisadas del hombre a la fuga aun cuando se estaba moviendo a toda velocidad y se encontraba a casi dos kilómetros de distancia.

—¡No! Ya han informado sobre nuestra captura, así que debemos abandonar la zona antes de que lleguen más equipos takavaran. —Alex oyó la voz de Adira, pero le pareció lejana.

Se dio la vuelta hacia el desierto y escuchó cómo aquel hombre se alejaba, y la voz de su cabeza le gritó que le diera caza y lo hiciera pedazos.

—¡No! —se oyó de nuevo la voz de Adira, justo por detrás de él.

Alex cerró los ojos e inspiró profundamente. Oyó el ruido del oleaje en la playa. Inspiró por la nariz y percibió el aroma salado del mar, de la arena tostada y de las manzanas verdes. Se obligó a relajarse. Su respiración regresó lentamente a la normalidad y la caótica tormenta de su cerebro amainó. Cuando la sed de sangre se disipó lo suficiente, abrió los ojos.

Adira tenía razón: era el momento de irse.

Sacó un cuchillo corto Ka-Bar y liberó a O’Riordan y Lagudi de sus ataduras. Adira se dio cuenta de que Alex tenía la parte superior del brazo cubierta de sangre y estaba a punto de decirle algo al respecto, pero Alex se dio la vuelta y bramó furioso a los HAWC:

—Recojan, soldados. Nos vamos en sesenta segundos.

Adira se afanó junto a los soldados en volver a enfundarse sus uniformes acorazados y recuperar todo el armamento que pudo encontrar. No hubo disculpas ni agradecimientos. De momento lo único que necesitaban era evacuar la zona y completar su misión.

Los restos de Hex se habían desplomado sobre el fuego, y Alex dejó que se quemaran. Hacía mucho que el alma de Hex había salido de su cuerpo carbonizado.

Las primeras horas de la tarde en el desierto de Irán eran el momento de mayor ajetreo para las criaturas nocturnas. La arena conservaba su calor, y las serpientes, escorpiones y arañas rondaban por ahí cazando insectos perezosos o roedores que aún no se habían guarecido en su madrigueras para pasar la noche. El zorro Corsac avanzó veloz a través de la prominente maleza, atento, con esas inmensas orejas que recordaban a las de un murciélago, al más mínimo rastro de las pisadas de su presa, mientras búhos enormes arrancaban serpientes y roedores del suelo del desierto. A última hora de la tarde, la arena se habría refrescado y la temperatura ambiente resultaría casi gélida, momento en que el desierto se quedaría inmóvil y silente.

Sam avanzaba con cautela en medio del ocaso. Para un hombre de su corpulencia, caminaba con tanto sigilo como el resto de depredadores nocturnos. Se detuvo y se dio la vuelta para indicarle con un gesto a Zach que se echara cuerpo a tierra; el visor le había mostrado un campamento más adelante, probablemente comerciantes del desierto, pero posiblemente una emboscada. Pudo atisbar el resplandor de unas llamas en la distancia, pero no pudo detectar ningún movimiento ni huellas térmicas más allá de las que emitía la pequeña hoguera. Habría preferido sortear el campamento, pero una pequeña silueta con forma humana desplomada frente a la puerta de la tienda había llamado su atención. *Quizá sea un niño, pensó, es demasiado pequeño para ser un hombre.* Se quedó observando la silueta postrada durante tres minutos más, pero al no emitir calor alguno tuvo que dar por hecho que estaba muerta. Aun así procedería con cautela; era posible que los cuerpos fueran una trampa.

Regresó reptando junto a Zach.

—Tenemos que revisar una cosa, hijo. Podría ser una emboscada, pero me sentiría mejor si no te alejaras para que pueda tenerte a la vista.

Zach asintió rápidamente, pero tenía los ojos desorbitados y parecía nervioso.

Sam se desplazó de cobertura en cobertura (un arbusto bajo por aquí, un montículo de arena por allá), alerta ante cualquier ruido, vibración o alguna cosa que no encajara con los sonidos nocturnos del desierto. Había hecho empuñar su pistola a Zach para que le cubriera la espalda, pero sabía que en un tiroteo el científico solo serviría para atraer su parte de atención o para hacer algún ruido de forma que Sam pudiera localizar y destruir al enemigo.

No había alambres en el suelo y su visor no detectó haces láser. Sam se dirigió hasta la tienda y asomó la cabeza al interior: olía raro, pero no había ningún movimiento. Había tres cuerpos enjutos envueltos en prendas de ropa arrugadas que en comparación parecían enormes. Llamó a Zach para que entrara mientras empezaba a inspeccionar más a fondo la tienda.

—¡Uf! ¿Qué es ese olor? Es una especie de vinagre balsámico... ¡Agghh! —Zach se sostuvo una mano sobre la nariz mientras se reunía con Sam, que estaba agachado sobre una de aquellas pequeñas siluetas.

—¿Qué sacas en claro de esto? —dijo Sam, usando el cañón de su pistola para girar el rostro hacia Zach. No pensaba correr el riesgo de tocar ese cuerpo con la mano.

Puede que hubiera sido un hombre alguna vez, pero ahora apenas conservaba una silueta humanoide; su cuerpo tenía un metro veinte de longitud, con una piel del color y la consistencia del cuero curtido. Al principio Sam pensó que le habían extirpado los ojos, pero tras un examen más detenido pudo ver unos pegotes ajados y resecos que parecían uvas pasas en el interior de las cuencas colapsadas. Presionó un poco más el cañón de la pistola contra el cráneo y este se desplomó con una ráfaga de polvo reseco.

—¿Qué coño pudo hacer esto? —Sam miró a Zach, que tenía el rostro contraído en una expresión que venía a decir: *Me reservo el derecho a vomitar*.

Estaba a punto de marcharse cuando se fijó en el agujerito circular que había en el pecho del hombre. Fue de cuerpo en cuerpo y encontró agujeros similares en todos ellos, ya fuera por delante o por detrás. La única excepción era un cadáver mutilado con la cabeza partida en dos. De sus excoriados restos, Sam pudo ver que, de alguna manera, le habían extraído las entrañas: todos sus jugos, músculos y órganos. Incluso le habían extraído la médula de los huesos, dejando unas extrañas estructuras que parecían telarañas quebradizas. Los cadáveres no eran más que cascarones vacíos.

Zach se había cubierto la boca con ambas manos y habló con nerviosismo a través de sus dedos.

—He dado cientos de clases de biología sobre cientos de temas distintos y nunca me he encontrado ni he oído hablar de nada que pudiera infligir esta clase de daño sobre un cuerpo humano. Estos hombres están totalmente desprovistos de todo fluido. Incluso si se tratara de un tipo de virus hemorrágico, como el ébola o el hanta, seguirían quedando rastros de la pérdida de fluidos por todas partes. El desierto es extremadamente seco, pero para alcanzar este efecto tendrían que haber estado expuestos al sol ininterrumpidamente durante meses.

Sam asintió.

—Pero la hoguera que hay en el exterior me dice que lo que quiera que ocurrió aquí tuvo lugar en las últimas horas.

Echó un vistazo rápido y sigiloso por la tienda, examinando mapas, el interior de las cajas y apartando mantas.

—Por aquí —dijo. En la esquina de la tienda había un agujero de unos noventa centímetros de ancho donde la arena había erupcionado alrededor de sus bordes. Aquella era la fuente del olor, y provocó que incluso aquel HAWC curtido en la batalla titubease. Los pelillos de la nuca se le erizaron ligeramente.

Se sacó un pequeño lápiz linterna del bolsillo y dirigió el haz de luz hacia el

agujero. No era profundo y se extendía hacia el exterior de la tienda. Acercó más la linterna, inclinándose hacia adelante mientras lo hacía. Los bordes del agujero estaban grasientos y cubiertos por una sustancia cerosa. Desde esa distancia, el olor resultaba insoportable. De rodillas, se inclinó un poco más.

—¡No! —La voz de Zach fue tan repentina y contundente que provocó que el corpulento HAWC pegara un brinco. Cuando Sam alzó la cabeza para mirarlo, parecía a punto de desmayarse.

El soldado se dio la vuelta hacia el agujero y habló girando la cabeza por encima del hombro.

—¿Quizá fuera una especie de túnel, como los que utiliza Hamas a lo largo de Gaza? —Al cabo de unos segundos de silencio, Sam respondió a su propia pregunta—. No, yo tampoco lo creo.

Zach se rodeaba el cuerpo con los brazos y se negó a acercarse más al agujero.

—Chinches —dijo.

—¿Qué?

—Chinches. Cuando estaba en mi primer año de carrera tuve que compartir piso en un mal barrio durante un tiempo junto a otros diez estudiantes. Las camas estaban infestadas de chinches. Este olor me recuerda al hedor que había allí.

Sam ya había visto suficiente.

—Salgamos de aquí cagando leches.

Ya hacía más fresco y la criatura podía desplazarse sobre la superficie sin temor al asfixiante calor del sol amarillo. Se sentía más fuerte tras haberse alimentado de aquellos pequeños animales repletos de fluidos; eran blandos y lentos, sin garras, dientes o aguijones defensivos. La criatura podría sobrevivir allí; su especie podría regir allí.

Volvió a incorporarse sobre sus patas articuladas, alzando dos tercios de su cuerpo sobre la arena y extendiendo los trémulos apéndices sobre los que se asentaban sus ojos. Unos ojos compuestos, bulbosos y cubiertos de quitina que le permitían ver la luz ultravioleta, infrarroja y polarizada, y cuya visión multiocular le proporcionaba una percepción de profundidad casi ilimitada. Algo indispensable en su despiadado y sombrío mundo, donde era el depredador alfa.

Llamó una vez más a los de su especie, y esperó. Al cabo de unos minutos baldíos volvió a tenderse sobre la arena. Su aterrizaje sobresaltó a una víbora cornuda, que atacó a aquella otra criatura más grande. La serpiente no tuvo ninguna oportunidad de penetrar la cobertura acorazada de varios centímetros de grosor que tenía aquel artrópodo, y su ataque recibió una reacción defensiva por parte del extraño ser: un velocísimo chorro de su saliva. Era el mismo fluido que el depredador había inyectado en sus presas anteriores, que disolvía la materia orgánica para así poder engullirla fácilmente a través del tubo con el que se alimentaba. En concentraciones

más altas, sin embargo, tenía otra utilidad defensiva: la combinación de ácidos fórmico y caprílico, mezclados con docenas de otras enzimas desconocidas, convertía a aquella saliva en un poderoso corrosivo biológico.

La serpiente se escabulló a toda velocidad, deslizándose sobre la arena fresca, mientras su cuerpo empezaba a disolverse y a dejar un rastro de escamas y carne licuada a su paso. La criatura contempló la huida del reptil: era demasiado pequeño como para alimentarse de él y no suponía ninguna amenaza. Examinó el aire una vez más y prosiguió su trayecto a través de la oscura arena del desierto.

Alex levantó la cabeza de repente y alzó una mano con el puño cerrado, gesto que significaba que se detuvieran de inmediato. Después hizo un movimiento de corte a derecha e izquierda y los HAWC se dispersaron a ambos lados y se cubrieron.

Había algo ahí afuera; algo que no había escuchado antes. El grito estaba por debajo del rango auditivo de un humano normal. Le puso la piel de gallina. Aguardó a que se repitiera, pero no se oyó nada más.

Alex esperó unos instantes más e intentó desplegar sus sentidos, pero siguió sin oír nada. *Hay algo suelto en la oscuridad*, pensó, y una sensación de desasosiego se le asentó en el fondo del estómago.

Negó con la cabeza y pulsó el botón de su intercomunicador.

—Sam, ven aquí.

Cambio de plan; ahora juntaría a los equipos.

Cuando Zach y Sam se unieron a Alex y los demás, el equipo reunificado aprovechó la oportunidad para compartir sus experiencias. Alex les dejó hacer un pequeño descanso, y Zach se quitó las botas. Alex vio que tenía los talones y los dedos de los pies despellejados y cubiertos de ampollas. *Un punto para el chico por no quejarse*, pensó.

Cuando Alex oyó que la conversación viraba hacia los detalles sobre la ejecución de Hex, se alejó. No quería volver a oírlo. Aquellos breves instantes de soledad le dieron la oportunidad de hacer un rápido inventario de su situación. Tenía una baja, dos heridos —aunque todavía operativos—, los iraníes estaban alertados de su llegada y posible localización, y había algo correteando por las llanuras del desierto que le ponía los pelos de punta. Aún estaban dentro del plazo, pero desde luego las cosas no iban a ponerse más fáciles para ellos en lo más mínimo. *En fin, cada día que no estás bajo tierra es un buen día*, pensó.

Decidió que podían permitirse reposar durante veinte minutos, y después hacer un descanso más largo cuando llegaran a la boca de la gruta. Los dos equipos llevaban corriendo varios kilómetros y sabía que incluso sus HAWC más fuertes estaban exhaustos... y no podría cargar con todos ellos.

Adira lo interceptó cuando iba a reunirse con el grupo. Le tocó un brazo.

—Está sangrando, capitán Hunter.

Un proyectil *flechette* le había desgarrado la parte superior del brazo, justo por encima del bíceps; había conseguido traspasar las endurecidas fibras sintéticas de para-aramida de su uniforme de combate. Alex tenía parches en su equipamiento con

los que pegar los cortes para mantener el sellado térmico y biológico. Y en cuanto a su propia herida, no le preocupaba.

—No es nada, me curo rápido —dijo.

—Vaya que sí. No hay muchos hombres capaces de aniquilar a dos escuadrones takavaran con las manos desnudas. Debería estar muerto... eso sin contar la picadura de la víbora, capitán.

Adira alargó la mano para tratar de examinar de nuevo su herida. Alex se giró ligeramente para que no pudiera vérsela y le agarró la mano antes de que la pusiera sobre su brazo. La sostuvo en alto durante un minuto y la miró a los ojos, sonriendo. Pudo percibir la inteligencia y la fortaleza que había en esos pozos oscuros. Por acto reflejo, Adira levantó un brazo, colocó la otra mano encima de la de Alex y sonrió, sonrojándose al mismo tiempo.

—Alex —dijo—. Llámame Alex.

Él bajó la mirada para contemplar la pequeña mano de Adira y por primera vez se fijó en la diminuta estrella azul que tenía sobre la piel, entre el pulgar y el índice. *La marca del guerrero*, pensó. Volvió a sonreír, después se marchó para hablar con Sam.

—*Achhh*, despierta —se reprendió Adira con severidad. El corazón le latía con fuerza en el pecho y pudo sentir el calor en sus mejillas. Se había arrastrado a través de los oscuros túneles de los terroristas y había derribado puertas a patadas bajo fuego enemigo, y ahí estaba ahora, con las manos trémulas porque aquel capitán tan atractivo le había sonreído. Adira no sabía casi nada de él, y puede que nunca lo supiera. Además, después de verlo en combate, no podía evitar sentir que era diferente a cualquier hombre que hubiera conocido.

Adira era una guerrera nata; nunca se había casado, y rara vez tenía una cita. *¿Quién podría seguirme el ritmo?*, era la excusa que utilizaba para justificar la falta de relaciones íntimas en su vida. Ni siquiera veía ya casi a su familia; el lazo más estrecho que lo unía a ellos era el contacto que mantenía con su tío, el general Shavit, pero apenas hablaban nunca de temas personales. Adira se preguntó cómo se las habría arreglado el general para tener una esposa y su propia familia sin dejar de concentrarse en su carrera militar. O quizá fuera diferente en el caso de un hombre. Adira era respetada como un igual en el ejército israelí, pero ¿se mantendría esa igualdad en la vida matrimonial?

Contempló la corpulenta silueta del HAWC mientras se alejaba.

Se preguntó cómo trataría Alex Hunter a su mujer. ¿Como a un igual o como a un ser frágil que necesita su protección? Negó con la cabeza. Su trabajo no consistía en soñar despierta con guapos soldados americanos; era descubrir el arma secreta que había desarrollado el ejército estadounidense y transmitir la información al Mossad.

Si tú no eres el Arcadia, deberías serlo, pensó mientras Alex se dirigía hacia Sam Reid.

En todo el tiempo que llevaba en el ejército, y ahora en el Mossad, Adira nunca había desobedecido una orden. Pero la idea de comunicar el nombre de Alex a sus superiores le parecía como una traición hacia él... y hacia sí misma. Además, el informe sería prematuro; ¿de qué servía conocer el resultado final sin comprender cómo se había llegado hasta él? *Aún no es el momento*, pensó, *aún no*.

—Y tú puedes llamarme Addy —dijo susurrando.

El potente oído de Alex captó las palabras de Adira y le dirigió una sonrisa por encima del hombro. *Addy, bonito nombre*, pensó.

Se pegó un parche adhesivo sobre el desgarrón que tenía en el traje y se agachó al lado de Sam y Zach.

—Nunca he visto nada igual, jefe —lo informó Sam—. Esos hombres se habían encogido hasta el tamaño de niños de cinco años, eran sacos vacíos. Incluso sus ojos se habían resecado hasta convertirse en pasas de California. Y otra cosa: todos ellos tenían unos agujeros del tamaño de un pulgar, pero desconozco qué clase de arma podría provocar algo así.

—¿Podría tratarse de un láser?

—Lo dudo. No dejó quemaduras en la ropa ni cauterización en la piel; no son más que cuerpos ajados con un único y pequeño agujero... Ah, sí, y con un olor fétido.

Sam parecía preocupado y a Alex no le gustó. No había muchas cosas que temiera ese hombre..., y algo lo tenía inquieto.

—Describe ese olor —dijo.

Sam pareció quedarse ausente mientras regresaba mentalmente a aquella tienda durante unos segundos.

—Vinagre, azúcar y almendras... un olor rancio y dulzón, desagradable. Un hedor animal, en cierto modo. —Se quedó callado y se sentó, sumido en sus pensamientos durante unos segundos más.

—¡Tío! —Alex lo trajo de vuelta—. ¿Qué más? ¿Algún rastro?

—Nada salvo las pisadas de los iraníes. Los hechos tuvieron lugar en el interior de la tienda. Había un agujero en una esquina; era grande y profundo, y la arena había sido empujada hacia arriba. Sospecho que algo emergió del suelo, los emboscó y después volvió a salir por el mismo sitio. Quizá les disparasen con alguna toxina que destruye las células sanguíneas. O con microondas. He oído que los chinos están perfeccionando un arma de microondas que te fríe desde el interior. Pero una cosa es segura: esos hombres no llevaba muertos mucho tiempo. Su hoguera seguía encendida cuando llegamos allí. —Sam negó lentamente con la cabeza y se pasó los dedos por el cabello—. Quizá se tratara de un envenenamiento radiactivo, quizá de un centenar de cosas que ahora mismo no se me ocurren. Pero te aseguro, jefe, que nada que yo conozca actúa tan deprisa ni provoca ese efecto sobre la piel y los huesos.

Alex dirigió la mirada hacia Zach, que estaba sentado en la arena con los pies y

las piernas recogidos sobre el pecho. Se anticipó a la pregunta de Alex.

—No, no es radiación. Ni siquiera un estallido megasievert causaría esa clase de daños. Quemaduras, vaporización de la piel, destrucción celular y mutación del ADN, sí, pero no esa clase de... deshidratación corporal. Además, no había irradiación secundaria ni rastro de partículas persistentes. Así pues, no, no era radiación. Creo que se trata de algo biológico. ¿Le ha contado lo de las chinches?

—¿Cómo dices? —Alex desvió la mirada hacia Sam y, al ver que este se encogía de hombros, volvió a centrar su atención en Zach.

—Puede que no tenga ninguna relación —prosiguió Zach—, pero he oído algo parecido antes, cuando estaba en una residencia de estudiantes. Era el hedor propio de una infestación de chinches. Mi campo no es la entomología, pero las chinches despiden un olor dulzón muy característico a través de sus glándulas odoríferas abdominales, que solo es detectable por el ser humano cuando se produce en grandes cantidades.

Alex enarcó las cejas y miró a Sam. El corpulento HAWC señaló de vuelta a Zach con un gesto de la mano. La conclusión era clara: «Es su historia, déjale que la cuente».

—¿Cree que eso lo hicieron unas chinches? —preguntó Alex.

—No, por supuesto que no. Eso sería una locura. —Zach se quedó mirando al suelo y frunció el ceño—. Una locura —repitió.

Pero no una locura tan grande como para no expresar sus inquietudes y sentirse claramente afectado, pensó Alex. También se dio cuenta de que Sam no contradijo en ningún momento al joven.

—Está bien. Sam, coloca unos cuantos sensores sísmicos. No quiero que nada se acerque reptando hacia nosotros, ya sea una chinche o un humano.

Alex se levantó y se había dado la vuelta para marcharse cuando Zach tomó la palabra otra vez.

—Una cosa más. Estos parásitos se alimentan de sangre y fluidos corporales. Y los cuerpos estaban... —Se encogió de hombros.

Alex se quedó mirándolo sin decir nada durante unos segundos, después asintió con la cabeza y desapareció en la oscuridad. Trató de captar algún indicio de aquella presencia misteriosa que acechaba en el desierto, pero todo parecía tranquilo y silencioso.

Los HAWC se encontraban ahora a unos cuantos kilómetros de la gruta sasánida y a otros tantos al sur de Arak. Una hora antes habían recibido un paquete de información del comandante Hammerson donde les decía que nuevos brotes gamma, ligeramente más pequeños que los registrados en la base de Persépolis, habían sido detectados en Arak. Era la confirmación de que estaban en la senda correcta.

Ahora el cielo estaba oscuro, sin nubes, y el calor del día se había disipado rápidamente, dejando a su paso unas gélidas estrellas que centelleaban como frágiles trocitos de hielo sobre una gruesa manta negra. Mientras los demás se tomaban el descanso que tanto necesitaban, Alex se dispuso a realizar un barrido del perímetro. Apenas se había alejado unos cincuenta pasos del grupo cuando se vio embargado por una oleada de dolor y náuseas. Se puso las manos en las orejas en un intento por bloquear aquel asalto subsónico a su cerebro. Un aullido espeluznante y desconocido le provocó un dolor agónico, y por un breve instante sintió cómo la rabia volvía a desatarse en su interior. Le entraron ganas de luchar. Cerró los ojos con fuerza e inspiró profundamente hasta que se calmó. Pero aunque acabó por mitigarse el dolor, el desasosiego persistió. Esta vez el extraño alarido había procedido de un lugar cercano. Demasiado cercano.

Volvió a otear entre la oscuridad para mirar hacia su equipo. O’Riordan se había bajado el uniforme hasta la cintura y se estaba inyectando un cóctel de esteroides y tramadol directamente en la zona amoratada del traumatismo que tenía en el costado. Sus costillas permanecerían rotas hasta que regresara a casa, pero al menos no las sentiría. Lagudi tenía el labio partido y muy inflamado, se lo había cosido él mismo; había perdido un diente y uno de sus ojos tenía el color y el tamaño de una ciruela madura. Le había dicho a Alex que se sentía mejor de lo que aparentaba. Alex vio cómo Lagudi se daba ahora la vuelta hacia O’Riordan.

—¿Viste cómo se deshizo el capitán de esos takavaran? Fue increíble. No me extraña que no pudiera noquearle cuando estábamos en la base, durante los ejercicios. Tan solo estaba jugando conmigo.

—¿Y qué? —replicó O’Riordan—. Ese tío es un bicho raro. Seguramente estaba con un subidón de alguna droga.

Alex se dio cuenta de que los dos hombres no pensaban que fuera capaz de escucharles desde esa distancia.

Lagudi titubeó ante la respuesta de O’Riordan y se tocó el labio hinchado.

—Mal asunto lo de Hex. No es una forma muy bonita de irse.

—Bueno, él era el líder del equipo y nos metió de lleno en una maldita trampa. Cualquiera de nosotros podría haber acabado en esa fogata.

Lagudi explotó.

—¿Me estás tomando el pelo, tío? Ya viste a esos takavaran, ¿no eran ningunos alfeñiques! ¿Tú lo habrías hecho mejor? Por cierto, me parece recordar que fue a ti a quien avistaron.

O’Riordan adoptó entonces un tono beligerante.

—¡Estaba al frente haciendo mi trabajo, pero él era el que nos dirigía! Se supone que era uno de esos supersoldados experimentados de los HAWC, pero acabó conduciéndonos hasta una jodida emboscada. Fue mala suerte que acabara así. Pero ¿sabes qué? Hay días en los que te toca ser el perro y otros en los que te toca ser la boca de incendios. Como ya he dicho, podríamos haber acabado todos igual.

O’Riordan se alejó caminando, después atisbó a Alex a unos quince metros de distancia entre la negrura del desierto, mirándolo fijamente. El HAWC le devolvió la mirada durante unos pocos segundos, después se encogió de hombros y prosiguió su camino. Claramente, no tenía ni idea de que le había escuchado. Alex sintió cómo la rabia volvía a crecer en su interior, pero invocó el sonido de las olas golpeando contra la arena para tranquilizarse. O’Riordan podría esperar.

Mientras oteaba aquel desierto frío y oscuro con la mirada perdida, Adira se le acercó. Dio un trago de agua de su cantimplora, la limpió y se la ofreció.

—¿Qué tal el dolor de cabeza?

—No fue un dolor de cabeza... Fue algo más, un sonido, pero ya ha desaparecido. —Alex se dio la vuelta hacia ella—. ¿Has escuchado alguna vez unas uñas arañando una pizarra? Fue algo parecido: raro y desagradable. Pero a muy baja frecuencia, diferente a cualquier cosa que haya oído antes. —Volvió a escrutar el oscuro horizonte, como si estuviera montando guardia.

—Yo no lo oí, y conozco la mayoría de las cosas que hay en este desierto. ¿Me lo puedes describir? —Adira lo miró a la cara con efusividad.

Alex bajó la mirada hacia ella y percibió la preocupación en sus ojos. Pero ¿cómo podría describírselo? ¿Cómo podría conseguir que lo comprendiera cuando ni siquiera él lo entendía? Las imágenes mentales no tenían sentido, y tampoco su capacidad para «verlas». Aquel sonido le había evocado imágenes de afilados peñascos alienígenas alzándose sobre el suelo húmedo de un valle. De plantas grises con cabezas bulbosas inclinándose sobre la arena humedecida, de un cielo que era naranja, atravesado por un mortecino sol de color azul. Las imágenes habían aparecido en su cabeza con una velocidad vertiginosa y le habían dejado confuso y aturdido. La llamada era una añoranza de ese mundo, un lamento, primero marcado por la soledad, después por la ira y la frustración.

Alex negó con la cabeza ligeramente. Sabía que debía informar a Hammerson o a los médicos acerca de esos nuevos cambios en sus habilidades, pero le preocupaba que fueran a encerrarlo en la base para realizar más pruebas. Y ya no estaba seguro de si las pruebas lo estaban convirtiendo en algo mejor o peor.

Dio la espalda a la oscuridad para volver a mirar a Adira.

—¿Describirlo? No podría siquiera intentarlo. No se parecía ni remotamente a nada que haya escuchado antes. Como ya he dicho, era muy raro.

Alex apretó los labios y expulsó el aire por la nariz. El extraño alarido procedente del desierto, la descripción que había hecho Sam sobre los cadáveres drenados de los takavaran, y ahora la sensación de un peligro próximo le hacían sentir la necesidad de estar en alerta constante.

—Tengo que revisar el perímetro. ¿Te importaría...?

—Sí, y gracias por preguntar —lo interrumpió Adira.

Alex había estado a punto de sugerirle que volviera con el grupo. Sonrió. *Quizá podría dejar que me acompañara. Después de todo, lo más probable es que se quede pegada a mí*, pensó. Estaba claro que Adira era una mujer acostumbrada a hacer las cosas a su manera. Ella le devolvió la sonrisa y enarcó una ceja.

—Pero nada de cogerse de la mano en la primera cita, ¿vale? —le dijo con burlona seriedad.

Alex se rió. Aquella mujer le gustaba y no podía hacer nada por evitarlo.

A Adira le complació su risa. Aunque estaba cansada y le habría venido bien descansar, estaba decidida a averiguar más cosas sobre Alex Hunter. Le intrigaba. Necesitaba comprenderlo, saber quién era en realidad, y cómo era capaz de hacer esas cosas que le había visto hacer. Debería haber enviado esa información a su cuartel general inmediatamente, pero tuvo la corazonada de que saber quién era tenía menos importancia que saber cómo había llegado a ser así. Aquello implicaría que la información estaba incompleta. Eso era lo que le decía su yo racional, y Adira casi se dejó convencer por ello.

Miró de reojo a Alex mientras caminaba junto a él a través del frío y oscuro desierto. Le había visto agarrarse la cabeza, presa del dolor. No le gustaba verlo así, pero en cierto modo se alegraba de que Alex mostrara una respuesta a una sensación física. Había empezado a pensar que en él había algo que no era del todo humano, a maravillarse por su indiferencia ante las heridas y el cansancio. Adira sabía que el entrenamiento del Mossad era comparable al que se realizaba en cualquiera de las fuerzas especiales del mundo, pero las habilidades de Alex Hunter hacían que la Metsada, el Kidon e incluso sus propios HAWC parecieran vulgares soldados de infantería a su lado.

Aparte de la referencia del general Shavit al Arcadia, y de los pocos detalles extraídos del informe americano robado (el cual le había sido entregado por uno de sus agentes en los últimos días), no tenía mucho más en lo que apoyarse. Aparte de sus «creadores», nadie, al parecer, sabía quién o qué era el Arcadia. La mayoría de las redes de espionaje internacionales habían tenido que achacarlo a la práctica habitual de crear mitos de los americanos, pero Adira sabía que el Arcadia no era ningún mito; el informe y el hombre que tenía a su lado lo demostraban.

Recordó el impacto cuando Alex atacó al grupo takavaran; sus cuerpos quebrados habían volado por los aires como sacos vacíos. Había destruido a media docena de mortíferos soldados de las Fuerzas Especiales sin pegar un disparo. Recordó algunos de los análisis del informe robado: «Capacidad potencial para cambiar dinámicas letales del campo de batalla». *Sí que podría*, pensó. *Alex Hunter en acción cambiaría las reglas del combate terrestre.*

Adira volvió a mirar a Alex mientras este se giraba para escuchar algo en la oscuridad. *¿Cómo sería si Israel tuviera hombres como él para patrullar nuestras fronteras? Podríamos volver a dormir a pierna suelta por las noches.*

Frunció el ceño al recordar otro pasaje del informe: «El sujeto presenta periodos esporádicos de inestabilidad letal». *Inestabilidad letal*, repitió para sí, *¿qué significa eso?* Lo sabía todo sobre la psicosis, la inestabilidad y los traumas derivados del campo de batalla, y no podía percibir ninguno de ellos en aquel hombre. Parecía fuerte, controlado... y estable.

Se fijó en su mandíbula, después en su boca. Se formó una imagen mental y apartó la mirada rápidamente, después se colocó una mano sobre la boca para disimular una sonrisa. Se había visto besándolo.

Se detuvieron junto a una roca enorme, y Alex se quitó un guante para apoyar la mano sobre su superficie plana. A ojos de Adira, es probable que pareciera como si estuviera palpando la piedra en busca de calor residual en contraste con el aire frío de la noche, pero en realidad la estaba examinando en busca de vibraciones. Alex no tenía previsto quedarse en ese lugar el tiempo suficiente como para colocar más monitores sísmicos, pero aun así quería asegurarse de que nada se estuviera acercando a su campamento a través de un túnel.

Adira se apoyó sobre la roca y giró la cabeza hacia arriba para mirarle la cara.

—¿Y qué es lo que hace con su tiempo el capitán Alex Hunter, nombre en clave «Arcadia», cuando no está salvando el mundo en la otra punta del planeta?

Adira tenía una sonrisa embriagadora, y Alex estaba seguro de que con ella habría desarmado a muchos hombres antes. Le seguía costando creer que fuera una agente letal del Mossad con unas cuantas muertes en su hoja de servicio. Ignoró el cebo lanzado con lo de Arcadia y decidió seguirle el juego.

—En este momento, echo de menos el mar azul y tumbarme en una playa de arena blanca. —Tomó una honda bocanada, como si quisiera inspirar las imágenes que se estaban formando en su mente. El simple hecho de pronunciar aquellas palabras en voz alta le hizo pensar en un bañador secado al sol, arena hasta los tobillos, una ligera sensación de comezón en la piel y una costra de sal sobre los hombros. Por un instante, casi pudo ver unas toallas de playa colgadas en la barandilla de un porche de madera, secándose.

—Aquí hay un montón de arena, Alex. —Adira le dirigió una sonrisa—. Por si no

te habías dado cuenta, la tenemos a patadas en Oriente Medio. Y ahora, veamos, no llevas ningún anillo en el dedo. ¿Hay alguna persona tumbada en la arena esperándote? —Enarcó las cejas.

—La hubo, pero ya no. Demasiadas misiones, demasiadas pesadillas. Hace difícil mantener una relación, no digamos ya hacer planes a largo plazo, cuando ni siquiera puedes prometer que regresarás de tu siguiente trabajo. —Su rostro se endureció y cambió de tema—. Venga, ahora es tu turno. Háblame de Adira Szenes, la joven y brillante ariete del Mossad.

Adira se colocó las manos sobre las caderas.

—¿Ariete? Ja, y yo que pensaba que tenía buen tipo. En fin, veamos, practico tiro con arco de competición algunos fines de semana, y soy miembro del club de tiro de Tel Aviv.

—¿Rifles?

—No, pistolas de competición del calibre veintidós. Podría haber competido en las Olimpiadas, pero mi carrera con el Mossad me obligó a dejarlo todo a un lado. —Se quedó callada un instante, después ladeó ligeramente la cabeza, pensativa—. Me gusta montar a caballo. —Le lanzó una mirada rápida como para comprobar que no fuera a burlarse de ella. Al ver que Alex no lo hacía, prosiguió—. Tengo un caballo que se llama Vulcano, es un Appaloosa. Lo monto por la orilla junto al mar de Galilea, o a veces subo a contemplar las vistas desde los Altos del Golán. ¿Tú montas, Alex? —Se inclinó hacia él y lo miró a los ojos. Tenía el ceño fruncido, como si se tratara de la pregunta más importante que Alex fuera a responder aquel día.

—Sí, pero no tanto como me gustaría. Oye, correr, montar a caballo, tirar con arco, disparar... no eres lo que se dice una chica de acción, ¿eh? —Enarcó las cejas y sonrió.

Alex vio cómo Adira separaba los labios para decir algo más cuando el alarido subsónico resonó de nuevo..., esta vez más cerca. Alex se dio la vuelta y apretó los dientes, intentando concentrarse en su entorno. Esta vez pudo comprobar que no procedía de un dispositivo mecánico debido a las subidas y bajadas orgánicas en la modulación. Tampoco se trataba de un chirrido aleatorio, era una llamada; demasiado rudimentaria como para considerarse parte de un lenguaje, pero definitivamente había algo que estaba intentando comunicarse a través del oscuro paisaje.

Hacía mucho que aquella misión había superado los límites de lo extraño; ahora estaba empezando a volverse espeluznante. Alex se quedó contemplando el desierto durante unos instantes y después miró hacia las estrellas. Consultó su reloj y se puso el guante de nuevo. Tenía que volver a poner en marcha a su equipo.

—Es hora de moverse, señorita Szenes.

—Llámame Addy.

—Vale, es hora de ensillar, Addy.

La criatura se detuvo una vez más para examinar el aire. Las partículas gamma que flotaban entre la suave brisa dibujaron un camino invisible. Volvió a sentir el cálido cosquilleo de la radiación y se acordó de su propio mundo: la calidez, la humedad, y los individuos de su propia especie.

Se encaramó a un pequeño montículo y se irguió, convertida en una inmensa columna de uñas punzantes y placas acorazadas, silenciosa e inmóvil como el tronco de un árbol gigantesco. Giró los apéndices que sostenían sus ojos, compuestos por tres bulbos que centraron su atención en la distancia. La criatura oteó el horizonte y localizó unos diminutos puntitos luminosos que se movían a través de la arena. Eran imágenes infrarrojas de cuerpos calientes.

Abrió y cerró las mandíbulas con un chasquido viscoso y volvió a lanzarse sobre la arena. El hambre volvía a rugir en su interior.

Aceleró el paso para alcanzar a aquellas pequeñas siluetas móviles.

Los HAWC llegaron a la gruta en torno a las tres de la madrugada. Desde su posición, agachados junto a la base de un desprendimiento rocoso, no pudieron detectar ningún movimiento, presencia térmica o sonido alguno procedente de la caverna.

Alex avanzó en solitario para situarse ante la inmensa boca de aquella gruta ancestral. El olor primitivo del túnel que se extendía ante él amenazó con abrumarlo, y aunque no pudo discernir ninguna amenaza para su equipo, le resultó difícil dar otro paso hacia adelante. Había perdido un equipo entero de HAWC en un oscuro y frío laberinto bajo la Antártida, y aquello seguía persiguiéndole en sueños. Nunca antes había sufrido de claustrofobia, pero la idea de entrar en otra red de grutas le estaba poniendo tenso.

Alex meneó la cabeza como si estuviera dispersando gotas de agua fría, después dio un paso, luego otro. Un frescor calizo emanaba desde las profundidades del túnel, y Alex supo que en el interior de la montaña debía de extenderse un enorme laberinto. Se detuvo y se maravilló ante la gigantesca estatua que montaba guardia a la entrada; un guerrero ceñudo y colosal que sostenía una espada tan alta como un hombre.

Adira se acercó y se puso a su lado.

—Shapur el Grande. Un rey guerrero, el más poderoso de los regentes sasánidos. Trajo paz y sabiduría, y las mantuvo durante todo su reinado. Su estatua ha estado vigilando Arak y esta tierra cerca de dos mil años.

—No nos vendrían mal unos cuantos líderes más como ese hoy en día —dijo Alex—. Entremos, así descansaremos un rato. —Se dio la vuelta hacia el grupo—. Irlandés, usted y yo haremos la primera guardia en el exterior. Sam, Rocky, ustedes serán los siguientes. Señorita Szenes y doctor Shomron, por favor descansen un poco ya que los necesitaremos para guiarnos hacia las instalaciones.

Alex vio que O’Riordan se quedó mirándolo un instante, después parpadeó y se dio la vuelta. *Estabas esperando eso, ¿eh, colega?*, pensó Alex.

Había elegido a O’Riordan a propósito para que hiciera la primera guardia con él. Supuso que el Irlandés se habría visto afectado por lo que le ocurrió a Hex (y quién no), pero debía superarlo, y, si le quedaba alguna ira residual, canalizarla hacia su misión. No todo el mundo afronta la pérdida o el fracaso de la misma forma. Alex había oído los comentarios que el Irlandés había hecho sobre Hex; culpar a los demás era un mecanismo de defensa cobarde, pero habitual, que permitía mantener intactos el ego y la reputación del que descargaba la responsabilidad sobre otros. Aun así, eso no significaba que esa persona no pudiera aprender de la experiencia. Durante las últimas horas, el Irlandés se había mostrado introvertido. Alex quería pasar ese rato a

solas con él para ver si conseguía que se abriera un poco.

Tomaron posición en un punto situado a apenas seis metros de la boca de la gruta, que proporcionaba una vista ininterrumpida de las llanuras de Markazí. Se sentaron con la espalda apoyada sobre una roca escarpada que se extendía hasta una altitud de treinta metros. Alex partió una galleta náutica y se la tendió al HAWC pelirrojo, que negó con la cabeza. Alex se metió aquel trozo de pan seco en la boca. Durante las misiones se alimentaba de esas galletas: eran ligeras y le aportaban proteínas concentradas. Su metabolismo potenciado quemaba proteínas al doble de velocidad que el de un hombre normal, y a menudo perdía varios kilos durante una misión. Así que necesitaba combustible.

—¿Y bien, disfrutando del nuevo escuadrón, teniente?

—Tiene sus momentos —dijo O’Riordan, que se dio la vuelta, evidenciando una notable falta de interés en mantener una conversación.

Alex pudo percibir que había algo ardiendo en el interior de aquel hombre, y estaba decidido a extraerlo antes de que se adentraran en una zona potencialmente conflictiva.

—Sí, ha dado en el clavo —dijo—. Desde luego, el teniente Winter tuvo su momento. ¿Qué cree que querría decirle si estuviera aquí ahora?

La pregunta tomó a O’Riordan por sorpresa. Lanzó una mirada fugaz a Alex y después se quedó contemplando el cielo durante unos segundos antes de negar con la cabeza.

Alex insistió.

—¿Cree que quizá tendría algún consejo para usted? ¿Que querría decirle algo? Venga, Irlandés, use su imaginación. ¿Qué querría decirle el líder del equipo al hombre al que ha situado en punta después de que lo hayan atado a una silla, torturado y después quemado vivo?

O’Riordan seguía negando con la cabeza, como en un intento por distanciarse de la salvaje muerte del otro HAWC. Tenía los dientes apretados, hasta que de repente abrió la boca para expulsar un torrente de obscenidades. Finalmente, O’Riordan recuperó el control sobre sí mismo y respondió a la pregunta:

—Joder, esto es lo que diría: «¡Has hecho que me maten!»». Pero no fue así. Ese gilipollas firmó su sentencia de muerte desde el momento en que nos metió en esa trampa. —Lanzó un puñado de pedruscos y guijarros hacia el desierto y se cruzó de brazos, todavía murmurando improperios en voz baja.

Alex lo examinó. Podía percibir que el Irlandés no creía que Hex fuera culpable de su propia muerte; lo que ocurre es que tampoco creía que hubiera que culparlo a él.

—Está bien, cuénteme lo que ocurrió, soldado. Yo no estuve allí.

O’Riordan describió la emboscada, dirigiendo todas las culpas sobre Hex. Pensaba que debían haber puesto dos hombres en punta, o al menos uno a mayor distancia, teniendo en cuenta que sabían que había enemigos en las proximidades.

Además, ¿de qué sirve tener un hombre en punta si te disparan por la retaguardia al mismo tiempo? Hex debió haberles puesto a todos a monitorizar sus dispositivos electrónicos en la oscuridad, en lugar de depender de sus propios sentidos. Sabían que había escuadrones takavaran desperdigados por el desierto, y ellos se las habían arreglado para toparse, no con uno, sino con dos.

—Mire, capitán, Hex pagó el precio por su error y fue una puta desgracia, pero podrían habernos eliminado a todos. Lo siento, pero es así.

Alex mantuvo una expresión inescrutable mientras escuchaba. Sabía que si les preguntaba a Rocky Lagudi o a Adira por su opinión sobre lo ocurrido, recibiría una versión diferente, aunque también es cierto que ellos no habían estado posicionados en punta. Según la experiencia de Alex, para que una emboscada tuviera éxito había que esconderse muy bien para que el hombre que realiza la avanzadilla conduzca a su equipo hasta la zona de eliminación, después abrir la caja y desatar el infierno sobre ellos. ¿Por qué matar a uno cuando podrías matarlos a todos? Alex tenía claro ese concepto sobre las emboscadas, y O’Riordan también debería.

—Una desgracia, ¿eh? Escuche, soldado, usted estaba situado al frente; eso supone aceptar la posición más comprometida en una formación militar de combate. Usted es el guía, la punta de lanza, el que hace avanzar a la unidad a través de territorio hostil o inseguro. El que debe mantener un estado de alerta operativa constante y extremo. No puedo saber con seguridad lo que ocurrió, pero cada vez que alguien dice «No es culpa mía», solo sirve para que los mire con más suspicacia. Me dice que esa persona se piensa que no tiene nada que aprender.

—Joder, pero si estaba atento —replicó el Irlandés, enfurecido—. Estaba alerta, estaba haciendo mi puto trabajo. Esos desgraciados aparecieron de la nada. Si no hubiera reaccionado deprisa, no estaría aquí. Sé cómo cuidar de mí mismo y del puto equipo también. Nadie ha cuidado nunca de mí, y sé que nadie lo hará...

Alex sintió un estallido momentáneo de furia y pegó un puñetazo en el suelo frente al HAWC pelirrojo, con tanta fuerza que cayó arena desde el peñasco sobre la cabeza de O’Riordan. La intransigencia de aquel hombre estaba empezando a enfurecerlo, pero se obligó a contener la ira. Sabía que el Irlandés podría no ser el único culpable. Al fin y al cabo, si se habían metido en esa emboscada había sido porque Alex se encontraba a kilómetros de distancia, incapacitado. Si no hubiera estado tumbado panza arriba, puede que Hex siguiera con vida.

Volvió a recostarse contra la pared y cerró los ojos.

—Verá, teniente, cada vez que estoy en el campo de batalla aprendo algo nuevo. Utilice lo que le ocurrió a Hex como parte de su adiestramiento y la próxima vez quizá consiga sortear la emboscada... para salvar su pellejo o el de todos nosotros.

Alex tenía fe en todos los HAWC que Hammerson le mandaba. Eran lo mejor de lo mejor, soldados entrenados a la perfección, pero no por ello dejaban de ser humanos, y eso significaba que podían cometer errores. En este negocio, los errores no significaban un recorte en el sueldo, una degradación o una reprimenda por parte del

jefe; significaban la muerte, y la de Hex había sido dolorosa.

Todos esos hombres aniquilados bajo el hielo de la Antártida, y ahora Hex. No puedo perder a ninguno más, pensó Alex. Debo completar la misión y conseguir sacarlos a todos esta vez.

Abrió los ojos y dirigió la mirada hacia O’Riordan. El Irlandés seguía teniendo un gesto lastimero en el rostro, pero asintió con la cabeza y le tendió la mano. Alex, sorprendido, se la agarró y se la estrechó.

—Venga, quiero probar un poco de esa galleta náutica. No tiene mala pinta.

Alex soltó una breve carcajada y le entregó a O’Riordan un trozo de galleta, después señaló con el pulgar hacia la entrada de la gruta.

—Lo más probable es que tengamos que entrar por la fuerza en el laboratorio subterráneo... con el sigilo suficiente como para no despertar ni a un ratón. ¿Se ve capaz de hacerlo?

O’Riordan se metió el trozo de galleta por la comisura de la boca y le dirigió a Alex una media sonrisa.

—Será un paseo por el parque, capitán. —Cogió un trozo de roca suelta y lo frotó con el pulgar—. La montaña entera está compuesta de granito, de tipo félsico con base cristalina. Muy duro, pero quebradizo también. Puedo diseñar una implosión simétrica empleando ciclonita RDX. Le proporcionará una onda expansiva de cuatrocientos kilobares, prácticamente insonora, sobre el muro de piedra que usted elija. Quedará hecho añicos delante de nuestras narices. ¿Despertar a un ratón? Joder, ni siquiera despertaría a un fantasma.

Alex no estaba seguro de si había hecho algún avance con su nuevo HAWC, pero se sintió satisfecho con la respuesta y la confianza que ahora mostraba O’Riordan.

—Bien dicho. Confío en que decida quedarse con nosotros cuando regresemos a casa.

Alex dirigió la mirada hacia el oscuro valle; el amanecer se estaba acercando. Debían estar bien adentrados en aquella red de grutas antes de que saliera el sol. *Será mejor que envíe mi informe al grandullón, pensó.*

Se alejó unos pasos de O’Riordan, presionó unos cuantos botones de su dispositivo de comunicación y se lo volvió a guardar en el bolsillo. Unos pitidos y chirridos electrónicos resonaron por el altavoz de su casco mientras la señal rebotaba por las redes locales y pasaba a través de numerosos codificadores y cortafuegos, hasta que la áspera voz de su comandante apareció al otro lado de la línea.

—Adelante, Arcadia —dijo Hammerson con sequedad.

Se suponía que los dispositivos estaban asegurados, pero los dos sabían que era preferible no mantener la línea abierta durante demasiado tiempo ni dar información acerca de su localización.

—Estamos en el punto de inserción —dijo Alex—. Espero haber completado la entrada en el plazo de dos horas desde el momento en que nos dé luz verde. Cuento con una recepción hostil. Los buenos suman una baja y dos impactos de menor

gravedad.

Se quedaron en silencio durante un instante y después Hammerson dijo:

—Tienen luz verde para entrar.

Alex debería haber cerrado la transmisión, pero le seguía preocupando si sería capaz de cumplir la totalidad de la orden.

—¿Concreción de las órdenes? —preguntó.

—Las órdenes no han cambiado. Obtenga la tecnología «negra» y espere órdenes para su extracción. No permita que los cisnes azules obtengan la tecnología bajo ninguna circunstancia. Destrucción solo en caso de que la recuperación resulte imposible. Repito: la recuperación es prioritaria. Las órdenes proceden de la más alta autoridad. Procedan. Corto. —La línea se quedó en silencio.

¿La más alta autoridad? ¿Por qué se interesan tanto por lo que estoy haciendo?, se preguntó Alex.

Estaba caminando de regreso a la boca de la gruta cuando se detuvo. Algo no iba bien. Había un peligro, pero no podía identificar qué lo producía o desde dónde. *Debe de ser que la cueva aún me tiene turbado*, pensó. Giró lentamente sobre sí mismo. La sensación de riesgo persistió, pero ahora provenía de detrás de él. La ignoró y echó a andar despacio para reunirse con O’Riordan.

Un trueno, como si procediera de un millar de tormentas, resonaba a su alrededor mientras flotaba en el espacio. Estaba mirando hacia la Tierra. Mientras lo hacía, un bubón negro apareció sobre el desierto amarillo de Oriente Medio y se extendió rápidamente. La masa terrestre, los ríos y las montañas fueron engullidos mientras el bubón continuaba creciendo. Los continentes empezaron a deslizarse a través de sus placas tectónicas, y los inmensos océanos comenzaron a verterse al interior de aquel vórtice oscuro. El agujero negro se había liberado.

Incluso desde esa tremenda altitud, pudo oír millones de gritos.

Zach se incorporó rápidamente y sacudió la cabeza para apartar aquella imagen. Se enjugó la frente y los ojos con la manta, tenía el rostro surcado de sudor y de lágrimas.

—No, no, no... —dijo en voz baja—. No es real. Nunca debe hacerse realidad.

Adira se incorporó y se frotó la cara con las manos. Se había tumbado y había cerrado los ojos, pero había sido incapaz de dormir o siquiera de relajarse. Sentía un hormigueo en el cuerpo ante lo que estaba por venir; pronto entraría en combate, lo presentía.

Miró de reojo a Zach. El rostro le brillaba, húmedo. Parecían lágrimas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, pero Zach esquivó la pregunta con un gesto de la mano.

Adira se encogió de hombros, deshizo su petate y abrió un par de paquetitos de comida envueltos en papel de aluminio. No había lujos en el campo de batalla, solo agua, chocolate, galletas náuticas y suplementos de vitaminas y minerales: el mínimo de peso, sin necesidad de cocinar y sin dejar restos a su paso. El desayuno era un combustible, nada más.

Con apenas un tenue resplandor que empezaba a asomar por la lejana línea del horizonte, había llegado el momento de entrar en la gruta. Adira había estado antes en las cavernas de Oriente Medio; todas ellas eran conocidas y se utilizaban a menudo. Esta tierra era ancestral y las civilizaciones habían vivido dentro y alrededor de esas cuevas durante miles de años. Adira era consciente de que no podían contar con estar completamente solos en aquel lugar, aunque confió en que la subida hasta la boca de la gruta disuadiera a los aldeanos de visitarlas demasiado a menudo.

Lagudi estaba agachado, barriendo el suelo de la entrada a la gruta para eliminar sus huellas, mientras los demás volvían a revisar sus equipamientos. No encenderían las linternas hasta que estuvieran bien adentrados en la red de cavernas, para que no pudiera filtrarse ninguna luz desde sus profundidades.

En el interior, Adira pudo sentir cómo el peso de los años caía sobre ella entre la negrura. Soplaba una ligera brisa, cargada de polvo, que le produjo picores en la nariz. Habló en voz baja entre la oscuridad:

—Una vieja gruta, pero todas lo son en esta provincia. Dependiendo de la geología, podrían tener cientos o miles o millones de años de antigüedad. Algunas...

—Algunas pueden ser húmedas, algunas pueden ser frías y gélidas, otras secas y polvorientas. Todas son viejas, todas son diferentes y todas son peligrosas. No es la primera vez que me adentro en una de ellas. Vamos.

Alex se mostró inusualmente brusco y Adira se preguntó qué le habría ocurrido en el interior de una cueva que pudiera afectarle tanto.

A unos treinta metros, Alex encendió su linterna. En rápida sucesión, los HAWC, Adira y Zach encendieron las suyas. Caminaban en completo silencio, y seguirían así a no ser que Alex hablara primero o tuvieran que alertar de algún peligro.

La gruta era inmensa (de unos quince metros de diámetro) y con un terreno tan árido y polvoriento como el desierto que acababan de dejar atrás. Sus linternas iluminaban una llovizna de motas de polvo que danzaba entre los haces de luz.

—¡*Yoish!* Miren esto. —Era Zachariah, quebrantando la orden de mando. Todos siguieron el haz de su linterna a lo largo de un relieve tallado en la pared. Soldados en combate, ejércitos con cuadrigas y caballos con las fosas nasales ensanchadas aparecían representados con exquisito detalle. Las escenas cambiaron a medida que avanzaban, mostrando súbditos homenajando a un rey: soldados de infantería armados con enormes espadas lo saludaban, gente desarmada le pagaba sus tributos. También se representaban escenas de tortura: soldados enemigos a los que estaban cercenando los miembros, extirpando los ojos, arrancando las lenguas, o que estaban siendo desgarrados por fornidos bueyes de carga.

—El reinado del gran rey sasánido Shapur —dijo Adira—. Nos hemos topado con él en la entrada. Esta parece ser su victoria sobre el ejército romano comandado por el general Glaucus. Capturó al general romano y envió su cabeza de vuelta a Roma rellena de serpientes, a modo de advertencia al emperador para que se mantuviera alejado de Persia, cosa que los romanos hicieron durante cien años. Como ya dije, Shapur trajo la paz a esta tierra; lo que no expliqué fue cómo.

—Sí, ya veo de dónde han sacado su bagaje esos monstruos de feria de los takavaran. —O'Riordan estaba sosteniendo en alto su linterna para iluminar a un soldado sasánido que le estaba sacando los ojos a otro guerrero con un garfio enorme.

—Esta fue, y por desgracia sigue siendo, una tierra muy salvaje, teniente. Esa es la razón por la que rara vez a los agentes del Mossad nos hacen prisioneros. La muerte es preferible a pasar una tarde con los takavaran.

Adira se reunió con Alex, que estaba iluminando con su linterna una serie de caracteres tallados en la parte inferior del relieve de piedra.

—No preguntes —dijo Adira—. No lo sé. Estos símbolos, lenguaje, o lo que quiera que sean, son anteriores a todo cuanto hay en Oriente Medio, y se encuentran

en las profundidades de muchas cuevas de esta región. La leyenda dice que fueron dejados allí a modo de crónica por parte de una raza que llegó del mar en el amanecer de los tiempos. Por desgracia, nadie ha conseguido desentrañar su significado. Los lugareños creen que se trata de las palabras de los ángeles.

Alex deslizó los dedos sobre aquellos petroglifos en relieve.

—Los he visto antes, y sé de un profesor al que le encantaría dedicarles unas cuantas horas. —Giró la cabeza ligeramente para seguir hablando por encima del hombro—. Tío, ¿tienes algo?

Sam Reid consultó un dispositivo que parecía una compleja linterna con una pequeña pantalla plana en su reverso superior. Zach estaba asomado por encima de su hombro, visiblemente atraído por aquel nuevo aparato tecnológico.

—Es un georadar portátil —explicó Sam—. El diseño técnico es similar al del sistema de sonar por imágenes propio de los buzos, pero está modificado para utilizar pulsos físicos de radar que permiten escanear a través de superficies sólidas. Es similar a la reflexión sísmica, salvo que esta utiliza una combinación de energía acústica y electromagnética: a diferentes densidades, diferentes colores. Es muy sencillo, en realidad.

Zach parecía impresionado.

—¿Es suizo?

Sam sonrió.

—No, es un GPR especial Sam Reid. Yo mismo hice las modificaciones. Quizá te lo cambie algún día por tu Geiger en miniatura.

Volvió a examinar el dispositivo y después informó a Alex.

—Aún nada, jefe, solo piedra sólida.

—Continúe con ello, soldado —dijo Alex—. Encuéntreme esa puerta.

Siguieron adentrándose en aquella gruta árida y oscura.

La criatura se detuvo y volvió a alzarse sobre sus puntiagudas patas traseras. Desplegó, casi con delicadeza, la protuberancia con forma de abanico que emergía de sus mandíbulas y la ondeó suavemente hacia la dirección donde se encontraban aquellos pequeños animales. Su rastro se estaba volviendo más intenso.

El hambre le roía las tripas. Su dieta líquida implicaba que el alimento era ingerido y asimilado rápidamente, y necesitaba una constante aportación de nutrientes para sustentar su poderoso cuerpo. Estaba desarrollando un gusto por los fluidos contenidos en los diminutos seres que habitaban aquel extraño lugar.

La criatura se lanzó al suelo y expulsó varios bultos compactos y malolientes a través del abdomen, cada uno con una forma que recordaba a la de un enorme huevo negro. Estaba excretando desperdicios para dejar sitio en su largo y complejo intestino. Se estaba preparando para alimentarse.

Hammerson agarró el sencillo teléfono blanco con su desmesurado puño y transmitió un mensaje con su parquedad habitual.

—La unidad ha llegado a las proximidades del objetivo. Se espera la recuperación de la tecnología «negra» en veinticuatro horas.

Escuchó durante unos segundos la voz que estaba al otro lado de la línea, después asintió.

—Estoy de acuerdo, señor, es demasiado peligrosa como para dejarla en manos menos prudentes. O queda en nuestro poder, o no la obtendrá nadie.

Entrecerró los ojos ligeramente.

—No estoy de acuerdo, señor. El Arcadia tendrá éxito. No será necesaria una ofensiva drástica.

El comandante se colocó la mano libre sobre la frente, después se pasó los dedos por su cabello canoso cortado al rape.

—Sí, señor. Recibido.

A tomar por culo. Estrelló el auricular sobre el teléfono con tanta fuerza que salió disparado de él un trozo de plástico.

Giró la pantalla de su ordenador y contempló las imágenes en vivo por satélite del desierto iraní bañado en la oscuridad de la noche. Alternó entre imágenes térmicas y de visión nocturna, y localizó fácilmente a su equipo a través de las señales de sus SFPDA. Pudo confirmar que se encontraban en su destino, y los enemigos que estaban desperdigados por la zona no parecían estar realizando ningún movimiento hacia su posición. *Buena suerte, hijo,* pensó.

Revisó una secuencia temporal de unos cinco minutos, acelerada de tal forma que recordaba un poco a una película, pero oscura y con puntitos rojos que representaban calor corporal. *Qué extraño.* Algo parecía estar acercándose a su equipo por el sur, pero no emitía ningún calor residual. Hammerson cambió a las imágenes de visión nocturna y amplió una zona de aquella imagen en alta resolución.

—Hostia puta, ¿qué coño es eso?

Una criatura de casi tres metros de longitud avanzaba serpenteando hacia la posición de Alex. Echó mano del teclado y empezó a escribir a toda velocidad. Debía alertar a sus HAWC de que estaban a punto de tener compañía: identificación desconocida, presumiblemente hostil.

Hammerson pulsó el botón de enviar. Su mensaje rebotaría de inmediato a través de los satélites de comunicación de alto rendimiento y sería transmitido en tiempo real a la SFPDA de Alex. Un pequeño círculo ambarino se encendió en su pantalla mientras se enviaba el mensaje. Esperó a que se pusiera verde, lo cual significaría que el mensaje había sido recibido. El círculo siguió girando y girando... hasta que se detuvo y se puso rojo. Apareció una frase por debajo del círculo rojo: «El dispositivo destinatario está fuera del radio de comunicación».

—Mierda. Ya han entrado.

Hammerson se puso en pie con tanta brusquedad que la silla se estrelló contra la pared. Una docena de opciones corrieron por su mente, y cada una fue rechazada con la misma rapidez. No podía hacer nada salvo esperar. Joder, cómo odiaba esperar.

Ahmad al Janaddi recorrió la sala de mando de un lado a otro gritando instrucciones a través de diversos micrófonos y arrollando a cualquier técnico que no tuviera la rapidez suficiente como para echarse a un lado. El helicóptero del presidente estaba apenas a una hora de allí y existía el riesgo de que no estuvieran preparados para realizar una prueba completa en su presencia. Sería una experiencia humillante, y una que el presidente no perdonaría con facilidad.

Moshaddam le había ordenado al científico que le hiciera un resumen del potencial devastador de la esfera, y después quería presenciar otra prueba, con la inclusión de una cápsula de plomo adicional. Al Janaddi se preguntó quién sería el afortunado esta vez. Se estremeció al pensar en lo que le ocurrió al último pobre diablo que había entrado en una de esas cápsulas; puede que ahora se encontrara en el fondo de la Fosa de las Marianas, o incluso más abajo todavía, en el mismísimo centro de la Tierra. *Menudo desperdicio de vidas, pensó, y menuda distracción.* Allí estaba él, dominando una de las fuentes de energía más poderosas que se conocían en el universo, y el presidente quería jugar a experimentar con humanos.

Al Janaddi suspiró y apoyó los nudillos sobre el escritorio. Había conseguido el equivalente a dividir el átomo, pero aún seguía pareciendo muy poco. *En cualquier otro país, pensó. ¿Por qué no nací en cualquier otro país?*

La criatura se detuvo al comienzo de la empinada cuesta que se extendía bajo la entrada de la gruta. Las enormes placas acorazadas de su caparazón estaban cubiertas de motitas verdes y cobraron un aspecto grasoso bajo el sol del atardecer. Los pelillos sensoriales que se extendían sobre su cabeza se erizaron mientras examinaba el entorno en busca de peligros o presas.

El gigante de piedra que se erguía junto a la boca de la cueva fue descartado como peligro potencial. Pese a tener una forma amenazante, no emitía ninguna energía vital. Sus ojos compuestos, como los de ciertos artrópodos, percibieron el calor que emanaba de los guijarros que O'Riordan había lanzado desde su puesto de vigilancia, así como unas pisadas borrosas sobre la arena. Aunque habían limpiado y removido el terreno, quedaban restos residuales de energía térmica justo por debajo de la superficie, que marcaban una senda luminosa que guió a la criatura hacia el interior de la caverna.

Se adentró por la abertura a una velocidad asombrosa, manteniéndose pegada al suelo como si estuviera oliendo el rastro de la presa a la que perseguía.

—Bingo —dijo Sam—. Tengo varias densidades que se van reduciendo hasta desembocar en una enorme apertura, que se extiende a lo largo de cientos de metros en todas direcciones. A mayor profundidad, detecto también múltiples rastros de aleación correspondientes a una estructura cromada. Tiene que tratarse de un revestimiento metálico, de origen humano. Ahí tiene su puerta, jefe. Irlandés, es su turno. —Sam apagó el GPR, lo metió en el interior de un bolsillo de su traje y le dirigió a O’Riordan un ademán de cabeza.

El HAWC pelirrojo sacó un largo cuchillo Ka-Bar y se arrodilló junto a la pared, cerró los ojos y apoyó la oreja sobre la roca seca y fría. Le dio un golpecito al muro con la empuñadura de acero del cuchillo. Satisfecho, se puso en pie y volvió a envainar el cuchillo.

—En torno a treinta centímetros de granito cristalino. Denme seis minutos.

Alex se descolgó la mochila y el KBELT y los dejó en el suelo.

—Le doy tres —dijo e indicó a los demás, con un ademán de cabeza, que se tomaran también un breve descanso.

O’Riordan esbozó una sonrisa adusta.

—Suponía que diría eso. Que sean tres.

Se quitó la mochila, sacó varios tubos y botes y los colocó cuidadosamente sobre el suelo de la gruta. Con uno de ellos, que tenía el tamaño de un tubo de pasta dentífrica, dibujó una X de sesenta centímetros sobre la pared. Se dio la vuelta y miró a Adira con gesto inexpresivo mientras esperaba a que se secara el explosivo. Adira colocó las manos sobre las culatas de sus pistolas y sonrió. O’Riordan se encogió de hombros, volvió a darse la vuelta hacia el explosivo y clavó un pequeño pincho metálico en el centro de la X. Comenzó a toquetear unos diales del tamaño de alfileres que había en el pincho, después levantó un bote del suelo y roció la pared. Unos churretes de espuma se extendieron hasta cubrir por completo la porción de sesenta centímetros de la pared en la que había estado trabajando. Recogió su equipo, se levantó y se dio la vuelta hacia su grupo.

—C4 en gel: el doble de potencia con la mitad de pasta. Lo he recubierto con Styrocreto militar, que debería amortiguar el sonido y dirigir la mayor parte de la onda expansiva hacia la roca. Por si acaso me equivoco, es mejor que no se queden ahí. Les quedan diez segundos. —Se rió y echó a correr hacia la entrada de la gruta.

—¡Mierda! —Lagudi salió corriendo detrás de él y desapareció por un recodo del túnel de piedra.

Adira y los demás los siguieron, con Alex corriendo en la retaguardia, negando con la cabeza. Por detrás de ellos se produjo un sonido similar al chasquido de un leño reseco, y a continuación se vinieron abajo varias rocas.

Cuando Alex dobló la esquina se encontró sumido en un silencio sepulcral y ante una escena surgida de sus peores pesadillas.

En la entrada de la gruta se alzaba, tenuemente iluminada por la incipiente luz del amanecer, la silueta de un escorpión, una araña, un cangrejo... De todas esas criaturas a la vez, y ninguna de ellas al mismo tiempo. Su aspecto era el equivalente a aquello que te hace sacar la mano por acto reflejo de debajo de un tronco, cuando sientes el tacto de un montón de patas invisibles en el reverso de los dedos. Y ese horror se encontraba ahora ante Alex, multiplicado tanto en tamaño como en monstruosidad.

La criatura se erguía como una columna viviente con un caparazón cubierto de motitas verdes y erizados pelillos insectoides. De su torso desplegado emergían dos poderosas extremidades afiladas y docenas de apéndices más pequeños que se movían y chasqueaban, exaltados, como en previsión del festín que se avecinaba.

La criatura giró dos apéndices, que asemejaban unos tentáculos viscosos y sobre los que se asentaban sus ojos, hacia Alex, y unos bulbos negros lo escrutaron con fijeza, resultando todavía más espeluznantes por su completa carencia de chispa o de emoción.

Alex sintió un dolor agónico en la cabeza al tiempo que un alarido le desgarraba la mente. Era un alarido de guerra, y no procedía de ningún miembro de su equipo.

—¡Fuego! —ordenó.

Alex fue el primero en sacar su pistola, seguido de Adira, Sam, y por último Rocky. Las balas llovieron sobre la criatura, cuyos impactos provocaron sonidos semejantes a los de una fuerte granizada sobre un tejado. La criatura plegó sus placas cartilagosas para protegerse y los disparos apenas provocaron daños en su cuerpo.

El Irlandés echó a correr y se apretujó para pasar entre las rocas caídas y la criatura, que estaba bloqueando la mitad de la gruta. Puede que estuviera intentando atraer a aquella cosa hacia el exterior, donde tendrían más oportunidades. Pero la criatura se movió con rapidez, más que cualquier otra cosa a la que se hubieran enfrentado, y salió corriendo tras él, repicando el suelo con sus robustas patas.

Solo Alex pudo ver la enorme garra dentada que lanzó contra el Irlandés; el movimiento fue demasiado rápido para la visión humana convencional. El golpe levantó por los aires al HAWC y lo estrelló contra la pared. Su mochila se soltó y patinó sobre el suelo arenoso de la caverna.

—Maldición.

Alex siguió disparando y disparando desde distintos ángulos, pero con la misma falta de éxito; la criatura se limitó a comprimirse bajo su grueso revestimiento acorazado. Fue consciente de que apenas le había provocado daños y de que el monstruo no iba a retroceder.

Se desplazó lateralmente a través de la entrada de la gruta, manteniéndose en una posición próxima al suelo para protegerse de los disparos, y sin desplegar el tórax del todo para mostrar sus amenazantes garras hasta que estuvo cerca del cuerpo caído del Irlandés. El monstruo había empezado a arrastrar al soldado hacia sí cuando Adira echó a correr con ambas pistolas extendidas al frente, disparando una ráfaga de balas revestidas de plomo; un ataque preciso pero infructuoso. Al menos la hizo recular en

su intento por ensartar al HAWC.

—Le estamos haciendo daño, pero no lo suficiente —gritó Alex entre los disparos. Supuso que resultarían poco más que un incordio para aquel gigantesco artrópodo. La criatura volvió a abalanzarse sobre ellos y Alex vio cómo comprimía su cuerpo ligeramente, de una forma similar a la que tiene un muelle de enrollarse antes de desplegarse.

—Sam, coja al Irlandés y llévelo a cubierto. Es una orden —gritó Alex.

Oyó los chasquidos de las pistolas vacías de Adira y vio cómo la capitana retrocedía unos pasos para recargar. Atraída por su movimiento, la criatura giró los apéndices que sostenían sus ojos hacia ella. Alex volvió a escuchar ese alarido antinatural en el interior de su cabeza mientras la criatura se estremecía, preparándose para atacar.

—No, no, de ninguna manera.

Alex se lanzó en plancha y agarró a Adira, haciéndola rodar para alejarla de la criatura, después la apartó literalmente del camino. La capitana aterrizó sobre la arena, cerca de Sam, que la agarró y le gritó al oído:

—Debemos ir a por el Irlandés.

Alex reanudó sus disparos, moviéndose delante de la criatura para distraerla, confiando en su propia velocidad para mantenerse fuera de su radio de alcance mortal. Miró rápidamente por encima del hombro y vio que Adira se soltaba del brazo de Sam. Un gesto iracundo y fugaz recorrió el rostro de la israelí. Sus miradas se cruzaron durante un instante, y Alex supo que Adira había comprendido lo que tenía que hacer. Rocky y ella recogieron al HAWC caído, mientras Sam agarraba a Zach del brazo y tiraba de él, de vuelta hacia las profundidades de la caverna.

—Muy bien, bicho feo, vamos a ver de qué pasta estás hecho. —Alex se bajó el visor del casco y se echó una mano al hombro para coger el KBELT. Su mano regresó vacía—. Ah, ya, claro. —El arma estaba tirada cerca del lugar donde O’Riordan había abierto el camino hacia la nueva caverna.

La criatura se movió y Alex pegó un salto. Sintió un impacto en la nuca y algo caliente en el cuello. Rodó por el suelo y se coló en una pequeña grieta, en la que apenas le cabía el cuerpo, y se adentró cuanto pudo en aquel estrecho pasadizo. Se tocó el revestimiento del casco y este se escindió en dos pedazos. La criatura había partido con su garra la cerámica reforzada, pero apenas había llegado a hacerle un rasguño en la parte trasera de la cabeza. El hilo de sangre ya se había secado y la herida estaba empezando a convertirse en costra.

Alex alzó su pistola mientras la criatura se movía lentamente hacia el hueco que había en la roca. Extendió sus apéndices oculares de treinta centímetros hacia el interior de la grieta, que quedaron colgando como si fueran los ojos inertes de un tiburón. Estaba oscuro, pero Alex sabía que la criatura lo estaba viendo perfectamente. El nauseabundo olor a vinagre balsámico inundó la grieta. *Chinches*, pensó Alex, recordando la descripción que había hecho Zach de aquel olor.

Lentamente, casi con suavidad, el monstruo extendió una de sus garras. La plegó sobre un doble gozne y descargó hacia el frente su enorme filo serrado, que impactó a escasos centímetros del rostro de Alex. Los largos apéndices de sus ojos reaparecieron y se estremecieron durante un instante.

Alex bajó la pistola y dejó escapar el aire.

—Esto no va a acabar bien, ¿verdad?

Los apéndices se retiraron y la criatura volvió a posicionarse para hacer un nuevo intento. Esta vez el impacto de la garra fue más cercano, y cuando el filo serrado comenzó a desplegarse, Alex lo agarró y lo sostuvo.

Su mente se vio inundada por varias imágenes: volvió a ver un paisaje cubierto de bosques, cuyos extraños colores resultaban todavía más increíbles a causa del tinte anaranjado del cielo y de aquel sol yaciente y llameante de color azul oscuro. Las imágenes se desvanecieron mientras la criatura forcejeaba para soltarse. Alex sintió esta vez las emociones de la criatura, que eran toscas y primitivas, todas relacionadas con la ira, con el asesinato y la dominación.

La criatura tiró con más fuerza y Alex patinó un paso hacia adelante. Los gruesos pelillos y los enormes dientes curvados hacia dentro que tenía la garra le proporcionaban una buena superficie de agarre, y colocó los hombros de lado para aferrarse mejor a las paredes interiores de la grieta. Pero aquel monstruo tenía una fuerza inconcebible. Alex hizo acopio de toda su fortaleza y pegó un tirón, si bien la criatura respondió con otro todavía más fuerte. La idea de arrancarle la garra se disipó cuando Alex examinó la asombrosa dureza de aquel material ceroso y quitinoso. Era obvio que ese monstruo había evolucionado para combatir cosas mucho más formidables que Alex.

El HAWC apretó con más fuerza y decidió pegar un último y enérgico tirón. Pero antes de que pudiera moverse, la criatura hizo fuerza con todo su cuerpo y lo sacó de la grieta como si fuera el corcho de una botella. Alex no tuvo tiempo de reaccionar, salió disparado y se estrelló contra el muro de la caverna. Sin su casco, impactó de cabeza contra la fría piedra y se desplomó inconsciente sobre el suelo de la gruta.

O’Riordan había hecho bien su trabajo: en la pared del túnel se había formado un agujero casi perfecto, de noventa centímetros de diámetro y tan limpio que parecía hecho con una máquina. Los HAWC pasaron a través de él, Rocky y Sam llevaban al Irlandés, pero Adira se quedó atrás.

—No soy un HAWC —dijo—. Ustedes deben seguir las órdenes de su capitán, pero yo no. Volveré enseguida.

Adira cogió velocidad mientras corría de vuelta por el túnel, sacando sus dos Barak recargadas de las fundas delanteras. Dobló la curva y maldijo cuando vio lo que aparecía ante ella.

La criatura tenía el cuerpo de Alex inmovilizado contra el suelo. Con una de sus

enormes patas articuladas le estaba hurgando en la espalda, solo la protección de armadillo impedía que se la perforase por completo. El monstruo giró sus apéndices oculares para observar a Adira y después volvió a concentrarse en Alex, y se inclinó hacia adelante. Abrió las mandíbulas y un pincho que asemejaba una lanza negra y aceitosa se deslizó hacia el cuello expuesto de Alex. Adira pudo hacerse una idea bastante precisa de lo que estaba a punto de ocurrir.

Le lanzó un grito a la bestia al tiempo que alzaba sus pistolas e iniciaba su embestida. Las Barak resonaron y los impactos fueron potentes. Adira apuntó a la cabeza de la criatura y consiguió que el monstruo volviera a replegar aquel estilete emergido de lo que pasaba por ser su rostro y se apartase del cuerpo de Alex.

Sabía que si la criatura era capaz de doblegar a un guerrero como Hunter, ella no aguantaría mucho en caso de producirse un ataque frontal. Miró en derredor y vio el casco destruido del capitán... y la mochila de O'Riordan. Se lanzó en plancha a por ella.

La criatura permaneció inmóvil. Quizá supiera que Adira no podría hacerle mucho daño, o quizá estuviera hambrienta y quisiera mantenerse cerca de su próxima comida. Fuera cual fuese la razón, proporcionó a Adira los pocos segundos que necesitaba para rebuscar en la mochila y sacar un tubo de C4 en gel. Enfundó una de sus pistolas, se quedó pensativa un instante, después abrió la tapa del tubo y lo presionó para extenderse un buen puñado de aquel gel pegajoso sobre la mano hasta que tuvo un montoncito del tamaño de una bola de billar. Tomó aliento, apretó los dientes, echó a correr hacia la criatura y le arrojó la pegajosa pelota a la espalda. No había tiempo de poner a Alex a cubierto, así que se limitó a confiar en que esa cosa lo protegiera con su cuerpo. Después de todo, si aquello no funcionaba los dos podían darse igualmente por muertos.

La pelota se quedó pegada. La criatura ni siquiera se molestó en darse la vuelta. Estaba agachando la cabeza una vez más hacia el cuello de Alex.

Adira ralentizó el paso, apuntó hacia aquella masa deforme y disparó.

El resultado fue mayor de lo que había esperado. La poderosa explosión provocó que la criatura saliera despedida por el túnel a una distancia de seis metros. El monstruo se incorporó de inmediato, pero parecía desorientado. Manteniéndose a ras del suelo, se escabulló hacia la entrada de la gruta.

Era la única oportunidad que tendría Adira. Corrió hacia Alex, lo agarró por debajo de los brazos y lo arrastró para llevarlo de vuelta con el equipo.

Zach apoyó la espalda sobre la pared interior, observando cómo Rocky le daba a O’Riordan un trago de agua. El Irlandés agarró la botella, se quitó el casco y se vertió un poco de líquido sobre su corto cabello pelirrojo, murmurando algo sobre un accidente de tráfico mientras el agua corría por su rostro.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo he llegado aquí? —preguntó, al tiempo que sacudía la cabeza y desperdigaba gotitas de agua sobre el árido suelo de la caverna.

Rocky le cogió la cantimplora.

—La señorita Szenes y el jefe corrieron a defenderte. Ella evitó que te ensartara, y después el jefe distrajo a esa... eh... cosa, para que tuviéramos tiempo de sacarte.

O’Riordan se frotó el cabello con las manos y miró en derredor.

—¿Y dónde están ahora?

Rocky miró a Sam, que se limitó a encogerse de hombros.

—Bah, a la mierda. —O’Riordan cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás.

Rocky bajó la mirada hacia el suelo de la gruta, después volvió a mirar a Sam.

—Creo que la criatura estaba custodiando este lugar —dijo—. Puede que los iraníes la controlaran de alguna manera. O puede que viva en estas grutas... como un dinosaurio, o un demonio. Puede que incluso haya más aquí dentro.

—Genial. Perdamos todos también la puta cabeza —refunfuñó O’Riordan, mientras volvía a cogerle la cantimplora a Rocky.

—Doctor Shomron —dijo Sam, y Zach pegó un respingo al escuchar su voz—. ¿Qué coño era esa cosa?

Zach frunció el ceño. Durante un instante, le costó recordar lo que había visto. Era como si su mente estuviera intentando bloquear esa imagen. Lentamente, sin embargo, el monstruo cobró forma en su mente, pero le resultó imposible clasificarlo.

—No tengo ni idea —respondió—. Soy físico, y esto está fuera de mi campo de experiencia. En realidad...

—Haz una maldita suposición, genio. Este es tu jodido territorio —dijo O’Riordan, que lo fulminó con la mirada mientras se ponía lentamente en pie.

—Pues, eh... creo que... no es una criatura autóctona, de eso estoy seguro. ¿Una mutación, tal vez? Si han estado empleando aquí radiación de alta intensidad, es posible que se haya producido alguna corrupción a nivel celular, relacionada con el ácido nucleico. —Zach se llevó un nudillo a los labios y se quedó pensativo un instante—. A no ser...

—Contacto —susurró Sam. Había estado asomado a través del agujero en busca de cualquier indicio de Alex o de Adira. Sacó su arma de mano y habló en voz baja, girando la cabeza por encima del hombro—. Soldados, código rojo.

Rocky y el Irlandés se desplegaron en posición defensiva a ambos lados del

agujero de la pared. A Zach se le revolvió el estómago solo de pensar en aquella enorme criatura abriéndose camino a través del túnel mientras ellos estaban atrapados en el interior. Retrocedió hasta que rozó con los hombros el sólido muro, apretando los dientes. No pudo contener el temblor que le aquejaba las manos, ni siquiera cuando las sostuvo en alto ante sí.

—Rocky, vigile. Irlandés, conmigo —ordenó Sam.

Pasó a través del agujero, seguido rápidamente por O’Riordan. Zach intentó retroceder todavía más, al tiempo que escuchaba el sonido de algo que se acercaba deslizándose hacia ellos.

—¡Ey! —Rocky volvió a guardar la pistola en su funda y se inclinó a través del agujero. Cuando volvió a incorporarse, Zach pudo ver que estaba sujetando el torso de un hombre inconsciente. Aquel tipo no llevaba casco y, a pesar de la mugre y la sangre seca, su rostro era claramente reconocible: el capitán de los HAWC. Zach sintió como si le hubieran cargado sobre los hombros un gigantesco saco repleto de piedras. Se adelantó unos pasos para ayudar.

Adira le lavó la cara a Alex. Lo hizo con movimientos suaves y dedicó más tiempo a limpiar la suciedad de su frente y de sus mejillas del que probablemente fuera necesario. *Bonito rostro*, pensó.

—Me parece que tienes muchas vidas, Alex Hunter —dijo cuando él abrió los ojos.

El HAWC se puso en pie con un respingo y miró a su alrededor.

—¿Dónde está?

Sam lo agarró por los brazos.

—Tranquilo, jefe. La señorita Szenes le pegó un patadón explosivo en el culo y el bicho salió corriendo de la cueva. Rocky y yo volvimos para inspeccionar el lugar de la reyerta. Allí no queda nada.

Alex se quedó mirando a Sam durante unos segundos, después hacia el agujero. Parecía estar escuchando. Se dio la vuelta rápidamente.

—Nos vamos de aquí. Ya. Sam, reúnalos.

—Entendido, jefe. Rocky, al frente. Doctor Shomron, quiero que vaya con él para buscar cualquier posible rastro de radiación. Yo iré por la izquierda; Irlandés, por la derecha. En marcha, soldados.

Adira desenfundó una de sus Barak y la dejó colgando junto a su costado. Se quedó mirando a Alex mientras este regresaba junto al agujero y asomaba la cabeza a través de él. De nuevo parecía estar escuchando. Al cabo de un segundo negó con la cabeza y se sacó dos cajas metálicas del bolsillo del cinturón. Tecleó varias instrucciones en cada una, después pegó una al exterior y otra al interior del agujero.

—Esa cosa sigue ahí fuera, ¿verdad? —preguntó Adira.

Alex la miró.

—Sí, está cerca. Le dejaremos una sorpresita. —Sonrió y señaló con un gesto de cabeza hacia las cajitas metálicas—. Sigamos.

El túnel era como una tumba; ningún goteo, crujido, ni siquiera el susurro ahogado de una brisa rompían el silencio. Situado al frente, Lagudi estaba avanzando rápida y cautelosamente. Zach, por contra, parecía tropezar con cada escombros, con cada montículo de polvo o con cada fragmento de roca con el que se cruzaba. Llevaba una pequeña linterna, pero dependían principalmente de la que Lagudi llevaba prendida de la pechera de su traje. Aunque tenía un rayo potente, creaba un conducto de luz que dejaba sin iluminar buena parte del entorno. Después de lo que se habían encontrado en el túnel exterior, resultaban demasiadas zonas sombrías para el gusto de Zach.

Se toparon con unos esqueletos al cabo de unos diez minutos de marcha por el túnel; cadáveres momificados desperdigados sobre el suelo polvoriento, con la piel apergaminada y replegada sobre sus bocas abiertas. *Ugh*, pensó Zach. Los esqueletos siempre lo perturbaban. Los tendones de la mandíbula se acortaban a medida que el cuerpo se descomponía, y en una atmósfera seca el proceso provocaba que la boca se abriera de par en par, dando la impresión de que estuvieran gritando. Aún quedaban largos mechones de cabello ralo pegados a algunos de los cráneos. Zach se estremeció y miró para otro lado. Sabía que eso de que el pelo y las uñas siguen creciendo después de la muerte era un mito; lo que ocurre es que a medida que el cuerpo se reseca y se encoge, el pelo parece más largo en comparación. Básicamente, la muerte es la muerte. Pero aun así... *Ugh*.

Rocky levantó una mano.

—Vamos a esperarlos.

Zach asintió y se metió las manos en los bolsillos para que dejaran de temblar. No tuvieron que esperar mucho. Al cabo de unos instantes, la luz de una linterna coloreó las paredes del túnel a medida que el equipo se aproximaba.

Adira se agachó sobre una rodilla al lado del esqueleto más cercano.

—No es muy antiguo. No tendrá más de cinco años, yo diría que incluso menos.

Rebuscó en los bolsillos y encontró unos cuantos cientos de riales, un peine y lo que antaño fuera probablemente una manzana envuelta en una servilleta; una última comida que nunca llegó a ser degustada. Se desplazó con premura hacia el siguiente, de cuya chaqueta andrajosa extrajo una cartera. Examinó los contenidos.

—Faribez ibn Yousef. Estudiante de la universidad de Teherán... Hmmm, yo diría que se trata de uno de los muchos que participaron en las protestas estudiantiles. Disparo en la cabeza y costillas destrozadas por impacto de arma de fuego. Estos tipos fueron ejecutados.

O’Riordan iluminó el muro que se alzaba por detrás de ellos. Ostentaba las marcas de docenas de balazos.

—Tiene pinta de que los pusieron en fila y los fusilaron aquí mismo.

Adira asintió.

—Lo más probable es que sean iraníes, quizá prisioneros o disidentes a los que obligaron a trabajar en la base secreta, para después eliminarlos en cuanto completaron el trabajo. Los muertos no hablan. Mucha gente desaparece en Irán por los delitos más nimios.

—Lo siento por ellos, pero para nosotros es un buen indicio —dijo Alex—. Significa que nos estamos acercando. Rocky, continúe. Deprisa y con sigilo.

Zach se dio cuenta de que mientras Alex los dirigía, no dejaba de mirar hacia atrás por encima del hombro, oteando en la oscuridad.

La criatura se aferró a la pared de la gruta y comprimió su cuerpo hasta adoptar un aspecto similar al de un enorme percebe cubierto de púas, con el caparazón apuntado hacia el interior de la caverna. El atronador estruendo de la explosión la había sobresaltado. Nunca había sentido un impacto parecido, ni un calor tan abrasador.

Aguardó antes de realizar su siguiente ataque. Pasaron horas hasta que volvió a extender sus apéndices oculares. Una criatura como ella no se quedaría esperando para asestar el golpe mortal. Se despegó velozmente de la pared.

Los pequeños animales habían desaparecido, sus rastros térmicos se desvanecían hacia el interior de los túneles.

El peligro había pasado. Ahora solo quedaba el hambre.

La criatura llegó hasta el agujero abierto en la pared del túnel. Los pequeños animales habían pasado a través de él hacia otra caverna.

Cuando se acercó, una luz parpadeó en una cajita situada a los pies del muro. Unas patas similares a las de una araña emergieron a cada lado de la caja, que salió disparada hacia el monstruo. La criatura apuntó con su larga probóscide negra hacia el veloz explosivo y, con certera puntería, lo roció con su saliva corrosiva. La caja siguió avanzando durante un segundo más, redujo el paso y después empezó a echar humo. Al cabo de otro instante se convirtió en un charco de piezas electrónicas de múltiples colores y acero licuado.

Cuando la criatura colocó una de sus gruesas patas exoesqueléticas sobre el borde del agujero, se activó una luz en la otra cajita. Este dispositivo estaba calibrado de forma distinta: sin esperas. La explosión lanzó al monstruo hacia atrás, rociando un radio de quince metros con metralla y provocando el derrumbe del muro de la cueva. Cayeron cientos de toneladas de granito, sellando el pequeño agujero y enterrando parcialmente al monstruo.

El estruendo resonó a lo largo de los túneles, rebotando en la distancia hasta quedar reducido a poco más que un susurro. Durante unos segundos, el silencio regresó a la gruta sasánida, después una lámina de granito del tamaño de la puerta de un coche salió volando por los aires, y varias rocas inmensas fueron empujadas a un lado como si fueran cajas vacías a medida que la criatura giraba sobre sí misma para incorporarse sobre sus patas segmentadas. Sus gruesas escamas cosmoides apenas habían quedado afectadas por los diminutos proyectiles dentados del explosivo, y el demoledor impacto de las toneladas de rocas solo la había aturcido durante unos instantes.

La criatura se aproximó cautelosamente a una sección lisa de pared alejada del lugar del desprendimiento, después embistió con una de sus garras de presa a una aceleración equivalente a más de diez mil unidades de gravitación y casi cuarenta kilómetros por segundo. Se produjo un estruendo a medida que la onda de choque se extendía a un lado y a otro de la caverna, que dejó a su paso un eco agudo que se extendió hasta pasados varios segundos. Pero la estructura molecular cristalina del granito resistió.

La bestia se encabritó sobre sus fornidas patas traseras. Desplegó su caparazón superior para dejar al descubierto sus dos garras de presa idénticas y las numerosas extremidades torácicas de menor tamaño que empleaba para aferrar a sus víctimas. Múltiples antenas y protuberancias con forma de abanico ondearon en el aire como si el monstruo estuviera sopesando su próximo intento. Sus apéndices oculares se extendieron y se movieron de forma independiente mientras evaluaba sus opciones.

Giró un ojo hacia el interior de la caverna, el otro lo siguió. El monstruo había tomado una decisión.

Una suave brisa se extendió por el túnel, trayendo consigo el olor de los pequeños animales a los que estaba siguiendo, y el irresistible rastro de radiación que la había atraído en un primer momento hasta allí. Percibió que había otras aperturas que le proporcionarían acceso al túnel; podría comprimir su cuerpo plano y dorsoventral para deslizarse a través de las grietas más estrechas.

Se lanzó al suelo y corrió entre la oscuridad, haciendo rechinar sus patas compuestas de quitina al hacerlas rozas entre sí a toda velocidad.

Alex vio a Zachariah pegar un respingo a causa de la explosión, y los HAWC se detuvieron en seco. Todas las miradas se dirigieron hacia él y después de vuelta hacia el túnel. Nadie habló; todos se quedaron escuchando. Alex sabía que todos eran conscientes de lo que significaba esa detonación: aquella cosa aún los estaba siguiendo.

Adira intentó interceptar la mirada de Alex, pero este la ignoró y se dio la vuelta hacia el oscuro túnel. Despejó su mente; la criatura seguía allí, pero ahora estaba lejos. Satisfecho, se dio la vuelta con una sonrisa adusta en el rostro.

—A ver, gente, la puerta trasera está cerrada. Ahora solo nos queda una salida: hacia adelante.

Rocky no parecía estar prestando atención, se había quedado con la mirada fija en aquel pasadizo oscuro.

—Vamos, Rocky. —El sonido de la voz de Sam lo sacó de su ensimismamiento, y echó a correr hasta situarse al frente, seguido a unos pasos de distancia por Zach, que avanzaba arrastrando los pies.

Pasados unos instantes más, el pequeño equipo llegó a un punto muerto: un muro formado por enormes bloques de piedra. Alex pudo percibir el zumbido de una maquinaria, posiblemente de un aire acondicionado.

Lagudi se agachó y presionó la oreja contra el muro.

—Puedo oír un zumbido parecido al de una lavadora.

—Puede que sea una lavandería iraní. —O’Riordan se rió de su propio chiste y examinó la pared—. Parece un bloque de hormigón con una mezcla de argamasa de inferior calidad. No tenemos más que desintegrar el barro que hay alrededor de estas piedras y podremos sacarlas con las manos. —Se palpó uno de los bolsillos de su traje—. Me queda suficiente gel explosivo como para realizar una descarga en círculo. Nos permitirá ejercer una vibración de alta intensidad sobre los ladrillos en un área de un metro veinte. Los hará saltar como si fueran los dientes de mi abuela. Denme cinco minutos. —Miró a Alex—. Está bien, tres.

Alex se acercó a Zachariah, lo agarró del brazo y lo condujo hasta alejarse unos cuantos pasos de los demás.

—Doctor Shomron, ¿recuerda cuando estábamos en la base y nos describió cómo el cuerpo del científico alemán había sido enviado de vuelta a nuestro universo? Si no hubiera regresado, ¿es posible que otra cosa pudiera haber ocupado su lugar..., para restablecer en cierto modo el equilibrio universal?

—Claro. Es solo una teoría, pero casi todo lo es cuando se habla de anomalías relacionadas con agujeros negros o materia oscura —dijo Zach con un encogimiento de hombros.

—Incluso desde el plano teórico, ¿hasta qué punto sería eso posible? —preguntó Alex—. ¿Cómo es posible que algo salga de un agujero negro? Pensaba que la materia solo se dirigía en una dirección...

—Por lo que sabemos hasta el momento, así es. Una vez que se traspasa el horizonte de eventos, nada puede regresar: materia, calor, luz, color, nada. Pero hay otra teoría que dice que los agujeros negros podrían ser umbrales, portales, que no son más que un extremo de un agujero de gusano. Yo, por mi parte, no creo en absoluto que la materia se destruya... o que pueda ser destruida. Durante más de cien años hemos tenido una teoría de conservación de la materia; ya sabe, esa que dice que la materia no puede ser creada ni destruida. Hoy en día se está cuestionando, pero mi punto de vista es que esa teoría sigue siendo razonable si consideramos a nuestro planeta, sistema solar o universo como sistemas cerrados más grandes.

—Vale, pero con lo del agujero de gusano, ¿se refiere a esos que provocan una deformación en el espacio?

—Sí, pero no solo en el espacio, también en el tiempo e incluso entre dimensiones. Y deformar tampoco sería el término apropiado. Sería más bien como tomar un atajo: una forma rápida de atravesar dos puntos en el espacio y en el tiempo dentro de nuestro universo, o entre múltiples universos. En términos más científicos hablaríamos de un túnel topológico no trivial en el espacio-tiempo. Pero me gusta más «agujero de gusano». Estoy convencido de que así fue como Hoeckler acabó en su patio trasero, a través de un agujero de gusano. —Zach asintió para sí mientras hablaba, gesticulando como si sostuviera un lápiz y estuviera dibujando unas ecuaciones matemáticas en el aire—. Tengo la teoría de que existe un gradiente osmótico que opera entre las realidades. La materia está equilibrada a nivel universal, y si la concentración en una realidad se descompone de repente, entonces el sistema intentará restaurar el equilibrio por varios medios. Por ejemplo, con un intercambio o una transferencia de una a otra. De hecho...

—Vale, vale, creo que lo entiendo —dijo Alex—. Ahora la pregunta del millón de dólares: ¿podría haber sido depositado algo aquí a través del extremo opuesto de un agujero de gusano? ¿Algo... vivo?

Zach miró a Alex con el ceño fruncido, después se le empezaron a desorbitar los ojos lentamente.

—Está sugiriendo que... ¡Sí! Sí, por supuesto, en teoría, sí. Yo mismo estaba empezando a pensar lo mismo. Esa criatura no puede ser producto de una mutación,

ya que es demasiado perfecta, demasiado eficaz. No había nada en esa cosa de lo que pudiera deducirse una deformidad, sino más bien... precisión.

Zach se acercó más a Alex y lo agarró del brazo.

—Esto es malo, muy malo. Significa que están abriendo agujeros negros y enviando materia a través de ellos... Y, de alguna manera, permitiendo que entre materia de vuelta. Supone un peligro inimaginable. ¿Y si llega hasta aquí alguna clase de infección, o una plaga parasitaria universal? Eso por no mencionar lo que podría causar el agujero negro por sí mismo. Debemos detener esto de inmediato. Debemos destruirlo.

Alex le dio a Zach una palmada en el hombro.

—Usted límitese a ayudarnos a encontrarlo, doctor Shomron. Después decidiremos qué rumbo tomar.

Un zumbido de baja frecuencia, seguido por el sonido provocado por un montón de arena al caer en grandes cantidades, señaló el fin de su conversación.

—Me parece que tenemos un salvoconducto, por así decirlo —dijo Alex con una sonrisa—. Veamos adónde nos lleva.

Regresó con el grupo, dejando a Zach plantado en la oscuridad. Alex no necesitó ver el rostro del científico para saber que estaba preocupado.

Los HAWC procedieron de forma sigilosa y eficiente en la oscuridad, extrayendo los bloques de hormigón hasta obtener un agujero de aproximadamente un metro veinte de diámetro. Mantuvieron su posición, esperando, atentos al más mínimo indicio de alguna presencia. Al cabo de unos minutos, Alex indicó con un ademán que avanzaran. Se habían abierto camino a cerca de medio metro de altura de un suelo húmedo y sucio que se extendía a través de un túnel flanqueado por tuberías. El aire frío fue como un bálsamo al chocar contra sus rostros sudorosos y manchados de polvo, pero no había tiempo para descansar. El chirrido del aire acondicionado se había vuelto más estridente ahora que habían traspasado el muro. Unos fluorescentes defectuosos proyectaban cada pocos metros un resplandor blanco a lo largo del túnel.

Lagudi fue el primero en pasar y se adelantó para ofrecer cobertura a los que venían detrás. Uno por uno, los demás reptaron a través del agujero, con Alex a la zaga. Alzó a O'Riordan sobre su cabeza para que el HAWC pudiera apagar el tubo de luz próximo al agujero de la pared, para que así la abertura resultara menos visible.

Los HAWC avanzaron rápidamente a través del túnel en fila de a uno hasta que llegaron a un cruce de pasillos. Los letreros iraníes carecían de sentido para todos menos para Adira, que señaló hacia uno que indicaba tanto el ascensor como la salida.

Evitaron el ascensor; si los estaban persiguiendo, nadie quería que los apresaran en una caja de acero incrustada en una tubería vertical de hormigón. La puerta de incendios de madera maciza que se encontraron era anticuada y de escasa

complejidad desde el punto de vista técnico. El grueso marco y el revestimiento de acero de la cerradura estaban sellados; mal asunto en caso de incendio. Lagudi dijo que podría forzarla en menos de dos minutos. O’Riordan aseguró que podría volarla en menos de uno. Alex negó con la cabeza y agarró el picaporte. Ejerció una presión tremenda sobre el marco, y la fue incrementando progresivamente hasta que oyó el chasquido de algo que se astillaba. La puerta se abrió.

—Anda, parece que se la dejaron abierta —dijo, y le guiñó un ojo a Sam, que lo miró con cara de «Sí, claro».

Ahora los HAWC estaban avanzando a ciegas; ni las redes de información americanas ni las del Mossad habían conseguido obtener ningún dato acerca del interior de la base Jamshid II en Arak. Alex sabía que no tenían tiempo para realizar un barrido de todos los pisos que componían aquellas instalaciones, así que se guió por el diseño que una base así habría tenido en Occidente: el primer nivel para las salas de reuniones; un segundo nivel para los científicos, donde probablemente estarían más protegidos; niveles inferiores para almacenaje y quizá para los aposentos del personal.

—Nivel dos —le dijo a su equipo.

Subieron por las escaleras como si fueran espectros. Solo se detuvieron cuando oyeron que el ascensor estaba bajando, pero al ver que pasaba de largo reanudaron su apresurada subida.

Al Janaddi se encontraba en la estancia de la esfera, gritando instrucciones, cuando lo interrumpió un guardia.

—Profesor Al Janaddi, una de las alarmas de los sensores de movimiento se ha activado en el nivel cinco —le informó aquel soldado joven y barbudo—. Hay movimiento en el subsótano oriental.

—Aggh, ¿y ahora qué? —bramó Al Janaddi—. No puedo encargarme de todo personalmente. Seguramente sean ratas. Envíe a algunos de los chiflados de Bhakazarri para que las cosan a tiros. ¡Estoy ocupado!

El soldado se dio media vuelta y se marchó. Ahmad al Janaddi estaba a punto de girarse hacia los monitores cuando se detuvo. ¿Podría tratarse de los intrusos de los que supuestamente debían protegerlos los takavaran? ¿Y si eran agentes americanos venidos para robar su trabajo? Puede que conocieran su potencial y lo quisieran para ellos.

Frunció los labios y se dio unos golpecitos con un dedo rollizo. No necesitarían robarlo: él estaría encantado de entregárselo a cambio de irse con ellos. Después de todo, él era el secreto del proceso, no las máquinas. No tendría más que facilitarles un poco las cosas. El subsótano no tenía cerraduras electrónicas, pero en todos los demás sectores...

Al Janaddi echó un vistazo rápido por encima de su hombro. No había guardias

en la habitación y todos los técnicos estaban abstraídos en la preparación de la prueba. Deslizó los dedos sobre el teclado y accedió al panel de seguridad electrónica de Jamshid II. *Bastará con abrir unas cuantas puertas*, pensó mientras cambiaba las lucecillas de seguridad del verde al rojo.

Aunque no pudo oír el zumbido de las cerraduras electrónicas al abrirse, se las imaginó realizando la operación por toda la base. Ahora las puertas estaban abiertas para todos... y para todo.

Al Janaddi apagó la pantalla y volvió a mirar por encima del hombro. Satisfecho, sonrió y después movió los labios para volver a practicar:

—Hola, vivo en Nueva York. ¿Qué tal está usted?

»¿Qué tal te va? Vivo en Nueva York.

»Ey, colega, soy neoyorquino.

Los takavaran no necesitaron mucho tiempo para localizar la abertura en la pared. De los cincuenta soldados desplegados por el interior de la base Jamshid II, diez habían sido enviados al nivel inferior. Makhmoud Ajhban, el jefe de escuadrón, llamó al jefe de unidad para informar de la intrusión a través de la pared, y este ordenó a todos sus hombres que se dividieran en equipos de diez miembros y realizaran una búsqueda piso por piso.

Ajhban envió a ocho hombres a través del agujero para investigar si había algún agente enemigo más en el interior. Esperaba que así fuera; no dudaría en lanzar a sus hombres contra lo que se les pusiera por delante. Aquel corpulento takavaran estaba deseando romper el aburrimiento de lo que, hasta entonces, había sido un trabajo de niñera en mitad del desierto.

Los ocho hombres accedieron cautelosamente al túnel. Apenas contaban con pequeñas linternas de mano frente a la oscuridad, que los envolvió como una cortina de terciopelo en cuanto se alejaron del agujero de la pared. Akhbin Ramsheed se agachó y examinó el suelo de la gruta. Múltiples pisadas se adentraban en el túnel polvoriento. Una comitiva de al menos cinco, quizá seis, militares. Todos corpulentos, con una excepción: un joven o quizás una mujer. Sonrió ante la idea de capturar a una mujer occidental.

Los takavaran atravesaron la habitación de los esqueletos sin detenerse. Aquellos hombres habían sido testigos de muertes violentas cientos de veces y unos cuantos cadáveres más no llamaban su atención. Se detuvieron ante las rocas caídas y contemplaron en silencio las huellas que desaparecían en su interior. Ramsheed palpó la fría superficie de granito: aquellas rocas ancestrales habían sido destrozadas hacía poco. *Recién voladas*, pensó. Sintió un cosquilleo en el cuello, miró en derredor y comenzó a olisquear. Flotaba en el ambiente un olor dulzón, como a vinagre y a fruta pasada.

Fue entonces cuando oyeron los chasquidos, como si alguien estuviera cepillando una alfombra con todas sus fuerzas. Ramsheed silbó a modo de señal y sus hombres se colocaron en una formación defensiva de espalda con espalda, con las linternas colocadas encima de sus pistolas y extendidas en alto para proyectar tenues haces de luz amarillenta entre la penumbra.

La criatura ya estaba allí, inmóvil, a escasos metros de Ramsheed. En la oscuridad la había confundido con una enorme estalagmita. Incluso cuando proyectó de pleno su linterna sobre aquella silueta reluciente y gigantesca, su cerebro se negó a asimilar lo que estaba viendo.

Una garra enorme salió disparada y lo abrió en canal desde el ombligo. Sus compañeros quedaron bañados por una cálida lluvia de sangre.

Los soldados dispararon de inmediato, pero sus balas rebotaron sobre la dura coraza sin provocar efecto alguno. Una única bala penetró entre los cartilagosos segmentos articulados hasta alcanzar el cuerpo, ligeramente más blando, del monstruo. El proyectil no tenía el tamaño suficiente como para provocarle ningún daño significativo, pero la punzada de dolor enfureció a la criatura. Se movió a velocidad vertiginosa entre medias de la unidad, escupiendo su veneno corrosivo y golpeando con sus garras hasta que seis cuerpos licuados o partidos en pedazos quedaron tendidos sobre el suelo del túnel. Los dos hombres restantes corrieron por sus vidas hacia el agujero de la pared. Uno consiguió lanzarse en plancha a través de él, pero el otro fue presa de un abrazo mortal.

La criatura separó las mandíbulas y extendió el tubo con el que se alimentaba para insertarlo lentamente en la tierna base del cuello de aquel hombre. Sus estremecedores alaridos se convirtieron en un gorgoteo sofocado. Su cara y su torso comenzaron a colapsarse a medida que sus entrañas se disolvían y eran absorbidas fuera de su cuerpo.

Makhmoud Ajhban golpeó al balbuciente hombre en pleno rostro para intentar que hablara con más coherencia. No tenía tiempo para tonterías; había escuchado los disparos y los gritos procedentes del interior del túnel y necesitaba información. El aterrorizado takavaran tenía la barbilla cubierta de esputos y los ojos propios de un caballo que está a punto de salir huyendo. Estaba farfullando algo sobre Azi Dahaka, un monstruo ancestral de las leyendas persas con el que asustar a los niños y a los viejos cabreros en las noches oscuras. Azi Dahaka, el dragón lacerante, era un temible demonio procedente de los albores de la creación, un monstruo cornudo con la cola de un escorpión y un enorme cuerpo acorazado. Se decía que se alimentaba de hombres y caballos, y que acabaría por destruir el mundo. Azi Dahaka fue derrotado en combate por un gran guerrero que lo dejó ciego y lo encadenó debajo de una montaña.

Ajhban estaba a punto de volver a golpear a aquel soldado inútil cuando un ruidito procedente de la abertura en la pared del túnel atrajo su atención. Dos apéndices de treinta centímetros de longitud aparecieron a través del agujero, seguidos por una cabeza cerosa e insectoide, con forma puntiaguda en un extremo, bajo la que se desplegab a una enorme giba acorazada.

El cascarón verde oscuro de aquella cosa estaba salpicado de sangre fresca, y mientras Ajhban la observaba, la parte frontal de su rostro se escindió para revelar la punta de un estilete negro que se balanceaba adelante y atrás. A medida que el estilete se replegaba, goteó más sangre de sus fauces oscuras y cubiertas de pelillos. Los bulbos negros que tenía por ojos se quedaron fijos sobre los dos takavaran restantes, y

la criatura se encaramó para acceder al pasadizo y se posó cabeza abajo sobre el techo como si fuera una especie de cucaracha plana y gigantesca.

Ajghan había visto suficiente. Tiró sin miramientos al espasmódico soldado al suelo y se dio la vuelta para correr.

La criatura se lanzó sobre el hombre caído y lo agarró. Desplegó la parte frontal de su torso y aferró al soldado, pese a sus forcejeos, contra su pecho, como si fuera un saco relleno de carne, sirviéndose de una serie de extremidades torácicas más pequeñas. En todo momento mantuvo los apéndices de sus ojos fijos sobre el jefe de escuadrón, que corría por el pasadizo. Para un cazador, una presa a la fuga resulta irresistible. La criatura salió disparada detrás de él, sabiendo que podría alcanzarlo con facilidad.

La robusta puerta blanca que conducía desde las escaleras al nivel dos no tenía cerradura, solo una barra fijada en una plancha de acero. Se abrió sin oponer resistencia en cuanto Sam empujó ligeramente el picaporte. Los HAWC la atravesaron a toda velocidad y se desplegaron a ambos lados del umbral.

Todo despejado.

Se encontraban en un pasillo immaculado de paredes relucientes con azulejos blancos y un techo que tenía focos empotrados cada pocos metros, dotándolo de un resplandor quirúrgico. *Bien, eso significa que estamos en el piso apropiado o muy cerca, pensó Alex.*

—Estén alerta —ordenó a su equipo. Sabía que cuanto mejores fueran las instalaciones, mejor sería la seguridad, y contaba con que allí sería formidable, teniendo en cuenta lo que habían encontrado en la base de Persépolis. Les indicó que avanzaran con un gesto.

Jamshid II se basaba en el diseño circular de un silo: la mayor parte de las habitaciones importantes estaban situadas en el centro, y las salidas y el almacenaje en el exterior. Sabía que si continuaban avanzando por el curvado corredor acabarían regresando al punto de partida: no habría esquinas ni callejones sin salida. Un diseño ideal para la vigilancia, y no tanto para una infiltración de las Fuerzas Especiales.

Alex sostuvo un puño en alto para indicar a su equipo que se detuviera. Apuntaron con las pistolas a un lado y a otro del curvado corredor mientras los hombres esperaban su señal de proseguir o retirarse. Adira se situó por delante de Zach para protegerlo entre su cuerpo y la pared. Ralentizaron sus respiraciones; todo estaba tranquilo y en silencio.

Alex pudo percibir algo. El piso no estaba vacío —contaba con ello—, pero la presencia era... extraña. Le alivió percibir que no se trataba del monstruo, sino de algo humano... o casi. Parecía prisionero o amarrado de alguna manera. Estaba vivo, más bien moribundo. Lo habían torturado y deseaba... dejar de existir.

Quizá sea un prisionero. Podría resultar útil.

Alex despejó su mente y escuchó con más atención; asimiló su entorno. Cerró los ojos y se concentró. Gruñó en voz baja: *duele*. El dolor estalló en su mente como el oleaje de una marea roja y se extendió por la parte trasera de su cuello. Se formó una imagen que no tardó en desvanecerse, y el contacto se disipó como un sueño.

Alex inspiró y espiró lentamente. Poco a poco, la ira que había prendido en el interior de su cráneo se debilitó y se fue apagando hasta convertirse en ascuas humeantes. Abrió los ojos y parpadeó. Pasaron unos segundos hasta que se le despejó la visión.

—¿Cómo va, jefe? —susurró Sam por detrás de él, manteniendo la mirada fija en el pasillo.

—Bien. Estén alerta. Hay alguien más adelante.

Alex les hizo un gesto para que siguieran y los miembros del equipo avanzaron sigilosamente, manteniéndose pegados a la pared interior.

Había una puerta tras otra y poco más. Alex estaba convencido de que, entre los dos, Sam y el Irlandés podrían abrir cualquier barrera con la que se toparan. Pero hasta el momento no había nada cerrado. Durante diez minutos, los HAWC avanzaron por el pasillo examinando habitaciones; no encontraron nada salvo despensas vacías y austeras celdas cuadradas que contenían una cama, un retrete y un lavabo. Ninguna de ellas tenía pinta de haber sido utilizada.

Hasta que Lagudi abrió una de las puertas.

—¡Hostia puta! —Retrocedió desde el umbral hasta caer al suelo y se lanzó hacia la pared contraria, apuntando al frente con su pistola. Con la otra mano se santiguó y después señaló al frente.

Alex sacó el arma, señaló a Sam y a O’Riordan, y después en ambas direcciones a lo largo del pasillo. Cada uno se situó en un extremo del corredor, a tres metros de Alex y del resto del equipo.

Rocky se había puesto en pie y tenía la respiración entrecortada. Alex le dirigió una mirada que provocó que el bajo y fornido HAWC asintiera y gesticulara con los labios que se encontraba bien. Seguía apuntando con la pistola hacia la puerta abierta.

Alex pudo sentir unas oleadas de angustia y autodesprecio que emanaban de la habitación. *Nuestro prisionero*, pensó mientras cruzaba el umbral.

Aunque el interior estaba oscuro, un intenso haz de luz procedente del pasillo iluminaba algo que estaba apoyado encima de la cama. Apenas podía considerarse un cuerpo humano; estaba compuesto por una masa que emitía destellos rojizos, como si un millar de arterias se hubieran desgarrado y lo hubieran bañado con sangre pegajosa y otros fluidos corporales. El prisionero se estremeció, probablemente de miedo.

Alex necesitó hacer acopio de toda su determinación para mirar a aquel ser a la cara. Si no se estuviera moviendo, le habría costado creer que estaba vivo. Su cuerpo parecía desgarrado y estirado, como si hubiera sido sometido a una terrible tortura. Su lengua sobresalía como el capuchón de un champiñón enorme, y de la amplia

hendidura que conformaba su boca emergió un gemido ahogado.

Alex enfundó su pistola. Casi de inmediato la cosa comenzó a incorporarse. Alex volvió a ralentizar su respiración, no solo para templar los nervios, sino también para reducir la ingesta del nauseabundo olor que flotaba en la habitación. Al estar más cerca, ahora pudo ver que la criatura tenía unos fragmentos de metal incrustados en la piel; no se trataba de metralla, sino de algo que parecía haberse fundido con su cuerpo. Un apéndice largo y delgado (Alex pensó que podría tratarse de un brazo) se alzó hacia él.

—¿Entiendes lo que digo? —preguntó Alex, extendiendo su mano. La extremidad, de color blanco rojizo, rozó las yemas de sus dedos... y una imagen comenzó a formarse en la mente de Alex.

—*Ai-yish!* —Adira había entrado en la habitación. Masculló algo más en hebreo y después sacó su pistola. Alex hizo un movimiento circular con la mano para adelantarse al movimiento de la capitana y le arrebató el arma.

Su contacto con aquel ser deforme se rompió y la criatura se desplomó como una ola sobre la orilla.

Alex se dio la vuelta hacia Adira.

—Esta co... esta persona no es peligrosa. Haz pasar al doctor Shomron.

Adira se quedó paralizada durante un instante, con un gesto de repulsa. Alex le devolvió su pistola.

—Y espera fuera —le dijo. Adira emitió un sonido gutural y se marchó.

Zach entró rápidamente en la habitación, tambaleándose ligeramente. Alex supuso que Adira le habría pegado un empujoncito por si tenía alguna reticencia para entrar. El científico se quedó parado con la boca abierta y contempló la escena durante varios segundos antes de susurrar:

—*O Elokim Yerachem*; oh, Dios mío. ¿Cree... cree que nos entiende?

—Eso creo, pero dudo que nosotros lleguemos a entenderlo a él. Su boca no funciona bien.

Alex dio un paso al frente y la cosa se incorporó ligeramente para retroceder hacia la esquina. Alex hizo un gesto para que no se preocupara y le dijo a Zach:

—¿Podría ser este el resultado de la proximidad a un agujero negro?

Zach se colocó un puño sobre la nariz para enmascarar el olor.

—Sí, la espaguetificación: la elongación teórica de la estructura atómica de la materia. En realidad no son más que conjeturas astrofísicas... o eso pensaba antes. —Negó con la cabeza—. Ni siquiera debería estar vivo. Olvídense de la deformación gravitatoria; la irradiación a la que debió de verse sometido tendría que haber alcanzado un nivel de desintegración molecular. Debió de contar con algo que lo protegiera de los peores efectos de la radiación. Tiene suerte de estar vivo.

Alex miró a Zach con una ceja enarcada y el joven israelí se dio cuenta de lo que había dicho.

—Lo siento, no me refería a tener suerte en ese senti...

—No importa, olvídelo. ¿Cree que se trató de un accidente? ¿De alguna clase de efecto secundario?

Aquel desdichado ser estaba tendiendo de nuevo un apéndice largo y despellejado. Alex tocó aquel tentáculo carnoso con los dedos mientras lo ondeaba hacia él.

—Es un efecto, eso seguro —respondió Zach, que retrocedió mientras Alex y la criatura establecían contacto—. Pero aún no tengo datos suficientes sobre lo que están haciendo como para saber si se trata de un efecto secundario o del resultado final. La cuestión es que las colosales fuerzas con las que están experimentando podrían erradicar la mayor parte de la vida del planeta, dejando a los supervivientes en un estado... similar a este.

Zach retrocedió un poco más.

—¿Quién era?

Alex sintió el tacto suave y húmedo de aquel tentáculo alargado cuando se le pegó a las yemas de los dedos.

—Quizá un sujeto de prueba, un voluntario..., quién sabe. Hay gente que sacrifica todo lo que tiene por aquello en lo que cree.

—Sí. Sí, comprendo el concepto de sacrificio —dijo Zach, que ya estaba cerca de la puerta.

Una imagen se proyectó en la mente de Alex, tan nítida que el suceso podría haber estado teniendo lugar ante sus propios ojos. Un joven atractivo con un traje azul de corte barato, con camisa blanca almidonada y sin corbata, situado al lado de una chica con una piel hermosa del color de la miel. Un pañuelo azul cubría el cabello de ella. El hombre la miró y sonrió al notar cómo la muchacha le apretaba la mano. Alex sintió las emociones de aquel joven: un amor tan fuerte que provocó que la oleada de tristeza que llegó a continuación resultara todavía más angustiosa.

La imagen se tornó borrosa, hubo un episodio de náuseas y de dolor, después una oscuridad absoluta y un frío equivalente al del espacio exterior. La luz regresó, pero cambiada, distorsionada y difusa. Aquel hombre estaba de vuelta, solo, y ya ni siquiera era un hombre.

Alex fue a soltarle la mano, pero el largo y delgado tentáculo lo sostuvo con fuerza. El joven quería compartir una última imagen. Alex miró hacia su ojo lechoso y alargado, y asintió para confirmar que lo había entendido.

—Gracias, doctor Shomron —dijo en voz baja, girando la cabeza por encima del hombro—. Reúnase con los demás. Saldré enseguida.

Cuando Zach salió de la habitación, Alex desenfundó su cuchillo más largo y dio un paso al frente.

Alex salió de la habitación con una expresión tan dura como una losa de piedra. Tenía sangre en la manga y podía sentir una profunda ira bullendo en su interior. No a causa del piadoso acto de ejecución que acababa de realizar, sino dirigida contra la gente que le había producido esas terribles lesiones a aquel pobre hombre y después lo había mantenido con vida, prisionero y consumido en su propia inmundicia. *Esta tecnología del agujero negro no debería poseerla ningún país*, pensó.

Realizó un pequeño gesto giratorio en el aire y señaló hacia la puerta por la que habían entrado antes. Los HAWC desenfundaron de inmediato sus armas y se dirigieron sigilosamente hacia la salida. El segundo piso estaba despejado, así que ya no hacía falta tanta precaución y sí más rapidez. Sam agarró a Zach y tiró de él para que se pusiera en marcha.

Mientras los HAWC doblaban la última curva del pasillo, allí aparecieron, saliendo del ascensor: los diez takavaran que habían sido asignados para inspeccionar aquel piso en busca de intrusos. Se desplegaron en abanico para cubrir la puerta de salida hacia las escaleras, después se detuvieron en cuanto avistaron a los americanos.

El tiempo pareció alargarse mientras la sorpresa dejaba paralizados momentáneamente a ambos bandos. Siguiendo una orden de Alex, los HAWC fueron los primeros en reaccionar. Les ordenó que embistieran hacia la salida en lugar de retirarse por donde habían venido; no podían permitirse quedar atrapados y verse envueltos en un tiroteo en aquel piso.

Cuando los HAWC avanzaron velozmente hacia la puerta, los takavaran sacaron sus armas y corrieron a reunirse con ellos. Ninguno se molestó en contactar con los demás equipos.

Lagudi fue el primero en cruzar la puerta, después Sam, que llevaba a Zachariah del brazo para asegurarse de que siguiera el ritmo de los demás, seguido por O'Riordan, que se detuvo un instante para mantener la puerta entornada para Alex y Adira, que iba rezagada.

Adira era rápida, pero no podía igualar la velocidad de los HAWC. Estaba a punto de alcanzar la puerta cuando una bala le impactó en la parte superior del hombro. La armadura acorazada la protegió de la fuerza perforadora del proyectil, pero no de la energía del impacto. Se vio impulsada hacia un lado y lanzada contra la pared, y se llevó un golpe en la mejilla. Cayó al suelo, sin perder la consciencia, pero aturdida y desorientada.

Alex le gritó a Sam que asegurase la subida hacia el siguiente piso, después se agachó junto a Adira. Levantó su pistola y disparó dos veces cuando el escuadrón takavaran al completo ocupó el pasillo. Dos balas, dos impactos en la cabeza, dos

bajas, pero un tercer hombre había lanzado una granada incendiaria. Para Alex, el tiempo se ralentizó mientras veía cómo aquel bote metálico y opaco se aproximaba por el aire dando una lenta voltereta.

Calculó sus opciones: sabía dónde iba a caer la granada, sabía cuánto tiempo le quedaba hasta que detonara, y también el que tardaría en coger el explosivo. Pudo ver a los takavaran por el rabillo del ojo, que o bien estaban pegándose a la pared del pasillo con las pistolas desenfundadas, o retrocediendo para alejarse del radio de la explosión. Alex absorbió toda la información y supo que no podría neutralizar la granada y al mismo tiempo mantener a Adira, que seguía aturdida en el suelo, a cubierto de los disparos. Tomó una decisión.

Con un único y vertiginoso movimiento, cogió a Adira, la estrechó contra su pecho y le rodeó la cabeza y los oídos con un brazo. El otro se lo pasó por detrás de su propia cabeza, y lo extendió tan abajo como pudo del blindaje acorazado que le protegía los hombros. Se inclinó hacia la pared, encogido, dejando expuesta ante los takavaran y el explosivo tan solo la parte superior de su cuerpo, prácticamente blindada. Sintió los impactos de las balas sobre las placas que le cubrían la espina dorsal: cada uno de aquellos potentes golpes le hizo rechinar los dientes de dolor y de rabia. Sintió que una puerta se abría en su interior, y una voz que parecía la suya propia gritó desde las profundidades.

Se desató la explosión. Alex recibió en el cuello y en la espalda los golpes provocados por cientos de miles de kilos de explosión percutora, y quedó chamuscado por una abrasadora lengua de llamas blancas y anaranjadas. Alex sintió cómo las placas y el revestimiento fortalecido de su uniforme se separaban y empezaban a arder, pero no le importó. Estaba vivo, y también Adira. Por ahora. Sabía que apenas le quedaban unos segundos antes de que se despejara el humo y los takavaran volvieran a tenerlos a la vista. No podría proteger a Adira siempre, y otra explosión, a menor distancia, supondría el fin de los dos.

Alex supuso que los takavaran creerían que no habría supervivientes. ¿Cómo podría haberlos con lo cerca que se había producido la explosión? Durante unos segundos seguiría contando con el factor sorpresa. *Mi turno*, pensó.

Sacó su arma de su funda y cogió también una de las de Adira, después se dio la vuelta hacia el túnel lleno de humo. Su visión potenciada captó las imágenes de los soldados de las Fuerzas Especiales iraníes con nitidez, pese a que él seguía siendo invisible para ellos. Dejó a Adira en el suelo, y al hacerlo se dio cuenta de que le temblaban los brazos; no a causa del miedo ni del esfuerzo, sino de la rabia que estaba creciendo en su interior. Debía concentrarse y liberarla. Ahora.

Los iraníes se movieron cuidadosamente hacia el centro del pasillo, algunos volvieron a enfundar sus armas. Acompañado por los aleteos de su uniforme destrozado y humeante, Alex emergió de entre el humo como un coloso en llamas. Dos takavaran cayeron con dos precisas heridas de bala antes de que hubieran cerrado siquiera la boca que habían abierto a causa de la sorpresa, y después Alex se situó

entre los demás, usando sus pistolas a modo de bates para aplastarles los cráneos y quebrar sus cuerpos como si fueran astillas.

De los diez takavaran que habían entrado en el nivel dos, pronto solo quedaron cuatro. Su retirada por el pasillo estuvo marcada por el pánico y la desorganización. Uno de ellos mantuvo su posición y encañonó a Alex, pero sus disparos no tenían ninguna posibilidad de impactar contra aquel HAWC que se movía como un relámpago.

Hunter persiguió a los hombres a la fuga, agarrando por el camino al takavaran que le disparaba y lanzándolo como si fuera una roca contra las espaldas de los soldados que corrían. El cuerpo salió volando y se estrelló contra una puerta de acero justo cuando los tres últimos hombres la atravesaron, dejando una pequeña abolladura y una enorme mancha de sangre sobre su superficie metálica.

Alex cubrió en segundos la distancia que lo separaba de la puerta, después se detuvo, con la mano apoyada sobre el picaporte de acero. *¡Espera!* No podía seguirlos, aun cuando su rabia le instaba a darles caza y aniquilarlos. No podía dar rienda suelta a su sed de sangre mientras la misión no estuviera completada. Golpeó la puerta con el puño cerrado, dejando otra abolladura sobre la superficie de acero y provocando un estruendo metálico que resonó por todo el pasillo. Inspiró profundamente y dejó escapar el aire a través de los dientes apretados. Su frecuencia cardíaca y respiratoria estaban regresando a la normalidad. Colocó una araña en el marco de la puerta y volvió corriendo al lugar donde había dejado a Adira.

A mitad de camino estuvo a punto de chocar con Sam.

—No hay tiempo para admirar las vistas, jefe —bromeó Sam—. El piso de arriba es nuestro destino.

El HAWC estaba intentando mantener la calma, pero Alex parecía recién salido del infierno: tenía el uniforme quemado y hecho jirones, y el revestimiento cerámico que le cubría la espalda había desaparecido por completo. La parte frontal del traje estaba intacta, pero las placas del pecho y del abdomen estaban arañadas y cubiertas de hendiduras a causa de la metralla y los impactos de bala.

Alex echó un vistazo rápido por el pasillo y Sam se dio cuenta de que tenía la piel del cuello en carne viva. Tenía los antebrazos húmedos a causa de la sangre, y sus ojos centelleaban en su rostro manchado. La sangre que bañaba su cuerpo no parecía suya.

—Tenemos a la señorita Szenes —prosiguió Sam—. Tiene dolor de cabeza y una mejilla inflamada, pero se pondrá bien. Dice que quiere que le devuelvas la pistola.

Alex soltó una carcajada sin rastro de humor.

—Solo les estaba presentando mis respetos a nuestros anfitriones, Tío. Me parece que no se alegraron de vernos.

Alex recargó su pistola y la enfundó, después se metió la Barak de Adira en el cinturón. Se quedó mirando sus manos manchadas de sangre y se las limpió bruscamente en los pantalones. Sam se sacó de un bolsillo el paño que usaba para

limpiar la pistola, se lo entregó y dijo:

—La cara.

Alex cogió el paño y se lo restregó por los ojos. Cuando los abrió de nuevo, seguían teniendo una expresión adusta y oscura, con las pupilas totalmente dilatadas. Sam comprendió que la milagrosa química de Alex estaba cargada al máximo.

—Muy bien, soldado —dijo Hunter—, supongo que hemos anunciado que estamos aquí. Es hora de darles un poco de caña.

Al otro lado de la curva del pasillo resonó una explosión. Alex miró por encima del hombro.

—Siempre me gustaron las arañas —dijo—. En marcha.

El Irlandés pasó un brazo por los hombros de Adira mientras esta se incorporaba y bebía agua. Con un paño húmedo le limpió la sangre que le manaba de un rasguño en la mejilla. Echó un vistazo rápido en derredor para comprobar si había alguien mirando o escuchando.

—Se pondrá bien —dijo—. Se ha llevado un buen golpe, pero el pómulo está bien y no creo que tenga ninguna contusión. Me quedan unos cuantos analgésicos.

Adira negó con la cabeza y se puso lentamente en pie, apoyándose todavía en él.

O’Riordan miró hacia el lugar donde Rocky y Zach estaban inspeccionando las escaleras y le susurró a Adira:

—Gracias, señorita Szenes, por... eh... tirar de mí para sacarme de esas cuevas de ahí detrás. No sé lo que ocurrió, pero los chicos me contaron que usted impidió que esa cosa me convirtiera en una brocheta...

Adira levantó una mano para hacerlo callar.

—Usted habría hecho lo mismo por mí. Nos parecemos más de lo que cree, Francis «Irlandés». O’Riordan.

El Irlandés sintió un rubor en el rostro. Se limitó a asentir con la cabeza.

Ahmad al Janaddi maldijo en farsi mientras contemplaba el panel de seguridad. Había luces de alerta y alarmas aullando por todo el complejo: alertas de intrusos, actividad en los sensores de movimiento en zonas que deberían haber estado vacías, incendios desatados en el nivel cinco y después en el nivel dos... *Demasiado ruido*, pensó. Desactivó tantas alarmas como pudo desde su panel de control, hasta que el estruendo fue amainando gradualmente y las palpitantes luces rojas se volvieron a poner verdes.

El científico se apartó del escritorio, con los ojos entornados mientras le daba vueltas a sus pensamientos. Sería ideal que el presidente permaneciera ajeno a lo que estaba ocurriendo hasta que los americanos tuvieran las cosas bajo control. Y si de alguna manera se las arreglaban para capturar al presidente, nadie se atrevería a atacarlos. Al Janaddi sonrió; pronto podría estar viviendo en Norteamérica. Aquel pensamiento lo hizo estremecerse desde el pecho hasta los dedos de los pies.

Le estaba dando la espalda al panel cuando su rostro mudó de expresión. *¿Y si no son los americanos? ¿Y si son los israelíes? Nos matarán a todos.*

Echó mano del teléfono de su escritorio, habló rápidamente y estampó el auricular sobre la base cuando terminó. Había dado instrucciones a su equipo de seguridad para que le informaran inmediatamente en cuanto avistaran a los intrusos. Si eran americanos, los guiaría directamente hasta la habitación de la esfera. Si no lo eran, simplemente volvería a asegurar la base y a dejarlos atrapados en uno de los pisos donde el personal de seguridad de Jamshid II o los fanáticos de los takavaran se encargarían de ellos.

El presidente Moshaddam tomaría tierra en quince minutos, y Al Janaddi calculó que necesitarían al menos una hora para realizar la demostración del Evento del Juicio y completar la visita del presidente. *Alá, dame presteza*. Necesitaba más tiempo, pero no se atrevía a intentar dilatar las cosas con el presidente. Aquel hombre parecía capaz de asomarse a la mismísima alma de uno y oler el engaño. No había nada que pudiera hacer ahora salvo rezar por haber tomado la decisión correcta.

Al Janaddi se acercó lentamente a un armario blanco empotrado en la pared y abrió uno de los cajones inferiores. Sabía que si se había equivocado al tomar su decisión, estaría acabado. Pero si había elegido bien... En fin, lo mejor era estar preparado. Manteniéndose de espaldas a la habitación, metió la mano en el cajón y cogió un pequeño dispositivo del tamaño de su pulgar. Se irguió y se metió los puños en los bolsillos de la bata, después regresó junto a su panel con paso anquilosado. *Tranquilo*, pensó. Introdujo el dispositivo de almacenamiento masivo en el puerto principal del panel. Una caja de diálogo, «Guardar S/N», apareció en la pantalla. Giró la mitad del cuerpo, esforzándose por usar la visión periférica de su ojo derecho. Cuando comprobó que no había nadie mirando, volvió a darse la vuelta y pulsó «S».

Apareció una barra en la pantalla que empezó a subir como un termómetro tirado al sol en verano.

Solo tardó unos pocos minutos, pero para el menudo científico fue como si el tiempo se hubiera ralentizado y la pantalla estuviera alertando a gritos de su traición con sus tonos verdes fosforescentes.

—Oh, misericordioso Alá, cuida de mí —susurró cuando se completó el volcado de datos. Sacó rápidamente el dispositivo del panel y se lo volvió a guardar en el bolsillo.

Al Janaddi enderezó la espalda. Sentía las piernas un poco flojas, y cuando tragó saliva percibió un regusto a bilis en el fondo de la garganta. Se dio la vuelta lentamente, tratando de aparentar toda la normalidad posible, y su mirada se topó con la de uno de sus técnicos. Frunció el ceño y lo miró fijamente. El hombre asintió y le dirigió un gesto con el pulgar hacia arriba. Al Janaddi le devolvió el gesto y se apoyó sobre el escritorio que tenía detrás, para impedir que sus temblorosas piernas le hicieran acabar en el suelo.

Inspiró una enorme bocanada. *Mantén la calma. Todo debe aparentar normalidad*, se dijo. *Hay que mantener entretenido al presidente; hay que mantenerlos a todos entretenidos.* Contempló a los técnicos mientras daban los retoques finales a la habitación de la esfera y realizaban las últimas comprobaciones para asegurarse de que todo estuviera listo a tiempo para la llegada del presidente. Cada vez que se ejecutaba un Evento del Juicio, el daño producido era un círculo casi perfecto de más de quince metros de diámetro. Cada vez que reconstruían la sala, aprendían nuevas formas de acelerar el proceso de reconstrucción. En lugar de rellenar el agujero, sencillamente edificaban a su alrededor, dejando suspendido el suelo de la inmensa cámara sobre vigas metálicas reemplazables cubiertas por planchas de madera con una fina capa de hormigón que aportaba una resistencia adicional. Después se aplicaba un revestimiento de caucho, para darle la apariencia de un suelo fijo. La nueva estructura tenía fuerza más que suficiente para sostener el peso del orbe y de la cápsula de plomo, y ahora era reemplazable en un plazo de veinticuatro horas. En cuanto a las esferas de enriquecimiento por láser, ahora las construían previamente y no tenían más que integrarlas de nuevo cada vez con los dispositivos electrónicos necesarios. Al Janaddi esbozó una media sonrisa. *Es un laboratorio de usar y tirar. No tienes más que añadir unos cuantos mártires, varios millones de riales, y ya estás listo para empezar.*

Ya se había dispuesto en su sitio una nueva cápsula de plomo, construida de acuerdo con el diseño del presidente. El exterior había sido decorado con oraciones persas y con los nombres de los profetas, todos inscritos formando espirales, con una hermosa caligrafía que cubría hasta el último centímetro de la cápsula. Dentro estaba el localizador y el equipamiento de comunicación, aunque Al Janaddi dudaba que llegaran a ser de utilidad. Había un añadido más en esta cápsula concreta: un contenedor acolchado del tamaño de una caja de zapatos para albergar un objeto

todavía desconocido. El presidente había dejado caer que traería consigo a un invitado que viajaría en la cápsula. *Un tipo con suerte*, pensó el científico.

Frunció los labios al pensar en el resultado de su primera prueba, que estaba encerrado en la celda de contención. En cuanto se hubiera marchado el presidente, libraría a esa pobre criatura de sus miserias e incineraría sus restos. Se estremeció al pensar en ese ser y se maravilló de cómo se las había arreglado para sobrevivir cuando tenía el cuerpo y los órganos deformados de una forma tan grotesca. No alcanzaba a comprender por qué el presidente quería mantenerlo con vida. Lo mejor sería solventar ese error de una vez por todas antes de recibir su premio Nobel. *Ah, entonces sí que me sonreirá la vida*. Siempre, claro está, que sobreviviera a esta última demostración ante su fanático presidente.

La criatura siguió los rastros térmicos de las pisadas de los HAWC a lo largo del frío suelo del subsótano y no tardó en encontrar la puerta hacia las escaleras. Tuvo que comprimir su exoesqueleto segmentado para que cupiera a través del marco, ya que su cuerpo ancho y plano no estaba pensado para aquellas estructuras altas y estrechas que tanto parecían gustar a esos diminutos animales. Giró sus apéndices oculares para inspeccionar el pequeño espacio y las escaleras que conducían a los demás pisos. Percibió peligro, pero no pudo detectar ningún ruido o movimiento procedente de las escaleras.

Avanzó con cautela, y acababa de colocar una puntiaguda pata sobre el primer escalón para comprobar su sujeción cuando le cayeron encima dos cajitas.

Las arañas explosivas habían sido colocadas en lo alto, a ambos lados del marco de la puerta, y se habían activado por el movimiento de la criatura. En un microsegundo escanearon su base de datos de huellas amigas y no encontraron ninguna coincidencia. Algo nada sorprendente, teniendo en cuenta que la extraña huella física de aquella criatura no podría haber sido catalogada por nadie salvo por el más demente de los programadores militares. Las arañas saltaron desde sus posiciones de emboscada para aterrizar sobre aquel caparazón aplastado y fuertemente acorazado.

Para tratarse de un ser que pesaba varias toneladas, la criatura se movió con una velocidad sobrenatural, quizá debida a que la gravedad era menor en la Tierra, o a un exoesqueleto que dejaba mucho espacio libre para el acoplamiento muscular. La criatura golpeó las cajitas a una velocidad que ningún ojo humano habría podido percibir, y machacó una de ellas como si estuviera hecha de papel de aluminio.

La segunda explotó sobre su caparazón, provocando que el engendro se pusiera a dar vueltas en derredor, presa de la ira, para después encogerse en una posición defensiva. La pequeña detonación causó pocos daños en la procutícula reforzada de la criatura; había evolucionado bajo un sol diferente y estaba acostumbrada a condiciones mucho más adversas que las de aquel benigno planeta. Pero la carga tuvo

una consecuencia, una que ninguno de los HAWC podría haber anticipado. Prendió en el monstruo una furia primigenia que no quedaría satisfecha con el simple hecho de alimentarse de las pequeñas criaturas a las que estaba buscando. Ahora quería hacerlas pedazos.

Cinco pisos más arriba, el alarido subsónico de ira se estrelló contra el cerebro de Alex como una estaca. Esbozó una mueca de dolor y meneó la cabeza para disipar aquella cegadora oleada. Estaban a punto de meterse en la boca del lobo, y él era el primero que prefería el peligro potencial de origen humano que había al otro lado de la puerta a lo que estaba a punto de subir por esas escaleras.

El sonido de la explosión provocó que los miembros del equipo se detuvieran y mirasen a Alex.

—Sam, Rocky, ábrannos paso a través de esa puerta. Ahora —ordenó.

Se asomó por la barandilla; aún había una nube de humo alrededor del fondo del hueco de la escalera, cinco pisos más abajo, y no pudo percibir ningún movimiento entre la neblina caliente de la explosión.

—Irlandés, cúbranos las espaldas.

O’Riordan asintió, descendió unos cuantos escalones y se asomó por la barandilla. Sonrió. El HAWC pelirrojo parecía esperar con ganas la batalla que se avecinaba.

El presidente Moshaddam iba acompañado por el líder del Consejo de Guardianes Islámicos, Mustafá Hossein, y por cuatro de los guardaespaldas más corpulentos que Al Janaddi había visto en su vida. Cada uno vestía con un traje negro, llevaba una bolsa de deporte y parecía estar tallado a partir de un oscuro bloque de granito. Todos se movían con un sigilo extraordinario que contradecía sus corpachones de un metro noventa y cinco de estatura. Sus ojos parecían carentes por completo de cualquier emoción humana, como botones de obsidiana.

Al Janaddi tenía el rostro ruborizado cuando recibió al presidente y a su invitado. Los condujo hasta la sala de reuniones de la base, donde les esperaban unos refrigerios, después se embarcó en el informe que el presidente había solicitado de antemano para que lo pusiera al día.

—Este es nuestro mayor logro —comenzó a decir—. He..., es decir, Irán ha ido más allá de la creación y estabilización de un Evento del Juicio, que ya de por sí es una fabulosa proeza. Ahora poseemos la capacidad de capturar y almacenar la poderosa radiación gamma. Ningún otro país posee esta tecnología, mi presidente, ni los alemanes, ni los rusos, ni siquiera los americanos. Esta fantástica y poderosa fuente de energía liberará a Irán de la dependencia de los combustibles fósiles para siempre.

Miró al presidente, aguardando una respuesta, pero este permaneció con el rostro mudo de expresión. Al Janaddi sintió cómo el hormigueo entusiasta de su estómago se iba disipando. Quizá necesitara explicar con un poco más de detalle el triunfo que había conseguido, cómo había convertido una imposibilidad científica en una realidad. Inspiró hondo y prosiguió:

—Mi presidente, permítame explicarle el concepto que hay detrás de este logro. El hombre ha intentado cosechar la luz del sol desde los tiempos de los faraones. De hecho, los egipcios consiguieron capturar los rayos del sol utilizando discos de cobre pulido para iluminar los pasadizos en las profundidades de las pirámides. Hoy en día, usamos células solares fotovoltaicas para atrapar y almacenar la radiación procedente del sol y convertirla en energía.

Moshaddam había cerrado los ojos en una muestra evidente de indiferencia. Al Janaddi decidió ir al grano. Alargó la mano para coger un vaso de agua y se lo llevó a los labios con gesto tembloroso. Tragó, se aclaró la garganta y prosiguió.

—Mi presidente, mi avance se adscribe a la aplicación de los principios del almacenamiento de radiación solar para capturar los rayos gamma, que son más poderosos. He ideado un cubo de energía termoeléctrico que utiliza como combustible la energía térmica procedente de la radiación gamma creada por el Evento del Juicio. Este cubo, de poco más de medio centímetro, está fabricado en

cobre poroso y recubierto con una película finísima formada por un surtido de termopares montados sobre sus seis caras, que convierten la energía térmica en electricidad. Estos cubos, aunque diminutos, tienen una vida media de dieciocho años y cuentan con potencial para almacenar y liberar cerca de trescientos gigavatios de potencia cada uno.

El continuado mutismo del presidente resultó demoledor. Al Janaddi se relamió y estaba a punto de proseguir cuando Moshaddam levantó una mano.

—Ahmad al Janaddi, ¿ha oído hablar del Yawm al-Qiyamah?

Al Janaddi asintió lentamente, mientras su mente se apresuraba por recordar los detalles. Como todos los musulmanes, había leído el Corán, pero no podía recordar los detalles concretos de cada *sura*.

—¿Y cree en él?

El presidente lo estaba mirando como una serpiente miraría a un ratón. Al Janaddi titubeó. Sabía que Moshaddam creía que el Corán dirigía su vida y el mundo que lo rodeaba. Si un avión se caía del cielo, estaba escrito. Si un rey era derrocado, se desataba una tormenta de arena o un coche atropellaba a tu hermano, todo estaba escrito en el libro sagrado. Solo tenías que interpretarlo correctamente... Y se decía que nadie podía interpretarlo mejor que el presidente. Para él, el Corán era algo más que un simple libro religioso, era la clave de todo: el pasado, el presente y el futuro.

El presidente no esperó a que respondiera. Curvó ligeramente los labios para formar una sonrisa y habló despacio, empleando un tono cariñoso, como si se estuviera dirigiendo a un niño.

—El Yawm al-Qiyamah es el Juicio Final y creer en él es fundamental para nuestra fe. Los juicios asociados con él están transcritos en el septuagésimo quinto *sura* de nuestro amado Corán. Usted, yo, todos los musulmanes, todos los no musulmanes, todos los seres humanos, serán hechos responsables de sus actos y serán juzgados por el único dios, Alá.

Al Janaddi recordó el *sura*, pero no comprendió por qué el presidente lo habría sacado a colación en ese momento.

Moshaddam se colocó las yemas de los dedos sobre los ojos, después sobre los labios, y a continuación unió las manos como si estuviera orando. Aún estaba sonriendo cuando retomó la palabra.

—Ya lo llamemos el Día de la Resurrección, el Día del Juicio, el Día de la Verdad o incluso el Día de la Aflicción, ahora está cerca, amigo mío. En un momento predeterminado, y cuando la gente menos lo espere, Alá dará permiso para que comience el Yawm al-Qiyamah. El arcángel Israfil hará sonar su poderosa trompeta, alzando una oleada de verdad sobre toda la humanidad y alertando a los infieles para que preparen sus almas para el juicio. Sé que esto es verdad porque yo mismo he oído esa trompeta, hace apenas unas semanas. El Juicio Final ha llegado, el día del regreso de Alá se acerca, ¡y yo he hecho que ocurra! Alabado sea Alá. Alabado sea yo.

Al Janaddi frunció el ceño en un gesto de confusión. ¿Cómo podía ser el

presidente responsable de que esa profecía fuera a cumplirse?

Moshaddam siguió hablando, pero ya no estaba dirigiéndose al científico. Parecía más bien estar hablando consigo mismo antes que con cualquiera de los presentes en la habitación. Cerró los ojos y Al Janaddi aprovechó la oportunidad para mirar a los demás. Los guardaespaldas parecían aburridos, como si no fuera la primera vez que oían ese discurso. Pero Mustafá Hossein estaba observando al presidente con los ojos entrecerrados, como si lo estuviera escuchando por primera vez y no fuera de su agrado.

El presidente comenzó a recitar sus versos favoritos del *sura* setenta y cinco:

—«Todos los hombres y mujeres del mundo caerán inconscientes. Aquellos que tergiversaron o ignoraron la palabra de Alá serán juzgados, y de ser hallados culpables, sepultados en el fuego del infierno. Aquellos que de verdad sean devotos serán conducidos a la Yanna, y el resto del mundo se colapsará y será destruido. La Tierra, el Sol y la Luna se tornarán negros, y la bestia se alzarán; las heridas cicatrizadas supurarán de nuevo, a los niños les saldrán canas y las mujeres sufrirán abortos. Incluso los ángeles se mostrarán temerosos pues, en este día, se dice que Dios estará más furioso que nunca y que su ira será terrible».

Aunque seguía sonriendo, unas lágrimas corrieron por el rostro del presidente. Parecía casi eufórico. Inclino la cabeza hacia el techo, como si estuviera bañando su rostro con la luz del sol.

—Todos serán juzgados, pero muy pocos salvados, amigo mío. Alá ha pedido que de cada mil, se expulse a novecientos noventa y nueve y se los encierre en el Yahannam, ¡y eso solo en las tierras del islam! Occidente quedará yermo, y sus profanos, atormentados por toda la eternidad. Alabado sea Alá.

El presidente giró su rostro humedecido hacia Al Janaddi y asintió lentamente.

—La gente suplicará a Abraham, a Moisés y Adán que intercedan en su favor, pero ellos les darán la espalda. Pero yo no, yo no daré la espalda a mi gente, a aquellos que de verdad estén arrepentidos. Rogaré a Alá para que salve a todos los que se arrepientan. Pero a cambio todos debemos someternos al Juicio y cruzar el puente sobre el abismo. Las llamas y los tormentos del Yahannam aguardan a aquellos que caigan.

Al Janaddi recordaba por su estudio del *hadiz* en la escuela lo difícil que era cruzar el puente sobre el abismo para alcanzar el paraíso. Para los pecadores, el puente se mostraba como un camino cubierto de espinas, tan fino como un cabello humano y tan afilado como el borde de una espada. Pero los verdaderos creyentes lo verían como un ancho puente de piedra cubierto por la hierba más tierna. Ellos cruzarían a salvo hasta la Yanna, el cielo, mientras que todos los demás caerían hacia una eternidad de tormentos en el Yahannam, el infierno.

Volvió a mirar a Mustafá Hossein y percibió el movimiento de su mandíbula en el interior de su rostro barbudo y rollizo, como si estuviera haciendo rechinar los dientes. Dio un trago de su vaso de agua y después volvió a dejarlo sobre la mesa con

un sonoro golpetazo.

—Quizá ese tiempo no haya llegado aún —dijo—. Quizá no hayamos interpretado las señales con claridad. Después de todo, también está escrito que los propios arcángeles dijeron: «Solo Alá sabe cuándo llegará la Hora». Debemos ser cuidadosos para no dar falso testimonio en lo que respecta a la hora señalada, pues eso en sí mismo es un pecado a ojos de Alá, alabado sea su glorioso nombre.

El presidente Moshaddam se levantó y colocó ambos puños, con los nudillos hacia abajo, sobre la mesa. Le temblaban los brazos, pero no por el esfuerzo, sino a causa de sus sollozos.

—No me sorprende que no reconozcas este día por lo que es, o que ni siquiera me reconozcas a mí, hermano mío. Desde hace ya un tiempo he luchado contra mi destino. Me he negado a creer que era merecedor, he intentado ignorarlo. Pero ya no. Las señales están ahí, y hay más por llegar. He sido elegido por Alá e instado a revelar mi verdadero destino; he regresado con mi pueblo para guiaros, y no solo a vosotros, sino a todos los creyentes del mundo. Os guiaré hasta el al-Kawthar, el lago de leche y miel, y aquel que beba de él jamás volverá a tener sed. Os guiaré a todos hasta el río del paraíso y más allá. Soy yo, hermano mío. He regresado.

Hossein se quedó con los ojos desorbitados en un gesto de horror e incredulidad cuando finalmente comprendió lo que estaba diciendo el presidente. Moshaddam estaba convencido de ser el duodécimo imán, el profeta retornado cuya llegada anunciaría el fin del mundo.

Hossein se levantó lentamente, negando con la cabeza. Aquella profanación del Corán por parte del presidente resultaba intolerable.

—¡Blasfemo! —exclamó—. ¡Tú no eres el mahdi! Muchos han proclamado serlo, pero no lo eran. Muchos han engañado y han sido juzgados con severidad, de igual modo que tú serás juzgado, Mahmoud Moshaddam. ¡El ayatolá te retirará el poder y te mandará encerrar por tus crímenes contra la palabra del islam y contra su único y verdadero profeta, Alá! —El anciano, dirigente del organismo religioso más poderoso de Irán, estaba visiblemente alterado por la rabia cuando terminó de hablar.

Moshaddam levantó el brazo izquierdo y se pasó la manga sobre los ojos para enjugarse las lágrimas. Cuando alzó la otra mano, portaba en ella un pequeño revólver negro. Disparó a quemarropa contra el rostro de Hossein. El clérigo permaneció en pie durante unos pocos segundos con un gesto que parecía de incredulidad, formando una «O» con la boca. Un segundo agujero apareció sobre su ojo derecho y Hossein se deslizó silenciosamente hacia el suelo.

Al Janaddi se desplomó sobre su silla, pálido, abriendo y cerrando la boca como un pez intentando engullir aire. Los demás científicos gritaron, y algunos se cubrieron el rostro con las manos. Los guardaespaldas ni siquiera se inmutaron; permanecieron inmóviles, observando al presidente.

Al Janaddi los miró más detenidamente. Cada uno de ellos tenía una cicatriz con forma de estrella y de media luna en la sien: el signo de los urakher, los guerreros

muertos. Adiestrados desde la edad de seis años para matar con armas o con las manos desnudas, estos soldados habían sido seleccionados por el presidente en persona para proporcionarle un muro de protección mortífero e impenetrable allá donde fuera. Lo seguirían hasta los hornos del infierno si así se lo ordenara. Incluso los takavaran evitaban tener ningún conflicto con estos guerreros indómitos y gigantescos.

—Que alguien eche una alfombra sobre ese montón de basura —ordenó el presidente—. Si estoy equivocado, seré juzgado con severidad; pero si estoy en lo cierto, habré traído de vuelta a Alá a los pueblos de este mundo. Nadie podrá interponerse en el camino de su palabra, ni siquiera el ayatolá. —Se dio la vuelta hacia Al Janaddi—. Por favor, continúe con su informe.

Al Janaddi intentó hablar, pero fue incapaz de articular palabra, solo consiguió emitir unos cuantos gemidos procedentes de su garganta, oprimida por el miedo. Todos sus sueños de obtener un premio Nobel estaban desapareciendo tan deprisa como las nieves tempranas en una cálida carretera de Markazí.

—Prosiga por favor, *Agha-ye*, Al Janaddi —lo instó de nuevo el presidente—. Ya ha hablado brevemente sobre controlar el Evento del Juicio una vez lo haya creado, pero haga el favor de explicarse mejor. ¿Cómo se hace exactamente?

El presidente giró la cabeza por encima del hombro para mirar a uno de sus guardaespaldas urakher. El hombre respondió a aquel gesto con un pequeño ademán de cabeza. Al Janaddi vio aquel breve intercambio y se preocupó. Se pasó la lengua por sus labios resecos, y finalmente recuperó la voz.

—El problema que nos encontramos en un principio, mi presidente, fue que el agujero negro tenía un tamaño nanoscópico y existía durante apenas unos milisegundos antes de evaporarse y llevarse consigo su energía y su inmensa radiación. Necesitábamos hallar una forma de contener el agujero negro, de aferrarlo y hacerlo crecer para, de forma efectiva, exprimirlo. —Al Janaddi no pudo evitarlo, volvió a sentir ese hormigueo de entusiasmo. Al fin y al cabo, se trataba de la obra de su vida—. Incrementar su tamaño es algo que se consigue con facilidad. No tuvimos más que alimentarlo con lo que deseaba: materia pura, superconcentrada, y en una dosis que somos capaces de controlar. Alimentamos al agujero negro con materia condensada a través de un rayo iónico de plasma puro con carga eléctrica. Cuanto mayor es la concentración del rayo, más crece el agujero negro.

Al Janaddi inspiró varias bocanadas profundas, podía sentir cómo el corazón le latía desbocado en el pecho.

—Pero ¿cómo se contiene algo con un poder equivalente al de un millón de soles? Cabría pensar que es algo imposible para los mortales. —Al Janaddi no esperó respuesta; estaba en el cénit de su entusiasmo—. Descubrimos que éramos capaces de contener el agujero negro entre dos campos magnéticos, empleando solenoides electromagnéticos con un núcleo ferromagnético. Conseguimos ralentizar las oscilaciones de partículas a base de generar corrientes de Foucault inducidas para

exponer el frenado de electrones: podemos aprisionarlos, encadenarlos en el interior de supernexos magnéticos.

»Una vez que el agujero negro quedó controlado, se presentó un último problema por resolver. La potencia requerida en este caso es inconmensurable. Incrementar el tamaño de la materia oscura incluso a un nivel de la millonésima parte de una micra requeriría una tremenda cantidad de energía. Y cuanto mayor es el agujero negro, más energía requiere. Si no teníamos cuidado, podíamos dejar a oscuras toda la ciudad de Teherán con nuestras necesidades energéticas y seguiríamos sin satisfacer el hambre de este ente.

Al Janaddi sintió que al fin había conseguido captar toda la atención del presidente. *Ahora lo entiende*, pensó con orgullo. *Ahora apreciará mi talento*. Alentado, el científico siguió con su charla.

—Entonces me di cuenta de que la solución a mi problema ya existía. Que ya la había imaginado, diseñado y creado. ¡Utilizando mis cubos termoeléctricos, somos capaces de atrapar la energía procedente del agujero negro! Cada uno de estos cubos puede contener cientos de gigavatios de energía, y ahora tenemos miles de ellos contruidos en las paredes revestidas de plomo de la habitación de la esfera. De hecho, la fuente de energía es autosuficiente: cuanto mayor es el evento, más potencia se genera y más energía se absorbe para su almacenamiento. Y, por supuesto, eso implica más energía disponible para nuestro uso.

El presidente lo interrumpió.

—¿No existe ningún límite en el tamaño del Evento del Juicio que es capaz de crear aquí, amigo mío? ¿Qué ocurriría si le aplicara más... plasma?

Al Janaddi puso gesto serio.

—Todo esto es teórico, mi presidente. Estos fenómenos son las entidades más poderosas que existen en nuestro universo. Devoran galaxias enteras, y nosotros estamos intentando controlarlos. Existe el peligro de que si «sobrealimentamos» al agujero negro, este supere nuestra capacidad de controlarlo. Si escapa de los campos magnéticos que lo retienen, nos absorberá sin remedio. Y si sigue creciendo, también absorberá todo lo que hay en el planeta.

Al Janaddi esperó a que el presidente diera alguna muestra de horror o al menos de preocupación, pero en lugar de eso aplaudió.

—Excelente trabajo, mi más querido amigo. Es usted tan brillante como modesto. Sin duda Alá lo recompensará. De hecho, me aseguraré de ello personalmente.

El presidente rodeó la mesa, levantó a Al Janaddi de su asiento y lo abrazó.

—Ahora, quiero que me muestre esa esfera mágica suya, y después haremos historia juntos desatando el Día del Juicio en la Tierra.

Al Janaddi no pudo evitar sentir cierta inquietud por el último comentario de Moshaddam. Sin duda había cometido una equivocación, ¿no? Quería decir Evento del Juicio y no Día del Juicio, ¿verdad? Además, aún no había revelado quién se metería en la cápsula de plomo para el inicio de este evento.

Al Janaddi sintió un vuelco en el estómago. Las cosas iban de mal en peor.

La criatura rastreó con facilidad el calor residual de las pisadas de los HAWC, que conducían escaleras arriba. Esas imágenes, combinadas con el olor de los cálidos fluidos que albergaban sus cuerpos, la impulsaron hacia adelante. Escarbó en los escalones con sus poderosas patas segmentadas para conseguir agarre sobre su lisa superficie, y varios fragmentos de hormigón salieron despedidos por el hueco de la escalera durante su ascenso. Ondeó sus múltiples antenas y protuberancias con forma de abanico, examinando el entorno en busca de peligros o nuevos rastros de las criaturas carnosas a las que perseguía.

Redujo el paso cuando detectó las pisadas de una serie de pequeños animales que se aproximaban. Escuchó, calculando su distancia; estaban más cerca que la presa a la que había estado persiguiendo en un principio. Podría alimentarse ahora y después proseguir la caza de las criaturas que le habían lanzado encima aquel objeto ardiente. Se detuvo, irguiéndose, y se estremeció ligeramente, como una enorme mantis religiosa que aguarda a que su presa se adentre en su radio de ataque.

Los diez miembros del escuadrón takavaran asignado al nivel tres habían recibido un mensaje escueto y confuso, procedente del jefe de escuadrón que estaba en el subsótano, y que se interrumpió de repente y fue reemplazado por un gorgoteo y un alarido de terror. No pudieron determinar si los gritos procedían de sus compañeros takavaran o de sus adversarios.

Mientras intentaban decidir sus próximos pasos, oyeron una explosión amortiguada en el fortificado hueco de la escalera. No pudieron por más que suponer que estaban siendo atacados por una potencia enemiga o por agentes infiltrados.

Los takavaran se movieron rápidamente, accedieron a la escalera y se desplegaron en abanico por los escalones, hacia arriba y hacia abajo. Aquel espacio cerrado seguía envuelto en una densa columna de humo, y el jefe de unidad ordenó a dos hombres que cubrieran la retaguardia mientras los demás descendían lentamente, en fila de a uno. Todos estaban eufóricos ante la perspectiva de un combate, y les llevó unos segundos decidir quién tendría el honor de encabezar la comitiva.

La criatura detectó a los hombres que se aproximaban mucho antes de que aparecieran a la vista. Pese a que los soldados probablemente creyeran que se estaban moviendo tan sigilosamente como si fueran fantasmas, las vibraciones sobre el hormigón, sus respiraciones y el vapor caliente que desprendían los convertían en un

blanco fácil para la criatura. Sabía cómo realizar una emboscada; sabía acechar, asaltar y recolectar el mayor número de presas durante una cacería. Mientras los hombres seguían descendiendo lentamente pegados a la pared, la criatura aplastó su cuerpo y pasó disparada junto a ellos sobre la barandilla interior. Su intención no era la de escapar: el objetivo consistía simplemente en cortarles la retirada.

Entre el humo y la penumbra, los hombres apenas detectaron la presencia de la criatura hasta que se colocó detrás de ellos. El jefe de escuadrón, que era el que descendía en último lugar, sintió que se le erizaban los pelillos de la nuca. Se dio la vuelta para templar los nervios y se quedó satisfecho tras comprobar que nadie los estaba siguiendo. Pero se equivocaba.

Una lluvia de sangre cubrió a los tres hombres que bajaban los escalones por delante de él, y la cabeza del jefe de escuadrón cayó rebotando por las escaleras de hormigón, provocando unos sonidos viscosos al golpear contra los bordes afilados de los peldaños.

Comenzaron a resonar los disparos y las balas rebotaron tanto sobre el hormigón como sobre el caparazón acorazado. Los hombres gritaron y chillaron mientras veían cómo el monstruo les arrancaba las extremidades y abría en canal sus cálidos cuerpos. La criatura les inyectó a algunos su saliva venenosa, la dosis justa como para aturdirlos. Sus cuerpos cayeron con los ojos abiertos, quizá presenciando aún aquella espantosa matanza, pero incapaces de hacer nada al respecto.

El hediondo ser se irguió y desplegó su cuerpo en posición de ataque, bloqueando por completo el hueco de la escalera. De los ocho hombres que habían bajado por ella, solo uno seguía en pie. Decidió crearse su propia ruta de escape. Se colocó la pistola sobre la barbilla, gritó un desafiante «Allahu Akbar» a la criatura que se aproximaba y apretó el gatillo.

Los dos takavaran que se habían quedado para cubrir la retaguardia de su equipo oyeron la detonación, la última llamada a Alá de su camarada, y el silencio que se asentó después. Se quedaron inmóviles. Olieron la mezcla de pólvora y sangre que subía desde las escaleras. Los acontecimientos se habían desarrollado muy rápido, algo no andaba bien; aquello no parecía un ataque enemigo. Parecía más bien como si los ocho hombres hubieran caído en una trituradora gigante.

El mayor de los dos soldados le dijo a su compañero takavaran que llamara para informar. Como mínimo quería contar con más hombres antes de descender hacia los otros niveles.

El soldado más joven asintió y se arrodilló al tiempo que presionaba el dispositivo de comunicación que llevaba en la oreja. Una vez establecida la conexión, se dio la vuelta hacia su compañero para hacerle un gesto con el pulgar levantado. Entonces se

quedó de piedra, boquiabierto, desconcertado; no podía comprender lo que estaba viendo.

Su compañero takavaran era un hombre corpulento, pero algo lo estaba levantando en vilo como si fuera un muñeco. Tenía el rostro distorsionado, la lengua le sobresalía y tenía los ojos desorbitados. Ante la mirada del soldado, la piel de aquel hombre se oscureció, se arrugó y se contrajo; se le cayeron las botas y sus brazos y piernas fueron desapareciendo bajo su ropa. Aquel hombre se estaba encogiendo ante sus ojos. Lo peor de todo fue el sonido que emitió; ya no era una voz humana, sino más bien los gemidos de un animal diminuto y atrapado. Sus ojos atónitos se quedaron fijos sobre su compañero en un gesto de súplica silente.

Los apéndices del monstruo se estremecieron, como de placer, ante aquel festín, después fijó sus ojos negros sobre el último soldado. No había equívocos sobre cuál era su intención. El último mensaje del takavaran jamás llegó a ser enviado.

Al Janaddi condujo al presidente y a dos de sus guardaespaldas hasta la habitación de la esfera. No podía evitarlo: cada vez que le mostraba aquella fantástica tecnología a alguien, su autoestima se disparaba. Su increíble diseño solo era equiparable a su extraordinario potencial.

La centelleante esfera plateada que estaba suspendida sobre el suelo parecía un planeta en miniatura. Dominaba los sentidos, e incluso en estado de reposo emitía una especie de energía estática que ponía la piel de gallina y provocaba un hormigueo en los dientes. Al Janaddi vio cómo el presidente se colocaba una mano sobre la mandíbula, como si temiera que fueran a arrancarle los incisivos. La habitación olía a hormigón fresco y a algo más. Algo terroso y primitivo.

El científico se detuvo ante la maquinaria y se dio la vuelta hacia el pequeño grupo. Hizo con ellos un repaso de la estructura básica de la esfera, señalando hacia el anillo que la envolvía y describiendo el proceso de colisión molecular que tendría lugar en el interior del acelerador de partículas en miniatura.

Después ondeó una mano hacia arriba. Los muros y el techo de aquella inmensa sala estaban sumidos en la oscuridad, puesto que todos los haces de luz estaban proyectados hacia abajo, sobre la esfera. Le mostró al grupo cómo las placas protectoras de plomo y los revestimientos estaban tachonados con miles y miles de esos cubos termoeléctricos de su invención.

Al Janaddi dio unos pasos alrededor de la esfera, mientras proseguía con su explicación, cuando el presidente se fijó en la estructura con forma de ataúd que estaba situada sobre la línea blanca que formaba un círculo alrededor del dispositivo.

—Ajá —dijo, y a punto estuvo de chocar contra Al Janaddi en su ansia por alcanzarla. Se paseó lentamente en torno a ella, deslizando la mano sobre la lisa carcasa exterior, delineando la caligrafía persa con la yema de un dedo, y dándole unos golpecitos como si quisiera comprobar su peso y resistencia. Después le hizo un

gesto a Al Janaddi para que la abriera. La cápsula medía casi dos metros quince de altura e incluía todas las mejoras que había indicado el presidente: un espacio para estar de pie, botellas de agua, comida, y diversos dispositivos de localización y comunicación. Algunos de ellos se activaban automáticamente y otros se controlaban de forma manual.

El presidente ondeó la mano frente a la cápsula abierta y movió los labios sin proferir sonido alguno. Parecía estar bendiciendo aquel aparatoso féretro de plomo. Cuando terminó, abrió el pequeño contenedor acolchado que estaba incrustado, a la altura de la cintura, en el interior de la cápsula. Extrajo del bolsillo de su chaqueta una cajita de plata decorada con gusto exquisito e incrustada de rubíes, zafiros y esmeraldas. La acarició y después, con enorme solemnidad, levantó la tapa. Se dirigió al científico sin alzar la mirada.

—¿Sabe lo que es esto, amigo mío?

Al Janaddi vio que la caja contenía una roca lisa y negra. Negó con la cabeza.

—Es un fragmento de la Piedra Negra, el al-Hajar-ul-Aswad. Este objeto sagrado cayó a la Tierra en los tiempos de Adán y Eva. En aquel entonces era de color blanco puro. Con el paso de los siglos se ha ennegrecido a causa de los pecados del hombre. Se ha perdido y recuperado muchas veces, y se dice que en una ocasión, cuando se creía perdida para siempre, el mismísimo arcángel Gabriel la recuperó de las profundidades de una montaña y se la entregó a Abraham cuando reconstruyó la Kaaba, el edificio sagrado de la Gran Mezquita de la Meca.

El presidente alzó la mirada de la caja para dirigirla hacia el rostro del científico con unos ojos que parecían hielo negro.

—¿Sabe por qué he traído este fragmento de la sagrada Piedra Negra, amigo mío?

Al Janaddi negó con la cabeza; imaginó que no se suponía que debiera responder.

—Un mensajero de Alá ha vaticinado que, en el Día del Juicio Final, la piedra obtendrá ojos para ver y una boca para hablar. Cuando hable, testificará a favor de los creyentes. —El presidente hizo una pausa, como si quisiera apaciguar los eufóricos latidos de su corazón. Deslizó un dedo sobre la lisa superficie de la piedra y después la besó, manteniendo los labios firmes sobre ella durante unos segundos—. Me hablará a mí, y testificará a mi favor cuando guíe a nuestro pueblo a través del puente que conduce a la Yanna. Me dará su favor cuando me presente en solitario ante Alá.

El presidente sacó la piedra de la caja, después tiró al suelo aquella hermosa reliquia, como si no fuera más que el hueso descartado de una fruta. Introdujo con solemnidad la roca en la caja acolchada de la cápsula. Después se dio la vuelta hacia Al Janaddi, lo abrazó y le dio un beso en cada mejilla. A continuación retrocedió, asintió con la cabeza hacia sus guardaespaldas y, para sorpresa de Al Janaddi, se introdujo en el interior acolchado de la cápsula. Unió las manos en gesto de oración y se balanceó hacia adelante y hacia atrás durante unos instantes, antes de abrir los ojos y fijarlos sobre el científico. Bajó la mano hacia la caja donde ahora reposaba la sagrada Piedra Negra.

—Ya ha empezado a hablarme, amigo mío.

El presidente ordenó a uno de sus guardaespaldas que cerrara la cápsula y antes de que la pesada puerta regresara a su posición original, miró por encima de la cabeza de Al Janaddi hacia los demás guardias.

—Ya sabe lo que tiene que hacer. *¡Allahu Akbar!*

El hombre alto asintió.

Adira susurró una breve oración mientras el equipo aguardaba la señal de Alex. El capitán asintió y los HAWC accedieron al pasillo del primer nivel. Doblaron la curva de forma rauda y sigilosa, pegados contra la pared interior, con las armas desenfundadas. Lagudi iba al frente, seguido por O’Riordan y Adira, Zachariah, y después Sam. Alex se quedó unos pasos por detrás, atento a cualquier hombre o cosa que decidiera seguirlos.

En menos de dos minutos el equipo se plantó ante una puerta de acero reforzada. Alex accionó con la mano el pesado picaporte plateado; aquella puerta no estaba abierta como las demás.

—Robusta y cerrada a cal y canto..., por ahora.

Mantuvo la mano en la puerta durante un instante y Adira tuvo la impresión de que, en cierto modo, era como si estuviera escuchando a través de ella. Después Alex apartó la mano y se reunió con el grupo.

—Aquí está, damas y caballeros. Esta es la razón por la que estamos aquí. Cuando atravesemos esa puerta, prepárense para que les den caña... y para darla ustedes también.

Los HAWC asintieron con la cabeza para mostrar que estaban listos. Adira también estaba preparada; pudo sentir cómo su cuerpo bombeaba adrenalina.

Sam sonrió.

—Entrar rápido, salir sonrientes.

—Tío, consígame una forma de entrar —ordenó Alex—. Irlandés, Rocky, coloquen varias arañas para recibir a cualquier visitante inesperado que pueda estar siguiéndonos.

Sam se dirigió hacia un panel numérico y extrajo varios cables y alambres de los bolsillos de la parte delantera de su uniforme. Se sacó una caja del cinturón, lamió el reverso de una ventosa y la pegó al lado del teclado numérico. En muy poco tiempo dejó conectado aquel pequeño sistema y una pantalla LED roja empezó a mostrar una rápida búsqueda en la memoria del teclado para localizar el código digital que abría la puerta.

Mientras Zach miraba cómo Sam desentrañaba la combinación electrónica, Adira se acercó a Alex. Se situó muy cerca de su pecho y lo miró a la cara.

—Gracias por salvarme antes. Me parece que ya estamos en paz.

—No hace falta que...

Alex no llegó a concluir la frase. Con una sonrisa, Adira extendió una mano para agarrarlo del cinturón.

—De momento recuperaré esto. Puede que la necesite —dijo, extrayendo la

pistola que Alex le había cogido en el nivel inferior para después introducirla con destreza en su expectante funda. Giró ligeramente el cuerpo y después se detuvo, al tiempo que la sonrisa regresaba a sus labios—. Si me he dejado algo ahí abajo, ya volveré más tarde a buscarlo.

Alex se rió con suavidad y negó con la cabeza. A Adira le gustaba el sonido de su risa, y tuvo que darle la espalda al notar cómo le ardía el rostro y la danza de unas mariposas en la barriga. *Me parece que él también se siente atraído*, pensó, después se obligó a despejarse la mente para el asalto que se avecinaba.

Rocky y el Irlandés habían desplegado arañas junto a los marcos de las puertas y los extintores, en cualquier lugar donde pudieran camuflarse esas cajitas letales y su descomunal tecnología de vanguardia.

—Espero que estos tipos no tengan una doncella que vaya por ahí con el carrito del té —dijo Rocky mientras equipaba el último de aquellos explosivos con sensor de movimiento.

Los dos hombres se posicionaron a cierta distancia del grupo para vigilar y apuntaron con sus pistolas hacia el pasillo. Estaban preparados.

La pantalla LED de Sam se apagó y emitió un destello. Alex y Adira desfundaron de inmediato sus armas y apuntaron con ellas al tiempo que la puerta plateada se abría con un bufido y les lanzaba una oleada de presión atmosférica negativa. Al otro lado apareció un pequeño pasillo, blanco y reluciente, con otra puerta al fondo, igual de imponente que la anterior, pero esta con una pantalla plana a la altura de la cintura e inclinada hacia arriba.

—Maldita sea, un escáner de ADN —dijo Sam—. Estupendo. Y miren al techo: son conductos de gas. Supongo que si colocas el dedo que no es, el ayatolá te descarga encima su aliento apestoso. —Sam se pellizcó el labio inferior mientras sopesaba la situación.

—¿Puedes abrirla? —preguntó Alex por encima de su hombro mientras miraba a un lado y a otro del pasillo.

—Puedo —respondió Sam—, pero necesitaré unos minutos. Creo que primero debería entrar yo solo.

Alex giró la cabeza a toda velocidad para mirar hacia un lado, y de nuevo Adira tuvo la impresión de que estaba escuchando algo que nadie más podía percibir. La expresión de Alex cambió y a Adira no le gustó. Era como si hubiera captado algo, algo que estaba esperando.

La criatura accedió a la planta de los científicos a través de la puerta que los HAWC habían dejado entornada. El intenso brillo del corredor la hizo titubear durante unos segundos, pero pudo percibir que hacia el interior se encontraban más ejemplares de aquellas criaturas repletas de fluidos. Se echó al suelo sobre todas sus patas, encogió su cuerpo apaisado y salió disparada por el pasillo, convirtiéndose en una mancha

borrosa de color ocre con un caparazón verde, impulsada por la hormigueante sensación de las partículas gamma residuales en el ambiente y el olor de los carnosos sacos de fluidos que ahora se habían convertido en la base de su alimentación.

Llegó hasta O’Riordan a tal velocidad que los sensores electrónicos de la araña explosiva no tuvieron tiempo de activarse. Antes de que el Irlandés hubiera comprendido que estaba en peligro, el monstruoso artrópodo se estaba irguiendo ante él. Su dedo no respondió para apretar el gatillo y se quedó boquiabierto mientras aquel coloso se cernía sobre él.

Finalmente, las bombas araña se activaron y produjeron una explosión que sacó a O’Riordan de su ensimismamiento.

—Otra vez no, bicharraco de los cojones —gritó, y saltó hacia un lado. La explosión derribó a la criatura y sus patas produjeron un sonoro chasquido mientras tamborileaban momentáneamente sobre la dura superficie del suelo.

El Irlandés eyectó el tambor de su pistola, que cayó al suelo, y se sacó otro de un bolsillo de la cintura, este marcado con una franja de color rojo. El tambor encajó de inmediato, O’Riordan alzó el arma y disparó tres veces. Las balas golpearon a la criatura en el abdomen, donde las grasosas placas acorazadas se unían como tejas con motitas verdes. El monstruo se encogió de inmediato para proteger la zona más vulnerable.

El HAWC se puso en pie y dio un paso adelante.

—¿Qué pasa, esas las has sentido, eh? Son mis niñas con punta de tungsteno, capaces de perforar una armadura. ¿Quieres más?

Disparó tres ráfagas más y se quedó satisfecho al ver que impactaban otras tantas veces en el blanco, y que un trocito de caparazón salía volando.

La criatura se alzó lentamente hasta alcanzar una altura de tres metros por encima de O’Riordan; el HAWC vio cómo estiraba los apéndices de sus ojos para mirarlo. El monstruo se había posicionado en el centro del pasillo con sus gruesas patas acabadas en punta y cubiertas de pelillos, y parecía presa de un ligero temblor.

—Esta vez no voy a correr, bicho feo, no permitiré que llegues hasta mis chicos.

O’Riordan volvió a disparar tres veces. Otros tres impactos. *Eso significa que me quedan tres, y después de vuelta al revestimiento estándar de plomo, pensó.*

La criatura volvió a estremecerse y el HAWC confundió aquel movimiento con el temblor propio del miedo. Sonrió y avanzó.

—Eso es. Ya puedes irte de vuelta al infierno.

Disparó sus tres últimas balas perforadoras de armaduras.

La explosión resonó desde la dirección hacia la que estaba mirando Alex. Su rostro se convirtió en una mezcla de resignación y rabia.

Se dio la vuelta hacia Sam.

—Tío, mete a todos dentro. Después cierra la puerta y continúa a partir de ahí. Ya conoces las órdenes.

Sam titubeó. Aquella explosión significaba que el Irlandés se estaba enfrentando cara a cara con alguien. Si era una fuerza mayor que la última vez, Alex se vería superado, incluso con sus inigualables poderes. Estaba a punto de intentar negociar con su superior cuando oyó un ruido que le heló la sangre: el traqueteo frenético de las patas de un artrópodo gigantesco sobre una superficie dura.

—Mierda, jefe... No creo que O'Riordan se las esté viendo ahí atrás con los lugareños.

Rocky se unió al grupo, alertado por la explosión y los disparos. También debió de oír los arañazos de aquel ser antinatural, porque estaba pálido, lo que provocaba que la barba incipiente que le cubría las mejillas y la barbilla resaltara todavía más. Se adelantó para apuntar con la pistola hacia el pasillo, pero Sam se dio cuenta de que el cañón le temblaba ligeramente.

—Soldados, esta vez seguirán mis órdenes —dijo Alex. Señaló por encima del hombro hacia los ecos del combate a muerte que se estaba produciendo en el pasillo—. Esto es solo una distracción. El verdadero partido se juega al otro lado de esa puerta. Deben estar preparados para una oposición extrema. Créanme, les están esperando. No puedo permitir que nos diezmen antes incluso de que hayamos empezado a luchar.

Adira dio un paso al frente con el ceño fruncido, pero Alex levantó una mano antes de que pudiera hablar.

—No. Debes quedarte y combatir aquí. Ya sabes lo que supondrá para tu país si esta base desarrolla por completo su tecnología. Sabes lo que podría significar para todos nosotros.

Durante un breve instante, pareció que Adira fuera a replicar. Después bajó los hombros y se limitó a asentir.

—Os haré ganar un poco de tiempo y me reuniré con vosotros cuando termine —dijo Alex, pero esquivó la mirada de Adira mientras lo decía. Sam supuso que Alex no contaba con regresar pronto.

—No olvides agacharte y zigzaguear —le dijo Sam, y le guiñó un ojo.

Alex sonrió y se alejó por el pasillo.

Sam echó un último vistazo a su capitán mientras desaparecía por una esquina.

—Bah, a la mierda. —Negó con la cabeza y se dio la vuelta hacia su equipo—. Vamos, gente. Después de todo, lo más probable es que acabemos todos gaseados hasta la muerte.

Una imagen de su padre se proyectó en su mente al recordar el momento en que las cosas empezaron a ponerse feas de verdad en su granja, afectada por la sequía. Sam había ayudado a su padre a limpiar varios campos repletos de maizales resecos para que pudieran sembrar patatas. Más tarde, mientras compartían unos refrescos, su

padre había dirigido la mirada hacia los campos y le había dado una palmada en la espalda.

—Sammy, cuando la mierda golpea el ventilador, debes abandonar el negocio de los ventiladores.

Sam sonrió y volvió a negar con la cabeza. *Demasiado tarde, papá.*

La base de Arak había sido el hogar de Al Janaddi durante meses. Siempre la había concebido como un capullo de alta tecnología: aséptico, pero confortable. Ahora sus immaculados muros le provocaron claustrofobia y unas cuantas náuseas, como si se tratara de la celda de una prisión y él estuviera esperando a ser ejecutado.

Contempló a los seis nerviosos científicos y técnicos que estaban con él en la habitación de la esfera. Los cuatro enormes urakher del presidente se alzaban sobre ellos como si fueran torres.

Los urakher dejaron sus bolsas de deporte sobre la mesa y de ellas extrajeron unos chalecos oscuros que parecían muy pesados. Se quitaron las chaquetas y se ajustaron los chalecos en su sitio con profesionalidad. *¿Para qué los necesitan?*, pensó Al Janaddi.

El urakher más corpulento llegó hasta el científico de una zancada, lo agarró con firmeza del brazo y lo condujo hacia el panel. Señaló con una mano inmensa hacia el teclado.

—Comience la prueba, honorable Ahmad al Janaddi, y por favor, muéstreme todos los pasos.

El científico se quedó desconcertado y tragó saliva. Tenía la sensación de que estaba a punto de escribirse la última página de su brillante carrera. Cualquier cosa que pudiera ocurrirle al presidente sería su responsabilidad. Tuvo la imperiosa sensación de que debía avisar a alguien, de que debía enviar un mensaje al consejo regente, o puede que incluso a los intrusos. Los americanos no permitirían que ocurriera eso; detendrían la prueba y lo rescatarían.

—¿Qué muestra esto? ¿Y esto? —El urakher señaló hacia las pantallas. Estaban cubiertas de gráficas, diales y largas columnas numéricas—. ¡Rápido!

El tono brusco de aquel hombre sobresaltó a Al Janaddi.

—A ver, esta habitación es el centro de control de todo el programa de la esfera en Jamshid II. Mis compañeros, técnicos y científicos, monitorizan cada zona, cada parte del proceso. Este dial de aquí controla el flujo de electrones de plasma en el rayo; la pantalla realiza los cálculos y muestra una imagen tridimensional del evento teórico que se está formando, indicando su tamaño, producción energética, así como la cantidad total de energía que se requiere para mantenerlo en estasis. —Al Janaddi señaló hacia otra gráfica—. Estos dígitos, y la información que proporcionan, son dirigidos hacia los campos magnéticos para que podamos calibrar las corrientes de energía dentro del campo gravitatorio sintético.

El urakher presionó una tecla; no ocurrió nada. Miró al científico a la cara con tal hostilidad y desdén que Al Janaddi sintió cómo la bilis se le arremolinaba en el fondo de la garganta.

—Ah, sí, lo siento —dijo—. Debo introducir mi código o de lo contrario el acceso al sistema queda bloqueado.

Comenzó a teclear varios números (el miedo le hizo equivocarse varias veces) hasta que al fin la pantalla se activó y los campos cambiaron de color. Señaló hacia otra pantalla que estaba cubierta por cientos de imágenes que representaban unas pequeñas baterías.

—Estos iconos representan los cubos termoeléctricos. Los monitores se extienden durante muchas páginas. A medida que cada batería, y después cada fila, se rellena, las páginas se desplazan hacia abajo. Cuanto mayor sea el Evento del Juicio, más cubos deberían rellenarse, y la imagen de la batería que hay en la pantalla cambiaría entonces del amarillo al azul. En cuanto al panel principal...

El urakher lo agarró por la parte de atrás del cuello de la camisa, cortando en seco su discurso.

—Prepare la prueba para que comience de inmediato, honorable Al Janaddi, y vuelva a explicarme cómo controlar el tamaño del evento. Dígame su contraseña, cuéntemelo todo, y no omita nada o me verá obligado a hacerle daño.

Al Janaddi tragó saliva y sintió que tenía la vejiga llena; le entraron unas ganas tremendas de orinar. Los otros tres urakher habían llevado a los demás científicos y técnicos hacia el centro de la habitación para después adoptar posiciones de vigilancia en torno a las paredes. Sus compañeros se quedaron mirándolo, pálidos y atemorizados. Parecían estar esperando a que hiciera algo... pero ¿qué?

El urakher lo zarandeo y Al Janaddi hizo lo único que se le ocurrió. Empezó a rezar.

Alex se descolgó el láser KBELT del hombro e incrementó la velocidad de su carrera por el pasillo. No llegaban más ruidos desde el lugar donde se encontraba O'Riordan, y Alex descubrió que aquello era mucho más preocupante que los ecos del combate.

La curvatura del pasillo implicaba que apenas podía ver a tres metros y medio por delante de él. Redujo el paso, se pegó contra la pared interior y trató de percibir lo que había al otro lado, no a base de extender los brazos, sino sirviéndose de sus sentidos. Se detuvo un instante a medida que empezó a formarse una imagen en su mente. Alex estaba comenzando a ser un experto en el uso de sus nuevas habilidades. Sabía que seguía cambiando, creciendo y evolucionando cada día. Volvió a concentrarse, esta vez con más fuerza. Fue como si le estuvieran atravesando la cabeza con una estaca, desde el interior. Apretó los dientes y siguió intentándolo, a pesar del dolor. La imagen cobró forma. El monstruo estaba allí, justo al otro lado de la curva.

Pudo percibir que O'Riordan seguía vivo, pero su presencia se estaba debilitando, desvaneciéndose como una fotografía dejada al sol. También percibió algo más: el poder descomunal y la primigenia inteligencia animal que había percibido en el

desierto y en la entrada de la gruta. La criatura no era capaz de razonar, pero sí de planear una emboscada. Sabía que lo estaba observando, de la misma forma que él la observaba a ella. Sabía que Alex se acercaba. Lo estaba esperando.

Dado que O'Riordan seguía vivo, Alex no tenía elección: debía intentar salvar a su compañero, debía entablar combate. *Joder, las cosas se van a poner feas*, pensó. Inspiró profundamente y salió hacia el centro del pasillo.

Estaba equivocado: las cosas se iban a poner muy feas.

Aquella fue la primera vez que Alex veía con claridad a la criatura. Bajo la intensa luz artificial del pasillo, tenía un aspecto asombroso, dentro del horror que provocaba. Se había incorporado sobre sus cuatro patas traseras, cada una de ellas tan gruesa como la parte superior del muslo de Alex, que culminaban en una punta negra cubierta de pelillos allí donde tocaban el suelo. Alex recordó una cita de una clase de literatura del señor Haniford de hacía mucho tiempo: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que las que sospecha tu filosofía». *Más bien las hay en un lugar mucho más sórdido que el cielo y la tierra*, pensó Alex.

El extraño torso de aquel ser estaba desplegado como si fuera una inmensa cobra insectoide, mientras tiraba fuerte de O'Riordan hacia su interior. Sus patas torácicas, más pequeñas, lo estrujaban suavemente, casi con ternura, realizando movimientos ondulantes arriba y abajo, como si lo estuviera ordeñando. Las mandíbulas de su cabeza con forma de bala estaban abiertas, y un estilete afilado apuntó hacia el cuello del HAWC. Aunque Alex no podía ver el rostro de O'Riordan, pudo percibir que seguía vivo, envuelto en aquel repugnante abrazo. Mientras lo observaba, el cuerpo de O'Riordan se desmoronó, se arrugó y se encogió. Estaba siendo convertido lentamente en un saco de piel vacío a medida que la criatura succionaba y digería con satisfacción sus fluidos corporales. Alex profirió un gruñido de desesperación.

La criatura giró sus alargados apéndices para fijar sus ojos sobre Alex, que pudo ver las múltiples pupilas que había en cada uno. Trató de imaginar la visión que recibía a través de aquellos despiadados bulbos trioscópicos. Alex no pudo evitar pensar que por su aspecto, aquella criatura debería encontrarse a una milla de profundidad bajo el océano, en alguna fosa oscura a la que no llegara el sol, y no plantada en mitad de un pasillo blanquísimo dentro del reino de los hombres.

El ser y él se encontraban apenas a tres metros y medio de distancia, inmóviles, sopesándose el uno al otro. Alex no pudo percibir en ella ningún miedo, ni siquiera recelo, solo la feroz confianza de un depredador ante su presa. *¿Y por qué no debería sentirse confiada?* Había triunfado sobre cada humano con el que se había encontrado y sabía que sus armas no tenían efecto sobre ella. Seguramente no viera a Alex más que como otro saco andante de fluidos al que vaciar en cuanto hubiera terminado con O'Riordan.

Hunter parpadeó varias veces mientras lo embargaba una emoción que no había sentido en mucho tiempo: miedo. La criatura lo había superado fácilmente en la cueva: era más rápida, más fuerte e infinitamente más feroz. *Pero esta vez tengo una*

sorpresa, pensó.

Las corrientes comprimidas de alta intensidad salieron disparadas en un pulso más rápido que la luz a través del cañón con forma de bulbo del láser y golpearon a la criatura en el torso. Le atravesaron limpiamente el caparazón, dejando varios agujeros humeantes del grosor de un lápiz. El ser, tomado por sorpresa, tiró al suelo el cascarón marchito que antaño fuera O'Riordan. Alex percibió en su mente el alarido de rabia y de dolor que profirió mientras replegaba su tórax acampanado, aplastaba su cuerpo y se preparaba para embestir.

Aunque le había producido varios impactos, los daños no parecían demasiado notables. El láser calibrado a la más alta intensidad resultaba letal para los humanos, pero ante aquella criatura sus efectos eran más similares a los de un cortaúñas. Alex cambió la configuración del rayo para conseguir que fuera más ancho y de baja intensidad, y disparó de nuevo. El impacto explosivo golpeó a la criatura y la hizo tambalearse hacia atrás, provocando que sus afiladas patas excavaran unos surcos en el suelo. Varios trocitos de caparazón salieron disparados de su corpachón de tres metros, a medida que los cartílagos que los conectaban quedaban destrozados. Disparó una vez más y consiguió hacer explotar uno de los apéndices que tenía en lo alto de la cabeza.

El alarido inhumano se repitió en su mente, y después la criatura embistió. Se abalanzó sobre él con una velocidad ante la que Alex casi no pudo reaccionar. En un momento se encontraba a tres metros de distancia, y al siguiente se estaba irguiendo ante él. El tiempo se ralentizó para Alex mientras la criatura lanzaba sus garras de presa, dos filos cargados de púas que se movían tan deprisa que literalmente provocaron una onda de choque en el aire. Aunque Alex se movía más rápido de lo que podría hacerlo un hombre normal, lo único que le dio tiempo a hacer fue disminuir el impacto de las garras. Alex cayó al suelo y rodó, pero no antes de que el KBELT que tenía en las manos quedara partido en dos. Una inmensa garra siguió su trayectoria hasta golpearle la cabeza y Alex sintió un reguero de sangre que le corría sobre el ojo.

Dio gracias de que la criatura hubiera perdido cierta visión espacial a causa del ojo que le faltaba. Posiblemente también ella hubiera subestimado su velocidad y agilidad. Alex supo que no volvería a cometer el mismo error. Tras su reciente enfrentamiento, sabía que su contrincante tenía la inteligencia suficiente como para adaptar sus ataques a las circunstancias.

Alex se puso en pie y la criatura desplegó una vez más su cavidad torácica, dejando al descubierto unos apéndices cartilagosos. El color de sus placas cartilagosas y abdominales se tornó más vívido cuando finalmente reconoció a Alex por lo que era: no un alimento, sino un adversario. Mantuvo fijo el único ojo que le quedaba sobre el HAWC e impulsó hacia atrás sus garras, preparándose para golpear.

Alex se puso de puntillas, listo para agacharse o para moverse como mejor pudiera, aunque era consciente de que no sería capaz de mantenerse fuera del alcance

de aquellas garras afiladas eternamente. Ahora que el láser había quedado destruido, tendría que emplear armas más convencionales. Sacó su pistola y el largo cuchillo Ka-Bar negro. Posiblemente no sirvieran de nada, pero al menos estaba armado. Sostuvo aquel filo de treinta centímetros junto al costado. El oscuro acero cromado del Ka-Bar lo convertía en uno de los cuchillos más potentes del ejército estadounidense, tan afilado como un escalpelo. Alex solo necesitaba dos cosas: una zona donde asestar un golpe letal y una oportunidad.

Todos los seres vivos tienen un cerebro o un sistema nervioso central que controla las funciones locomotoras, racionales y autónomas. Aquella cosa tenía cabeza, así que Alex supuso que el órgano que lo controlaba todo estaría localizado allí. Disparó dos veces, lanzando dos certeros tiros a la altura de la cabeza. Impactaron contra la placa epicutícula, en el punto donde se unían los apéndices de los ojos. La criatura no reaccionó en absoluto, aun cuando Alex pudo ver unos pequeños pliegues allí donde las balas de plomo revestidas de cobre habían rebotado sobre el cráneo exoesquelético.

La criatura se irguió hasta el máximo de su envergadura y su gigantesco cuerpo alienígena llenó el pasillo. Su chillido subsónico impactó contra la mente de Alex como un millar de agujas. Varias franjas coloridas se extendieron velozmente por su cuerpo, una muestra patente de su agresividad. Utilizó una de sus patas traseras para recoger el cuerpo sin vida de O'Riordan y se lo pasó a sus garras superiores; después desgarró el cadáver por la mitad, ya fuera para mostrar a Alex lo que le esperaba o para hacer una exhibición de fuerza, tal y como el gorila de montaña destroza árboles y golpea ramas contra el suelo para prender su ira antes de atacar.

A Alex se le desorbitaron los ojos momentáneamente al ver la profanación del cuerpo de su compañero HAWC. Se enfureció. Apretó los dientes y la mano con la que sujetaba el cuchillo con tanta fuerza que el cuero soltó un quejido a modo de protesta.

Dos poderosas y mortíferas criaturas procedentes de mundos distintos se alzaban frente a frente, listas para el combate. Solo una habría de sobrevivir.

Sam, Rocky, Adira y Zach se congregaron ante la cabina de escáner de ADN. Sam levantó la mirada hacia los conductos de gas del techo. Ninguno de ellos había traído mascarillas, ya que debían viajar ligeros de equipaje. Aun así, en realidad les daba lo mismo no tenerlas, ya que muchos de los gases letales o incapacitantes actuales afectaban tanto a la piel como al sistema respiratorio. Las máscaras antigás no te salvaban la vida; sencillamente evitaban que vomitaras los pulmones antes de morir, lo cual, para qué negarlo, permitía dejar un cadáver más bonito.

—Al menos tenemos una salida —dijo Lagudi, señalando con la cabeza hacia la puerta de acero por la que habían entrado. Un botón plateado del tamaño de una moneda estaba incrustado en la pared a la altura de la cintura.

Sam abrió una de las puertas empotradas que había en la habitación y dejó al descubierto ropa, unos zapatos cubiertos de polvo y un termo. Supuso que pertenecerían a uno de los técnicos, que iría ataviado con un mono esterilizado para proteger el equipamiento de alta tecnología. Sacó el termo hacia la luz, lo sujetó por ambos extremos y lo giró lentamente, examinando con detalle su superficie.

—Vale, esto podría funcionar —dijo. Se sacó un poco de cinta adhesiva de un bolsillo del cinturón, cortó una tira de dos centímetros y medio y la pegó sobre una porción del termo. La presionó, la arrancó y después la sostuvo hacia la luz—. ¿Habéis visto alguna vez una huella dactilar al microscopio? Los surcos y rugosidades hacen que en comparación el Gran Cañón parezca una pendiente en el camino. Son ricas en suciedad, bacterias y grasa, y en esa grasa hay... ADN.

Se santiguó dos veces y pegó la cinta sobre la pantalla plana.

Se oyó un sonido sibilante. Zach se cubrió el rostro.

Alex debía mantenerse fuera del alcance de las afiladas garras de la criatura, pero lo suficientemente cerca como para localizar alguna clase de órgano vital. Seguía decidido a jugársela con su cabeza, y por esa apuesta probablemente también estaba poniendo en juego su vida.

Alex pegó un salto hacia la criatura e hizo amago de desplazarse hacia la izquierda, aunque finalmente se movió hacia la derecha. Su plan consistía en rebotar sobre la pared para llegar hasta la cabeza de la criatura, que se erguía a varios centímetros por encima de la suya. Su velocidad habría deleitado a los científicos de los laboratorios de la USSTRATCOM y asombrado a sus compañeros HAWC, pero ante una criatura capaz de atacar con sus garras a una velocidad suficiente como para romper la barrera del sonido, resultaba un blanco fácil.

Mientras seguía suspendido en el aire, el monstruo se dio la vuelta para seguirle el rastro con el ojo trioscópico que le quedaba. Lanzó sus garras contra el abdomen de Alex. Hunter percibió aquel movimiento antes de verlo y se volteó ligeramente para recibir el impacto con las placas cerámicas que le quedaban sobre el pecho. Aquel material endurecido en un laboratorio se resquebrajó, dejándole expuestos los pectorales.

Se produjo una lluvia de sangre y el HAWC salió despedido a una distancia de tres metros por el pasillo. La criatura examinó el aire sirviéndose de unas pequeñas protuberancias con forma de abanico, que comenzó a ondear en la punta de su probóscide. Al parecer, el derramamiento de sangre y fluidos la había excitado. Se lanzó hacia adelante, probablemente con la intención de empalar a Alex con su espeluznante estilete y succionarlo hasta dejarlo seco.

Cuando percibió el movimiento de la criatura que se preparaba para asestar su golpe mortal, Alex rodó rápidamente y se puso en pie. Incluso su metabolismo acelerado necesitaría un rato para cicatrizar la herida del pecho, así que debía contener la hemorragia artificialmente o de lo contrario perdería energía. A pesar del golpetazo contra el suelo, seguía sosteniendo en las manos el cuchillo y la pistola, aunque no parecían servir de mucha ayuda ante aquel animal que era como un tanque desbocado con dos machetes retráctiles.

En su mente, Alex pudo oír el alarido triunfal de la criatura a medida que se acercaba para matar. *Ese bicho me saca mucha ventaja. Tengo que igualar un poco las cosas*, pensó mientras se agachaba sobre una rodilla y apuntaba con la pistola. *Sí, me sacas mucha ventaja, pero apuesto a que a la hora de cazar te sirves sobre todo de tu visión.*

Se produjeron cuatro disparos en rápida sucesión contra un objetivo que se acercaba más deprisa de lo que podría percibir un ojo humano. El bulbo que quedaba en lo alto del apéndice ocular estalló; Alex tuvo el tiempo justo de moverse ligeramente para absorber el impacto, y a pesar de todo salió despedido hacia atrás.

El grito que oía en su cabeza se convirtió en uno de dolor y de rabia. *Bien*, pensó. Se burló de la criatura:

—En la Tierra decimos que no hay que vender la piel del oso antes de cazarlo, bicho asqueroso.

La criatura ondeó un penacho de abanicos y tendones viscosos sobre la parte frontal de su cabeza mientras intentaba determinar la posición de Alex a base de examinar el aire del entorno. Alex sabía que no podía permitirse el lujo de recibir otro impacto de la criatura; sus fuerzas se estaban agotando. *La última oportunidad*, pensó.

Desgarró la fibra de para-aramida de la parte superior de su traje y se limpió tanta sangre como pudo. Mientras tanto, la criatura logró localizarlo y embistió. Alex lanzó por los aires el trozo de fibra cubierto de sangre, hacia la izquierda del coloso que se abalanzaba sobre él, y después pegó un brinco hacia el lado contrario. La criatura

tardaría al menos un segundo en localizarlo de nuevo y reanudar su ataque..., y ese era todo el tiempo que necesitaba. Suspendido en el aire, Alex descargó un poderoso golpe con el brazo, reforzado por su peso corporal y por toda la fuerza sobrehumana que fue capaz de reunir. El cuchillo Ka-Bar de treinta centímetros perforó el cráneo quitinoso del monstruo con un sonoro crujido y se hundió hasta la empuñadura. Alex aprovechó el impulso del salto para seguir adelante y aterrizar a varios metros de distancia del gigantesco artrópodo.

Cuando se dio la vuelta supo, por los movimientos espasmódicos de la criatura, que había encontrado, si no su cerebro, sí al menos alguna especie de conexión neuronal. La criatura se estrelló contra la pared con un tremendo estruendo. Cayó de espaldas y sus múltiples patas se revolviéron en el aire durante unos instantes, después se incorporó y escupió una ráfaga de su veneno corrosivo por el pasillo.

Alex había oído que la cucaracha doméstica común podía sobrevivir durante una semana sin su cabeza, y que incluso entonces solo moría a causa de la inanición y la deshidratación. ¿Quién sabe cuánto podría vivir esa cosa? Se palpó la cintura en busca de su kit médico; no había tiempo para una puesta a punto completa, pero sí el suficiente para un remiendo rápido. Se arrodilló y se roció la enorme raja que le cruzaba el pecho con un aerosol cicatrizante, después se cerró la herida con las manos durante unos segundos hasta asegurarse de que aguantaría, y durante todo ese tiempo mantuvo la mirada fija en los frenéticos movimientos de la gigantesca criatura.

Se puso en pie y se dirigió hacia el lugar donde yacía el cuerpo destrozado de O’Riordan. El andrajoso uniforme cubría la desgarrada masa de entrañas secas, músculos y huesos que había por debajo. Alex le cerró los ojos; no había tiempo para decir unas palabras.

Recogió parte de la munición de O’Riordan y su largo cuchillo Ka-Bar, que introdujo en su propia funda. Estaba a punto de ponerse en pie cuando se fijó en una araña explosiva que reposaba en el interior de un bolsillo de la cintura del HAWC caído. Alex extrajo la cajita metálica y miró hacia la criatura. Seguía ejecutando unos movimientos furibundos y descoordinados por el pasillo. Se puso en pie lentamente con la cajita en la mano y miró fijamente hacia aquel despojo que antaño fuera uno de sus hombres. La criatura se acercó un poco mientras seguía pegando bandazos y dio varios zarpazos a ciegas, probablemente como parte de un agónico movimiento reflejo. Alex supo que debía reunirse con su equipo..., pero antes había una cosa más que debía hacer.

Tensó el cuerpo.

—Por el Irlandés —dijo, y pegó un salto.

Aterrizó sobre la espalda del monstruo, agarró el cuchillo, que seguía incrustado en aquel cráneo fuertemente acorazado, y lo giró. Con la otra mano sostuvo en alto la araña, forcejeando por mantenerse sobre la espalda de aquella cosa mientras esta se revolvía bajo sus piernas. Incluso con el cerebro perforado, la criatura reaccionó al ataque. Alex aplicó más presión sobre el cuchillo e intentó girarlo de nuevo. La

criatura siguió resistiéndose. Alex desató su odio y su ira con un grito, y giró el cuchillo con tanta fuerza que provocó una fractura de varios centímetros en el cráneo del monstruo, a lo largo de una juntura biológica.

—Este es nuestro puto planeta —dijo Alex. Presionó un pequeño botón en la araña y la metió por la fisura del cráneo. El dispositivo desplegó de inmediato sus patitas plateadas para aferrarse a los bordes de la fisura y se quedó fijo en el sitio.

Alex se apartó de la criatura con un salto y rodó dos veces para alejarse de la explosión. En aquel pasillo de hormigón armado, la onda expansiva se condensó y se extendió por ambos lados del pasadizo. Se produjo una oleada de calor seco, y Alex recibió una lluvia de fragmentos metálicos y biológicos en la espalda y los brazos.

Se puso en pie y esbozó una sonrisa adusta. En el lugar donde había estado la criatura, solo quedaba un cráter chisporroteante, como un huevo cocido al que le hubieran retirado la parte superior y estuviera listo para consumir. Un olor como a crustáceo cocinado y a vinagre balsámico, que revolvía el estómago, inundó el ambiente. El cuerpo se estremeció durante otro instante y después se quedó inmóvil.

—Ahora estamos en paz —dijo Alex.

Bajó la mirada hacia su cuerpo ensangrentado y magullado. Se sacó una esquirra que le asomaba de la parte superior del brazo: era un trozo de caparazón, oscuro y moteado, de dos centímetros y medio de longitud; grueso, extremadamente duro y ligeramente ceroso. Lo frotó con el pulgar y se lo metió en el bolsillo.

Las heridas de Alex dejaron de sangrar mientras corría de regreso por el pasillo. Le dolía el cuerpo entero, pero hizo un esfuerzo por ignorarlo. La sólida puerta de acero se alzaba ante él. *Espero no llegar tarde para la fiesta*, pensó.

Cinco... cuatro... tres... dos... uno... Una luz roja se tornó verde. El sonido sibilante se detuvo. Zach se apartó las manos del rostro con gesto avergonzado.

Sam se dio la vuelta hacia Adira y Zach, y dijo:

—Colóquense detrás de nosotros.

—Ni de coña. —Adira tenía la pistola en alto y un intenso brillo de determinación en los ojos.

Zach también había sacado su pistola, pero se quedó un poco rezagado por detrás de Lagudi. Vio al HAWC santiguarse e inspirar una honda bocanada.

La puerta se abrió deslizándose.

—*Kadima!* —gritó Adira. Se trataba de un antiguo grito de batalla hebreo que provocó que los gigantescos urakher que los aguardaban al otro lado de la puerta rugieran con furia. Adira se abrió camino entre Rocky y Sam, y se lanzó en plancha hacia el suelo, disparando al mismo tiempo.

Lagudi y Sam pasaron con la misma rapidez, desplegándose a izquierda y derecha. Zach atrancó un cuchillo en el raíl de la puerta para impedir que se cerrara, después siguió a Adira, reptando sobre el estómago hasta ponerse a cubierto debajo de una mesa.

Al Janaddi pensó que era evidente que los cuatro urakher contaban con su llegada. Por eso llevaban chalecos protectores. El tipo que estaba junto a Al Janaddi colocó una manaza detrás del cuello del científico y le susurró al oído:

—Inicie el Evento de inmediato, hombrecillo, o morirá.

Los otros tres urakher se adelantaron formando un sólido muro humano, proporcionando cobertura para su compañero y para Al Janaddi. Dispararon contra los intrusos con una habilidad que denotaba muchos años de adiestramiento. El estruendo de los disparos resultaba aterrador en aquella estancia tan pequeña, y el ruido sordo de las balas al impactar contra las armaduras de los americanos y los chalecos blindados de los urakher recordaba a las descargas de una fuerte tormenta sobre las velas de lona de una embarcación. Si los urakher sintieron el dolor de los impactos, no dieron muestra de ello.

Los HAWC y Adira eligieron cada uno un blanco y descargaron sobre ellos una lluvia de balas. Pronto descubrieron que, para ser unos hombres tan corpulentos, esos soldados se movían rápido y no tenían ningún miedo. Adira alcanzó a ver el tatuaje

de la estrella y la media luna en la sien de uno de aquellos hombres y no pudo contener un escalofrío de miedo y repulsión. *Aghh. Urakher: los guerreros muertos.* No pensaba que de verdad existieran. Eran unos dementes, conocidos por su arrojo en la batalla y su desdén absoluto hacia su propia vida o hacia cualquier otra. Durante toda su carrera en la Metsada, Adira no había oído nunca que hubieran conseguido matar a ninguno de ellos.

Los técnicos y científicos que estaban en la habitación se tiraron al suelo para esconderse debajo de las mesas o en cualquier lugar que les aportara cierto cobijo. Uno de los técnicos se agachó debajo de un escritorio al lado de Zach, que se limitó a mirarlo con las cejas enarcadas y a encogerse de hombros.

Lagudi había acortado la distancia que lo separaba de su blanco y se encontraba ahora al alcance de un par de brazos gigantescos con puños tan grandes como ladrillos. El urakher agarró la mano con la que Lagudi sostenía la pistola y giró el codo hacia la barbilla del HAWC, con la intención de propinarle un golpe que le destrozara los huesos. Lagudi reconoció aquel ataque de artes marciales y bloqueó la poderosa embestida.

—No está mal, pero ahora estás jugando en mi cajón de arena, gilipollas. —Sacó su pistola y descargó un golpe con la mano abierta bajo la barbilla de su oponente. La cabeza del urakher salió disparada hacia atrás, pero en lugar de escuchar la fractura de huesos y cartílagos que esperaba, Lagudi vio cómo el soldado volvía a bajar la cabeza de inmediato. Sus ojos negros no delataban furia ni dolor, solo una calma que al menudo y fornido HAWC le resultó inquietante.

Adira había conseguido meterle sendas balas en el muslo y en el brazo a su oponente, que a pesar de todo seguía avanzando hacia ella. Adira no quería quedar dentro del alcance de sus manos, ya que aquel gigante fanático podría arrancarle literalmente los brazos. Volvió a disparar y rodó por el suelo para mantener una cierta distancia con aquel titán ataviado de negro. Pero llegaría un punto en el que a base de retroceder llegaría hasta una pared, o en el que se le acabaría la munición. Y sabía que no tendría tiempo de recargar.

Oyó un estruendo que procedía del otro lado de la puerta que daba acceso a la cámara de seguridad que conducía al laboratorio. En ese momento, Sam Reid salió despedido por los aires a través de la habitación para terminar estrellándose contra un muro y desplomándose sobre el suelo. *Esto no va bien*, pensó Adira.

El estruendo se escuchó de nuevo.

Necesitamos más tiempo, pensó, y entonces ciento quince kilos de músculo envueltos en kevlar aterrizaron encima de ella. ¡Dafook! *Atrapada*, pensó. *Se acaba el tiempo. Aprovéchalo.*

La puerta de seguridad era robusta y estaba fabricada a partir de una aleación especialmente reforzada para resistir las balas y el calor. Alex pudo oír los ecos del

tiroteo y el tumulto a través de la superficie de acero, y percibió el dolor que se estaba desatando. Ahí adentro se estaba produciendo una batalla entre sus HAWC y un número desconocido de oponentes altamente entrenados, y debía formar parte de ella.

El panel numérico y su código le resultaban inaccesibles, así que sacó las dos arañas que le quedaban y las colocó juntas en una esquina de la puerta, configurándolas para que estallaran en cinco segundos. Se alejó corriendo unos cuantos metros a través del pasillo curvado. La explosión arrancó azulejos del techo y baldosas del suelo alrededor de la puerta, pero la aleación de seguridad se mantuvo en pie. Estaba quemada y corroída, pero no tenía la más mínima grieta.

—¡Mierda! —gritó Alex, que asestó un puñetazo a la puerta. Le pegó una patada y después la siguió aporreando una y otra vez. El estruendo metálico de sus golpes se volvió tan estridente como los explosivos que había utilizado, y con cada golpe su ira se fue incrementando. Nuevas dosis de adrenalina y esteroides corrieron por su cuerpo, estimulantes naturales que se mezclaron con los compuestos químicos únicos que le inocularon en un laboratorio en la otra punta del mundo, hasta que su cuerpo entero bulló con una fortaleza sobrenatural.

Alex alzó ambos puños sobre la cabeza y los descargó sobre la puerta, consiguiendo crear una enorme abolladura en el centro. *Demasiado tiempo*, pensó. Los puños le sangraban, pero el dolor que sentía en las manos no era nada comparado con la intensidad del alarido agónico que percibía en su cabeza. Se estaba volviendo difícil pensar con claridad. Sacó el cuchillo Ka-Bar de O’Riordan y calculó cuál sería el mejor lugar para golpear. Iba a ser inútil, pero la rabia estaba empezando a nublar su raciocinio. Retrocedió un paso, alzó el cuchillo y se abalanzó contra la puerta.

El urakher que montaba guardia junto a Al Janaddi observó detenidamente cómo el científico iniciaba el Evento del Juicio. Le susurró al oído:

—Dirija el micrófono hacia la cápsula.

El científico hizo lo que le pedía, después se revolvió para intentar librarse de la mano gigantesca que le estaba estrujando el cuello. El urakher apretó un poco más fuerte y lanzó una mirada reverencial a través de la ventana de la cápsula de plomo.

—Hemos iniciado el programa, mi mahdi, alabado sea Alá —dijo.

Desde el interior de la cápsula llegó una respuesta:

—*Allahu Akbar*, mi fiel seguidor, yo intercederé por ti, por tu familia y por todos tus ancestros.

Por increíble que parezca, Al Janaddi oyó unos cánticos a través del altavoz. Era el Adhan, la llamada a la oración; la primera canción que escuchaba un musulmán recién nacido, la primera canción que se cantaba en un colegio o en un nuevo hogar, la canción que marcaba un nuevo comienzo. La voz del presidente era tan evocadora como melodiosa. Se decía que cuanto más poderosa era la voz, más poderosa era la oración.

En la habitación de la esfera resonó una trompeta y las luces empezaron a atenuarse.

—Lo siento, Jack. Ya sabes que no podemos permitir que nuestros enemigos perfeccionen una tecnología nuclear —dijo el general Meir Shavit—. Ya han expresado su deseo de borrarlos del mapa. De momento no son más que palabras, hasta que tengan la tecnología para llevarlo a la práctica.

El comandante Hammerson conocía el riesgo que estaba corriendo su amigo al prepararse para lanzar un ataque contra Irán. Un acto como ese podría prender fuego a todo Oriente Medio; sin embargo, la inacción en ese momento podría provocar la futura erradicación de su país. Era una decisión muy jodida.

—Meir, concédeme solo dos horas —respondió Hammer—. Mi equipo sigue allí, y hasta que no se demuestre lo contrario, debo dar por hecho que tendrán éxito.

La línea telefónica se quedó en silencio durante casi treinta segundos; Hammerson apretó la mano mientras esperaba una respuesta.

—Ese al que llamáis el Arcadia está allí, ¿verdad? —tanteó el general—. Supongo que debe de ser muy valioso. Algún día hablaremos más a fondo sobre ese tema... Y recuerda, yo también tengo a un equipo allí. Solo puedo darte una hora. —La comunicación se cortó.

Hammerson se frotó la frente, desconectó la llamada y de inmediato volvió a coger el teléfono.

—Annie, póngame con el presidente.

Lagudi tenía los brazos seriamente magullados y una fractura en uno de los huesos metacarpianos del reverso de la mano. Su entrenamiento le había enseñado a ignorar el dolor, pero era consciente de que su resistencia se estaba agotando. Su oponente tenía cortes y contusiones en el rostro, pero aún conservaba sus fuerzas; más de las que él tenía.

El HAWC volvió a golpearlo con la mano abierta, a lo que siguió una patada giratoria. El urakher respondió con dos tremendos puñetazos y un patadón rápido y contundente. Lagudi esquivó los puñetazos, pero solo consiguió disminuir la potencia de la patada parcialmente, y sintió cómo se astillaba algo más en el interior de su cuerpo. Lagudi era bueno, pero se dio cuenta de que su oponente era mejor. No hacía más que repetirse mentalmente el lema más antiguo en el mundo de la lucha: *Un hombre válido y grande siempre derrotará a un hombre válido y pequeño.*

El urakher le lanzó el ataque de la serpiente, dirigiendo dos dedos contra su cuello a tanta velocidad que Lagudi solo se dio cuenta cuando recibió el impacto, y supo de inmediato que le había destrozado la laringe. Eso supondría una muerte lenta y

asfixiante si no mediaba una traqueotomía, y dudó que su oponente fuera a concederle el tiempo necesario para abrirse un agujero en la garganta e insertarse un tubo con el que poder respirar. Otro golpe tremendo lo derribó. Ya no le quedaba aire en los pulmones.

El urakher echó la pierna hacia atrás, preparándose para descargar un patadón tremendo sobre la cabeza de Lagudi. Esta vez no necesitaba andarse con florituras, solo concentrar toda la fuerza posible para aplastarle el cráneo.

Sonaron cinco disparos. Solo dos dieron en el blanco, pero como su blanco era la nuca del urakher, fueron suficientes. El hombre estaba muerto antes de tocar el suelo.

Rocky vio al doctor Shomron, que estaba apuntando con su temblorosa pistola desde debajo de una mesa. El HAWC le dirigió al científico una sonrisa ensangrentada a través de unos labios que estaban empezando a ponerse de color azul oscuro, y lentamente asintió con la cabeza para darle las gracias. Después cerró los ojos.

El urakher levantó a Adira en vilo con tanta facilidad como si se tratara de una niña, le rodeó el cuello con una mano y le agarró la pistola con la otra. Le arrebató el arma de entre los dedos y la tiró con desdén. Sonrió. Adira comprendió que su oponente esperaba disfrutar de la situación.

Adira volvió a escuchar aquellos estridentes golpetazos en la puerta. Había llegado el momento de jugársela. Si se trataba de los takavaran, daría igual: estaría muerta de todas formas. Pero si se trataba de Alex, aún les quedaría una oportunidad. Se sacó de las mangas un par de estiletes arrojadizos. Con el primero de ellos apuñaló al urakher en el brazo, clavándose hasta la empuñadura entre el cúbito y el radio, y cuando alcanzó el músculo braquiordial lo hizo girar con fuerza. No serviría para inutilizar del todo a su enemigo, pero sabía que dolería de cojones; además, por fuerte que fuera aquel hombre, aquello provocaría que abriera la mano de inmediato. Así fue, y Adira cayó al suelo. No necesitaba más que unos pocos segundos...

Atisbó el botón de salida en el extremo contrario del pasillo blanco por el que se entraba y, con una puntería certera, lanzó el fino cuchillo negro. Golpeó el botón y la puerta se abrió.

Adira sonrió cuándo vio lo que había al otro lado. La apuesta le había salido bien.

El urakher volvió a levantarla en vilo y le pegó un fuerte puñetazo en el rostro. Antes de que perdiera el conocimiento, Adira tuvo una visión en la que un gigantesco pájaro rojo volaba hacia ella. *Viene el Arcadia*, pensó, mientras todo se oscurecía a su alrededor.

El recio filo del Ka-Bar se hizo trizas contra la densa aleación de la puerta de seguridad, dejando a Alex con apenas unos puños apretados y una rabia explosiva. Canalizó su furia con un grito dirigido contra aquel obstáculo y retrocedió hacia la pared opuesta. Inclino el hombro, tensó todos los músculos de su cuerpo y acometió

la embestida. En ese preciso momento se abrió la puerta. Alex no detuvo su marcha a pesar de todo y atravesó la abertura como si fuera un misil decorado con franjas rojas.

Alex tenía el cuerpo y los sentidos tan sobrecargados que el mundo parecía avanzar a cámara lenta a su alrededor. Atisbó la silueta quebrada de Sam, que estaba siendo aporreado por un hombre gigantesco; el cuerpo contusionado e inmóvil de Rocky Lagudi, con un gigante muerto a su lado; un hombre enorme que aferraba a otro más pequeño, con una bata de laboratorio, en el extremo contrario del centro de control; y un cuarto ogro, con el pie levantado sobre la cabeza de Adira, a punto de rematarla de un pisotón.

El gigante que se abalanzaba sobre Adira se giró hacia Alex. Sus ojos se desorbitaron ligeramente cuando vio a aquel hombre que arremetía contra él con una velocidad superior a la de un jaguar del desierto. Alex tenía la parte superior del uniforme hecha jirones, los bordes chamuscados, y manchas de sangre repartidas por el rostro y el cuerpo. Pero eran sus ojos, que centelleaban con una ira asesina, los que provocaron que el enorme urakher sintiera cosas que no había sentido desde que era un niño pequeño: miedo y duda.

El urakher sacó su pistola, pero Alex lo alcanzó antes de que tuviera ocasión de disparar. El HAWC golpeó al soldado en el pómulo con fuerza suficiente como para machacarle la cabeza y propulsar su cuerpo a lo largo de la habitación. Su corpachón golpeó contra el armario metálico de un ordenador y se quedó incrustado en su armazón de acero.

El urakher que estaba con Al Janaddi presenció el golpe y durante un instante puso los ojos como platos, incapaz de creer lo que veía. Ordenó al compañero que le quedaba que acabase con Sam y se ocupara de Alex; él necesitaba pasar unos minutos más con aquel hombrecillo.

Al otro lado del panel de observación, la esfera centelleó, después pareció encogerse hasta convertirse en un punto compuesto de vacío en el interior de un halo blanco: Al Janaddi había iniciado y desatado el Evento del Juicio del presidente. El rayo de plasma dirigió una corriente purpúrea de electrones cargados hacia el centro del agujero negro y empezó a alimentarlo. Las pantallas del puesto de observación registraron movimiento; las filas de baterías comenzaron a llenarse y una representación gráfica del evento se mostró como un puntito sostenido en estasis entre los campos magnéticos que lo circundaban.

—Aquí tiene su evento —dijo el científico. Sabía lo que vendría ahora, e intentó girarse ligeramente para ver la batalla que estaba teniendo lugar a sus espaldas. Quizá los americanos salieran victoriosos. Apuntarían sus pistolas hacia el feo monstruo que estaba a su lado y le gritarían: «Aléjese».

Se metió la mano en el bolsillo, sacó el pequeño dispositivo de almacenamiento masivo e intentó girar su cuerpo un poco más. *Si pudiera mostrarles lo que tengo*

aquí...

El urakher se dio cuenta de que Al Janaddi estaba intentando darse la vuelta, así que aplicó más presión sobre el cuello de aquel tipo. Levantó la otra mano para golpear al científico en la cabeza. El impacto apenas emitió ruido alguno. Después tiró el cuerpo del científico a un lado, como si fuera una bolsa de basura, y rápidamente volvió a situarse ante el panel para incrementar el nivel de dosificación de plasma.

Mientras el ordenador mostraba cómo el nivel de plasma se iba acrecentando, comenzó a entonar un cántico en voz baja. Un cántico sobre el mahdi, el Día del Juicio y el ajuste de cuentas, sobre Alá y su propio sacrificio, que pronto tendría lugar.

El agujero negro empezó a absorber la materia que lo rodeaba. La cápsula del presidente pareció alargarse y apuntar hacia el agujerito oscuro situado en el centro de la habitación, después se extendió, se tornó borrosa y desapareció en el vacío.

—¡Alabado sea el mahdi! —gritó el urakher, mientras amplificaba al máximo la dosis de plasma. Todos los presentes en la habitación sintieron náuseas mientras el agujero negro empezaba a crecer.

El urakher que estaba situado ante el panel miró, a través del cristal revestido con plomo, hacia el agujerito de vacío que era más oscuro y más poderoso que nada que haya existido en la Tierra. Sintió el impacto de aquella oleada de energía sobre su cuerpo y su cántico se volvió aún más estridente.

Zachariah pudo percibir la distorsión en la atmósfera y en el mismísimo núcleo de su propio ser. No sabía si los iraníes lo habrían planeado así, pero el agujero negro estaba empezando a liberarse de cualquier tecnología que estuvieran usando para contenerlo. En unos pocos minutos, o bien se evaporaría, o empezaría a alimentarse de la materia que lo rodeaba y seguiría creciendo hasta que el planeta dejara de existir.

Zach sabía que no podía abatir al enorme urakher que estaba ante el panel; además, quizá ya fuera demasiado tarde para contener el agujero negro. Ante sus ojos estaba empezando a devorar el laboratorio que se extendía al otro lado del cristal. Zach estaba asustado y doblegado por la indecisión.

Se estremeció y se sintió mareado, pensó que quizá estuviera entrando en estado de *shock*. Tenía la boca seca. Quería salir de allí, atravesar corriendo la puerta, y no dejar de correr hasta que estuviera de vuelta en casa con su tía Dodah. Volvía a ser un niño pequeño, plantado en una calle de Tel Aviv, mareado a causa del calor y del polvo y de los gritos y la locura. Un olor a carne chamuscada inundó el ambiente, y allí donde su padre había estado apenas unos segundos antes, ahora había un cráter ennegrecido con manchas rojas en los bordes. Su madre estaba tirada en el suelo, delante de él, y no se levantó. Le salía humo de los hombros y de la parte trasera de la

cabeza, como si estuviera en llamas.

Zach cerró los ojos durante un instante, y cuando los abrió ya no veía a sus padres, sino el cuerpo contusionado de Rocky Lagudi, a Sam Reid gimiendo, y después el rostro ensangrentado de Adira. Demasiado dolor, demasiado sacrificio.

Cuando llegue el momento, ¿qué es lo que harás, Zach? Las palabras de Adira resonaron en su mente y Zach se tocó el pecho. Sintió calor. Aparecieron nuevas palabras en su mente: *Sin sacrificio, no hay libertad. Sin libertad, no hay vida.*

Zachariah Shomron se puso en pie, susurrando para sí mientras templaba sus nervios.

Sam estaba tirado en el suelo. Tenía el brazo doblado en un ángulo imposible, los ojos tan hinchados que casi no podía abrirlos, y una aparatosa herida de arma blanca había seccionado las fibras sintéticas de su uniforme de combate hasta alcanzarle el torso, que estaba rebanado desde la clavícula hasta el ombligo. Parecía como si el urakher se hubiera estado dando el capricho de matar al HAWC poco a poco. Resultaba evidente que era un experto con el cuchillo y Alex supuso que su deseo era infligir toda clase de torturas sobre el soldado caído antes de asestarle el golpe mortal.

Estaba ondeando el arma adelante y atrás, como si quisiera rebanar el aire, quizá mientras decidía por dónde cortar a su enemigo a continuación. Alex reconoció el cuchillo, era un karud, tan antiguo como la propia Persia: acero forjado en la fragua, fino y ligeramente curvado. Su diseño estaba concebido originalmente para penetrar una cota de malla, y había funcionado de maravilla con las fibras reforzadas del uniforme del HAWC.

Alex era consciente de que si no ayudaba pronto a Sam, acabaría muriendo. Pero también percibió la distorsión procedente del interior de la esfera de la habitación y supuso que el corpulento guardaespaldas que se encontraba ante el panel estaba iniciando el evento del agujero negro. Los supuestos que Adira y Zachariah habían resumido durante su informe inicial se harían realidad a no ser que detuviera a ese hombre inmediatamente.

El urakher que había estado torturando a Sam tenía ahora la mirada fija en Alex y empezó a avanzar hacia él. Sostenía en alto el puñal curvado y esbozó una sonrisa espantosa a medida que reducía la distancia. Alex vio que el cuchillo estaba mojado con la sangre de Sam, y la ira le obligó a apretar los dientes.

Miró a Adira y vio que estaba intentando incorporarse, todavía medio atontada y muy debilitada. Como Sam, necesitaba atención médica urgente; pero seguía viva y, al menos de momento, no corría un peligro inmediato. Alex se estaba preparando para enfrentarse al enorme urakher que se aproximaba hacia él cuando vio que Zachariah se ponía en pie tras salir de debajo de una mesa; estaba murmurando algo y asintiendo con la cabeza, como si estuviera recibiendo instrucciones. Alex no podía correr el riesgo de que pudieran herir o matar al joven científico israelí justo cuando necesitaba sus conocimientos para inutilizar el generador del agujero negro. La urgencia se estaba incrementando: Alex debía abatir a los dos gigantescos guardias cuanto antes.

El urakher del panel de control estaba entretenido, pero el que había torturado a Sam se estaba preparando para atacar de nuevo. Así, las circunstancias decidieron en lugar de Alex.

El capitán de los HAWC aún sostenía en la mano el cuchillo Ka-Bar roto de O’Riordan. Miró con dureza al hombre que se aproximaba y apretó los dientes mientras pensaba en el cuerpo contusionado de Sam y en el gesto divertido que adoptó el rostro del gigante. Alex esbozó una sonrisa sin rastro alguno de humor.

El urakher redujo el paso y su sonrisa se desvaneció. Quizá se debiera a algo inquietante que percibió en la intensa mirada de Alex. El urakher le sacaba casi una cabeza, pero por la cautela con la que se movía, Alex comprendió que el gigante no las tenía todas consigo. Quizá fuera la absoluta falta de miedo en los ojos de Alex, o la sensación de peligro que lo envolvía. Entonces Hunter vio cómo el urakher recuperaba la sonrisa cuando se fijó en sus heridas.

Eso es, estoy herido, seré una presa fácil. Venga, date prisa. El tiempo se estaba agotando, y Alex percibió una oleada de distorsión que atravesó el complejo. Esta no se disipó, sino que se mantuvo latente, provocando una sensación constante de mareo y un... desconcierto físico absoluto.

El urakher ondeó lentamente el puñal curvado ante sí, hizo amago de ir hacia la izquierda y después se balanceó hacia la derecha como una serpiente realizando su ataque; una maniobra que habría tomado por sorpresa a un hombre normal, y que habría culminado con el cuchillo ensartado a través del cuello. Pero Alex se agachó a tiempo para esquivar el arma y agarró la suya con más fuerza. No le quedaba mucho tiempo. Sabía que podría limitarse a desarmar o incapacitar a su corpulento adversario. Pero había visto los restos retorcidos que quedaban de algunos de sus compañeros, y el placer que aquellas bestias gigantescas habían extraído de sus torturas. Para Alex, habían renunciado a cualquier derecho a pedir clemencia: ese día no habría prisioneros.

El urakher lanzó un nuevo ataque. Esta vez Alex bloqueó el cuchillo y se acercó a su enemigo para clavarle con todas sus fuerzas el Ka-Bar roto por debajo de la barbilla, después lo empujó a través de la cavidad bucal y del paladar hasta llegar al lóbulo frontal del cerebro. Los brazos del urakher se desplomaron y el puñal curvado se le cayó de entre los dedos. Aún no estaba muerto, pero no tardaría mucho.

Alex lo sostuvo en pie con una mano. Alzó ligeramente el cuchillo y los pies del hombretón se separaron del suelo. Lo miró a los ojos.

—Esto es acero HAWC. Puedes quedártelo. —Entonces dejó caer al gigante con el cuchillo todavía en su sitio.

Una nueva oleada de náuseas y mareos le recorrió el cuerpo, haciéndole gruñir y tambalearse. La habitación estaba empezando a volverse borrosa a medida que el agujero negro iba demostrando su poderío y probando sus límites. Solo le quedaban unos pocos minutos más. Dirigió su atención hacia el gigante que estaba situado ante el panel.

El último urakher había dejado el nivel de suministro de plasma bloqueado en su

punto máximo, después utilizó la contraseña del científico muerto para desconectarse del sistema. Alzó la mirada, como si estuviera mirando al cielo a través del techo, y entonó a voz en grito una última oración antes de arrancar el teclado del panel y destrozarlo contra su rodilla.

Inspiró una honda bocanada que le supo a victoria. A su alrededor, el aire parecía denso y sólido; los empastes de mercurio que tenía en los dientes empezaron a producir un hormigueo y su visión comenzó a distorsionarse. Se dio la vuelta y vio a dos hombres que se aproximaban; uno, un joven flacucho al que ignoró; el otro, un hombre mucho más imponente. Se encaró con este último, esbozando una amplia sonrisa. Desplegó los brazos como si fuera a abrazar a aquel hombre que se erguía ante él. En la palma de cada mano sostenía una cajita metálica. De ellas emergían varios alambres que se extendían bajo sus mangas, hasta llegar a unos bultos que resultaban visibles alrededor de su cintura.

Aquel era su último encargo: su último regalo al mahdi. Nada interferiría con el Día del Juicio.

Alex observó a aquel hombre corpulento, los alambres que se extendían bajo sus mangas y los explosivos que llevaba alrededor de la cintura. Confió en que el diseño correspondiera al de un chaleco explosivo estándar. Normalmente, estaban compuestos por un detonador inmediato en una mano y un detonador retardado en la otra. Si pulsaba este último, tendría unos diez segundos. De ser así, tendría una oportunidad. No necesitaría más que un breve instante.

Zachariah estaba avanzando hacia el urakher, con la pistola en alto y lista para disparar. Alex avisó al joven israelí.

—¡No, doctor Shomron! ¡El cristal! ¡Zach, dispara al cristal!

Alex no estaba seguro de que Zach le hubiera escuchado hasta que el joven desplazó su pistola unos cuantos centímetros hacia la izquierda y vació la munición que le quedaba en el cargador. Siete balas golpearon el cristal revestido con plomo y dejaron unos círculos que parecían copos de nieve sobre su superficie de diez centímetros de grosor. Alex habría preferido que los disparos hubieran estado más próximos entre sí, pero al menos Zach le había acertado a la ventana con todos ellos. Tendría que apañarse con eso.

El urakher soltó una carcajada y dijo algo en farsi, probablemente aludiendo a la mala puntería de Zach.

Alex pasó junto a la enorme mesa situada en el centro de la habitación. Estaba cubierta de papeles, bolígrafos y ceniceros desbordados, así como con la sangre de Mustafá Hossein. Tanto Alex como el urakher estaban intentando ganar tiempo. El HAWC supuso que su oponente quería esperar hasta el último momento para detonar sus explosivos. Aunque probablemente pensaba que el Evento del Juicio era irreversible, no quería correr el riesgo de que su bomba pudiera desactivarlo de

alguna manera.

Alex avanzó otro paso, solo necesitaba acercarse un poco más. Tensó los músculos y se preparó para actuar. Cuando pasó junto a la mesa, desplegó los brazos como si estuviera mostrando que no llevaba armas en las manos. El urakher amplió su sonrisa y se encogió de hombros.

Alex se movió más deprisa de lo que pudo percibir el urakher; barrió con el brazo uno de los ceniceros de cristal de la mesa y lo lanzó, como si fuera un disco giratorio, contra la manaza derecha del gigante, que la tenía extendida. Era una jugada calculada: el urakher tenía los dedos de la mano derecha apoyados sobre el detonador, mientras que la mano izquierda la tenía situada encima del otro aparato, pero sin llegar a tocarlo.

El cenicero impactó contra la muñeca del urakher provocando un crujido que pudo oírse por toda la habitación, y los dedos de la mano derecha se le quedaron inertes. Un gesto de sorpresa, más que de dolor, se dibujó en el rostro del gigante, que apretó de inmediato el interruptor de su mano izquierda... Pero para entonces Alex había acortado la distancia.

Aunque el guardaespaldas pesaba alrededor de ciento quince kilos, Alex lo levantó sin esfuerzo sobre su cabeza. Después reunió todas las fuerzas que pudo para lanzar aquel cuerpo, que no cesaba de forcejear, contra el cristal de la ventana. Como esperaba, los impactos de bala habían debilitado el cristal lo suficiente como para comprometer su integridad estructural. El urakher atravesó la ventana justo en el momento en que los explosivos estallaban.

Alex se cubrió el rostro con el brazo, pero no se produjo ninguna descarga de calor. La explosión adquirió un esplendor rojizo y anaranjado, aunque no emitió sonido alguno. Tampoco salieron escombros disparados hacia Zach ni hacia Alex. En vez de eso, el urakher, las emisiones térmicas de la explosión y todos sus letales efectos salieron disparados hacia el interior del agujero negro, convertidos en nueva energía para ser digerida.

El velo negro avanzó otro par de centímetros hacia los muros de contención.

Varias sirenas aullaron a lo largo de toda la base y sobre la superficie. Los ecos de aquel alarido electrónico rebotaron contra los costados de la montaña y rodaron sobre los peñascos hasta alcanzar la ciudad de Arak. Cientos de personas giraron la cabeza, presas del miedo y la confusión.

Las tropas convencionales que estaban ociosas y los escuadrones takavaran desplegados por el perímetro del laboratorio se quedaron inmóviles y mirándose entre sí durante unos pocos segundos antes de actuar. Todos sabían lo que anunciaban esas alarmas: que la instalación había quedado comprometida. Y que eso conllevaría un estallido nuclear.

Algunos hombres tiraron su comida a un lado, otros dejaron caer sus pistolas,

otros ni siquiera se molestaron en vestirse. Todos se dirigieron a los camiones. Sabían que el lugar más seguro era aquel que estuviera lo más lejos posible de allí.

El desierto al sur de Israel

A cincuenta kilómetros al sur de Dimona se desplegaba la árida superficie del desierto del Néguev. Gases refrigerantes se filtraron en el aire a medida que se deslizaba una plataforma circular de nueve metros de diámetro para dejar al descubierto un silo con una profundidad de seis pisos. Cualquiera que se asomara a aquella apertura oscura podría ver el morro redondeado de un artefacto, cuya punta estaba decorada con inscripciones en hebreo: una última oración por aquellos a los que estaba a punto de aniquilar.

El misil Jericó III estaba equipado con una carga termonuclear de cien kilotones y quinientos kilos de potencia. Su tecnología de punta de flecha le permitía penetrar quince metros en el suelo antes de que se produjera la fisión nuclear. Aquel artefacto reluciente y letal estaba diseñado para localizar y arrasarse instalaciones subterráneas. Era un terremoto creado por el hombre.

Unas luces parpadearon y, al fondo de una pista, comenzó a aullar una sirena que marcaba el inicio de la cuenta atrás.

Zach corrió hacia los terminales informáticos, agarró un teclado y lo conectó al panel de control. La pantalla mostraba los cientos de baterías restantes, al ochenta por ciento de su capacidad, y los cubos termoeléctricos que se iban llenando rápidamente. Su capacidad para absorber la energía del agujero negro no tardaría en verse desbordada, momento en el que la anomalía rompería sus ataduras y sería libre para consumir la Tierra. Zach empezó a teclear a toda velocidad. No ocurrió nada.

—¡Aghh! Está protegido por contraseña. —Pulsó una combinación de teclas y abrió una línea de comandos. De inmediato se zambulló en el código del sistema operativo.

—¿Puedes hackearlo? —preguntó Alex.

—Con tiempo suficiente, es posible *hackear* cualquier cosa. Pero supongo que el tiempo no nos sobra precisamente en estos momentos. —Levantó el brazo para enjugarse la frente con la manga—. Uf, no me encuentro bien.

Zach siguió tecleando, pero Alex vio que estaba sudando y que empezaba a ponerse pálido.

En la habitación de la esfera, el agujero negro arrancaba los cubos termoeléctricos de las paredes y los absorbía hacia su núcleo; parecían una bandada de pájaros diminutos que regresaban a sus nidos. Zach apartó la cabeza del teclado y vomitó. La distorsión estaba empezando a afectar seriamente a su estructura atómica. Se limpió

la boca, se dio la vuelta hacia Alex y tuvo que gritar para hacerse oír por encima del chillido sobrenatural que procedía de la habitación de la esfera:

—El agujero negro está creciendo demasiado rápido y haciéndose demasiado fuerte. Pronto superará sus límites, y una vez que el plasma desaparezca, sus grilletes magnéticos se vendrán abajo y quedará libre para empezar a engullir todo cuando lo rodea. El planeta entero.

Zach sacudió la cabeza como para despejarse. Alex supo lo que estaba experimentando; el aire parecía más denso y más espeso a medida que la estructura molecular de la atmósfera comenzaba a estirarse, y cada vez resultaba más difícil realizar cualquier movimiento.

Zach dirigió una mirada a Alex en busca de ánimos, o de consejo, o de cualquier cosa. Alex asintió e intentó aparentar confianza, pero lo único que consiguió esbozar fue una media sonrisa apesadumbrada. La realidad era que se sentía impotente. La misión quedaría incompleta y su equipo, eliminado. Serían las primeras y las últimas personas sobre la Tierra en presenciar el génesis de un verdadero evento apocalíptico, pero eso no reportaba demasiado consuelo. Colocó una mano sobre el hombro de Zach, confiando en poder transmitir al joven científico al menos cierta clase de apoyo.

Zach se frotó los ojos y se dio la vuelta hacia la pantalla. Introdujo varias cadenas de caracteres en el ordenador..., y esta vez se vio recompensado con una larga ristra de código binario que llenó la pantalla. Le gritó a Alex:

—He encontrado una puerta trasera, pero necesito más tiempo. Incluso si empiezo ahora a detener el proceso, los niveles de radiación seguirán creciendo hasta un punto que, literalmente, derretirá nuestros cuerpos.

Alex se estremeció cuando sintió una mano en el brazo y se dio la vuelta rápidamente. Adira se encontraba de pie a su lado; la capitana consiguió esbozar una sonrisa débil a través de las severas contusiones que cubrían sus labios. Tenía un ojo morado que apenas era capaz de abrir, y un reguero de sangre le caía desde la oreja. Alex reconoció la gravedad de sus lesiones.

Adira debió de percibir que Alex le estaba examinando las heridas, porque se enderezó ligeramente y le soltó el brazo.

—Sí, ya sé que no tengo buena cara, ¿y qué? ¿Cuánto tiempo nos queda?

Zach giró la cabeza y le dirigió una sonrisa, después devolvió la vista al panel.

—Poquísimo. Lo único que puedo hacer es ralentizar el proceso y haceros ganar unos minutos. Pero ¡tenéis que salir de aquí ya! —Miró de reojo a Alex—. Por favor. —Entonces siguió tecleando, deslizando los dedos a toda velocidad.

—No sin ti, hermanito —dijo Adira. Avanzó tambaleándose hacia él, pero Alex la detuvo. Ella lo fulminó con la mirada e intentó soltarse. Alex siguió sujetándola y negó con la cabeza.

—Zach tiene razón, Addy. O se queda o moriremos todos. Zach nos está dando, le está dando a todo el planeta, una oportunidad. No debemos desperdiciarla.

—¡Aghhh! —Adira tiró de su brazo para liberarse y pareció que fuera a golpear a Alex. El HAWC dejó caer los brazos, preparado para recibir el golpe si decidía propinárselo. En lugar de eso, Adira les dio la espalda. Alex se dio cuenta de que se estaba esforzando por dominar sus emociones.

—*Yasher koach aschoti* —le dijo Zach—. Sé fuerte, hermana. —Adira no se dio la vuelta ni respondió. La única muestra que dio de haberlo escuchado fue que encorvó ligeramente los hombros, como si se estuviera preparando para asestar un golpe.

Alex quiso decirle a Zach que era valiente, heroico... Darle las gracias. Pero supuso que el joven israelí no estaba esperando eso, ni que le dijeran nada sobre el sacrificio que estaba haciendo. No hubo más palabras, y no quedaba más tiempo. Estrechó el hombro de Zach una vez y se dio la vuelta hacia Adira. La capitana tenía los puños apretados sobre las sienes y se tambaleó ligeramente, inclinando el cuerpo hacia el destrozado cristal de la ventana de observación. Alex también pudo sentirlo; la fuerza gravitatoria estaba tirando con vehemencia de cada fibra orgánica de sus cuerpos. Solo el hecho de acercarse a Adira lo obligó a hacer acopio de toda su fuerza. Era como si cuanto les rodeaba se estuviera inclinando hacia la habitación de la esfera. La agarró por la cintura y Adira se desplomó sobre él, desmayada.

Alex se la cargó al hombro y se abrió camino hacia la salida. Se sintió como un buzo de profundidad, a un kilómetro y medio bajo una presión acuática capaz de machacar el acero. Pasó por encima del cuerpo del científico al que le habían roto el cuello apenas unos minutos antes. El rostro del hombre seguía reflejando el dolor y la angustia que había experimentado durante los últimos y brutales segundos de su vida. Alex vio el pequeño objeto que tenía aferrado en la mano y lo identificó como un dispositivo de almacenamiento. Titubeó... *Ningún país debería poseer esta tecnología*. Aquellas palabras que él mismo había pronunciado cruzaron su mente a toda velocidad. Sujetó a Adira sobre su hombro y se agachó para recoger el dispositivo. Era pequeño... Debería aplastarlo hasta convertirlo en polvo... Pero no podía. Tenía órdenes que cumplir.

Se lo guardó en el bolsillo y siguió avanzando a duras penas hacia el lugar donde Sam Reid estaba tirado en el suelo, escupiendo sangre. Se colocó a Sam sobre el otro hombro y después se concentró en la puerta. Avanzaba paso a paso, como si lo hiciera a través de una viscosa piscina de petróleo.

Cuando alcanzó la salida, Alex volvió la mirada hacia la habitación. Los científicos y técnicos que quedaban se estaban aferrando a las patas de las sillas y las mesas mientras sentían el arrastre de la marea gravitatoria que tiraba de ellos hacia el agujero negro. El equipamiento más próximo a la habitación de la esfera estaba empezando a estirarse y desdibujarse, y Alex supo que no pasaría mucho tiempo antes de que la corona gravitatoria exterior los alcanzara y ellos iniciaran también su viaje hacia lo desconocido. Alex intentó no pensar en la criatura deforme que había visto en la celda de contención del piso superior.

En cuanto cerró la puerta exterior, el sólido revestimiento de acero le proporcionó cierto aislamiento y fue capaz de incrementar su velocidad. Corrió escaleras abajo, a lo largo del túnel y a través de las cavernas. Colocó la última araña de Sam sobre las rocas que se habían desprendido, y los cubrió a él y a Adira con su propio cuerpo mientras la explosión abría un camino de regreso hacia la entrada de la gruta por la que habían accedido.

Tras volver a echarse a Sam y Adira sobre los hombros, corrió. Corrió a una velocidad superior a la de cualquier criatura terrestre. Corrió hasta que dejó de sentir la presión gravitatoria, hasta que dejó de tener sensibilidad en las piernas. Corrió durante horas hasta que su cuerpo sencillamente se desconectó a causa de la fatiga.

Una poderosa trompeta resonó a lo lejos, por detrás de él. Cayó de bruces mientras el mundo daba vueltas y después todo se volvió negro.

Zach consiguió mantener en funcionamiento los cubos de energía que quedaban, al tiempo que reducía el flujo que alimentaba al monstruo oscuro de la habitación contigua. Llegados a ese punto se sabía de memoria los códigos que debía teclear, así que pudo cerrar los ojos. No quería seguir mirándose las manos, pues le asustaban sus propios dedos: parecían más largos y más finos de lo normal, como si fueran las patas de una larguirucha criatura abisal que estuviera correteando sobre el teclado.

Sintió una sustancia húmeda que le corría por el rostro y supo que era sangre. Unas llagas abrasadoras se le abrieron en la frente y en las mejillas a medida que la intensa radiación despellejaba la capa externa de su piel.

—*Baruch Shem Kivod Malchito LeOlam Va'ed!* —susurró, una última oración a Dios, y aquellas palabras le dieron fuerzas.

Solo unos segundos más, pensó, para que puedan alejarse. Intentó rezar de nuevo, pero esta vez la boca no le respondió. Su lengua era demasiado larga y se negaba a doblarse para dar forma a las palabras.

Sintió un hormigueo cálido en el rostro y abrió los ojos. El agujero se estaba desgastando por los bordes. Aquel velo oscuro era tan inmenso, y estaba ya tan cerca, que había alcanzado el borde de la ventana. *¿Estoy ganando? ¿Lo estoy mandando de vuelta?*

Miró hacia el mismísimo núcleo del ente... y vio algo en su interior que ningún ser humano debería ver. Gritó una única palabra mientras sentía cómo era arrastrado desde su silla:

—*Gehinnom!*

Era la palabra que se empleaba en hebreo antiguo para referirse al infierno.

El agujero negro había dejado de existir. Se había evaporado, llevándose consigo toda la base Jamshid II y una enorme porción de la montaña. El doctor Zach Shomron había hecho su trabajo.

Hammerson le estaba gritando a alguien en Israel para que lo pusiera con el general Shavit. Hammer y la mayoría de los líderes militares de EE. UU. habían sido convocados al centro de operaciones especiales, y el presidente estaba de camino. La Comandancia Aérea Estratégica había detectado la huella térmica del misil israelí mientras se calentaba para la cuenta atrás. Si el misil se lanzaba, habría represalias. Habría guerra.

Hammerson se llevó su taza de café a los labios y se dio cuenta de que se la había terminado hacía una eternidad. Volvió a mirar hacia la pantalla. Desde el espacio, el cráter formaba un círculo perfecto: cinco kilómetros de ancho y dos kilómetros y medio de profundidad. Releyó la información que venía por debajo: en resumen, un tremendo brote vertical de radiación, y después nada. El laboratorio secreto había dejado de existir; se había desintegrado, había sido digerido, o, tal y como había teorizado el joven científico israelí, quizá se hubiera transportado a otra parte.

Otra pantalla sobre el escritorio de Hammerson mostró un destello blanco que emergía del silo de misiles secreto. Un morro de color blanco emergió lentamente de entre la nube de humo. El Jericó estaba en camino.

—¡Mierda! —Hammerson lanzó su taza hacia el otro lado de la habitación.

Estaba a punto de pegarle otro grito al joven pausado que estaba al teléfono cuando por fin realizaron la conexión.

—Lo siento, amigo mío. Israel ha decidido que debemos arriesgarnos a entrar en guerra hoy para evitar la destrucción total mañana —le dijo el general Meir Shavit.

El general parecía abatido. Hammerson sabía que Shavit, al igual que él, odiaba la guerra; pero si consideraba que su país estaba siendo amenazado, pelearía a muerte y sin cuartel.

Hammerson no estaba autorizado a transmitir información reservada, ni siquiera a sus aliados, pero encriptó las imágenes de Arak y se las hizo llegar al general en un envío con prioridad máxima.

—Arak ha desaparecido —dijo—. Mira las imágenes que te he enviado, repito, mira las imágenes. No hay necesidad de ningún ataque. —Comenzó a pasearse por la habitación mientras observaba cómo aquel centelleante proyectil blanco capturaba la luz del sol y ganaba velocidad rumbo a su funesta misión. El espectáculo resultaba casi hermoso.

—Me temo que es demasiado tarde, amigo mío.

—Puedes abortar la mi... —Pero la comunicación se interrumpió.

Hammerson se sentó y se frotó el rostro durante unos minutos antes de escribir un mensaje breve para la SFPDA de Alex. Cuando apareció el aviso de que el mensaje no había podido enviarse, se quitó los auriculares y recogió varias carpetas de su mesa. Antes de marcharse, miró una última vez hacia el círculo rojo que aparecía en la pantalla.

—Espero que estés lejos de allí, hijo. La situación está a punto de ponerse caliente de verdad.

Después se dirigió hacia el búnker de seguridad, donde el presidente y varios militares de alto rango observarían la presumible respuesta al ataque israelí.

En Tel Aviv, el general Meir Shavit examinó las imágenes que le había enviado el comandante Hammerson. Las comparó con los datos de su propio satélite y con los informes de campo procedentes del desierto de Markazí, después cogió el teléfono.

Treinta y tres segundos más tarde, una pelota de fuego estalló en el cielo sobre la región occidental de Irak. No habría necesidad de ninguna misión de recuperación, ya que no caería al suelo nada de un tamaño superior al de una pelota de béisbol.

Al momento, el ministro de asuntos exteriores israelí estableció contacto con su homólogo en Irak. Por lo visto se había producido por error el lanzamiento de un armamento obsoleto. Les compensarían por cualquier operación de limpieza si así lo solicitaban.

Calor, olores extraños, el zumbido de la vida.

Alex abrió los ojos y tuvo que parpadear cuando los brillantes rayos del sol inundaron sus sentidos. Estaba tendido sobre un terreno blando y arenoso, parcialmente protegido bajo las ramas de un árbol inmenso. Unas pequeñas abejas zumbaban alrededor de unos frutos de aspecto pegajoso que estaban arracimados entre las hojas. Se examinó rápidamente las manos y los pies, y se palpó el rostro. No se había producido ninguna elongación, y aparte de cierta opresión en el pecho allí donde sus heridas se estaban cicatrizando, se sentía bien.

A su lado estaba tumbada Adira, cuyo pecho se alzaba y se comprimía como si estuviera sumida en un sueño profundo. Salvo por el ojo morado y las contusiones en el labio superior, estaba en perfecto estado. Sam también estaba tirado en la arena, emitiendo unos gruñidos mientras volvía en sí.

Alex se acercó al soldado y lo ayudó a incorporarse. Extrajo la cantimplora que llevaba en la cintura y se la acercó a los labios. El HAWC tosió, abrió un ojo y bebió. Parecía como si le hubiera pasado por encima una estampida de ganado, golpeándole con cada cuerno y cada pezuña. Tenía tajos abiertos en la barbilla y en los pómulos, y los ojos amoratados. Una enorme herida de arma blanca se extendía desde su clavícula hasta su ombligo. Alex pudo ver que tenía desgarrada la piel y parte del tejido graso que había por debajo. Debía doler de cojones, pero al menos no se le saldrían las tripas.

Sam miró a Alex enarcando una ceja cubierta por costras de sangre y sonrió. Le faltaba uno de los dientes delanteros.

—Deberías ver cómo quedó el otro tipo —dijo, y tosió un poco más.

Alex se rió y rápidamente examinó los hombros, los brazos y la caja torácica del HAWC en busca de fracturas. Sam gruñó cuando Alex le extendió un brazo y lo presionó hacia un lado.

—También tienes algunas costillas rotas, grandullón —dijo Alex.

Sam tosió de nuevo, echó un escupitajo sanguinolento al suelo y esbozó una mueca de dolor. Informó a Alex de los daños y se puso serio.

—Lo siento, jefe, intenté contenerlos. Vi caer a Rocky, después ese cabronazo enorme me dio un buen golpe y todo se volvió negro.

—Tranquilo, Tío. Me parece que te asestó unos cincuenta golpes de los buenos. Todos tenemos suerte de estar vivos. Esos tipos eran duros de cojones, como nadie con quien me haya topado antes.

Hizo una pausa durante un instante y se sentó a horcajadas.

—Sam, Rocky no consiguió salir. El Irlandés tampoco. —Se pasó una mano por

el cabello empapado de sudor y bajó la mirada hacia el suelo.

Sam arrugó el entrecejo.

—¿Rocky y el Irlandés? Ni siquiera vi que el Irlandés regresara.

—No, no lo hizo. Se enfrentó con ese monstruo del infierno. Evitó que nos emboscara en el exterior del laboratorio y nos dio el tiempo que necesitábamos para actuar. Llegué tarde. —En su mente apareció una imagen de Hex Winter quemándose en aquella silla—. Siempre llego tarde, Sam.

El aludido profirió otro gruñido mientras se incorporaba. Vio que Adira estaba tirada sobre la arena, después miró rápidamente a derecha e izquierda.

—¿Dónde está el chaval?

Alex se limitó a negar con la cabeza.

—Bah, mierda. ¿A él también lo mataron?

—No. No, Zach se quedó. Mira a tu alrededor: no hay nada devorando el planeta, ni incinerando el paisaje. Zach sabía que supondría su muerte, pero lo hizo de todos modos. Estamos vivos gracias a él. Nos salvó a todos.

Alex se puso en pie y se sacudió la arena de las manos.

—En cualquier caso, soldado, remiéndose esas heridas. Aún no estamos en casa.

—Entendido, jefe. Y, por cierto, ¿dónde estamos?

—No tengo ni idea. ¿Puedes realizar algunas lecturas? Por lo visto he perdido parte de mi equipamiento.

Sam se rió. Alex tenía el mismo aspecto que si lo hubieran disparado desde un cañón y hubiera aterrizado en unas zarzas. Su uniforme superendurecido, con sus placas acorazadas de cerámica, no era más que un puñado de harapos alrededor de su cintura, y tenía los pantalones agujereados y manchados de sangre.

Adira gruñó, y Alex se acercó a ella y le levantó la cabeza.

—Espacio, espacio, ya estamos a salvo. Creo que todo ha terminado.

Adira se incorporó, apoyó los codos sobre las rodillas e inspiró varias hondas bocanadas.

—¿Se acabó? ¿Dónde está Zach?

Alex dejó escapar el aire lentamente a través de la nariz y le limpió un poco de arena de la mejilla antes de responder.

—Lo siento. No lo conseguí.

Los ojos de Adira se quedaron inertes durante un instante, después levantó la mirada hacia el cielo.

—Ya nadie llora a los héroes en Israel, Alex. Las lágrimas nos ahogarían a todos.

Hunter permitió que el silencio se alargara, dándole tiempo para recuperarse. Dirigió la mirada hacia el horizonte y después la volvió a centrar en Adira.

—Me parece que nos hemos perdido.

Miró a Sam con las cejas enarcadas. Este negó con la cabeza.

—Todos los aparatos se han fundido, no funciona nada. —Tiró al suelo los escáneres y dispositivos de comunicación inutilizados—. Pero a mi entender esto

tiene pinta de seguir siendo Irán.

Adira miró hacia las ramas que se extendían sobre sus cabezas.

—Eso es una higuera silvestre del desierto. Solo alcanzan este tamaño en las proximidades de Kashan. Tengo gente allí. Estaremos a salvo.

—A salvo. —Alex paladeó aquella expresión en la boca. Sonaba extraña, irreal, y carecía de importancia. Ahora sabía que había otro mundo oculto tras el que conoce la mayoría de la gente. Un mundo donde los monstruos existen, donde criaturas espeluznantes acechan en la oscuridad, ya hubieran caído del cielo o hubieran salido reptando desde las profundidades.

Se recostó, alzó la cabeza al sol con los ojos cerrados y pensó en un playa situada en algún punto de la costa este de Australia. Inspiró el ambiente salino y oyó las olas que rompían contra la orilla.

—Sí, a salvo.

Pronto, pensó, muy pronto.

El general Meir Shavit tomó asiento ante su escritorio, con la transcripción del informe de la capitana Adira Szenes entre las manos. Tras el rescate de su sobrina en el desierto iraní, había pasado solo una hora en el hospital para que le curasen las heridas. Mientras estuvo allí, accedió a responder a un breve interrogatorio militar. El general esbozó una media sonrisa. Conocía bien a su sobrina: no había forma humana de obligarla a hacer algo en contra de su voluntad.

La tecnología del agujero negro que detallaba en su informe resultaba asombrosa, y rezó para que su origen fuera producto de una aberración: un invento surgido a raíz de un accidente y no creado con premeditación. También confió en que, con la destrucción del laboratorio, todos los conocimientos relativos a la creación y las capacidades de esa tecnología hubieran dejado de existir. *Ningún país tiene derecho a poseer un poder así*, pensó.

El viejo general se recostó en su asiento y se quedó mirando al techo durante un instante, siguiendo con la mirada las flores de yeso que conformaban la moldura ornamentada. Los humanos eran creativos y autodestructivos a partes iguales, y una vez que imaginaban algo, solo era cuestión de tiempo que lo hicieran realidad. *Solo hemos conseguido ganar un poco de tiempo*, pensó.

Inspiró profundamente, se sirvió un poco más de café oscuro y espeso, y pasó a la última página del informe de Adira, titulada «PGM: Proyecto Guerrero Mejorado», con un subtítulo que decía: «El sujeto Arcadia». Alzó ligeramente las cejas mientras leía el recuento de las capacidades de aquel sujeto. Tal y como esperaba, los americanos habían enviado su arma secreta a la misión, y Adira la había visto en acción. Pero aunque había estado lo suficientemente cerca como para describir sus rasgos con detalle, no había conseguido obtener ninguna información novedosa, ni siquiera una muestra de tejido. Contempló la fotografía granulada del HAWC que Adira había proporcionado: Francis «Irlandés». O'Riordan, un guerrero pelirrojo, según el informe; un soldado impresionante en combate. Era una lástima que se hubiera desintegrado en la explosión.

El general dejó escapar una bocanada de aire a través de sus labios fruncidos y negó con la cabeza. Sin un cuerpo que los israelíes pudieran recuperar, sin muestras ni evidencias concretas, los americanos seguían teniendo todas las cartas en su poder..., e Israel no tenía nada. Entrecerró los ojos. Solo porque el sujeto principal hubiera desaparecido, no significaba que el proyecto Arcadia hubiera terminado, de eso estaba seguro. Pero no había ninguna razón para que los americanos compartieran sus resultados con Israel; ni siquiera admitirían la existencia de tal proyecto.

Cogió su taza, pero la sostuvo en alto sin beber de ella. Mientras meditaba, echó

un vistazo alrededor de la habitación y atisbó su rostro envejecido, que le devolvía la mirada desde un espejo alargado bañado en oro. Siguió mirando fijamente aquella imagen como si estuviera en trance mientras permanecía sumido en sus pensamientos. *Israel necesita esos nuevos soldados*, reflexionó. *Somos el ejército más pequeño de Oriente Medio y estamos rodeados por un océano de odio. Solo es cuestión de tiempo que ese océano nos ahogue a todos.* Parpadeó y volvió a examinar el informe de Adira. *Si Israel no puede conseguir más hombres, tendremos que sacar más partido de aquellos de los que ya disponemos. Debemos acercarnos un poco más.*

Volvió a revisar la anotación del agente encargado de la transcripción, situada al pie del informe. Inusualmente, Adira había pedido que le dieran permiso inmediatamente para acompañar a los dos americanos hacia el avión de transporte que los esperaba. *Hmm, ¿qué te traes entre manos, Addy?*, pensó Shavit. Quizá hubiera un vínculo allí, algo que pudiera utilizar. Se frotó la barbilla con el dorso de la mano; necesitaban un infiltrado entre los americanos, alguien que ya hubiera estado expuesto a las capacidades del Arcadia. Alguien de quien Israel pudiera fiarse, y que contara con la confianza de los americanos.

Sí, ella sería perfecta. Jack Hammerson se lo debía, y no podría rechazar a un soldado con las capacidades de la capitana Szenes.

El general hizo una pequeña anotación en el archivo y lo cerró.

—Tu labor aún no ha concluido, Addy.

Parvid Davoodi, el nuevo líder electo de Irán, se estaba deshaciendo de las posesiones del anterior presidente mientras acondicionaba el despacho para ocuparlo él. Cogió una fotografía enmarcada donde aparecía un sonriente Mahmoud Moshaddam y negó con la cabeza.

—¿Cómo pudiste olvidar que todos los falsos profetas van al infierno? Aunque puede que ya lo hayas recordado. —Tiró la foto a la papelera que había junto al escritorio.

Uno de los primeros actos de Davoodi en el cargo había sido llamar al presidente americano para asegurarle que las bases secretas de Natanz, Persépolis y Arak quedarían clausuradas para siempre. Durante la conversación había aceptado una invitación para visitar Estados Unidos; era la primera vez en una generación que un líder iraní era invitado por un presidente americano a su territorio. *Quizá este sea un nuevo comienzo para Irán*, pensó.

Cogió su ejemplar del Corán, que ya estaba abierto por su página favorita. Desde una ventana abierta, un cálido haz de luz iluminó la hermosa caligrafía mientras empezaba a leer.

En la base USSTRATCOM de Nebraska era de noche y el tiempo no era demasiado benigno. La lluvia golpeaba contra la oscura ventana del despacho de Hammerson. Se había quedado a trabajar hasta tarde, y había apagado las luces para poder disfrutar de la tormenta que estaba pasando sobre la base. Le gustaba sentarse a contemplar el poderío y la hostilidad primigenia de la naturaleza.

El teléfono que conectaba con la línea segura soltó un pitido y Hammerson se planteó ignorarlo. La misión había sido un éxito pero, por lo que supuso, aún no había terminado. *A la mierda*. Cogió el auricular. Apretó el teléfono con fuerza cuando oyó la voz grave que estaba al otro lado de la línea.

—El Arcadia ha asegurado la información tal y como se le había ordenado, señor —dijo—. Está viniendo de camino. Una energía con un potencial ilimitado para... Sí, señor, creemos que es posible emplearla como arma.

Siguió escuchando un poco más y entrecerró los ojos.

—Me temo que no estoy de acuerdo con esa estimación, señor. Su valía sobre el terreno es innegable. Sí, señor, comprendo que, de momento, no podemos reproducir su rendimiento sin un estudio más agresivo, pero sus capacidades se desarrollan cada día. Queda mucho por aprender mientras siga en activo. Una vez que lo retiremos, esa línea de investigación se perderá para siempre. Mi recomendación es que permanezca en el servicio activo, señor. El desarrollo de nuevas habilidades y el éxito de esta misión nos obligan a ello. Deme un año más, señor. La ciencia podrá esperar al menos ese tiempo.

Hammerson tomó aire y contuvo el aliento durante unos segundos mientras aguardaba la respuesta. Expulsó el aire en cuanto la oyó.

—Muy bien, señor.

Colgó el teléfono al mismo tiempo que el cielo emitía un destello, seguido del restallido de un trueno. Solo había conseguido ampliar la esperanza de vida de Alex Hunter un año más. Por primera vez en su vida, Hammer se sintió viejo.

EPÍLOGO

Calor, olores extraños, el zumbido de la vida.

Mahmoud Moshaddam entornó un poco más la puerta de la cápsula y se coló una nueva ráfaga de aquel aire húmedo y denso.

Avanzó un paso por el paisaje pantanoso y envuelto por la niebla, con exuberantes vides viscosas y plantas retorcidas. Unas hojas bulbosas cubiertas de pelillos y unas protuberancias rollizas que asemejaban frutos colgaban a baja altura de una vegetación descontrolada que formaba una maraña impenetrable. Dio un paso al frente y se hundió hasta las pantorrillas en agua salobre. Sintió un picor en los tobillos, como si algo estuviera correteando por ellos.

Volvió a meter la mano en la cápsula para abrir la caja que contenía el pequeño fragmento de la Piedra Negra. Si había de ser juzgado, quería llevar consigo la reliquia sagrada para mostrar su valía.

Inspiró el olor terroso de la vegetación en proceso de putrefacción y percibió un ligero y penetrante aroma a vinagre y almendras. Se puso a pensar en busca de cualquier referencia a un lugar así en el Corán o en el Hadith. ¿Podría tratarse de la Yanna, y ya solo tendría que encontrar el puente hacia el paraíso?

Alguien se acercaba, pudo oír unas pisadas en el barro. Montones de ellas, sigilosas. El olor a vinagre se volvió más intenso, y los pelillos de la nuca se le erizaron al tiempo que sus instintos primarios se ponían al máximo de su rendimiento. Pudo atisbar unas siluetas gigantes entre la niebla. El Todopoderoso se estaba acercando y traía consigo a todos los profetas.

El presidente cayó de rodillas sobre el lodo y empezó a entonar un cántico a viva voz, como una muestra vehemente de su fe. Las siluetas se detuvieron entre la niebla, justo en el límite de su campo visual, como si estuvieran esperando algo. El cántico del presidente se fue apagando lentamente, y Moshaddam extendió la mano para mostrar la Piedra Negra. Empezaron a temblarle las rodillas entre el lodo. Algo no andaba bien; aquello no podía ser el cielo.

Cuando se produjo el ataque, fue veloz. La niebla se dispersó con violencia y las criaturas surgieron desde todas las direcciones. La más grande disparó sus garras de presa y dejó el rostro del presidente clavado al suelo pantanoso. Las demás salieron disparadas al frente para reclamar un pedazo del cuerpo e insertar sus afiladas probóscides. La más grande inclinó sus apéndices oculares hacia el rostro de aquel hombre, como si estuviera buscando algún signo de inteligencia. Después abrió sus cartilagosas mandíbulas.

Las criaturas comenzaron a alimentarse.